

MIGUEL DE CERVANTES

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

ANTOLOGIA, ESTUDIO PRELIMINAR Y NOTAS POR

Eugenio Orrego Vicuña

NOTICIA PRELIMINAR

Ardua tarea, en verdad, es la de intentar una selección discreta de la novela príncipe del mundo.

¿Cómo, entre lo oceánico y estelar de aquella obra que no ha tenido pareja y acaso no llegue a conocerla nunca; cómo, digo, entre tanta abundancia de riquezas, en tan maravillosa conjunción del fruto de todas las artes—filosofía, poética, imaginativa, música, pintura y estatuaria—poder escoger? Porque escoger es buscar lo mejor, lo más perfecto, y en toda página hay algo y aun mucho, que el filón se entrecruza y ramifica en millares de vetas de toda suerte, por donde circulan mezclados la gracia, el donaire, la intención, lo místico, lo doloroso, lo épico, lo satírico, lo dramático, lo cómico, lo trágico; la ironía, la hondura y el sentimiento en suma.

Ardua tarea que poquísimos han intentado y ninguno tal vez con éxito completo.

La verdadera Antología de *Don Quijote* sólo Cervantes hubiera podido llevarla a feliz término.

Mas, ya que su realización debe caer en manos profanas, que sea al menos en las de quienes se hallaren familiarizados con el trato del Hidalgo, de los dos Hidálgos vale decir.

Esa condición de familiaridad sirva de excusa al autor de este trabajo, de excusa y de acicate.

Páginas incontables pudieran escribirse, tocante a su cumplimiento, al por qué, al cómo y al cuándo, con aditamento de infinitas notas eruditas para lo cual proporcionan elementos torrenciales los Rodríguez y los Clemencín, que si a lo eruditísimo añadieran su poca de hondura y no se quedasen por las ramas tan a menudo, andarían en su punto de gloria.

Pudiéramos, pero no queremos, no tanto en obsequio del lector, que suele gustar de qué le digan en qué momentos ha de poner los ojos anchos y batir las palmas angostas y en cuál abrir la boca o rascarse la oreja, sino, principalmente, para propia satisfacción, pues la poca hondura hemos de compensarla con la mucha discreción.

La presente Antología tiene, como toda selección, acento personal. Los capítulos escogidos van en el orden que corresponde al conjunto, que es el menor respeto que al autor puede guardarse, y en ellos nada se ha alterado del original. (La culpa de lo que en esta materia pueda tacharse, caiga sobre los ministros que en la impresión intervinieron). Las notas, que ilustran el texto, son en su mayoría a modo de glosas, para mera aclaración o llamado al lector, de cuyos conocimientos cervantinos se hace completa fe.

Con todo, hemos creído útil, ya que no necesario, poner a modo de proemio un breve ensayo acerca del *Quijote* y de algunos comentarios ilustres.

Y sin añadir más, que las palabras están sobrando, embarquémonos en este viaje por el océano de don Miguel, cuyos límites se confunden con los del mundo.

Santiago, Octubre 9 de 1947.

E. O. V.

gente que atribuyó a Cervantes propósitos de siquiatra y embelecados de orden freudiano.

Entre los intérpretes más ilustres se cuenta don Miguel de Unamuno que, en su *Vida de Don Quijote y Sancho*, realizó un ensayo rico en pensamiento, elegante y delicioso en el estilo, lleno de exquisita agudeza, laminado de reflexiones hondísimas, pero azás arbitrario, como que al exaltar al Caballero a la altura simbólica que nadie puede ya negarle, sustituyó el genio de Don Miguel, posponiéndolo en aras de algo juzgado por él como infinitamente superior. (Y no se diga que fué de intento, aun cuando lo fuese, ni se recalque que ello constituye homenaje de por sí, por más delicado que a los delicados parezca). Mostró que el Hidalgo, en símbolo y en carne, tiene vida independiente de su creador, lo que desde luego puede y debe admitirse, pues en el héroe han ido a confundirse los sentimientos, los ideales y hasta los efluvios de altísimos espíritus, por encima de razas, lenguas y literaturas, al modo de una confluencia de fuerzas fecundadoras, de polarización de corrientes inapreciables del alma universal. Todo esto, que el salmantino intuía sin duda al escribir, porque no lo expresó así, que yo recuerde, no lo autorizaba a subestimar al autor. Más discreto sería considerar a ambos de modo paralelo, pues uno y otro viven con independencia de los accidentes de sus vidas, real el uno, y de su propia potencia psíquica ya autónoma el otro. ¡Qué admirables vidas paralelas de los dos Hidalgos pudieran escribirse!

Intérprete discretísimo, al que no faltó hondura pero sí alguna mayor perspectiva humana, ha sido Miguel S. Oliver. «Con el momento literario o declinación de la novela de aventuras, escribe, coincidía un gran momento nacional o declinación del imperialismo hispánico, un gran movimiento universal o declinación de las edades heroicas. Tres planos, tres horizontes de diversa amplitud pero de misterioso paralelismo que el artista, sin proponérselo, probablemente sin sospecharlo, acertó a enlazar y fundir. . . » ¿Sin proponérselo? ¿Sin sospecharlo? ¿Hasta qué punto Shakespeare y Miguel Angel, intérpretes del Renacimiento, eran sujetos semi conscientes o del todo inconscientes, a través de los cuales se expresaba un demonio interior, canalizando los ímpetus, el sentido, el alma de una época? ¿Ignora el genio su propia fuerza y potencia? En

verdad el genio no se ignora á sí mismo; puede carecer de imperio inmediato sobre su época y escapársele o ignorar su influencia en la evolución del pensamiento, ya que éste sigue a menudo caminos subterráneos que no pueden percibirse contemporáneamente. Es condición de lo genial, aun cuando no se exprese ni trasluzca, tener conciencia de la propia valía. Los medianos nunca dejan de sobreestimarse, mas los de naturaleza superior, aquéllos a través de los cuáles el Espíritu opera, nunca pueden subestimarse.

Cervantes, contrariamente a lo supuesto por críticos superficiales—superficiales o cautivados por la propia teoría, que siempre los críticos juzgan la propia teoría como única buena—, no fué el hombre de una obra única, no fué sólo el autor del *Quijote*. Sus libros anteriores, sus dramas, sus comedias, sus versos, su *Galatea* y su *Persiles*, sus *Novelas Ejemplares* en fin, no eran cosa baladí; todas ellas fueron piezas de un conjunto; borradores, como quien dice, que contenían esbozos de la obra definitiva. Tal vez fueran tiempos de una misma construcción musical. Sinó parte de un todo—admirables partes—puede tenérselas por etapas en la realización artística del autor, etapas de un fruto que en la vida del Manchego maduró. Y ese fruto era, también, el fruto de la vida de Cervantes, carne y sangre de su vida misma, suprema esencia de su espíritu.

Porque Don Quijote y Don Miguel se complementan, se combinan, se expresan uno a otro y uno y otro vienen a ser como cristalizaciones de una misma corriente vital. Don Quijote es la expresión de lo que Cervantes aspiraba a ser, de lo que realmente fué en las horas supremas, en aquellos momentos en que parecía querer salir de las prisiones de la carne, y escaparse a las presiones y a las modalidades de su tiempo, cuando Lepanto, cuando la heroica abnegación cristiana de las masmorras de Argel, cuando en la cárcel de Sevilla nacía el *Quijote*, porque parece misterio ejemplar del cristianismo que los arranques supremos a lo ideal broten en los pesebres y en las cárceles.

Don Miguel y Don Quijote son de una misma sangre y tras de lo mismo van. Pero Don Miguel es más de carne o tiene menos tiempo para los afanes de propia perfección, o la voluntad no es tan poderosa para la guerra encendida entre él y lo peor y más duro de su siglo. En cambio Don Quijote ha permanecido al margen de las pequeñeces de la corte, de los apetitos,

de las envidias literarias; ha pasado en su aldea, entre gentes sencillas y humildes, *preparándose*. Preparándose para su vida pública, y en ese largo prepararse que consume la mayor parte de sus años, porque su carrera apenas llena el espacio de algunos meses, tuvo ocasión y sosiego, sin mezcla de tentación ninguna. Como no andaba en palacios, ninguna palaciega miseria vino a turbarlo; como tenía de qué vivir, el pan y la olla asegurados, no conoció ese veneno de mendigar lo que nos deben, que ha enturbiado tantas vidas ilustres. Lo necesario tenía y por eso pudo mantenerse puro. Y hasta él descendieron los sueños y en él encarnaron. Así nació la andante caballería espiritual que es, dentro del siglo, darse, dar, ofrecer sin esperanza ni deseo de retorno, salir por los caminos a combatir el mal y propiciar el bien; no querer premios, entregar las ínsulas a los escuderos, tener un culto y labrarle altares a fuerza de pecho y corazón. Eso fué Don Quijote, y con él los quijotistas en su porción de quijotismo. Esa era la aspiración nunca confesada, nunca del todo cumplida, pero siempre en función de llegar a ser, que animó la vida de Cervantes.

Los esotéricos, es decir los que han buscado desentrañar el misterio del *Quijote* (no hablo de los cazadores de claves, que alguno hubo tan zonzo como para imaginar en el héroe la contra imagen de aquel pobre diablo de Lerma, sin hacer memoria de otras parecidas sandeces); los esotéricos, siguiendo los pasos de don Nicolás Días de Benjumea, que no por no bordar sutilezas retóricas en ensayos tan elegantes como bien amañados, dejó de ser más profundo que muchos, han creído ver en el Manchego la imagen del otro Hidalgo. Había mucho de él, naturalmente, porque los escritores proyectan su imagen, o fracciones de sí, aun sin quererlo, aun sin buscarlo. Había de él lo que él tenía de Quijote, que no era ciertamente poco, pero no era ni pudo ser una trasposición de sí mismo, en el sentido que Benjumea y los de su escuela pretenden.

Ya diremos, haciendo valer la intención quijotesca en descargo de audacia, lo que el *Quijote* es; mejor dicho lo que pensamos que el *Quijote* pueda ser.

Y entre tanto, examinemos, siquiera ligeramente, las opiniones sustentadas por algunos escogidos ingenios del mundo.

Entre los españoles la repercusión universal de ambos Hidalgos no fué cabal hasta Menéndez y Pelayo, a pesar de figu-

rar entre los exégetas literatos de la talla de Hartszenbusch, Fernández Guerra y el fino don Juan Valera, que todos ellos, con elogiar a Cervantes, no lo desemparejaban mucho de Lope, y a éste solían encumbrarlo a la altura de Shakespeare, que tanto suele picar el amor patrio. (Y nada digamos de la numerosa familia de comentadores cervantistas en que descollaron el docto Clemencín y el atildado Rodríguez). Menéndez y Pelayo ha dejado en páginas hermosas conceptos clarísimos. Llámale «el primer ingenio de nuestra nación y el primer novelista del mundo», en lo cual sigue a Enrique Heine.

«La obra de Cervantes, apunta en un ensayo medular, no fué de antítesis, ni de seca y prosaica negación, sino de purificación y complemento. No vino a matar un ideal, sino a transfigurarlo y enaltecerle. Cuanto había de poético, noble y hermoso en la caballería, se incorporó en la obra nueva con más alto sentido. Lo que había de quimérico, inmoral y falso, no precisamente en el ideal caballeresco, sino en las degeneraciones de él, se disipó como por encanto ante la clásica serenidad y la benévola ironía del más sano y equilibrado de los ingenios del Renacimiento. Fué de este modo el *Quijote*, el último de los libros de caballerías, el definitivo y perfecto, el que concentró en un foco luminoso la materia poética difusa, a la vez que, elevando los casos de la vida familiar a la dignidad de la epopeya, dió el primero y no superado modelo de la novela realista moderna».

Menéndez pensaba que había en Cervantes, al menos en el comienzo de su obra, cierto afán de sátira a un género literario en boga: los romances de caballería. Si lo hubo, ello quedó superado y sepultado en los primeros capítulos.

«El desarrollo de la fábula primitiva, añade, estaba en algún modo determinado por la parodia continua y directa de los libros de caballerías, de la cual poco a poco se fué emancipando Cervantes a medida que penetraba más y más en su espíritu la esencia poética indestructible que esos libros contenían, y lograba albergarse, por fin, en un templo digno de ella. El héroe, que en los primeros capítulos no es más que un monomaniaco, va desplegando poco a poco su riquísimo contenido moral, se manifiesta por sucesivas revelaciones, pierde cada vez más su carácter paródico, se va purificando de las escorias del delirio, se pule y ennoblece gradualmente, domina y trans-

forma todo lo que le rodea, triunfa de sus inicuos o frívolos bur-ladores, y adquiere la plenitud de su vida estética en la segun-da parte. Entonces no causa lástima, sino veneración; la sabi-duría fluye en sus palabras de oro; se le contempla a un tiem-po con respeto y con risa, como héroe verdadero y como parod-ia del heroísmo, y, según la feliz expresión del poeta inglés Wordsworth, «la razón anida en el recóndito y majestuoso al-bergue de su locura».

«En Don Quijote, apunta más adelante, revive Amadís, pero destruyéndose asimismo en lo que tiene de convencional, afirmándose en lo que tiene de eterno. Queda incólume la alta idea que pone el brazo armado al servicio del orden moral y de la justicia, pero desaparece su envoltura transitoria, desgarrada en mil pedazos por el áspero contacto de la realidad, siempre imperfecta, limitada siempre, pero menos imperfecta, menos limitada, menos ruda en el Renacimiento que en la Edad Media. Nacido en una época crítica, entre un mundo que se derrumba y otro que con desordenados movimientos, comienza a dar señales de vida, Don Quijote oscila entre la razón y la locura por un perpetuo tránsito de lo irreal a lo real; pero, si bien se mira, su locura es una mera alucinación respecto del mundo exterior, una falsa combinación e interpretación de datos verdaderos. En el fondo de su mente inmaculada continúan resplandeciendo con inextinguible fulgor las puras, inmóviles y bien aventuradas ideas de que hablaba Platón».

Con verdadero acierto, afirma en otra parte: «Cervantes no compuso o elaboró a Don Quijote por el procedimiento frío o mecánico de la alegoría, sino que le *vió* con la súbita iluminación del genio, siguió sus pasos atraído y hechizado por él y llegó al símbolo sin buscarle, agotando el riquísimo contenido psicológico que en su héroe había. Cervantes contempló y amó la belleza, y todo lo demás le fué dado por añadidura».

Este modo de pensar, en el fondo es compartido por los exégetas cervantinos de todos los países de Occidente. Los ingleses fueron, tal vez, quienes más le admiraron, aunque no se lleven la palma en comprenderle. Leó en Azorín: «Los ingleses—me decía don José Antonio en la venta de Puerto Lapiche—se llevan los bolsillos llenos de piedras». «Los ingleses—me contaba en Argamasilla un morador de la prisión de Cervantes—entran aquí y se están mucho tiempo pensando;

uno hubo que se arrodilló y besó la tierra dando gritos». ¿No veis en esto el culto que el pueblo más idealista de la tierra profesa al más famoso y alto de todos los idealistas?»

Los alemanes han visto bien a nuestro Hidalgo. J. L. Klein, historiador de la escena española, citado por el autor de los *Heterodoxos*, escribe: «En el *Quijote* la tierra misma, con su diaria historia y con la sociedad que en ella se agita, se va transformando en una esfera de luz, a medida que la magnánima locura del héroe esparce rayos de elevada sabiduría y divina iluminación, así como las cimas de los montes, al salir y al ponerse el sol, descuellan tan maravillosamente luminosas sobre sus oscuras faldas. De aquí multicolores interpretaciones, según el punto de vista individual de cada uno. Los que embadurnan el *Quijote* como caja de momia egipcia, con signos y geroglíficos, olvidan que un genio como Cervantes no bosqueja los rasgos observados en la vida y en la historia humana a la manera de un retratista o de un caricaturista, sino que, al contrario, tal genio convierte las caricaturas del día en eternos e ideales tipos, elevándolas y transfigurándolas en figuras colectivas de clases sociales enteras, sin que, a pesar de todo su simbolismo, dejen de ser figuras individuales de la vida real. No sacó Cervantes de una preconcebida idea general las figuras de Don Quijote y Sancho para ilustrar la abstracta antítesis entre la naturaleza poética y la prosaica, entre la fantasía heroica y el grosero y material sentido utilitario. El verdadero poeta pinta el fondo y cada una de sus partes, de una sola pincelada; como Dios creador no concibe primero la idea del mundo en su espíritu y después le da forma, sino que idea y forma las funde y desarrolla en uno; o como el *Okeanos* de Homero hace emanar de una estrecha urna los mares que, además de su propia inmensidad, abarcan todos los ríos y reflejan cielo y tierra».

Heine ha escrito en sus notas *De Alemania*: «el autor de *Hamlet* y el autor de *Don Quijote*, son los dos poetas más grandes que haya producido el tiempo moderno. Pero Cervantes, aun más que el dulce William, ejerce indefinible encanto en mí. Lo amo hasta las lágrimas...». Pensaba Heine que el Hidalgo había escrito la más grande sátira contra el entusiasmo humano. O quiso ridiculizar la naturaleza del hombre. «¿Representó nuestra alma bajo la forma de Don Qui-

jote y nuestro cuerpo bajo la forma de Sancho Panza? Esa larga historia sería entonces un misterio grande, donde el problema del espíritu y de la materia se discutiría en su verdad más espantable». Thomas Mann ha visto, relejendo la aventura de los leones, el fondo cristiano del *Quijote*: «En ningún pasaje se demuestra con mayor claridad la radical predisposición del poeta a humillar y a sublimar al mismo tiempo a su héroe. Ahora bien, en estos dos conceptos rebosa la sustancia de la sensibilidad cristiana y precisamente en su conjunción psicológica, en su confluencia humorística, se evidencia hasta qué punto es el *Don Quijote* un producto de la cultura cristiana, del cristiano conocimiento del alma, de la cristiana humanidad. Y cuanto significa el cristianismo eternamente para el mundo del alma, de la poesía, para lo humano mismo y su audaz despliegue y su liberación».

Jorge F. Nicolai ha estudiado a Cervantes en enjundioso ensayo, escrito a pedido nuestro para la Universidad de Chile. En su concepto, la liberalidad con que mira la vida «le hace parecer moderno y le da el derecho de sentirse como guía de los hombres». Después de recordar la bella expresión de John Keats—«algo hermoso es un placer para siempre»—y de reconocer que tenía mentalidad científica, llega a esta afirmación: «Don Quijote y su autor, si no fueron católicos militantes, tuvieron caridad cristiana». Lo fueron y la tuvieron.

En *Don Quijote* «hay la misteriosa incertidumbre de la vida real» y «Cervantes lo escribió evidentemente en un raptó de furor poético», pone en otra parte, mostrando que el Manchego se transforma cada vez más «hasta que se trueca en algo como un Santo».

La transformación indudable que se observa en el Hidalgo, la progresión de sus ímpetus, el perfeccionamiento de su estilo moral, la constante superación de sí mismo, pueden compararse al fenómeno físico-moral del crecimiento. Aquí se muestra de cómo *Don Quijote* es hijo de Cervantes y de cómo se vitaliza por sí, con independencia de su creador, dejando de ser personaje o héroe de una ficción genial para convertirse en ser vivo, con la particularidad de que a medida que crece se eterniza, en tanto su creador estuvo sujeto a la inexorable ley que preside la marcha de toda humana creatura.

Volvamos a Nicolai. Para éste, Cervantes «era él mismo

un caballero andante que luchaba por la más hermosa doncella que hay en el mundo: por la libertad espiritual». Piensa, y piensa bien, que fué un exponente genuino del espíritu libertador del Renacimiento, y que por el hecho de haber llegado su libro no sólo a mano de los doctos sino de todo el mundo, contribuyó mucho al advenimiento de los tiempos modernos. «Aunque no todos comprenden claramente el profundo sentido de *Don Quijote*, sentirán todos, por asociaciones inconscientes, como ya he expuesto, al hombre que está detrás de la obra, al hombre sano y fuerte, enemigo de todo oscurantismo y de toda superstición, y amigo de un concepto natural, o lo que es lo mismo, científico de la vida. Pues estos vientos corren por el libro: se siente que no saca su fuerza de un doctrinarismo escolástico o de cualquiera otra índole, sino, como Anteo, de la tierra y de la vida misma. Lo que su contemporáneo Galilei había hecho para la ciencia, Cervantes lo hizo para la literatura: la entregó de nuevo a un razonable naturalismo, dejando las imágenes artificiales y volviendo a la vida real y a los hombres tal cual son». Para el sabio alemán, y es éste el más preciso homenaje alemán que yo conozca, (similar en cierto modo a la expresión de Maculay sobre Shakespeare), Cervantes continuará en pie, «tan glorioso como el primer día de su gloria», «hasta que se olvide la cultura de Europa».

Los rusos han amado también a los dos Hidalgos. Y no es que operen en ellos esas similitudes, más aparentes que reales, entre los eslavos y los españoles, en cuya anotación se complacen algunos ensayistas, engañados por afinidades musicales y de orden estético, acaso también por cierta común proclividad a subestimar el valor de la vida.

Dice Turguenev, escritor que fué de los más cercanos a la mentalidad latina: «Es Don Quijote, sobre todo, el emblema de la fe, de la fe en algo eterno, inmutable, de la fe en la verdad superior al individuo, de la verdad que no se revela a él fácilmente, que exige culto y sacrificio, y no se entrega sino después de larga lucha y de una abnegación ilímite».

Dostoiewsky, el más eslavo entre los grandes de Rusia, llámalo el libro «más grande y triste de cuantos ha creado el genio de los hombres». ¿Triste? Triste y alegre, como la vida.

«En todo el mundo, anota el autor de *Los Hermanos Karámasov*, no hay obra de ficción más sublime y fuerte que ésta.

Representa hasta ahora la suprema y más alta expresión del pensamiento humano, la más amarga ironía que puede formular el hombre, y si se acabase el mundo y alguien preguntase a los mortales: Veamos, ¿qué habéis sacado en limpio de vuestra vida y qué conclusión definitiva habéis deducido de ella?. Podrían los hombres mostrar el *Quijote* y decir: Esta es mi conclusión respecto a la vida...» Palabras hondas.

Agrega aún, insistiendo en el acento: «Este libro, el más triste de todos, no olvidará el hombre llevarlo consigo el día del Juicio Final, y denunciará el más hondo terrible misterio del hombre y de la humanidad en él contenido: que la belleza suprema del hombre, su pureza mayor, su castidad, su lealtad, su valor todo y, finalmente, su más grande talento, consúmense tantas veces, por desgracia, sin haber reportado a la humanidad, provecho alguno». Concepto que invita a meditación. ¿No reportan a la humanidad provecho alguno? Provecho individual, de *élites*, lo hay ciertamente. Pero ¿colectivo? Cuando se piensa en las guerras mundiales de este siglo, todo inclina a reconocer validez a esa amarguísima sentencia. Mas algo se revela en el fondo de nuestro espíritu latino, algo que contradice el pesimismo ruso con expresiones del *Quijote*, algo que emana de la pura y limpia sonrisa de Cervantes. La ironía puede ser fruto del dolor, pero indica siempre la esperanza de superarlo.

Los franceses, que nunca fueron largos para apreciar a los grandes de otros pueblos, no han quedado cortos en el número de ediciones ni en la cuantía del elogio.

Dice Jean Cassou: «Lo tengo por un hombre de mejor compañía que Rabelais, Montaigne y Shakespeare, más gentil hombre, sí, más gentil hombre, más elegante, noble y discreto en el sentido que esta palabra tiene en el español de la época —*discreto*— y que implica todas las delicadezas del corazón y del juicio. Y esa gentilhombría le permite, sin ridículo alguno, mostrarse bueno. Bueno a la perfección. La bondad de Cervantes es el rasgo que en él domina más vivamente. Una bondad fraternal, evangélica, de la cual no hay ninguno de sus personajes que no esté iluminado».

«En un siglo que fué de oro, pero también de sangre, Cervantes ignora, hasta el término de sorprendernos, la violencia, la venganza, los placeres de la dominación y de la crueldad».

«Es una naturaleza angélica», afirma.

Y aun: «Es menester amar a Cervantes, es preciso amar a Don Quijote y Sancho Panza, es preciso acompañar a los tres a través de sus vicisitudes. Han sido los tres, y lo son eternamente, los hombres mejores y más humanos».

* * *

¿Cómo interpretar esta Biblia Civil escrita por Miguel de Cervantes?

El *Quijote* es el espejo de hombres futuros, del hombre en que lo ideal deje de ser aspiración para concretarse en forma de vida. No sólo en norma, sino en forma; es decir, en función vital. El hombre conoce su imperfección, sabe que por un lado van las aspiraciones, las normas de lo que puede ser el recto sendero, el camino que a toda perfección conduce, y por otro los modos corrientes de vida, aquello que determina la flaca naturaleza. El hombre conoce su imperfección, digo, y por eso admira en su esencia moral al Hidalgo, y de ella se cautiva. Espejo es el *Quijote* de hombres que un día serán, de hombres cuya perfección adivinamos a través del ingenio de Cervantes; prefiguración de lo que debe ser nuestra especie. Cervantes supo, porque es lo propio del genio asomarse por encima del arco del tiempo. Supo y de ese saber, de ese prefigurar, de ese querer, Don Quijote brotó como una flor de milagro. Brotó para ser semilla. (*)

(*) Véase: EUGENIO ORREGO VICUÑA: *Historia del Ingenioso Hidalgo Don Miguel de Cervantes*. (Universidad de Chile; un volumen; 1948).

PRIMERA PARTE

PRÓLOGO

Desocupado lector: Sin juramento me podrás creer que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el más hermoso, el más gallardo y más discreto que pudiera imaginarse. Pero no he podido yo contravenir la orden de naturaleza, que en ella cada cosa engendra su semejante. Y así, ¿qué podía engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mío, sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno, bien como quien se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación? El sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espíritu, son grande parte para que las musas más estériles se muestren fecundas y ofrezcan partos al mundo que le colmen de maravilla y de contento. Acontece tener un padre un hijo feo y sin gracia alguna, y el amor que le tiene le pone una venda en los ojos para que no vea sus faltas, antes las juzga por discreciones y lindezas, y las cuenta a sus amigos por agudezas y donaires. Pero yo, que aunque parezco padre, soy padrastro de *Don Quijote*, no quiero irme con la corriente del uso, ni suplicarte casi con las lágrimas en los ojos, como otros hacen, lector carísimo, que perdones o disimules las faltas que en éste mi hijo vieres, pues ni eres su pariente ni su amigo, y tienes tu

alma en tu cuerpo y tu libre albedrío como el más pintado, y estás en tu casa, donde eres señor della, como el Rey de sus alcabalas, y sabes lo que comúnmente se dice, que debajo de mi manto al rey mato. Todo lo cual te exenta y hace libre de todo respeto y obligación, y así, puedes decir de la historia todo aquello que te pareciere, sin temor que te calumnien por el mal, ni te premien por el bien que dijeres della.

Sólo quisiera dártela monda y desnuda, sin el ornato de prólogo, ni de la innumerabilidad y catálogo de los acostumbrados sonetos, epigramas y elogios que al principio de los libros suelen ponerse. Porque te sé decir que, aunque me costó algún trabajo componerla, ninguno tuvo por mayor que hacer esta prefación que vas leyendo. Muchas veces tomé la pluma para escribilla, y muchas la dejé, por no saber lo que escribiría; y estando una suspenso, con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete y la mano en la mejilla, pensando lo que diría, entró a deshora un amigo mío gracioso y bien entendido, el cual, viéndome tan imaginativo, me preguntó la causa, y, no encubriéndosela yo, le dije que pensaba en el prólogo que había de hacer a la historia de Don Quijote, y que me tenía de suerte, que ni quería hacerle, ni menos sacar a luz las hazañas de tan noble caballero. Porque ¿cómo queréis vos que no me tenga confuso el qué dirá el antiguo legislador que llaman vulgo, cuando vea que, al cabo de tantos años como ha que duermo en el silencio del olvido, salgo ahora, con todos mis años a cuestras, con una leyenda seca como un esparto, ajena de invención, menguada de estilo, pobre de concetos y falta de toda erudición y doctrina, sin acotaciones en las márgenes y sin anotaciones en el fin del libro, como veo que están otros libros, aunque sean fabulosos y profanos, tan llenos de sentencias de Aristóteles, de Platón y de toda la caterva de filósofos, que admiran a los leyentes, y tienen a sus autores por hombres leídos, eruditos y elocuentes? ¡Pues qué, cuando citan la divina Escritura! No dirán sino que son unos santos Tomases y otros doctores de la Iglesia, guardando en esto un decoro tan ingenioso, que en un renglón han pintado un enamorado distraído, y en otro hacen un sermoncico cristiano, que es un contento y un regalo oírle o leerle (1). De todo esto ha de carecer mi libro, porque ni tengo qué acotar en el margen, ni qué anotar en el fin, ni menos sé qué autores sigo en él, para ponerlos al

principio, como hacen todos, por las letras del A B C, comenzando en Aristóteles y acabando en Xenefonté y en Zoilo o Zeuxis, aunque fué maldiciente el uno y pintor el otro. También ha de carecer mi libro de sonetos al principio, a lo menos, de sonetos cuyos autores sean duques, marqueses, condes, obispos, damas o poetas celebérrimos; aunque si yo los pidiese a dos o tres oficiales amigos, yo sé que me los darían, y tales, que no les igualasen los de aquellos que tienen más nombre en nuestra España.

En fin, señor y amigo mío, proseguí, yo determino que el señor Don Quijote se quede sepultado en sus archivos en la Mancha, hasta que el cielo depare quien le adorne de tantas cosas como le faltan; porque yo me hallo incapaz de remediarlas, por mi insuficiencia y pocas letras, y porque naturalmente soy poltrón y perezoso de andarme buscando autores que digan lo que yo me sé decir sin ellos. De aquí nace la suspensión y elevamiento en que me hallastes: bastante causa para ponerme en ella la que de mí habéis oído. Oyendo lo cual mi amigo, dándose una palmada en la frente y disparando en una larga risa, me dijo: Por Dios, hermano, que ahora me acabo de desengañar de un engaño en que he estado todo el mucho tiempo que ha que os conozco, en el cual siempre os he tenido por discreto y prudente en todas vuestras acciones. Pero ahora veo que estáis tan lejos de serlo como lo está el cielo de la tierra.

¿Cómo que es posible que cosas de tan poco momento y tan fáciles de remediar, puedan tener fuerzas de suspender y absortar(2) un ingenio tan maduro como el vuestro, y tan hecho a romper y atropellar por otras dificultades mayores? A la fe, esto no nace de falta de habilidad, sino de sobra de pereza y penuria de discurso. ¿Queréis ver si es verdad lo que digo? Pues estadme atento y veréis cómo en un abrir y cerrar de ojos confundo todas vuestras dificultades y remedio todas las faltas que decís que os suspenden y acobardan para dejar de sacar a la luz del mundo la historia de vuestro famoso Don Quijote, luz y espejo de toda la caballería andante. Decid, le repliqué yo, oyendo lo que me decía, ¿de qué modo pensáis llenar el vacío de mi temor y reducir a claridad el caos de mi confusión? A lo cual él dijo: Lo primero en que reparáis de los sonetos, epigramas o elogios que os faltan para el principio, y que sean de personajes graves y de título, se puede remediar

en que vos mismo toméis algún trabajo en hacerlos, y después los podéis bautizar y poner el nombre que quisiéredes, ahijándolos al Preste Juan de las Indias o al Emperador de Trapisonda, de quien yo sé que hay noticia que fueron famosos poetas; y cuando no lo hayan sido, y hubiere algunos pedantes y bachilleres que por detrás os muerdan y murmuren desta verdad, no se os dé dos maravedís, porque ya que os averigüen la mentira, no os han de cortar la mano con que lo escribistes.

En lo de citar en las márgenes los libros y autores de donde sacáredes las sentencias y dichos que pusiéredes en vuestra historia, no hay más sino hacer de manera que vengan a pelo algunas sentencias o latines que vos sepáis de memoria, o, a lo menos, que os cuesten poco trabajo el buscarlos, como será poner, tratando de libertad y cautiverio:

«Non bene pro toto libertas venditur auro».

Y luego, en el margen, citar a Horacio, o a quien lo dijo. Si tratáredes del poder de la muerte, acudid luego con:

*«Pallida mors aequo pulsat pede pauperum tabernas,
Regumque turres» (3).*

Si de la amistad y amor que Dios manda que se tenga a el enemigo, entraos luego al punto por la Escritura Divina, que lo podéis hacer con tantico de curiosidad, y decir las palabras por lo menos del mismo Dios: *Ego autem dico vobis: diligite inimicos vestros* (4). Si tratáredes de malos pensamientos, acudid con el Evangelio: *De corde exeunt cogitationes malae* (5). Si de la inestabilidad de los amigos, ahí está Catón, que os dirá su dístico:

*«Donec eris felix, multos numerabis amicos
Tempora si fuerint nubila, solus eris».*

Y con estos latinicos y otros tales os tendrán siquiera por gramático, que el serlo no es de poca honra y provecho el día de hoy. En lo que toca al poner anotaciones al fin del libro, seguramente lo podéis hacer desta manera: si nombráis algún gigante en vuestro libro, hacelde que sea el gigante Gólfas, y

con sólo esto, que os costará casi nada, tenéis una grande anotación, pues podéis poner: «El gigante Goliás o Goliat fué un filisteo a quien el pastor David mató de una gran pedrada en el valle de Terebinto, según se cuenta en el libro de los Reyes», en el capítulo que vos halláredes que se escribe.

Tras esto, para mostraros hombre erudito en letras humanas y cosmógrafo, haced de modo como en vuestra historia se nombre el río Tajo, y veréisos luego con otra famosa anotación, poniendo: «El río Tajo fué así dicho por un rey de las Españas; tiene su nacimiento en tal lugar y muere en el mar Océano, besando los muros de la famosa ciudad de Lisboa, y es opinión que tiene las arenas de oro», etc. Si tratáredes de ladrones, yo os daré la historia de Caco, que la sé de coro; si de mujeres rámeras, ahí está el obispo de Mondoñedo, que os prestará a Lamia, Laida y Flora, cuya anotación os dará gran crédito; si de crueles, Ovidio os entregará a Medea; si de encantadoras y hechiceras, Homero tiene a Calipso, y Virgilio a Circe; si de capitanes valerosos, el mismo Julio César os prestará a sí mismo en sus *Comentarios*, y Plutarco (6) os dará mil Alejandros. Si tratáredes de amores, con dos onzas que sepáis de la lengua toscana, toparéis con León Hebreo, que os hinchá las medidas: y si no queréis andaros por tierras extrañas, en vuestra casa tenéis a Fonseca, *Del amor de Dios*, donde se cifra todo lo que vos y el más ingenioso acertare a desear en tal materia. En resolución, no hay más sino que vos procuréis nombrar estos nombres, o tocar estas historias en la vuestra que aquí he dicho, y dejadme a mí el cargo de poner las anotaciones y acotaciones, que yo os voto a tal de llenaros las márgenes y de gastar cuatro pliegos en el fin del libro.

Vengamos ahora a la citación de los autores que los otros libros tienen, que en el vuestro os faltan. El remedio que esto tiene es muy fácil, porque no habéis de hacer otra cosa que buscar un sitio que los acote todos, desde la A hasta la Z, como vos decís. Pues este mismo abecedario pondréis vos en vuestro libro; que puesto que a la clara se vea la mentira, por la poca necesidad que vos teniades de aprovecharos dellos, no importa nada; y quizá alguno habrá tan simple que crea que de todos os habéis aprovechado en la simple y sencilla historia vuestra. Y cuando no sirva de otra cosa, por lo menos servirá aquel largo Catálogo de autores a dar de improviso autoridad

al libro. Y más, que no habrá quien se ponga a averiguar si lo seguistes o no lo seguistes, no yéndole nada en ello. Cuanto más, que si bien caigo en la cuenta, este vuestro libro no tiene necesidad de ninguna cosa de aquellas que vos decís que le faltan, porque todo él es una invectiva contra los libros de caballerías, de quien nunca se acordó Aristóteles, ni dijo nada San Basilio, ni alcanzó Cicerón; ni caen debajo de la cuenta de sus fabulosos disparates las puntualidades de la verdad, ni las observaciones de la astrología; ni le son de importancia las medidas geométricas; ni la confutación de los argumentos de quien se sirve la retórica; ni tiene para qué predicar a ninguno, mezclando lo humano con lo divino, que es un género de mezcla (7) de quien no se ha de vestir ningún cristiano entendimiento. Sólo tiene que aprovecharse de la imitación en lo que fuere escribiendo; que cuanto ella fuere más perfecta, tanto mejor será lo que se escribiere. Y pues esta vuestra escritura no mira más que a deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballerías, no hay para que andéis mendigando sentencias de filósofos, consejos de la Divina Escritura, fábulas de poetas, oraciones de retóricos, milagros de santos, sino procurar que a la llana, con palabras significantes, honestas y bien colocadas, salga vuestra oración y período sonoro y festivo, pintando, en todo lo que alcanzáredes y fuere posible, vuestra intención, dando a entender vuestros conceptos, sin intrincarlos y escurecerlos. Procurad, también, que leyendo vuestra historia el melancólico se mueva a risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invención, el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla. En efecto, llevad la mira puesta a derribar la máquina mal fundada destes caballerescos libros, aborrecidos de tantos y alabados de muchos más, que si esto alcanzáredes, no habríades alcanzado poco. Con silencio grande estuve escuchando lo que mi amigo me decía, y de tal manera se imprimieron en mí sus razones, que, sin ponerlas en disputa, las aprobé por buenas, y dellas mismas quise hacer este prólogo, en el cual verás, lector suave, la discreción de mi amigo, la buena ventura mía en hallar en tiempo tan necesitado tal consejero, y el alivio tuyo en hallar tan sincera y tan sin revueltas la historia del famoso Don Quijote de la Mancha, de quien hay opinión por todos los habitantes del distrito del campo de Mon-

tiel, que fué el más casto enamorado y el más valiente caballero que de muchos años a esta parte se vió en aquellos contornos. Yo no quiero encarecerte el servicio que te hago en darte a conocer tan notable y tan honrado caballero; pero quiero que me agradezcas el conocimiento que tendrás del famoso Sancho Panza, su escudero, en quien, a mi parecer, te doy cifradas todas las gracias escudriles que en la caterva de los libros vanos de caballerías están esparcidas. Y con esto, Dios te dé salud, y a mí no olvide. VALE.

I

Que trata de la condición y ejercicio del famoso hidalgo Don Quijote de la Mancha

En un lugar de la Mancha (8), de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lentejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos; consumían las tres partes de su hacienda. El resto della concluían sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas, con sus pantuflos de lo mismo, y los días de entresemana se honraba con su vellorí de lo más fino. Tenía en su casa una ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba a los veinte, y un mozo de campo y plaza, que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años: era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir que tenía el sobrenombre de Quijada o Quesada, que en esto hay alguna diferencia entre los autores que deste caso escriben, aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llamaba Quesana. Pero esto importa poco a nuestro cuento: basta que en la narración dél no se salga un punto de la verdad. Es, pues, de saber que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso (que eran los más del año) se daba a leer libros de caballerías con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administración de su hacienda; y llegó

a tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en que leer, y así llevó a su casa todos cuantos pudo haber dellos, y de todos ningunos le parecían tan bien como los que compuso el famoso Feliciano de Silva; porque la claridad de su prosa y aquellas enricadas razones suyas le parecían de perlas, y más cuando llegaba a leer aquellos requiebros y cartas de desafíos, donde en muchas partes hallaba escrito: «la razón de la sinrazón que a mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra fermosura». Y también cuando leía: «los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican, y os hacen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza». Con estas razones perdía el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara ni las entendiera el mismo Aristóteles, si resucitara para sólo ello. No estaba muy bien con las heridas que don Belianis daba y recibía, porque se imaginaba que por grandes maestros que le hubiesen curado no dejaría de tener el rostro y todo el cuerpo lleno de cicatrices y señales. Pero, con todo, alababa en su autor aquel acabar su libro con la promesa de aquella inacabable aventura, y muchas veces le vino deseo de tomar la pluma y dalle fin al pie de la letra como allí se promete; y sin duda alguna lo hiciera y aun saliera con ello, si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estorbaran. Tuvo muchas veces competencia con el cura de su lugar (que era hombre docto, graduado en Sigüenza) sobre cuál había sido mejor caballero: Palmerín de Inglaterra o Amadís de Gaula; mas maese Nicolás, barbero del mismo pueblo, decía que ninguno llegaba al Caballero del Febo, y que si alguno se le podía comparar era don Galaor, hermano de Amadís de Gaula, porque tenía muy acomodada condición para todo; que no era caballero melindroso, ni tan llorón como su hermano, y que en lo de valentía no le iba en zaga. En resolución, él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y dispa-

rates imposibles. Y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo. Decía él que el Cid Ruy Díaz había sido muy buen caballero, pero que no tenía que ver con el Caballero de la Ardiente Espada, que de sólo un revés había partido por medio dos fieros y descomunales gigantes. Mejor estaba con Bernardo del Carpio, porque en Roncesvalles había muerto a Roldán el encantado, valiéndose de la industria de Hércules cuando ahogó a Anteón, el hijo de la Tierra, entre los brazos. Decía mucho bien del gigante Morgante, porque con ser de aquella generación gigantea, que todos son soberbios y descomedidos, él sólo era afable y bien criado. Pero sobre todos estaba bien con Reinaldos de Montalván, y más cuando le veía salir de su castillo, y robar cuantos topaba, y cuando en allende robó aquel ídolo de Mahoma, que era todo de oro, según dice su historia. Diera él, por dar una mano de coces al traidor de Galalón, al ama que tenía y aun a su sobrina de añadidura. En efecto, rematado ya su juicio, vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dió loco en el mundo, y fué que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante, y irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras, y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros, donde acabándolos cobrase eterno nombre y fama. Imaginábase el pobre ya coronado por el valor de su brazo, por lo menos del imperio de Trapisonda: y así con estos tan agradables pensamientos, llevado del extraño gusto que en ellos sentía, se dió prisa a poner en efeto lo que deseaba. Y lo primero que hizo, fué limpiar unas armas que habían sido de sus bisagüelos, que tomadas de orín y llenas de mohó, luengos siglos había que estaban puestas y olvidadas en un rincón. Limpiólas y aderezólas lo mejor que pudo; pero vió que tenían una gran falta, y era que no tenían celada de encaje, sino morrión simple: más a esto suplió su industria, porque de cartones hizo un modo de media celada, que, encajada con el morrión, hacía una apariencia de celada entera. Es verdad que para probar si era fuerte y podía estar al riesgo de una cuchillada, sacó su espada

y le dió dos golpes, y con el primero y en un punto deshizo lo que había hecho en una semana; y no dejó de parecerle mal la facilidad con que la había hecho pedazos, y, por asegurarse deste peligro, la tornó a hacer de nuevo, poniéndole unas barras de hierro por de dentro, de tal manera que él quedó satisfecho de su fortaleza y, sin querer hacer nueva experiencia della, la diputó y tuvo por celada finísima de encaje. Fué luego a ver a su rocín, y aunque tenía más cuartos que un real, y más tachas que el caballo de Gonelá, que *tantum pellis et ossa fuit* (9), le pareció que ni el Bucéfalo de Alejandro, ni Babieca el del Cid, con él se igualaban. Cuatro días se le pasaron en imaginar qué nombre le pondría, porque (según se decía él a sí mismo) no era razón que caballo de caballero tan famoso, y tan bueno él por sí, estuviese sin nombre conocido; y así procuraba acomodársele de manera, que declarase quién había sido antes que fuese de caballero andante, y lo que era entonces; pues estaba muy puesto en razón que, mudando su señor estado, mudase él también el nombre, y le cobrase famoso y de estruendo, como convenía a la nueva orden y al nuevo ejercicio que ya profesaba; y así después de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó a hacer en su memoria e imaginación, al fin le vino a llamar Rocinante, nombre a su parecer alto, sonoro y significativo de lo que había sido cuando fué rocín, antes de lo que ahora era, que era antes y primero de todos los rocines del mundo. Puesto nombre y tan a su gusto a su caballo, quiso ponérsele a sí mismo, y en este pensamiento duró otros ocho días, y al cabo se vino a llamar Don Quijote: de donde, como queda dicho, tomaron ocasión los autores de esta tan verdadera historia, que sin duda se debía llamar Quijada, y no Quesada, como otros quisieron decir. Pero, acordándose que el valeroso Amadís no sólo se había contentado con llamarse Amadís a secas, sino que añadió el nombre de su reino y patria por hacerla famosa, y se llamó Amadís de Gaula, así quiso como buen caballero añadir al suyo el nombre de la suya, y llamarse Don Quijote de la Mancha (10), con que, a su parecer, declaraba muy al vivo su linaje y patria, y la honraba con tomar el sobrenombre della. Limpias pues sus armas, hecho del morrión celada, puesto nombre a su rocín, y confirmándose a sí mismo, se dió a entender que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse; porque el caballero andante sin

amores era árbol sin hojas y sin fruto, y cuerpo sin alma. Decíase él: Si yo, por malos de mis pecados, o por mi buena suerte, me encuentro por ahí con algún gigante, como de ordinario les acontece a los caballeros andantes, y le derribo de un encuentro, o le parto por mitad del cuerpo, o finalmente le venzo y le rindo, ¿no será bien tener a quién enviarle presentado, y que entre y se hinque de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humilde y rendida: Yo, señora, soy el gigante Caraculíambro, señor de la ínsula Malindrania, a quien venció en singular batalla el jamás como se debè alabado caballero Don Quijote de la Mancha, el cual me mandó que me presentase ante la vuestra merced para que la vuestra grandeza disponga de mí a su talante? ¡Oh, cómo se holgó nuestro buen caballero cuando hubo hecho este discurso, y más cuando halló a quien dar nombre de su dama! Y fué, a lo que se cree, que en un lugar cerca del suyo había una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado (aunque, según se entiende, ella jamás lo supo ni se dió cata dello). Llamábase Aldonza Lorenzo, y a ésta le pareció bien darle título de señora de sus pensamientos; y buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo, y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, vino a llamarla Dulcinea del Toboso (11), porque era natural del Toboso; nombre a su parecer músico y peregrino, y significativo, como todos los demás que a él y a sus cosas había puesto. (*Capítulo I*).

II

Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso Don Quijote

Hechas pues estas prevenciones, no quiso aguardar más tiempo a poner en efecto su pensamiento, apretándole a ello la falta que él pensaba que hacía en el mundo su tardanza, según eran los agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, y abusos que mejorar, y deudas que satisfacer. Y así, sin dar parte a persona alguna de su intención, y sin que nadie le viese, una mañana antes del día, que era uno de los calurosos del mes de julio, se armó de

todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su adarga, tomó su lanza y por la puerta falsa de un corral salió al campo, con grandísimo contento y alborozo de ver con cuánta facilidad había dado principio a su buen deseo. Mas apenas se vió en el campo, cuando le asaltó un pensamiento terrible, y tal que por poco le hiciera dejar la comenzada empresa, y fué que le vino a la memoria que no era armado caballero y que, conforme a la ley de caballería, ni podía ni debía tomar armas con ningún caballero; y puesto que lo fuera, había de llevar armas blancas, como novel caballero, sin empresa en el escudo, hasta que por su esfuerzo la ganase. Estos pensamientos le hicieron titubear en su propósito; mas, pudiendo más su locura que otra razón alguna, propuso de hacerse armar caballero del primero que topase, a imitación de otros muchos que así lo hicieron, según él había leído en los libros que tal le tenían. En lo de las armas blancas pensaba limpiarlas de manera, en teniendo lugar, que lo fuesen más que un armiño; y con esto se quietó y prosiguió su camino, sin llevar otro que aquel que su caballo quería, creyendo que en aquello consistía la fuerza de las aventuras. Yendo pues caminando nuestro flamante aventurero, iba hablando consigo mismo y diciendo: ¿Quién duda sino que en los venideros tiempos, cuando salga a luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiere no ponga, cuando llegue a contar esta mi primera salida tan de mañana, desta manera?: «Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus arpadas lenguas habían saludado con dulce y meliflua armonía la venida de la rosada aurora, que, dejando la blanda cama del celoso marido, por las puertas y balcones del manchego horizonte a los mortales se mostraba, cuando el famoso caballero Don Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante y comenzó a caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel» (y era la verdad que por él caminaba). Y añadió diciendo: Dichosa edad y siglo dichoso aquel adonde saldrán a luz las famosas hazañas mías, dignas de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas, para memoria de lo futuro. ¡Oh tú, sabio encantador, quienquiera que seas, a quien ha de to-

car el ser coronista desta peregrina historia! Ruégote que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mío en todos mis caminos y carreras. Luego volvía diciendo, como si verdaderamente fuera enamorado: ¡Oh princesa Dulcinea, señora deste cautivo corazón! Mucho agravio me habedes fecho en despedirme y reprocharme con el riguroso afincamiento de mandarme no parecer ante la vuestra ferrosura. Plégaos, señora, de mémbraros deste vuestro sujeto corazón que tantas cuitas por vuestro amor padece. Con éstos iba ensartando otros disparates, todos al modo de los que sus libros le habían enseñado, imitando en cuanto podía su lenguaje: y con esto caminaba tan despacio, y el sol entraba tan apriesa y con tanto ardor, que fuera bastante a derretirle los sesos, si algunos tuviera. Casi todo aquel día caminó sin acontecerle cosa que de contar fuese, de lo cual se desesperaba, porque quisiera topar luego con quien hacer experiencia del valor de su fuerte brazo. Autores hay que dicen que la primera aventura que le avino fué la del Puerto Lápice, otros dicen que la de los molinos de viento; pero lo que yo he podido averiguar en este caso, y lo que he hallado escrito en los anales de la Mancha, es que él anduvo todo aquel día, y al anochecer su rocín y él se hallaron cansados y muertos de hambre; y que, mirando a todas partes por ver si descubría algún castillo o alguna majada de pastores donde recogerse, y adonde pudiese remediar su mucha necesidad, vió no lejos del camino por donde iba una venta, que fué como si viera una estrella que no a los portales, sino a los alcázares de su redención le encaminaba. Dióse priesa a caminar y llegó a ella a tiempo que anohecia. Estaban acaso a la puerta dos mujeres mozas, destas que llaman del partido, las cuales iban a Sevilla con unos arrieros que en la venta aquella noche acertaron a hacer jornada; y como a nuestro aventurero todo cuanto pensaba, veía o imaginaba le parecia ser hecho y pasar al modo de lo que había leído, luego que vió la venta se le representó que era un castillo con sus cuatro torres y chapiteles de luciente plata, sin faltarle su puente levadiza y honda cava, con todos aquellos adherentes que semejantes castillos se pintan. Fuese llegando a la venta, que a él le parecia castillo, y a poco trecho della detuvo las riendas a Rocinante, esperando que algún enano se pusiese entre las almenas a dar señal con alguna trompeta de que llegaba caballero al castillo. Pero como

vió que se tardaban, y que Rocinante se daba priesa para llegar a la caballeriza, se llegó a la puerta de la venta, y vió a las dos distraídas mozas que ahí estaban, que a él le parecieron dos hermosas doncellas o dos graciosas damas, que delante de la puerta del castillo se estaban solazando. En esto sucedió acaso que un porquero andaba recogiendo de unos rastros una manada de puercos (que sin perdón así se llaman), tocó un cuerno, a cuya señal ellos se recogen, y al instante se le representó a don Quijote lo que deseaba, que era que algún enano hacía señal de su venida, y así con extraño contento llegó a la venta y a las damas, las cuales, como vieron venir a un hombre de aquella suerte armado, y con lanza y adarga, llenas de miedo se iban a entrar en la venta; pero Don Quijote, coligiendo por su huída su miedo, alzándose la visera de papelón, y descubriendo su seco y polvoroso rostro, con gentil talante y voz reposada les dijo:

—Non fuyan las vuestras mercedes, nin teman desaguisado alguno, ca a la orden de caballería que profeso non toca ni atañe facerle a ninguno, cuanto más a tan altas doncellas como vuestras presencias demuestran.

Mirábanle las mozas, y andaban con los ojos buscándole el rostro que la mala visera le encubría: mas como se oyeron llamar doncellas, cosa tan fuera de su profesión, no pudieron tener la risa, y fué de manera que Don Quijote vino a correrse, y a decirles:

—Bien parece la mesura en las fermosas, y es mucha sandez además la risa que de leve causa procède: però non vos lo digo porque os acutedes ni mostredes mal talante, que el mío non es de al que de serviros.

El lenguaje, no entendido de las señoras, y el mal talle de nuestro caballero, acrecentaban en ellas la risa y en él el enojo, y pasara muy adelante, si a aquel punto no saliera el ventero, hombre que por ser muy gordo era muy pacífico, el cual, viendo aquella figura contrahecha, armada de armas tan desiguales, como eran la brida, lanza, adarga y coselete, no estuvo en nada en acompañar a las doncellas en las muestras de su contento. Mas, en efeto, temiendo la máquina de tantos pertrechos, determinó de hablarle comedidamente, y así le dijo:

—Si vuestra merced, señor caballero, busca posada, amén

del lecho (porque en esta venta no hay ninguno) todo lo demás se hallará en ella en mucha abundancia.

Viendo Don Quijote la humildad del alcaide de la fortaleza, que tal le pareció a él el ventero y la venta, respondió:

—Para mí, señor castellano, cualquiera cosa basta, porque mis arreos son las armas, mi descanso el pelear, etc.

Pensó el huésped que el haberle llamado castellano había sido por haberle parecido de los sanos de Castilla (12), aunque él era andaluz y de los de la playa de Sanlúcar, no menos ladrón que Caco, ni menos maleante que estudiante o paje, y así le respondió:

—Según eso, las camas de vuestra merced serán duras peñas, su dormir siempre velar: y siendo así, bien se puede apear con seguridad de hallar en esta choza ocasión y ocasiones para no dormir en todo un año, cuanto más en una noche.

Y diciéndo esto fué a tener del estribo a Don Quijote, el cual se apeó con mucha dificultad y trabajo, como aquel que en todo aquel día no se había desayunado. Dijo luego al huésped que le tuviese mucho cuidado de su caballo, porque era la mejor pieza que comía pan en el mundo. Miróle el ventero, y no le pareció tan bueno como Don Quijote decía, ni aun la mitad; y acomodándole en la caballeriza, volvió a ver lo que su huésped mandaba, al cual estaban desarmando las doncellas, que ya se habían reconciliado con él, las cuales, aunque le habían quitado el peto y el espaldar, jamás supieron ni pudieron desensajarle la gola, ni quitalle la contrahecha celada, que traía atada con unas cintas verdes y era menester cortarlas por no poderse quitar los nudos; mas él no lo quiso consentir en ninguna manera; y así se quedó toda aquella noche con la celada puesta, que era la más graciosa y extraña figura que se pudiera pensar; y al desarmarle, (como él se imaginaba que aquellas traídas y llevadas que le desarmaban eran algunas principales señoras y damas de aquel castillo) les dijo con mucho donaire:

*Nunca fuera caballero
de damas tan bien servido,
como fuera Don Quijote
cuando de su aldea vino:
doncellas curaban dél,
princesas de su rocino,*

o Rocinante, que éste es el nombre, señoras mías, de mi caballo, y Don Quijote de la Mancha el mío: que, puesto que no quisiera descubrirme fasta que las fazañas fechas en vuestro servicio y pro me descubrieran, la fuerza de acomodar al propósito presente este romance viejo de Lanzarote ha sido causa que sepáis mi nombre antes de toda razón; pero tiempo vendrá en que las vuestras señorías me manden y yo obedezca, y el valor de mi brazo descubra el deseo que tengo de servirlos.

Las mozas, que no estaban hechas a oír semejantes retóricas, no respondían palabra; sólo le preguntaron si quería comer alguna cosa.

—Cualquiera yantaría yo,—respondió Don Quijote—porque a lo que entiendo me haría mucho al caso.

A dicha acertó a ser viernes aquel día, y no había en toda la venta sino unas raciones de un pescado, que en Castilla llaman abadejo, y en Andalucía bacallao, y en otras partes curadillo, y en otras truchuela. Preguntáronle si por ventura comería su merced truchuela, que no había otro pescado que darle a comer.

—Como haya muchas truchuelas,—respondió Don Quijote—podrán servir de una trucha; porque eso se me da que me den ocho reales en sencillos que una pieza de a ocho. Cuanto más que podrían ser que fuesen estas truchuelas como la ternera, que es mejor que la vaca, y el cabrito que el cabrón. Pero sea lo que fuere, venga luego, que el trabajo y peso de las armas no se puede llevar sin el gobierno de las tripas.

Pusiéronle la mesa a la puerta de la venta por el fresco, y trujóle el huésped una porción del mal remojado y peor cocido bacallao, y un pan tan negro y mugriento como sus armas; pero era materia de grande risa verle comer, porque como tenía puesta la celada y era alta la babera, no podía poner nada en la boca con sus manos si otro no se lo daba y ponía, y así una de aquellas señoras servía deste menester. Mas al darle de beber no fué posible, ni lo fuera si el ventero no horudara una caña, y puesto el un cabo en la boca, por el otro le iba echando el vino; y todo esto lo recibía en paciencia a trueco de no romper las cintas de la celada. Estando en esto llegó acaso a la venta un castrador de puercos, y así como llegó, sonó su silbato de cañas cuatro o cinco veces, con lo cual acabó de confirmar Don Quijote que estaba en algún famoso castillo, y

qué le servían con música, y que el abadejo eran truchas, el pan candial, y las rameras damas, y el ventero castellano del castillo; y con esto daba por bien empleada su determinación y salida. Mas lo que más le fastidiaba era el no verse armado caballero, por parecerle que no se podría poner legítimamente en aventura alguna sin recibir la orden de caballería. (*Capítulo II*).

III

Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo Don Quijote en armarse caballero

Y así, fatigado deste pensamiento, abrevió su venteril y limitada cena, la cual acabada, llamó al ventero, y encerrándose con él en la caballeriza, se hincó de rodillas ante él, diciéndole:

—No me levantaré jamás de donde estoy, valeroso caballero, fasta que vuestra cortesía me otorgue un don que pedirle quiero, el cual redundará en alabanza vuestra y en pro del género humano.

El ventero, que vió a su huésped a sus pies y oyó semejantes razones, estaba confuso mirándole, sin saber qué hacerse ni decirle, y porfiaba con él que se levantase, y jamás quiso, hasta que le hubo de decir que él le otorgaba el don que le pedía.

—No esperaba yo menos de la gran magnificencia vuestra señor mío,—respondió Don Quijote—; y así os digo que el don que os he pedido y de vuestra liberalidad me ha sido otorgado, es que mañana en aquel día me habéis de armar caballero, y esta noche en la capilla deste vuestro castillo velaré las armas, y mañana, como tengo dicho, se cumplirá lo que tanto deseo, para poder, como se debe, ir por todas las cuatro partes del mundo buscando las aventuras en pro de los menesterosos, como está a cargo de la caballería y de los caballeros andantes, como yo soy, cuyo deseo a semejantes fazañas es inclinado.

El ventero, que, como está dicho, era un poco socarrón y ya tenía algunos barruntos de la falta de juicio de su huésped, acabó de creerlo cuando acabó de oír semejantes razones, y por tener que reír aquella noche, determinó de seguirle el humor; y

así le dijo que andaba muy acertado en lo que deseaba y pedía y que tal prosupuesto era propio y natural de los caballeros tan principales como él parecía y como su gallarda presencia mostraba; y que él, ansimesmo, en los años de su mocedad se había dado a aquel honroso ejercicio, andando por diversas partes del mundo buscando sus aventuras, sin que hubiese dejado los Percheles de Málaga, Islas de Riarán, Compas de Sevilla, Azoguejo de Segovia, la Olivera de Valencia, Rondilla de Granada, Playa de Sanlúcar, Potro de Córdoba y las Ventillas de Toledo, y otras diversas partes (13), donde había ejercitado la ligereza de sus pies y sutileza de sus manos, haciendo muchos tuertos, recuestando muchas viudas, deshaciendo algunas doncellas y engañando a algunos pupilos, y, finalmente, dándose a conocer por cuantas audiencias y tribunales hay en toda España; y que a lo último se había venido a recoger a aquel su castillo, donde vivía con su hacienda y con las ajenas, recogiendo en él a todos los caballeros andantes de cualquier calidad y condición que fuesen, sólo por la mucha afición que les tenía, y porque partiesen con él de sus haberes en pago de su buen deseo. Dijole también que en aquel su castillo no había capilla alguna donde poder velar las armas, porque estaba derribada para hacerla de nuevo; pero que en caso de necesidad él sabía que se podían velar dondequiera, y que aquella noche las podría velar en un patio del castillo; que a la mañana, siendo Dios servido, se harían las debidas ceremonias de manera que él quedase armado caballero, y tan caballero que no pudiese ser más en el mundo. Preguntóle si traía dineros: respondió Don Quijote que no traía blanca, porque él nunca había leído en las historias de los caballeros andantes que ninguno los hubiese traído. A esto dijo el ventero que se engañaba; que puesto caso que en las historias no se escribía por haberles parecido a los autores dellas que no era menester escribir una cosa tan necesaria de traerse, como eran dineros y camisas limpias, no por eso se había de creer que no los trujeron; y así tuviese por cierto y averiguado que todos los caballeros andantes, de que tantos libros están llenos y atestados, llevaban bien herradas las bolsas por lo que pudiese sucederles; y que asimismo llevaban camisas y una arqueta pequeña llena de unguentos para curar las heridas que recibían, porque no todas veces en los campos y desiertos donde se combatían y salían

heridos había quien los curase, si ya no era que tenían algún sabio encantador por amigo, que luego los socorría trayendo por el aire en alguna nube alguna doncella o enano con alguna redoma de agua de tal virtud, que en gustando alguna gota della, luego al punto quedaban sanos de sus llagas y heridas, como si mal alguno hubiesen tenido: mas que en tanto que esto no hubiese, tuvieron los pasados caballeros por cosa acertada que sus escuderos fuesen proveídos de dineros y de otras cosas necesarias, como eran hilas y unguentos para curarse; y cuando sucedía que los tales caballeros no tenían escuderos (que eran pocas y raras veces) ellos mismos lo llevaban todo en unas alforjas muy sutiles que casi no se parecían, a las ancas del caballo, como que era otra cosa de más importancia; porque, no siendo por ocasión semejante, esto de llevar alforjas no fué muy admitido entré los caballeros andantes: y por esto le daba por consejo, pues aun se lo podía mandar como a su ahijado, que tan presto lo había de ser, que no caminase de allí adelante sin dineros y sin las prevenciones referidas, y que vería cuán bien se hallaba con ellas, cuando menos se pensase. Prometióle Don Quijote de hacer lo que se le aconsejaba con toda puntualidad; y así se dió luego orden como velase las armas en un corral grande que a un lado de la venta estaba, y recogiénolas Don Quijote todas, las puso sobre una pila que junto a un pozo estaba, y embrazando su adarga asió de su lanza, y con gestil continente se comenzó a pasear delante de la pila, y cuando comenzó el paseo comenzaba a cerrar la noche. Contó el ventero a todos cuantos estaban en la venta la locura de su huésped, la vela de las armas, y la armazón de caballería que esperaba. Admiráronse de tan extraño género de locura, y fuéronselo a mirar desde lejos, y vieron que con sosegado ademán, unas veces se paseaba; otras, arrimado a su lanza, ponía los ojos en las armas, sin quitarlos por un buen espacio dellas. Acabó de cerrar la noche pero con tanta claridad de la luna que podía competir con el que se la prestaba; de manera que cuanto el novel caballero hacía era bien visto de todos. Antojósele en esto a uno de los arrieros que estaban en la venta ir a dar agua a su recua y fué menester quitar las armas de Don Quijote, que estaban sobre la pila, el cual viéndole llegar, en voz alta le dijo:

—Oh, tú, quien quiera que seas, atrevido caballero, que

llegas a tocar las armas del más valeroso andante que jamás se cñió espada, mira lo que haces, y no las toques, si no quieres dejar la vida en pago de tu atrevimiento.

No se curó el arriero destas razones (y fuera mejor que se curara, porque fuera curarse en salud), antes trabando de las correas las arrojó gran trecho de sí. Lo cual visto por Don Quijote, alzó los ojos al cielo, y puesto el pensamiento (a lo que pareció) en su señora Dulcinea, dijo: Acorredme, señora mía, en esta primera afrenta que a este vuestro avasallado pecho se le ofrece: no me desfallezca en este primero trance vuestro favor y amparo. Y diciendo éstas y otras semejantes razones, soltando la adarga, alzó la lanza a dos manos, y dió con ella tan gran golpe al arriero en la cabeza, que le derribó en el suelo tan maltrecho, que si segundara con otro no tuviera necesidad de maestro que le curara. Hecho esto, tomó sus armas y tornó a pasearse con el mismo reposo que primero. Desde allí a poco, sin saberse lo que había pasado (porque aun estaba aturdido el arriero), llegó otro con la misma intención de dar agua a sus mulos, y llegando a quitar las armas para desembarazar la pila, sin hablar Don Quijote palabra, y sin pedir favor a nadie, soltó otra vez la adarga, y alzó otra vez la lanza, y sin hacerla pedazos, hizo más de tres la cabeza del segundo arriero, porque se la abrió por cuatro. Al ruido acudió toda la gente de la venta y entre ellos el ventero. Viendo esto Don Quijote, embrázó su adarga, y puesta mano a su espada, dijo:

—¡Oh señora de la ferrosura, esfuerzo y vigor del debilitado corazón mío, ahora es tiempo que vuelvas los ojos de tu grandeza a este tu cautivo caballero, que tamaña aventura está atendiendo!

Con esto cobró a su parecer tanto ánimo que si le acometieran todos los arrieros del mundo, no volviera el pie atrás. Los compañeros de los heridos, que tales los vieron, comenzaron desde lejos a llover piedras sobre Don Quijote, el cual lo mejor que podía se reparaba con su adarga, y no se osaba apartar de la pila por no desamparar las armas. El ventero daba voces que le dejasen, porque ya les había dicho como era loco, y que por loco se libraría aunque los matase a todos. También Don Quijote las daba mayores, llamándolos de alevosos y traidores, y que el señor del castillo era un follón y mal nacido caballero, pues de tal manera consentía que se tratasen los an-

dantes caballeros, y que si él hubiere recibido la orden de caballería que él le diera a entender su alevosía; pero de vosotros, soez y baja canalla, no hago caso alguno: tirad, llegad, venid y ofendedme en cuanto pudiéres, que vosotros veréis el pago que lleváis de vuestra sandez y demasía. Decía esto con tanto brío y denuedo, que infundió un terrible temor en los que le acometían; y así por esto como por las persuasiones del ventero, le dejaron de tirar, y él dejó retirar a los heridos, y tornó a la vela de sus armas con la misma quietud y sosiego que primero. No le parecieron bien al ventero las burlas de su huésped, y determinó abreviar y darle la negra orden de caballería luego, antes que otra desgracia sucediese. Y así, llegándose a él, se disculpó de la insolencia que aquella gente baja con él había usado, sin que él supiese cosa alguna; pero que bien castigados quedaban de su atrevimiento. Díjole como ya le había dicho que en aquel castillo no había capilla, y para lo que restaba de hacer tampoco era necesaria: que todo el toque de quedar armado caballero consistía en la pescozada y en el espaldarazo, según él tenía noticia del ceremonial de la orden, y que aquello en mitad de un campo se podía hacer y que ya había cumplido con lo que tocaba al velar de las armas, que con solas dos horas de vela se cumplía, cuanto más que él había estado más de cuatro. Todo se lo creyó Don Quijote, y dijo que él estaba allí pronto para obedecerle, y que concluyese con la mayor brevedad que pudiese; porque si fuese otra vez acometido, y se viese armado caballero, no pensaba dejar persona viva en el castillo, eceto aquellas que él le mandase, a quien por su respeto dejaría. Advertido y medroso desto el castellano, trujo luego un libro donde asentaba la paja y cebada que daba a los arrieros, y con un cabo de vela que le traía un muchacho, y con las dos ya dichas doncellas, se vino adonde Don Quijote estaba, al cual mandó hincar de rodillas, y leyendo en su manual (como que decía alguna oración), en mitad de la leyenda alzó la mano y dióle sobre el cuello un buen golpe y tras él con su misma espada un gentil espaldarazo, siempre murmurando entre dientes como que rezaba. Hecho esto, mandó a una de aquellas damas que le ciñese la espada, lo cual lo hizo con mucha desenvoltura y discreción, porque no fué menester poca para no reventar de risa a cada punto de las ceremonias; pero las proezas que ya habían visto del

novel caballero les tenía la risa a raya. Al ceñirle la espada, dijo la buena señora:

—Dios haga a vuestra merced muy venturoso caballero y le dé ventura en lides.

Don Quijote le preguntó cómo se llamaba, porque él supiese de allí adelante a quién quedaba obligado por la merced recibida, porque pensaba darle alguna parte de la honra que alcanzase por el valor de su brazo. Ella respondió con mucha humildad que se llamaba la Tolosa, y que era hija de un remendón natural de Toledo, que vivía a las tendillas de Sancho Bienaya, y que donde quiera que ella estuviese le serviría y le tendría por señor. Don Quijote le replicó que por su amor le hiciese merced que allí adelante se pusiese don, y se llamase doña Tolosa. Ella se lo prometió y la otra le calzó la espuela, con la cual le pasó casi el mismo coloquio que con la de la espada. Preguntóle su nombre, y dijo que se llamaba la Molinera y que era hija de un honrado molinero de Antequera; a la cual también rogó Don Quijote que se pusiese don, y se llamase doña Molinera, ofreciéndole nuevos servicios y mercedes. Hechas, pues, de galope y apriesa las hasta allí nunca vistas ceremonias, no vió la hora Don Quijote de verse a caballo, y salir buscando las aventuras; y ensillando luego a Rocinante, subió en él, y abrazando a su huésped le dijo cosas tan extrañas, agradeciéndole la merced de haberle armado caballero, que no es posible acertar a referirlas. El ventero, por verle ya fuera de la venta, con no menos retóricas, aunque con más breves palabras, respondió a las suyas, y sin pedirle la costa de la posada, le dejó ir a la buen hora. (*Capítulo III*).

IV

De lo que sucedió a nuestro caballero cuando salió de la venta

La del alba sería cuando Don Quijote salió de la venta, tan contento, tan gallardo, tan alborozado por verse ya armado caballero, que el gozo le reventaba por las cinchas del caballo. Mas viniéndole a la memoria los consejos de su huésped cerca de las prevenciones tan necesarias que había de

llevar consigo, especial la de los dineros y camisas, determinó volver a su casa y acomodarse de todo y de un escudero, haciendo cuenta de recibir a un labrador vecino suyo, que era pobre y con hijos, pero muy apropósito para el oficio escuderial de la caballería. Con este pensamiento guió a Rocinante hacia la aldea, el cual casi conociendo la querencia, con tanta gana comenzó a caminar que parecía que no ponía los pies en el suelo. No había andado mucho, cuando le pareció que a su diestra mano, de la espesura de un bosque que allí estaba; salían unas voces delicadas; como de persona que se quejaba; y apenas las hubo oído, cuando dijo: Gracias doy al cielo por la merced que me hace, pues tan presto me pone ocasiones delante, donde yo pueda cumplir con lo que debo a mi profesión, y donde pueda coger el fruto de mis buenos deseos: estas voces sin duda son de algún menesteroso o menesterosa que ha menester mi favor y ayuda. Y volviendo las riendas, encaminó a Rocinante hacia donde le pareció que las voces salían. Y a pocos pasos que entró por el bosque, vió atada una yegua a una encina, y atado en otra un muchacho, desnudo de medio cuerpo arriba, hasta de edad de quince años, que era el que las voces daba, y no sin causa, porque le estaba dando con una pretina muchos azotes un labrador de buen talle, y cada azote le acompañaba con una reprensión y consejo, porque decía: La lengua queda y los ojos listos. Y el muchacho respondía: No lo haré otra vez, señor mío; por la pasión de Dios, que no lo haré otra vez, y yo prometo de tener de aquí adelante más cuidado con el hato. Y viendo Don Quijote lo que pasaba, con voz airada dijo:

—Descortés caballero, mal parece tomaros con quien defender no se puede: subid sobre vuestro caballo, y tomad vuestra lanza (que también tenía una lanza arrimada a la encina adonde estaba arrendada (14) la yegua) que yo os haré conocer ser de cobardes lo que estáis haciendo.

El labrador, que vió sobre sí aquella figura llena de armas, blandiendo la lanza sobre su rostro, túvose por muerto, y con buenas palabras respondió:

—Señor caballero, este muchacho que estoy castigando es un mi criado que me sirve de guardar una manada de ovejas que tengo en estos contornos, el cual es tan descuidado, que cada día me falta una, y porque castigo su descuido o bella-

quería, dice que lo hago de miserable, por no pagalle la soldada que le debo, y en Dios y en mi ánima que miente.

—¿Miente (15) delante de mí, ruin villano? dijo Don Quijote. Por el sol que nos alumbra que estoy por pasaros de parte a parte con esta lanza: pagadle luego sin más réplica; si no, por el Dios que nos rige, que os concluya y aniquile en este punto: desatadlo luego.

El labrador bajó la cabeza, y sin responder palabra desató a su criado, al cual preguntó Don Quijote que cuánto le debía su amo. El dijo que nueve meses a siete reales cada mes. Hizo la cuenta Don Quijote y halló que montaban sesenta y tres reales, y díjole al labrador que al momento los desembolsase si no quería morir por ello. Respondió el medroso villano que para el paso en que estaba y juramento que había hecho (y aún no había jurado nada) que no eran tantos; porque se le habían de descontar y recibir en cuenta tres pares de zapatos que le había dado, y un real de dos sangrías que le habían hecho estando enfermo.

—Bien está todo eso, replicó Don Quijote; pero quédense los zapatos y las sangrías por los azotes que sin culpa le habéis dado; que si él rompió el cuero de los zapatos que pagastes, vos le habéis rompido el de su cuerpo; y si le sacó el barbero sangre estando enfermo, vos en sanidad se la habéis sacado: así que por esta parte no os debe nada.

—El daño está, señor caballero, en que no tengo aquí dineros: véngase Andrés conmigo a mi casa, que yo se los pagaré un real sobre otro.

—¿Irme yo con él, dijo el muchacho, más? ¡Mal año! No señor, ni por pienso, porque en viéndose solo me desollará como a un San Bartolomé.

—No hará tal, replicó Don Quijote: basta que yo se lo mande para que me tenga respeto, y con que él me lo jure por la ley de caballería que ha recibido, le dejaré ir libre y aseguraré la paga.

—Miré vuestra merced, señor, lo que dice, dijo el muchacho, que este mi amo no es caballero, ni ha recibido orden de caballería alguna; que es Juan Haldúdo el rico, el vecino de Quintanar.

—Importa poco eso, respondió Don Quijote, que Haldudos

puede haber caballeros, cuando más que cada uno es hijo de sus obras.

—Así es verdad, dijo Andrés; pero este mi amo ¿de qué obras es hijo, pues me niega mi soldada y mi sudor y trabajo?

—No niego, hermano Andrés, respondió el labrador, y hacedme placer de veniros conmigo, que yo juro por todas las órdenes que de caballería hay en el mundo, de pagaros como tengo dicho un real sobre otro, y aun sahumados.

—Del sahumero os hago gracia, dijo Don Quijote, dádselos en reales, que con eso me contento; y mirad que lo cumpláis como lo habéis jurado: si no, por el mismo juramento os juro de volver a buscaros y a castigaros, y que os tengo de hallar, aunque os escondáis más que una lagartija. Y si queréis saber quién os manda esto, para quedar con más veras obligado a cumplirlo, sabed que yo soy el valeroso Don Quijote de la Mancha, el desfacedor de agravios y sinrazones; y a Dios quedad, y no se os parta de las mientes lo prometido y jurado, so pena de la pena pronunciada. Y en diciendo esto, picó a su Rocinante, y en breve espacio se apartó dellos. Siguióle el labrador con los ojos, y cuando vió que había traspuesto del bosque y que ya no parecía, volvióse a su criado Andrés, y díjole:

—Venid acá hijo mío, que os quiero pagar lo que os debo, como aquel desfacedor de agravios me dejó mandado.

—Eso juro yo, dijo Andrés, y como que andaré vuestra merced acertado en cumplir el mandamiento de aquel buen caballero, que mil años viva, que, según es de valeroso y buen juez, vive Roque, que si no me pagáis, que vuelva y ejecute lo que dijo.

—También lo juro yo, dijo el labrador; pero por lo mucho que os quiero, quiero acrecentar la deuda por acrecentar la paga. Y asiéndole del brazo le tornó a atar a la encina, donde le dió tantos azotes que lo dejó por muerto. Llamad señor Andrés, ahora, decía el labrador, al desfacedor de agravios; veréis cómo no desfaze aqueste, aunque creo que no está acabado de hacer, porque me viene gana de desollaros vivo, como vos temíades. Pero al fin le desató y le dió licencia que fuese a buscar a su juez, para que ejecutase la pronunciada sentencia. Andrés se partió algo mohino, jurando de ir a buscar al

valeroso Don Quijote de la Mancha, y contalle punto por punto lo que le había pasado, y que se lo había de pagar con las setenas; pero con todo esto él se partió llorando y su amo se quedó riendo: y desta manera deshizo el agravio el valeroso Don Quijote; el cual, contentísimo de lo sucedido, pareciéndole que había dado felicísimo y alto principio a sus caballerías, con gran satisfacción de sí mismo iba caminando hacia su aldea, diciendo a media voz:

—Bien te puedes llamar dichosa sobre cuantas hoy viven sobre la tierra, oh sobre las bellas bella Dulcinea del Toboso, pues te cupo en suerte tener sujeto y rendido a toda tu voluntad y talante a un tan valiente y tan nombrado caballero como lo es y será Don Quijote de la Mancha, el cual, como todo el mundo sabe, ayer rescibió la orden de caballería y hoy ha desfecho el mayor tuerto y agravio que formó la sinrazón y cometió la crueldad: hoy quitó el látigo de la mano a aquel desapiadado enemigo, que tan sin ocasión vapulaba a aquel delicado infante.

En esto llegó a un camino que en cuatro se dividía, y luego se le vino a la imaginación las encrucijadas donde los caballeros andantes se ponían a pensar cuál camino tomarían: y por imitarlos estuvo un rato quedo; y al cabo de haberlo muy bien pensado, soltó la rienda a Rocinante, dejando a la voluntad del rocín la suya, el cual siguió su primer intento, que fué el irse camino de su caballeriza. Y habiendo andado como dos millas, descubrió Don Quijote un gran tropel de gente, que, como después se supo, eran unos mercaderes toledanos que iban a comprar seda a Murcia. Eran seis y venían con sus quitasoles, con otros cuatros criados a caballo y tres mozos de mulas a pie. Apenas los divisó Don Quijote, cuando se imaginó ser cosa de nueva aventura, y por imitar en todo cuanto a él le parecía posible los pasos que había leído en sus libros, le pareció venir allí de molde uno que pensaba hacer: y así con gentil continente y denuedo se afirmó bien en los estribos, apretó la lanza, llegó la adarga al pecho, y puesto en la mitad del camino estuvo esperando que aquellos caballeros andantes llegasen, que ya él por tales los tenía y juzgaba, y cuando llegaron a trecho que se pudieron ver y oír, levantó Don Quijote la voz y con ademan arrogante dijo:

—Todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confiesa

que no hay en el mundo todo doncella más hermosa que la Emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso.

Paráronse los mercaderes al son de estas razones, y a ver la extraña figura del que las decía, y por la figura y por ellas luego echaron de ver la locura de su dueño; mas quisieron ver despacio en qué paraba aquella confesión que se les pedía; y uno de ellos, que era un poco burlón y muy mucho discreto, le dijo:

—Señor caballero, nosotros no conocemos quién es esa buena señora que decís; mostrádnosla, que si ella fuere de tanta hermosura como significáis, de buena gana y sin apremio alguno confesaremos la verdad que por parte vuestra nos es pedida.

—Si os la mostrara, replicó Don Quijote, ¿qué hiciérades vosotros en confesar una verdad tan notoria? La importancia está en que sin verla lo habéis de creer, confesar, afirmar, jurar y defender: donde no, conmigo sois en batalla, gente descomunal y soberbia; que ahora vengáis uno a uno como pide la orden de caballería, ora todos juntos como es costumbre y mala usanza de los de vuestra ralea, aquí os aguardo y espero, confiado en la razón que de mi parte tengo.

—Señor caballero, replicó el mercader, suplico a vuestra merced, en nombre de todos estos príncipes que aquí estamos, que porque no encarguemos nuestras conciencias confesando una cosa por nosotros jamás vista ni oída, y más siendo tan en perjuicio de las emperatrices y reinas del Alcarria y Extremadura, que vuestra merced sea servido de mostrarnos algún retrato de esa señora, aunque sea tamaño como un grano de trigo, que por el hilo se sacará el ovillo, y quedaremos con esto satisfechos y seguros, y vuestra merced quedará contento y pagado. Y aun creo que estamos ya tan de su parte, que aunque su retrato nos muestre que es tuerta de un ojo y que del otro le mana bermellón y piedra azufre, con todo eso, por complacer a vuestra merced, diremos en su favor todo lo que quisiere.

—No le mana, canalla infame, respondió Don Quijote encendido en cólera, no le mana, digo, eso que decís, sino ámbar y algalia entre algodones, y no es tuerta ni corcovada, sino más derecha que un huso de Guadarrama; pero vosotros pagaréis la grande blasfemia que habéis dicho contra tamaña beldad como es la de mi señora.

Y en diciendo esto, arremetió con la lanza baja al que lo había dicho, con tanta furia y enojo, que si la buena suerte no hiciera que en la mitad del camino tropezara y cayera Rocinante, lo pasara mal el atrevido mercader. Cayó Rocinante, y fué rodando su amo una buena pieza por el campo, y queriéndose levantar jamás pudo: tal embarazo le causaban la lanza, adarga, espuelas y celada con el peso de las antiguas armas. Y entre tanto que pugnaba por levantarse, y no podía, estaba diciendo: Non fuyáis, gente cobarde; gente cautiva, atended, que no por culpa mía, sino de mi caballo, estoy aquí tendido. Un mozo de mulas de los que allí venían, que no debía ser muy bien intencionado, oyendo decir al pobre caído tantas arrogancias, no lo pudo sufrir sin darle la respuesta en las costillas. Y llegándose a él, tomó la lanza, y después de haberla hecho pedazos, con uno dellos comenzó a dar a nuestro Don Quijote tantos palos, que a despecho y pesar de sus armas le molió como cibera. Dábanle voces sus amos que no le diese tanto, y que le dejase; pero estaba ya el mozo picado, y no quiso dejar el juego hasta envidar todo el resto de su cólera, y acudiendo por los demás trozos de la lanza, los acabó de deshacer sobre el miserable caído, que con toda aquella tempestad de palos que sobre él llovía, no cerraba la boca, amenazando al cielo y a la tierra y a los malandrines, que tal le parecían. Cansóse el mozo, y los mercaderes siguieron su camino, llevando que contar en todo él del pobre apaleado. El cual, después que se vió solo, tornó a probar si podría levantarse; pero si no lo pudo hacer cuando sano y bueno, ¿cómo lo haría molido y casi deshecho? Y aun se tenía por dichoso, pareciéndole que aquélla era propia desgracia de caballeros andantes y toda la atribuía a la falta de su caballo; y no era posible levantarse, según tenía brumado todo el cuerpo. (16). (*Capítulo IV*).

V

Del donoso y grande escrutinio que el Cura y el Barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo.

El cual aun todavía dormía. Pidió las llaves a la Sobrina, del aposento donde estaban los libros autore del daño, y ella

se las dió de muy buena gana. Entraron dentro todos y la Ama con ellos, y hallaron más de cien cuerpos de libros grandes muy bien encuadernados y otros pequeños; y así como el Ama los vió, volvióse a salir del aposento con gran priesa, y tornó luego con una escudilla de agua bendita y un hisopo, y dijo:

—Tome vuestra merced, señor licenciado; rocíe este aposento, no esté aquí algún encantador de los muchos que tienen estos libros, y nos encanten en pena de la que les queremos dar, echándolos del mundo.

Causó risa al licenciado la simplicidad del Ama, y mandó al Barbero que le fuese dando de aquellos libros uno a uno para ver de qué trataban, pues podía ser hallar algunos que no mereciesen castigo de fuego.

—No, dijo la Sobrina, no hay para qué perdonar a ninguno, porque todos han sido los dañadores: mejor será arrojallos por la ventana al patio, y hacer un rímero dellos y pegarles fuego, y si no llevarlos al corral, y allí se hará la hoguera y no ofenderá el humo.

Lo mismo dijo el Ama: tal era la gana que las dos tenían de la muerte de aquellos inocentes; mas el Cura no vino en ello sin primero leer siquiera los títulos. Y el primero que maese Nicolás le dió en las manos, fué los cuatro de *Amadís de Gaula*, y dijo el Cura:

—Parece cosa de misterio ésta, porque, según he oído decir, este libro fué el primero de caballerías que se imprimió en España, y todos los demás han tomado principio y origen deste, y así me parece que como a dogmatizador de una secta tan mala, le debemos sin excusa alguna condenar al fuego.

—No, señor, dijo el Barbero, que también he oído decir que es el mejor de todos los libros que de este género se han compuesto, y así como a único en su arte se debe perdonar.

—Así es verdad, dijo el Cura, y por esa razón se le otorga la vida por ahora. Veamos esotro que está junto a él.

—Es, dijo el Barbero, *Las Sergas de Esplandián*, hijo legítimo de Amadís de Gaula.

—Pues en verdad, dijo el Cura, que no le ha de valer al hijo la bondad del padre: tomad, señora Ama, abrid esa ventana y echadle al corral y dé principio al montón de la hoguera que se ha de hacer.

Hízole así el Ama con mucho contento, y el bueno de Esplandián fué volando al corral, esperando con toda paciencia el fuego que le amenazaba

—Adelante, dijo el Cura.

—Este que viene, dijo el Barbero, es *Amadís de Grecia*, y aún todos los deste lado, a lo que creo, son del mismo linaje de Amadís.

—Pues vengan todos al corral, dijo el Cura, que a trueco de quemar a la reina Pintiquinestra y al pastor Darinel y a sus églogas, y a las endiabladas y revueltas razones de su autor, quemara con ellos al padre que me engendró, si anduviera en figura de caballero andante.

—De ese parecer soy yo, dijo el Barbero.

—Y aun yo, añadió la Sobrina.

—Pues así es, dijo el Ama, vengan, y al corral con ellos.

Diéronselos, que eran muchos, y ella ahorró la escalera, y dió con ellos por la ventana abajo.

—¿Quién es ese tonel? dijo el Cura.

—Este es, respondió el Barbero, *Dón Olivante de Laura*.

—El autor dese libro, dijo el Cura, fué el mismo que compuso a *Jardín de flores*, y en verdad que no sepa determinar cuál de los dos libros es más verdadero, o por decir mejor, menos mentiroso: sólo sé decir que éste irá al corral por disparatado y arrogante.

—Este que sigue es *Florismarte de Hircania*, dijo el Barbero.

—¿Ahí está el señor Florismarte? replicó el Cura; pues a fe que ha de parar presto en el corral, a pesar de su extraño nacimiento y soñadas aventuras, que no da lugar a otra cosa la dureza y sequedad de su estilo: al corral con él y con esotro, señora Ama.

—Que me place, señor mío, respondió ella, y con mucha alegría ejecutaba lo que le era mandado.

—Este es *El caballero Platir*, dijo el Barbero.

—Antiguo libro es ese, dijo el Cura, y no hallo en él cosa que merezca venia: acompañe a los demás sin réplica, y así fué hecho.

Abrióse otro libro, y vieron que tenía por título *El caballero de la Cruz*.

—Por nombre tan santo como este libro tiene, se podía

perdonar su ignorancia; mas también se suele decir: tras la cruz está el diablo: vaya al fuego.

Tomando el Barbero otro libro, dijo:

Este es *Espejo de caballerías*.

—Ya conozco a su merced, dijo el Cura: ahí anda el señor Reinaldos de Montalván con sus amigos y compañeros, más ladrones que Caco, y los doce Pares, con el verdadero historiador Turpin; y en verdad que estoy por condenarlos no más que a destierro perpetuo, siquiera porque tienen parte de la invención del famoso Mateo Boyardo, de donde también tejó su tela el cristiano poeta Ludovico Ariosto: al cual sí aquí le hallo, y que habla en otra lengua que la suya, no le guardaré respeto alguno; pero si habla en su idioma, le pondré sobre mi cabeza.

—Pues yo le tengo en italiano—dijo el Barbero,—mas no le entiendo.

—Ni aun fuera bien que vos le entendiéades—respondió el Cura;—y aquí le perdonáramos al señor capitán que no le hubiera traído a España y hecho castellano, que le quitó mucho de su natural valor, y lo mesmo harán todos aquellos que los libros de verso quisieren volver en otra lengua: que por mucho cuidado que pongan y habilidad que muestren, jamás llegarán al punto que ellos tienen en su primer nacimiento. Digo, en efeto, que este libro y todos los que se hallaren que tratan destas cosas de Francia, se echen y depositen en un pozo seco, hasta que con más acuerdo se vea lo que se ha de hacer dellos, ecetuando a un *Bernardo del Carpio*, que anda por ahí y a otro llamado *Roncesvalles*, que éstos, en llegando a mis manos, han de estar en las del Ama, y dellas en las del fuego sin remisión alguna.

Todo lo confirmó el Barbero, y lo tuvo por bien y por cosa muy acertada, por entender que era el Cura tan buen cristiano y tan amigo de la verdad que no diría otra cosa por todas las del mundo. Y abriendo otro libro vió que era *Palmerín de Oliva*, y junto a él estaba otro que se llamaba *Palmerín de Inglaterra*, lo cual visto por el licenciado, dijo:

—Esa Oliva se haga luego rajadas y se queme, que aun no queden della las cenizas; y esa Palma de Inglaterra se guarde y se conserve como a cosa única, y se haga para ella otra caja como la que halló Alejandro en los despojos de Darío, que la

diputó para guardar en ella las obras del poeta Homero. Este libro, señor compadre, tiene autoridad por dos cosas: la una porque él por sí es muy bueno, y la otra porque es fama que le compuso un discreto rey de Portugal. Todas las aventuras, del castillo de Miraguarda son bonísimas y de grande artificio; las razones, cortesanías y claras, que guardan y miran el decoro del que habla, con mucha propiedad y entendimiento. Digo pues, salvo vuestro buen parecer, señor maese Nicolás, que éste y Amadís de Gaula queden libres del fuego, y todos los demás, sin hacer más cala y cata, perezcan.

—No, señor compadre—replicó el Barbero,—que éste que aquí tengo es el afamado *Don Belianis*.

—Pues ese—replicó el Cura,—con la segunda, tercera y cuarta parte, tienen necesidad de un poco de ruibarbo para purgar la demasiada cólera suya, y es menester quitarles todo aquello del castillo de la Fama, y otras impertinencias de más importancia, para lo cual se les da término ultramarino, y como se enmendaren, así se usará con ellos de misericordia o de justicia, y en tanto tenedlos vos, compadre, en vuestra casa, mas no los dejéis leer a ninguno.

—Que me place, respondió el Barbero, y sin querer cansarse más en leer libros de caballerías, mandó al Ama que tomase todos los grandes y diese con ellos en el corral.

No sé dijo a tonta ni a sorda, sino a quien tenía más gana de quemallos que de echar una tela por grande y delgada que fuera, y asiendo casi ocho de una vez los arrojó por la ventana. Por tomar muchos juntos se le cayó uno a los pies del Barbero, que le tomó gana de ver de quién era, y vió que decía: *Historia del famoso caballero Tirante el Blanco*.

—Válame Dios—dijo el Cura dando una gran voz,—¡que aquí esté Tirante el Blanco! Dádmele acá, compadre, que hagó cuenta que he hallado en él un tesoro de contento y una mina de pasatiempos. Aquí está don Quirieleison de Moltaván, valeroso caballero, y su hermano Tomás de Montalván y el caballero Fonseca, con la batalla que el valiente de Tirante hizo con el alano, y las agudezas de la doncella Placerdemivida, con los amores y embustes de la viuda Reposada, y la señora Emperatriz, enamorada de Hipólito su escudero. Dígoos verdad, señor compadre, que por su estilo es éste el mejor libro del mundo: aquí comen los caballeros y duermen y mueren en sus

camas y hacen testamento antes de su muerte, con otras cosas de que todos los demás libros deste género carecen. Con todo eso, os digo que merecía el que lo compuso, pues no hizo tantas necesidades de industria, que le echaran a galeras por todos los días de su vida. (17). Llévadle a casa y leedle, y veréis que es verdad cuanto dél os he dicho.

—Así será—respondió el Barbero—; pero ¿que haremos destes pequeños libros que quedan?

—Estos, dijo el Cura, no deben de ser de caballería, sino de poesía;—y abriendo uno vió que era *La Diana* de Jorge de Montemayor, y dijo (creyendo que todos los demás eran del mismo género): —Estos no merecen ser quemados como los demás, porque no hacen ni harán el daño que los de caballerías han hecho; que son libros de entretenimiento sin perjuicio de tercero.

—¡Ay, señor!—dijo la Sobrina,—bien los puede vuestra merced mandar quemar como los demás, porque no sería mucho que habiendo sanado mi señor tío de la enfermedad caballerisca, leyendo éstos se le antojase de hacerse pastor y andarse por los bosques y prados cantando y tañendo, y, lo que sería peor, hacerse poeta, que según dicen es enfermedad incurable y pegadiza.

—Verdad dice esta doncella—dijo el Cura—y será bien quitarle a nuestro amigo este tropiezo y ocasión delante. Y pues comenzaremos por *La Diana* de Montemayor, soy de parecer que no se queme, sino que se quite todo aquello que trata de la sabia Felicia y de la agua encantada, y casi todos los versos mayores, y quédesele enhorabuena la prosa y la honra de ser primero en semejantes libros.

—Este que sigue—dijo el Barbero—es *La Diana*, llamada *Segunda del Salmantino*; y este otro que tiene el mismo nombre, cuyo autor es Gil Polo.

—Pues la del Salmantino—respondió el Cura,—acompañe y acreciente el número de los condenados al corral, y la de Gil Polo se guarde como si fuera del mismo Apolo; y pase adelante, señor compadre, y démonos priesa, que se va haciendo tarde.

—Este libro es—dijo el Barbero, abriendo otro: —*Los diez libros de Fortuna de amor*, compuestos por Antonio de Lofraso, poeta sardo.

—Por las órdenes que recibí—dijo el Cura,—qué desde que Apolo fué Apolo, y las musas musas, y los poetas poetas, tan gracioso ni tan disparatado libro como esè no se ha compuesto, y que por su camino es el mejor y el más único de cuantos deste género han salido a la luz del mundo; y el que no le ha leído, puede hacer cuenta que no ha leído jamás cosa de gusto. Dádmele acá, compadre, que precio más haberle hallado que si me dieran una sotana de raja de Florencia.

Púsole aparte con grandísimo gusto; y el Barbero prosiguió diciendo:

—Estos que siguen son *El pastor de Iberia, Ninfas de Henares y Desengaño de celos*.

—Pues no hay más que hacer—dijo el Cura,—sino entregarlos al brazo seglar del Ama, y no se me pregunte el por qué, que sería nunca acabar.

—Este que viene es *El pastor de Filida*.

—No es ese pastor—dijo el Cura,—sino muy discreto cortesano; guárdese como joya preciosa.

—Este grande que aquí viene se intitula—dijo el Barbero: *Tesoro de varias poesías*.

—Como ellas no fueran tantas—dijo el Cura,—fueran más estimadas: menester es que este libro se escarde y limpie de algunas bajezas que entre sus grandezas tiene. Guárdese, porque su autor es amigo mío, y por respeto de otras más heroicas y levantadas obras que ha escrito.

—Este es—siguió el Barbero—*El cancionero*, de López Maldonado.

—También el autor dese libro—replicó el Cura,—es grande amigo mío, y sus versos en su boca admiran á quien los oye, y tal es la suavidad de la voz con que los canta, que encanta: algo largo es en las églogas, pero nunca lo bueno fué mucho; guárdese con los escogidos. Pero ¿qué libro es ese que está junto a él?

—*La Galatea*, de Miguel de Cervantes—dijo el Barbero.

—Muchos años ha que es grande amigo mío ese Cervantes, y sé que es más versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena invención, propone algo, y no concluye nada: es menester esperar la segunda parte que promete; quizá con la enmienda alcanzará del todo la misericordia

que ahora se le niega, y entretanto que esto se ve, tenedle recluso en vuestra posada, señor compadre.

—Que me place,—respondió el Barbero—y aquí vienen tres, todos juntos: *La Araucana*, de don Alonso de Ercilla, *La Austriada*, de Juan Rufo, jurado de Córdoba, y *El Monserrate*, de Cristóbal de Virués, poeta valenciano.

—Todos estos tres libros—dijo el Cura—son los mejores que, en verso heroico, en lengua castellana están escritos, y pueden competir con los más famosos de Italia: guárdense como las más ricas prendas de poesía que tiene España.

Cansóse el Cura de ver más libros, y así a carga cerrada quiso que todos los demás se quemasen; pero ya tenía abierto uno el Barbero, que se llamaba *Las lágrimas de Angélica*.

—Lloráralas yo,—dijo el Cura en oyendo el nombre—si tal libro hubiera mandado quemar, porque su autor fué uno de los famosos poetas del mundo, no sólo de España, y fué felicísimo en la traducción de algunas fábulas de Ovidio. (18). (*Capítulo VI*).

VI

De la segunda salida de nuestro buen caballero Don Quijote de la Mancha.

Estando en esto, comenzó a dar voces Don Quijote, diciendo:

—Aquí, aquí, valeroso caballero, aquí es menester mostrar la fuerza de vuestros valerosos brazos, que los cortesanos llevan lo mejor del torneo.

Por acudir a este ruido y estruendo, no se pasó adelante con el escrutinio de los demás libros que quedaban, y así se cree que fueron al fuego, sin ser vistos ni oídos, *La Carolea* y *León de España*, con los hechos del Emperador, compuestos por don Luis de Avila, que sin duda debían de estar entre los que quedaban, y quizá, si el Cura los viera, no pasaran por tan rigurosa sentencia. Cuando llegaron a Don Quijote, ya él estaba levantado de la cama y proseguía en sus voces y en sus desatinos, dando cuchilladas y reverses a todas partes, estando tan despierto como si nunca hubiera dormido. Abrazáronse con

él, y por fuerza le volvieron al lecho; y después que hubo sòsegado un poco, volviéndose a hablar con el Cura, le dijo:

—Por cierto, señor arzobispo Turpín, que es gran mengua de los que nos llamamos doce Pares dejar tan sin más ni más llevar la vitoria deste torneo a los caballeros cortesianos, habiendo nosotros los aventureros ganado el prez en los tres días antecedentes.

—Calle vuestra merced, señor compadre,—dijo el Cura— que Dios será servido que la suerte se mude, y que lo que hoy se pierde se gane mañana; y atienda vuestra merced a su salud por agora, que me parece que debe de estar demasiado cansado, si ya no es que está mal ferido.

—Ferido no—dijo Don Quijote;—pero molido y quebrantado, no hay duda en ello, porque aquel bastardo de don Roldán me ha molido a palos con el tronco de una encina, y todo de envidia, porque ve que yo solo soy el opuesto de sus valentías; mas no me llamaría yo Reinaldos de Montalván, si en levantándome deste lecho no me lo pagare a pesar de todos sus encantamentos: y por agora tráiganme de yantar, que sé que es lo que más me hará al caso, y quédese lo de vengarme a mi cargo.

Hiciéronlo así: diéronle de comer, y quedóse otra vez dormido, y ellos admirados de su locura. Aquella noche quemó y abrasó el Ama cuantos libros había en el corral y en toda la casa; y tales debieron de arder que merecían guardarse en perpetuos archivos; mas no lo permitió su suerte y la pereza del escrutinador, y así se cumplió el refrán en ellos de que pagan a las veces justos por pecadores. Uno de los remedios que el Cura y el Barbero dieron por entonces para el mal de su amigo, fué que le murasen y tapiasen el aposento de los libros, porque cuando se levantase no los hallase (quizá quitando la causa cesaría el efeto), y que dijese que un encantador se los había llevado, y el aposento y todo; y así fué hecho con mucha presteza. De allí a dos días se levantó Don Quijote, y lo primero que hizo fué ir a ver sus libros, y como no hallaba el aposento donde le había dejado, andaba de una en otra parte buscándole. Llegaba adonde solía tener la puerta y tentábala con las manos, y volvía y revolvía los ojos por todo sin decir palabra; pero al cabo de una buena pieza preguntó a su ama que hacia qué

parte estaba el aposento de sus libros. El Ama, que ya estaba bien advertida de lo que había de responder, le dijo:

—¿Qué aposento o qué nada busca vuestra merced? Ya no hay aposento ni libros en esta casa, porque todo se lo llevó el mismo diablo.

—No era el diablo,—replicó la Sobrina—sino un encantador que vino sobre una nube una noche, después del día que vuestra merced de aquí se partió, y apeándose de una sierpe en que venía caballero, entró en el aposento y no sé lo que hizo dentro, que a cabo de poca pieza salió volando por el tejado y dejó la casa llena de humo; y cuando acordamos a mirar lo que dejaba hecho, no vimos libro ni aposento alguno; sólo se nos acuerda muy bien a mí y al Amá, que al tiempo del partirse aquel mal viejo, dijo en altas voces que por enemistad secreta que tenía al dueño de aquellos libros y aposento, dejaba hecho el daño en aquella casa que después se vería: dijo también que se llamaba el sabio Muñatón.

—Frestón diría,—dijo Don Quijote.

—No sé,—respondió el Ama—si se llamaba Fristón o Fritón: sólo sé que acabó en ton su nombre.

—Así es,—dijo Don Quijote—que ese es un sabio encantador, grande enemigo mío, que me tiene ojeriza, porque sabe por sus artes y letras que tengo de venir, andando los tiempos, a pelear en singular batalla con un caballero a quien él favorece, y le tengo de vencer sin que él lo pueda estorbar, y por esto procura hacerme todos los sinsabores que puede: y mándole yo que mal podrá él contradecir ni evitar lo que por el cielo está ordenado.

—¿Quién duda de eso? dijo la Sobrina; ¿pero quién le mete a vuestra merced, señor tío, en esas pendencias? ¿No será mejor estarse pacífico en su casa, y no irse por el mundo a buscar pan de trastrigo, (19) sin considerar que muchos van por lana y vuelven tresquilados?

—¡Oh, sobrina mía,—respondió don Quijote—y cuán mal que estás en la cuenta! Primero que a mí me tresquilen, tendré peladas y quitadas las barbas a cuantos imaginaren tocarme en la punta de un solo cabello.

No quisieron las dos replicarle más, porque vieron que se le encendía la cólera. Es, pues, el caso, que él estuvo quince días en casa muy sosegado, sin dar muestras de querer segun-

dar sus primeros devaneos; en los cuales días pasó graciosísimos cuentos con sus dos compadres el Cura y el Barbero, sobre que él decía que la cosa de que más necesidad tenía el mundo era de caballeros andantes, y de que en él se resucitase la caballería andantesca. El Cura algunas veces le contradecía, y otras concedía, porque si no guardaba este artificio, no había poder averiguarse con él. En este tiempo solicitó Don Quijote a un labrador vecino suyo, hombre de bien (si es que este título se puede dar al que es pobre), pero de muy poca sal en la mollera. En resolución, tanto le dijo, tanto le persuadió y prometió, que el pobre villano se determinó de salirse con él y servirle de escudero. Decíale entre otras cosas Don Quijote, que se dispusiese a ir con él de buena gana, porque tal vez le podía suceder aventura que ganase en quítame allá esas pajas alguna ínsula, y le dejase a él por gobernador della. Con esas promesas y otras tales, Sancho Panza, que así se llamaba el labrador, dejó su mujer y hijos, y asentó por escudero de su vecino. Dió luego Don Quijote orden en buscar dineros, y vendiendo una cosa y empeñando otra, y malbaratándolas todas, llegó una razonable cantidad. Acomodóse asimesmo de una rodela que pidió prestada a un su amigo, y pertrechando su rota celada lo mejor que pudo, avisó a su escudero Sancho del día y la hora que pensaba ponerse en camino, para que él se acomodase de lo que viese que más le era menester; sobre todo le encargó que llevase alforjas. El dijo que sí llevaría, y que ansimesmo pensaba llevar un asno que tenía muy bueno, porque él no estaba duecho (20) a andar mucho a pie. En lo del asno reparó un poco don Quijote, imaginando si se le acordaba si algún caballero andante había traído escudero caballero asnalmente; pero nunca le vino alguno a la memoria: mas con todo esto determinó que le llevase, con presupuesto de acomodarle de más honrada caballería en habiendo ocasión para ello, quitándole el caballo al primer descortés caballero que topase. Proveyóse de camisas y de las demás cosas que él pudo, conforme al consejo que el ventero le había dado. Todo lo cual hecho y cumplido, sin despedirse Panza de sus hijos y mujer ni Don Quijote de su ama y sobrina, una noche se salieron del lugar sin que persona los viese; en la cual caminaron tanto, que al amanecer se tuvieron por seguros de que no los hallarían aunque los buscasen. Iba Sancho Panza sobre su jumento como un

patriarca, con sus alforjas y su bota, y con mucho deseo de verse ya gobernador de la ínsula que su amo le había prometido. Acertó Don Quijote a tomar la primera derrota y camino que él había tomado en su primer viaje, que fué por el campo de Montiel, por el cual caminaba con menos pesadumbre que la vez pasada, porque, por ser la hora de la mañana y herirles a soslayo los rayos del sol, no les fatigaban. Dijo en esto Sancho Panza a su amo:

—Mire vuestra merced, señor caballero andante, que no se le olvide lo que de la ínsula me tiene prometido, que yo la sabré gobernar por grande que sea.—A lo cual respondió Don Quijote:

—Has de saber, amigo Sancho Panza, que fué costumbre muy usada de los caballeros andantes antiguos hacer gobernadores a sus escuderos de las ínsulas o reinos que ganaban, y yo tengo determinado de que por mí no falte tan agradecida usanza; antes pienso aventajarme en ella, porque ellos algunas veces, y quizá las más, esperaban a que sus escuderos fuesen viejos, y ya después de hartos de servir y de llevar malos días y peores noches les daban algún título de conde, o por lo mucho de marqués de algún valle o provincia de poco más a menos; pero si tú vives y yo vivo, bien podría ser que antes de seis días ganase yo tal reino, que tuviese otros a él adherentes que viniesen de molde para coronarte por rey de uno dellos. Y no lo tengas a mucho, que cosas y casos acontecen a los tales caballeros por modos tan nunca vistos ni pensados, que con facilidad te podría dar aún más de lo que te prometo.

—Desa manera,—respondió Sancho Panza—si yo fuese rey por algún milagro de los que vuestra merced dice, por lo menos Juana Gutiérrez, mi oíslo, vendría a ser reina, y mis hijos infantiles.

—Pues ¿quién lo duda?—respondió Don Quijote.

—Yo lo dudo,—replicó Sancho Panza—porque tengo para mí que, aunque lloviese Dios reinos sobre la tierra, ninguno asentaría bien sobre la cabeza de Mari Gutiérrez. (21). Sepa, señor, que no vale dos maravedís para reina; condesa le caerá mejor, y aun Dios y ayuda.

—Encomiéndalo tú a Dios, Sancho,—respondió Don Quijote—que El le dará lo que más le convenga; pero no apoques tu ánimo tanto que te vengas a contentar con menos que con ser adelantado.

—No haré, señor mío,—respondió Sancho,— y más teniendo tan principal amo en vuestra merced, que me sabrá dar todo aquello que me esté bien y yo pueda llevar. (*Capítulo VII*).

VII

Del buen suceso que el valeroso Don Quijote tuvo en la espantable y jamás imaginada aventura de los molinos de viento, con otros sucesos dignos de felice recordación

En esto descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo; y así como Don Quijote los vió, dijo a su escudero:

—La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear; porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta ó pocos más desaforados gigantes con quien pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer; que ésta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra.

—¿Qué gigantes?—dijo Sancho Panza.

—Aquellos que allí ves,—respondió su amo,—de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas.

—Mire vuestra merced,—respondió Sancho,—que aquellos que allí se parecen, no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que, volteadas del viento, hacen andar la piedra del molino.

—Bien parece—respondió Don Quijote—que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son gigantes, y si tienes miedo, quítate de ahí y ponte en oración en el espacio que yo voy a entrar con ellos en fiera y desigual batalla. Y diciendo esto, dió de espuelas a su caballo Rocinante, sin atender a las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que sin duda alguna eran molinos de viento y no gigantes aquellos que iba a acometer. Pero él iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oía las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver, aunque estaba bien cerca, lo que eran, antes iba diciendo en voces altas: Non fuyades, cobardes y viles criaturas, que un

solo caballero es el que os acomete. Levantóse en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron a moverse, lo cual visto por Don Quijote, dijo: —Pues aunque mováis más brazos que los del gigante Briareo (22), me lo habéis de pagar. Y en diciendo esto, y encomendándose de todo corazón a su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su rodela, con la lanza en el ristre, arremetió a todo el galope de Rocinante, y embistió con el primer molino que estaba delante, y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras de sí al caballo y al caballero, que fué rodando muy mal trecho por el campo. Acudió Sancho Panza a socorrerle a todo el correr de su asno, y cuando llegó halló que no se podía menear: tal fué el golpe que dió con él Rocinante.

—¡Válame Dios!—dijo Sancho: —¿no le dije yo a vuestra merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino molinos de viento, y no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza?

—Calla, amigo Sancho,—respondió Don Quijote,—que las cosas de la guerra más que otras están sujetas a continua mudanza; cuanto más que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio Frestón, que me robó el aposento y los libros, ha vuelto estos gigantes en molinos por quitarme la gloria de su vencimiento (23): tal es la enemistad que me tiene; mas al cabo, al cabo han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada.

—Dios lo haga como puede,—respondió Sancho Panza,—y ayudándole a levantar, tornó a subir sobre Rocinante, que medio despaldado estaba. Y, hablando en la pasada aventura, siguieron el camino de Puerto Lápice, porque allí decía Don Quijote que no era posible dejar de hallarse muchas y diversas aventuras, por ser lugar muy pasajero; sino que iba muy pesado por haberle faltado la lanza, y diciéndoselo a su escudero, le dijo:

—Yo me acuerdo haber leído que un caballero español llamado Diego Pérez de Vargas, habiéndosele en una batalla roto la espada, desgajó de una encina un pesado ramo o tronco, y con él hizo tales cosas aquel día y machacó tantos moros, que le quedó por sobrenombre Machuca, y así él como sus descendientes se llamaron desde aquel día en adelante Vargas y Ma-

chuca. Héte dicho esto, porque de la primera encina o roble que se me depare pienso desgajar otro tronco tal y tan bueno como aquél que me imagino; y pienso hacer con él tales hazañas, que tú te tengas por bien afortunado de haber merecido venir a verlas, y a ser testigo de cosas que apenas podrán ser creídas.

—A la mano de Dios,—dijo Sancho—yo lo creo todo así como vuestra merced lo dice; pero enderécese un poco, que parece que va de medio lado, y debe ser del molimiento de la caída.

—Así es la verdad,—respondió Don Quijote—y si no me quejo del dolor, es porque no es dado a los caballeros andantes quejarse de herida alguna, aunque se le salgan las tripas por ella.

—Si eso es así, no tengo yo que replicar,—respondió Sancho;—pero sabe Dios si yo me holgara que vuestra merced se quejara cuando alguna cosa le doliera. De mí sé decir que me he de quejar del más pequeño dolor que tenga, si ya no se entiende también con los escuderos de los caballeros andantes eso del no quejarse.

No se dejó de reír Don Quijote de la simplicidad de su escudero, y así le declaró que podía muy bien quejarse como y cuando quisiese, sin gana o con ella, que hasta entonces no había leído cosa en contrario en la orden de caballería.—Díjole Sancho que mirase que era hora de comer.—Respondióle su amo que por entonces no le hacía menester, que comiese él cuando se le antojase. Con esta licencia se acomodó Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento, y sacando de las alforjas lo que en ellas había puesto, iba caminando y comiendo detrás de su amo muy de su espacio, y de cuando en cuando empujaba la bota con tanto gusto, que le pudiera envidiar el más regalado bodegonero de Málaga. Y en tanto que él iba de aquella manera menudeando tragos, no se le acordaba de ninguna promesa que su amo le hubiese hecho, ni tenía por ningún trabajo sino por mucho descanso andar buscando las aventuras por peligrosas que fuesen. En resolución, aquella noche la pasaron entre unos árboles, y del uno dellos desgajó Don Quijote un ramo seco que casi le podía servir de lanza, y puso en él el hierro que quitó de la que se le había quebrado. Toda aquella noche no durmió Don Quijote pensando en su señora Dulcinea, por acomodarse

a lo que había leído en sus libros, cuando los caballeros pasaban sin dormir muchas noches en las florestas y despoblados, entretenidos con las memorias de sus señoras. No la pasó así Sancho Panza, que como tenía el estómago lleno, y no de agua de chicoria, de un sueño se la llevó toda, y no fueran parte para despertarle, si su amo no lo llamara, los rayos del sol que le daban en el rostro, ni el canto de las aves, que muchas y muy regocijadamente la venida del nuevo día saludaban. Al levantarse dió un tiento a la bota, y hallóla algo más flaca que la noche antes, y afligiósele el corazón por parecerle que no llevaba camino de remediar tan presto su falta. No quiso desayunarse Don Quijote, porque, como está dicho, dió en sustentarse de sabrosas memorias. Tornaron a su comenzado camino del Puerto Lápice, y a obra de las tres del día le descubrieron.

—Aquí, (dijo en viéndole Don Quijote) podemos, hermano Sancho Panza, meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras; mas advierte que, aunque me veas en los mayores peligros del mundo, no has de poner mano a tu espada para defenderme, si ya no vieres que los que me ofenden es canalla y gente baja, que en tal caso, bien puedes ayudarme; pero si fueren caballeros, en ninguna manera te es lícito ni concedido por las leyes de caballería que me ayudes, hasta que seas armado caballero.

—Por cierto, señor,—respondió Sancho—que vuestra merced sea muy bien obedecido en esto, y más que yo de mío me soy pacífico y enemigo de meterme en ruidos ni pendencias; bien es verdad que en lo que tocare a defender mi persona no tendré mucha cuenta con esas leyes, pues las divinas y humanas permiten que cada uno se defienda de quien quisiere agraviarle.

—No digo yo menos,—respondió Don Quijote—pero en esto de ayudarme contra caballeros has de tener a raya tus naturales ímpetus.

—Digo que así lo haré,—respondió Sancho—y que guardaré ese preceto tan bien como el día del domingo.

Estando en estas razones, asomaron por el camino dos frailes de la orden de San Benito, caballeros sobre dos dromedarios, que no eran más pequeñas dos mulas en que venían. Traían sus antojos de camino y sus quitasoles. Detrás dellos venía un coche con cuatro o cinco de a caballo que le acom-

pañaban, y dos mozos de mulas a pie. Venía en el coche, como después se supo, una señora vizcaína que iba a Sevilla, donde estaba su marido, que pasaba a las Indias con un muy honroso cargo. No venían los frailes con ella, aunque iban el mismo camino; mas apenas los divisó Don Quijote, cuando dijo a su escudero:

—O yo me engaño, o ésta ha de ser la más famosa aventura que se haya visto, porque aquellos bultos negros que allí parecen, deben de ser y son sin duda algunos encantadores que llevan hurtada alguna princesa en aquel coche, y es menester deshacer este tuerto a todo mi poderío.

—Peor será esto que los molinos de viento,—dijo Sancho—: mire, señor, que aquellos son frailes de San Benito, y el coche debe ser de alguna gente pasajera: mire que digo que mire bien lo que hace, no sea el diablo que le engañe.

—Ya te he dicho, Sancho,—respondió Don Quijote—que sabes poco de achaque de aventuras: lo que yo digo es verdad y ahora lo verás. Y diciendo esto, se adelantó, y se puso en la mitad del camino por donde los frailes venían, y en llegando tan cerca que a él le pareció que le podrían oír lo que dijese, en alta voz dijo:—Gente endiablada y descomunal, dejad luego al punto las altas princesas que en ese coche lleváis forzadas, si no aparejaos a recibir presta muerte por justo castigo de vuestras malas obras.

Detuvieron los frailes las riendas, y quedaron admirados, así de la figura de Don Quijote, como de sus razones, a las cuales respondieron:

—Señor caballero, nosotros no somos endiablados ni descomunales, sino dos religiosos de San Benito, que vamos nuestro camino, y no sabemos si en este coche vienen o no ningunas forzadas princesas.

—Para conmigo no hay palabras blandas, que ya yo os conozco, fementida canalla,—dijo Don Quijote;—y sin esperar más respuesta, picó a Rocinante y, la lanza baja, arremetió contra el primero fraile con tanta furia y denuedo, que si el fraile no se dejara caer de la mula, él le hiciera venir al suelo mal de su grado, y aun mal ferido sino cayera muerto. El segundo religioso, que vió del modo que trataban a su compañero, puso piernas al castillo de su buena mula, y comenzó a correr por aquella campaña más ligero que el mismo viento. Sancho

Panza, que vió en el suelo al fraile, apeándose ligeramente de su asno, arremetió a él, y le comenzó a quitar los hábitos. Llegaron en esto dos mozos de los frailes, y preguntáronle que por qué le desnudaba. Respondióles Sancho que aquello le tocaba a él legítimamente, como despojos de la batalla que su señor Don Quijote había ganado. Los mozos, que no sabían de burlas, ni entendían aquello de despojos ni batallas, viendo que ya Don Quijote estaba desviado de allí, hablando con las que en el coche venían, arremetieron con Sancho, y dieron con él en el suelo, y sin dejarle pelo en las barbas, le molieron a coces y le dejaron tendido en el suelo sin aliento ni sentido. Y sin detenerse un punto, tornó a subir el fraile todo temeroso y acobardado y sin color en el rostro, y cuando se vió a caballo, picó tras su compañero, que un buen espacio de allí le estaba aguardando y esperando en qué paraba aquel sobresalto; y sin querer aguardar el fin de todo aquel comenzado suceso, siguieron su camino, haciéndose más cruces que si llevaran al diablo a las espaldas. Don Quijote estaba, como se ha dicho, hablando con la señora del coche, diciéndole:

—La vuestra fermosura, señora mía, puede facer de su persona lo que más le viniere en talante, porque ya la soberbia de vuestros robadores yace por el suelo, derribada por este mi fuerte brazo. Y porque no penéis por saber el nombre de vuestro libertador, sabéd que yo me llamo Don Quijote de la Mancha, caballero andante y aventurero, y cautivo de la sin par y hermosa doña Dulcinea del Toboso, y en pago del beneficio que de mí habéis recibido, no quiero otra cosa sino que volváis al Toboso, y que de mi parte os presentéis ante esta señora y le digáis lo que por vuestra libertad he fecho.

Todo esto que Don Quijote decía, escuchaba un escudero de los que el coche acompañaban, que era vizcaíno; el cual, viendo que no quería dejar pasar el coche adelante, sino que decía que luego había de dar la vuelta al Toboso, se fué para Don Quijote y, asiéndole de la lanza, le dijo, en mala lengua castellana y peor vizcaína, desta manera:

—Anda, caballero, que mal andes; por el Dios que crióme, que si no dejas coche, así te matas como estás ahí vizcaíno.

Entendióle muy bien Don Quijote, y con mucho sosiego le respondió:

—Si fueras caballero como no lo eres, yo ya hubiera castigado tu sandez y atrevimiento, cautiva criatura.

A lo cual replicó el vizcaíno:

—¿Yo no caballero? Juró a Dios tan mientes como cristiano: si lanza arrojas y espada sacas, el agua cuán presto verás que al gato llevas: vizcaíno por tierra, hidalgo por mar, hidalgo por el diablo, y mientes que mira si otra dices cosa.

—Ahora lo veredes, dijo Agrajes,—respondió Don Quijote; y arrojando la lanza en el suelo, sacó su espada, y embrazó su rodela, y arremetió al vizcaíno, con determinación de quitarle la vida. El vizcaíno, que así le vió venir, aunque quisiera apearse de la mula, que por ser de las malas de alquiler no había que fiar en ella, no pudo hacer otra cosa sino sacar su espada; pero avinole bien que se halló junto al coche, de donde pudo tomar una almohada que le sirvió de escudo, y luego se fueron el uno para el otro, como si fueran dos mortales enemigos. La demás gente quisiera ponerlos en paz; mas no pudo, porque decía el vizcaíno en sus mal trabadas razones que si no le dejaban acabar su batalla, que él mismo había de matar a su ama y a toda la gente que se lo estorbaba. La señora del coche, admirada y temerosa de lo que veía, hizo al cochero que se desviase de allí algún poco, y desde lejos se puso a mirar la rigurosa contienda, en el discurso de la cual dió el vizcaíno una gran cuchillada a Don Quijote encima de un hombro, por encima de la rodela, que a dársela sin defensa le abriera hasta la cintura. Don Quijote, que sintió la pesadumbre de aquel desafortado golpe, dió una gran voz diciendo: ¡Oh señora de mi alma, Dulcinea, flor de la fermosura socorred a este vuestro caballero que por satisfacer a la vuestra mucha bondad en este riguroso trance se halla! El decir esto, y el apretar la espada, y el cubrirse bien de su rodela y el arremeter al vizcaíno, todo fué en un tiempo, llevando determinación de aventurarlo todo a la de un golpe solo. El vizcaíno que así le vió venir contra él, bien entendió por su denuedo su coraje, y determinó de hacer lo mismo que Don Quijote; y así le aguardó bien cubierto de su almohada, sin poder rodear la mula a una ni a otra parte, que ya, de puro cansada y no hecha a semejantes niñerías, no podía dar un paso. Venía, pues, como se ha dicho, Don Quijote contra el cauto vizcaíno, con la espada en alto, con determinación de abrirle por medio, y el vizcaíno le

aguardaba ansimesmo levantada la espada y aforrado con su almohada, y todos los circunstantes estaban temerosos y colgados de lo que había de suceder de aquellos tamaños golpes con qué se amenazaban; y la señora del coche y las demás criadas suyas estaban haciendo mil votos y ofrecimientos a todas las imágenes y casas de devoción de España, porque Dios librase a su escudero y a ellas de aquel tan grande peligro en que se hallaban. Pero está el daño de todo esto, que en este punto y término deja pendiente el autor desta historia esta batalla, disculpándose que no halló más escrito destas hazañas de Don Quijote, de las que deja referidas. Bien es verdad que el segundo autor de esta obra no quiso creer que tan curiosa historia estuviese entregada a las leyes del olvido, ni que hubiesen sido tan poco curiosos los ingenios de la Mancha que no tuviesen en sus archivos o en sus escritorios algunos papeles que deste famoso caballero tratasen: y así con esta imaginación no se desesperó de hallar el fin desta apacible historia, el cual, siéndole el cielo favorable, le halló del modo que se contará en la segunda parte. (24). (*Capítulo VIII*).

VIII

De lo que sucedió al ingenioso hidalgo en la venta que él imaginaba ser castillo.

El ventero, que vió a Don Quijote atravesado en el asno, preguntó a Sancho que mal traía. Sancho le respondió que no era nada, sino que había dado una caída de una peña abajo, y que venía algo brumadas las costillas. Tenía el ventero por mujer a una, no de la condición que suelen tener las de semejante trato, porque naturalmente era caritativa y se dolía de las calamidades de sus prójimos: y así acudió luego a curar a Don Quijote, y hizo que una hija suya doncella, muchacha y de muy buen parecer, le ayudase a curar a su huésped. Servía en la venta asimesmo una moza asturiana, ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma, del un ojo tuerta y del otro no muy sana. Verdad es que la gallardía del cuerpo suplía las demás faltas: no tenía siete palmos de los pies a la cabeza, y las espaldas, que algún tanto le cargaban, la hacían mirar al suelo más

de lo que ella quisiera. Esta gentil moza, pues, ayudó a la doncella, y las dos hicieron una muy mala cama a Don Quijote en un camaranchón, que en otros tiempos daba manifiestos indicios que había servido de pajar muchos años; en el cual, también alojaba un arriero, que tenía su cama hecha un poco más allá de la de nuestro Don Quijote, y aunque era de las enjalmas y mantas de sus machos, hacía mucha ventaja a la de Don Quijote, que sólo contenía cuatro mal lisas tablas sobre dos no muy iguales bancos, y un colchón, que en lo sutil parecía colcha, lleno de bodeques, que a no mostrar que eran de lana por algunas roturas, al tiento, en la dureza, semejaban de guijarro, y dos sábanas hechas de cuero de adarga, y una frazada, cuyos hilos, si se quisieran contar, no se perdiera uno solo de la cuenta. En esta maldita cama se acostó Don Quijote; y luego la ventera y su hija le emplastaron de arriba abajo, alumbrándoles Maritornes, que así se llamaba la asturiana; y como al bizmalle viese la ventera tan acardenalado a partes a Don Quijote, dijo que aquello más parecían golpes que caída.

—No fueron golpes,—dijo Sancho—sino que la peña tenía muchos picos y tropezones, y que cada uno había hecho su cardenal.—Y también le dijo:—Haga vuestra merced, señora, de manera que queden algunas estopas, que no faltará quien las haya menester, que también me duelen a mí un poco los lomos.

—¿Desa manera,—respondió la ventera—también debistes vos de caer?

—No caí,—dijo Sancho Panza—sino que del sobresalto que tomé de ver caer a mi amo, de tal manera me duele a mí el cuerpo, que me parece que me han dado mil palos.

—Bien podría ser eso,—dijo la doncella—que a mí me ha acontecido muchas veces soñar que caía de una torre abajo, y que nunca acababa de llegar al suelo, y cuando despertaba del sueño, hallarme tan molida y quebrantada como si verdaderamente hubiera caído.

—Ahí está el toque, señora,—respondió Sancho Panza—que yo sin soñar nada, sino estando más despierto que ahora estoy, me hallo con pocos menos cardenales que mi señor Don Quijote.

—¿Cómo se llama este caballero?—preguntó la asturiana Maritornes.

—Don Quijote de la Mancha—respondió Sancho Panza—y es caballero aventurero, y de los mejores y más fuertes que de luengos tiempos acá se han visto en el mundo.

—¿Qué es caballero aventurero?—replicó la moza.

—¿Tan nueva sois en el mundo que no lo sabéis vos?—respondió Sancho Panza: —pues sabed, hermana mía, que caballero aventurero es una cosa que en dos palabras se ve apaleado y emperador: hoy está la más desdichada criatura del mundo y la más menesterosa, y mañana tendrá dos o tres coronas de reinos que dar a su escudero.

—Pues, ¿cómo vos, siéndolo deste tan buen señor—dijo la ventera,—no tenéis, a lo que parece, siquiera algún condado?

—Aun es temprano—respondió Sancho,—porque no ha sino un mes que andamos buscando las aventuras, y hasta ahora no hemos topado con ninguna que lo sea. Y tal vez hay que se busca una cosa y se halla otra: verdad es que si mi señor Don Quijote sana desta herida o caída y yo no quedo contrahecho della, no trocaría mis esperanzas con el mejor título de España.

Todas estas pláticas estaba escuchando Don Quijote, y sentándose en el lecho como pudo, tomando de la mano a la ventera, le dijo:

—Creedme, hermosa señora, que os podéis llamar venturosa por haber alojado en este vuestro castillo a mi persona, que es tal, que si yo no la alabo, es por lo que suele decirse que la alabanza propia envilece; pero mi escudero os dirá quién soy: sólo os digo que tendré eternamente escrito en mi memoria el servicio que me habedes fecho, para agradecéroslo mientras la vida me durare: y pluguiera a los altos cielos que el amor no me tuviera tan rendido y tan sujeto a su leyes, y los ojos de aquella hermosa ingrata que digo entre mis dientes, que los desta hermosa doncella fueran señores de mi libertad.

Confusas estaban la ventera y su hija y la buena de Maritornes oyendo las razones del andante caballero, que así las entendían como si hablara en griego, aunque bien alcanzaron que todas se encaminaban a ofrecimiento y requiebros; y como no usadas a semejante lenguaje, mirábanle y admirábanse, y parecíales otro hombre de los que se usaban, y agradeciéndole con venteriles razones sus ofrecimientos, le dejaron. Y la asturiana Maritornes curó a Sancho, que no menos lo había

menester que su amo. Había el arriero concertado con ella que aquella noche se refocilarían juntos, y ella le había dado su palabra de que en estando sosegados los huéspedes y durmiendo sus amos le iría a buscar y satisfacerle el gusto en cuanto le mandase. Y cuéntase desta buena moza que jamás dió semejantes palabras que no las cumpliese; aunque las diese en un monte y sin testigo alguno, porque presumía muy de hidalga, y no tenía por afrenta estar en aquel ejercicio de servir en la venta, porque decía ella que desgracias y malos sucesos la habían traído a aquel estado. El duro, estrecho, apocado y fementido lecho de Don Quijote, estaba primero en mitad de aquel estrellado establo, y luego junto a él hizo el suyo Sancho, que sólo contenía una estera de enea y una manta que antes mostraba ser de anejo tundido que de lana. Sucedió a estos dos lechos el del arriero, fabricado, como se ha dicho, de las enjalmas y de todo el adorno de los dos mejores mulos que traía, aunque eran doce, lucios, gordos y famosos, porque era uno de los ricos arrieros de Arévalo, según lo dice el autor desta historia, que deste arriero hace particular mención, porque le conocía muy bien, y aun quieren decir que era algo pariente suyo. Fuera de que Cide Hamete Benengeli fué historiador muy curioso y muy puntual en todas las cosas, y échase bien de ver, pues las que quedan referidas, con ser tan mínimas y tan rateras, no las quiso pasar en silencio, de donde podrán tomar ejemplo los historiadores graves, que nos cuentan las acciones tan corta y sucintamente, que apenas nos llegan a los labios, dejándose en el tintero, ya por descuido, por malicia o ignorancia, lo más sustancial de la obra. Bien haya mil veces el autor de *Tablante de Ricamonte*, y aquel del otro libro donde se cuentan los hechos del Conde Tomillas; y ¡con qué puntualidad lo describen todo! Digo, pues, que después de haber visitado el arriero a su recua, y dádole el segundo pienso, se tendió en sus enjalmas, y se dió a esperar a su puntualísima Maritornes. Ya estaba Sancho bizmado y acostado, y aunque procuraba dormir, no lo consentía el dolor de sus costillas, y Don Quijote con el dolor de las suyas tenía los ojos abiertos como liebre. Toda la venta estaba en silencio; y en toda ella no había otra luz que la que daba una lámpara que colgada en medio del portal ardía. Esta maravillosa quietud, y los pensamientos que siempre nuestro caballero traía de los sucesos

que a cada paso se cuentan en los libros autores de su desgracia, le trujo a la imaginación una de las extrañas locuras que buenamente imaginarse pueden: y fué que él se imaginó haber llegado a un famoso castillo (que, como se ha dicho, castillos eran a su parecer todas las ventas donde alojaba), y que la hija del ventero lo era del señor del castillo, la cual, vencida de su gentileza, se había enamorado dél y prometido que aquella noche, a furto de sus padres, vendría a yacer con él una buena pieza. Y teniendo toda esta quimera (que él se había fabricado), por firme y valedera, se comenzó a acuitar y a pensar en el peligroso trance en que su honestidad se había de ver, y propuso en su corazón de no cometer alevosía a su señora Dulcinea del Toboso, aunque la misma reina Ginebra con su dama Quintañona se le pusiesen delante. Pensando, pues, en estos disparates, se llegó el tiempo y la hora (que para él fué menguada), de la venida de la asturiana, la cual, en camisa y descalza, cogidos los cabellos en una albanega de fustán, con táticos y atentados pasos entró en busca del arriero. Pero apenas llegó a la puerta cuando Don Quijote la sintió, y sentándose en la cama a pesar de sus bizmas y con dolor de sus costillas, tendió los brazos para recibir a su fermosa doncella. La asturiana, que toda recogida y callando iba con las manos delante, buscando a su querido, topó con los brazos de Don Quijote, el cual la asió fuertemente de una muñeca, y tirándola hacia sí, sin que ella osase hablar palabra, la hizo sentar sobre la cama: tentóle luego la camisa, y aunque ella era de arpillera, a él le pareció ser de finísimo y delgado cendal. Traía en las muñecas una cuentas de vidrio, pero a él le dieron vislumbres de preciosas perlas orientales. Los cabellos, que en alguna manera tiraban a crines, él los marcó por hebras de lucidísimo oro de Arabia, cuyo resplandor al del mismo sol escurecía. Y el aliento, que sin duda alguna olía a ensalada fiambre y trasnochada, a él le pareció que arrojaba de su boca un olor suave y aromático; y finalmente él la pintó en su imaginación de la misma traza y modo que lo había leído en sus libros de la otra princesa que vino a ver el mal ferido caballero, vencida de sus amores, con todos los adornos que aquí van puestos. Y era tanta la ceguedad del pobre hidalgo, que el tacto, ni el aliento, ni otras cosas que traía en sí la buena doncella, no le desengañaban, las cuales pudieran hacer vomitar a otro que no fuera arriero.

Antes le parecía que tenía entre sus brazos a la diosa de la hermosura. Y teniéndola bien asida, con voz amorosa y baja, le comenzó a decir:

—Quisiera hallarme en términos, fermosa y alta señora, de poder pagar tamaña merced como la que con la vista de vuestra gran hermosura me habedes fecho; pero ha querido la fortuna (que no se cansa de perseguir a los buenos) ponerme en este lecho, donde yago tan molido y quebrantado que, aunque de mi voluntad quisiera satisfacer a la vuestra, fuera imposible; y más que se añade a esta imposibilidad otra mayor, que es la prometida fe que tengo dada a la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis escondidos pensamientos; que si esto no hubiera de por medio, no fuera yo tan sandio caballero que dejara pasar en blanco la venturosa ocasión en que vuestra gran bondad me ha puesto.

Maritornes estaba congojadísima y trasudando de verse tan asida de Don Quijote, y sin entender ni estar atenta a las razones que le decía, procuraba sin hablar palabra desasirse. El bueno del arriero, a quien tenían despierto sus malos deseos, desde el punto que entró su coima por la puerta la sintió, y estuvo atentamente escuchando todo lo que Don Quijote decía, y celoso de que la asturiana le hubiese faltado a la palabra por otro, se fué llegando más al lecho de Don Quijote, y estúvose quedo hasta ver en qué paraban aquellas razones que él no podía entender. Pero como vió que la moza forcejaba por desasirse, y Don Quijote trabajaba por tenerla, pareciéndole mal la burla, enarboló el brazo en alto, y descargó tan terrible puñada sobre las estrechas quijadas del enamorado caballero, que le bañó toda la boca en sangre, y no contento con esto, se le subió encima de las costillas y con los pies más que de trote se las paseó todas de cabo a cabo. El lecho, que era un poco endeble y de no firmes fundamentos, no pudiendo sufrir la añadidura del arriero, dió consigo en el suelo, a cuyo gran ruido despertó el ventero, y luego imaginó que debían de ser pendencies de Maritornes, porque, habiéndola llamado a voces, no respondía. Con esta sospecha se levantó, y encendiendo un candil se fué hacia donde había sentido la pelaza. La moza, viendo que su amo venía, y que era de condición terrible, toda medrosica y alborotada, se acogió a la cama de Sancho Panza, que aun dormía, y allí se acurrucó y se hizo un ovillo. El ventero entró diciendo:

¿A dónde estás, puta? A buen seguro que son tus cosas éstas. En esto despertó Sancho, y sintiendo aquel bulto casi encima de sí, pensó que tenía la pesadilla, y comenzó a dar puñadas a una y otra parte, y entre otras alcanzó con no sé cuántas a Maritornes, la cual, sentida del dolor, echando a rodar la honestidad, dió el retorno a Sancho con tantas, que a su despecho le quitó el sueño; el cual, viéndose tratar de aquella manera y sin saber de quién, alzándose como pudo, se abrazó con Maritornes, y comenzaron entre los dos la más reñida y graciosa escaramuza del mundo. Viendo, pues, el arriero a la lumbre del candil del ventero, cual andaba su dama, dejando a Don Quijote, acudió a dalle el socorro necesario: lo mismo hizo el ventero, pero con intención diferente, porque fué a castigar a la moza, creyendo, sin duda, que ella sola era la ocasión de toda aquella armonía. Y así, como suele decirse, el gato al rato, el rato a la cuerda, la cuerda al palo, daba el arriero a Sancho, Sancho a la moza, la moza a él, el ventero a la moza, y todos menudeaban con tanta priesa que no se daban punto de reposo; y fué lo bueno que al ventero se le apagó el candil, y como quedaron a oscuras, dábanse tan sin compasión todos a bulto que a doquiera que ponían la mano no dejaban cosa sana. Alojaba acaso aquella noche en la venta, un cuadrillero de los que llaman de la Santa Hermandad vieja de Toledo, el cual, oyendo ansimesmo el extraño estruendo de la pelea, asió de su media vara y de la caja de lata de sus títulos, y entró a oscuras en el aposento, diciendo: Ténganse a la justicia, ténganse a la Santa Hermandad. Y el primero con quien topó, fué con el apuñeado de Don Quijote, que estaba en su derribado lecho tendido boca arriba, sin sentido alguno, y echándole a tienta mano a las barbas, no cesaba de decir: Favor a la justicia: pero viendo que el que tenía asido no se bullía ni meneaba, se dió a entender que estaba muerto, y que los que allí dentro estaban eran sus matadores, y con esta sospecha reforzó la voz, diciendo:

—Ciérrese la puerta de la venta, miren no se vaya nadie, que han muerto aquí a un hombre.

Esta voz sobresaltó a todos, y cada cual dejó la pendencia en el grado que le tomó la voz. Retiróse el ventero a su aposento, el arriero a sus enjalmas, la moza a su rancho; solos los dos desventurados Don Quijote y Sancho no se pudieron mover

cia, que es el mismo rey, no hace fuerza ni agravio a semejante gente, sino que los castiga en pena de sus delitos.

Llegó en esto la cadena de los galeotes, y Don Quijote, con muy corteses razones, pidió a los que iban en su guarda fuesen servidos de informalle y decille la causa o causas por qué llevaban aquella gente de aquella manera. Una de las guardas de a caballo respondió que eran galeotes, gente de Su Majestad, que iba a galeras, y que no había más que decir, ni él tenía más que saber.

—Con todo eso,—replicó Don Quijote—querría saber de cada uno dellos en particular la causa de su desgracia.

Añadió a estas otras tales y tan comedidas razones para moverlos a que le dijese lo que deseaba, que la otra guarda de a caballo le dijo:

—Aunque llevamos aquí el registro y la fe de las sentencias de cada uno destos malaventurados, no es tiempo éste de detenernos a sacarlas ni a leerlas: vuestra merced llegue y se lo pregunte a ellos mismos, que ellos lo dirán si quieren, que si querrán, porque es gente que recibe gusto de hacer y decir bellaquerías.

Con esta licencia, que Don Quijote se tomara aunque no se la dieran, se llegó a la cadena, y al primero le preguntó que por qué pecados iba de tan mala guisa. El respondió que por enamorado.

—¿Por eso no más?—replicó Don Quijote;—pues si por enamorados echan a galeras, días ha que pudiera yo estar bogando en ellas.

—No son los amores como los que vuestra merced piensa,—dijo el galeote—que los míos fueron que quise tanto a una canasta de colar atestada de ropa blanca, que la abracé conmigo tan fuertemente, que a no quitármela la justicia por fuerza, aun hasta agora no la hubiera dejado de mi voluntad. Fué en fragante, no hubo lugar de tormento, concluyóse la causa, acomodáronme las espaldas con ciento (26), y por añadidura tres precisos (27) de gurapas, y acabóse la obra.

—¿Qué son gurapas?—preguntó Don Quijote.

—Gurapas son galeras,—respondió el galeote, el cual era un mozo de hasta de veinte y cuatro años, y dijo que era natural de Piedrahita.

Lo mesmo preguntó Don Quijote al segundo, el cual no

respondió palabra, según iba de triste y malencónico; mas respondió por él el primero, y dijo:

—Este señor va por canario (28): digo, por músico y cantor.

—¿Pues cómo?—repitió Don Quijote,—¿por músicos y cantores van también a las galeras?

—Sí, señor,—respondió el galeote—que no hay peor cosa que cantar en el ansia.

—Antes he oído decir,—dijo Don Quijote—que quien canta, sus males espanta.

—Acá es al revés,—dijo el galeote—que quien canta una vez, llora toda la vida.

—No lo entiendo,—dijo Don Quijote; mas una de las guardas le dijo:

—Señor caballero, cantar en el ansia se dice entre la gente *non sancta* confesar en el tormento. A este pecador le dieron tormento, y confesó su delito que era ser cuatrero, que es ser ladrón de bestias, y por haber confesado le condenaron por seis años a galeras, amén de doscientos azotes que ya lleva en las espaldas; y va siempre pensativo y triste, porque los demás ladrones que allá quedan y aquí van, le maltratan y aniquilan y escarnecen y tienen en poco, porque confesó y no tuvo ánimo de decir nones; porque dicen ellos que tantas letras tiene un no como un sí, y que harta ventura tiene un delincuente que está en su lengua su vida o su muerte, y no en las de los testigos y probanzas; y para mí tengo que no van muy fuera de camino.

—Y yo lo entiendo así,—respondió Don Quijote, el cual pasando al tercero, preguntó lo que a los otros, el cual de presto y con mucho desenfado respondió, y dijo:

—Yo voy por cinco años a las señoras gurapas, por faltarme diez ducados.

—Yo daré veinte de muy buena gana,—dijo Don Quijote—por libraros desa pesadumbre.

—Eso me parece,—respondió el galeote—como quien tiene dineros en mitad del golfo, y se está muriendo de hambre, sin tener adónde comprar lo que ha menester. Dígolo, porque si a su tiempo tuviera yo esos veinte ducados que vuestra merced ahora me ofrece, hubiera untado con ellos la péndola del escribano, y avivado el ingenio del procurador, de manera que hoy me viera en mitad de la plaza de Zocodover de Toledo, y no

en este camino atraillado como galgo, pero Dios es grande: paciencia y basta.

Pasó Don Quijote al cuarto, que era un hombre de venerable rostro, con una barba blanca que le pasaba del pecho, el cual, oyéndose preguntar la causa por qué allí venía, comenzó a llorar y no respondió palabra; mas el quinto condenado le sirvió de lengua, y dijo:

—Este hombre honrado va por cuatro años a galeras, habiendo paseado las acostumbradas (29), vestido en pompa y a caballo.

—Eso es,—dijo Sancho Panza—a lo que a mí me parece, haber salido a la vergüenza.

—Así es,—replicó el galeote—y la culpa porque le dieron esta pena, es por haber sido corredor de oreja y aun de todo el cuerpo. En efeto, quiero decir que este caballero va por alcahuete, y por tener asimesmo sus puntas y collar de hechicero.

—A no haberle añadido esas puntas y collar,—dijo Don Quijote—por solamente el alcahuete limpio no merecía él ir a bogar en las galeras, sino a mandallas y a ser general dellas; porque no es así como quiera el oficio de alcahuete, que es oficio de discretos, y necesarísimo en la república bien ordenada, y que no le debía ejercer sino gente muy bien nacida, y aun había de haber veedor y examinador de los tales, como le hay de los demás oficios, con número deputado y conocido, como corredores de lonja, y desta manera se excusarían muchos males que se causan por andar este oficio y ejercicio entre gente idiota y de poco entendimiento, como son mujercillas de poco más o menos, pajecillos y truhanes de pocos años y de poca experiencia, que a la más necesaria ocasión, y cuando es menester dar una traza que importe, se les yelan las migas entre la boca y la mano, y no saben cuál es su mano derecha. Quisiera pasar adelante, y dar las razones por qué convenía hacer elección de los que en la república habían de tener tan necesario oficio, pero no es el lugar acomodado para ello: algún día lo diré a quien lo pueda proveer y remediar. Sólo digo ahora que la pena que me ha causado ver esas blancas canas y este rostro venerable en tanta fatiga por alcahuete, me la ha quitado el adjunto de ser hechicero, aunque bien sé que no hay hechizos en el mundo que puedan mover y forzar la voluntad, como algunos simples piensan; que es libre nuestro albe-

drío, y no hay yerba ni encanto que le fuerce. Lo que suelen hacer algunas mujercillas simples y algunos embusteros bellacos, es algunas misturas y venenos con que vuelven locos a los hombres, dando a entender que tienen fuerza para hacer querer bien, siendo, como digo, cosa imposible forzar la voluntad.

—Así es,—dijo el buen viejo—y en verdad, señor, que en lo de hechicero que no tuve culpa, en lo de alcahuete no lo pude negar; pero nunca pensé que hacía mal en ello: que toda mi intención era que todo el mundo se hólcase, y viviese en paz y quietud, sin pendencias ni penas; pero no me aprovechó nada este buen deseo para dejar de ir adonde no espero volver, según me cargan los años y un mal de orina que llevo, que no me deja reposar un rato. Y aquí tornó a su llanto como de primero, y túvole Sancho tanta compasión, que sacó un real de a cuatro del seno y se lo dió de limosna.

Pasó adelante Don Quijote, y preguntó a otro su delito, el cual respondió con no menos, sino con mucha más gallardía que el pasado:

—Yo voy aquí porque me burlé demasiadamente con dos primas hermanas mías, y con otras dos hermanas que no lo eran mías: finalmente, tanto me burlé con todas, que resultó de la burla crecer la parentela tan intrincadamente, que no hay diablo que la declare. Probóseme todo, faltó favor, no tuve dineros, víame a pique de perder los tragaderos, sentenciáronme a galeras por seis años, consentí: castigo es de mi culpa, mozo soy, dure la vida, que con ella todo se alcanza. Si vuestra merced, señor caballero, lleva alguna cosa con que socorrer a estos pobretes, Dios se lo pagará en el cielo, y nosotros tendremos en la tierra cuidado de rogar a Dios en nuestras oraciones por la vida y salud de vuestra merced, que sea tan larga y tan buena como su buena presencia merece.

Este iba en hábito de estudiante, y dijo una de las guardas, que era muy grande hablador y muy gentil latino. Tras todos éstos venía un hombre de muy buen parecer, de edad de treinta años, sino que al mirar metía el un ojo en el otro un poco. Venía diferentemente atado que los demás, porque traía una cadena al pie tan grande, que se la liaba por todo el cuerpo, y dos argollas a la garganta, la una en la cadena, y la otra de las que llaman guardaamigo o pie de amigo, de la cual descendían dos hierros que llegaban a la cintura, en las cuales se

asían dos esposas, donde llevaba las manos cerradas con un grueso candado, de manera que ni con las manos podía llegar a la boca, ni podía bajar la cabeza a llegar a las manos. Preguntó Don Quijote que cómo iba aquel hombre con tantas prisiones más que los otros. Respondióle la guarda: Porque tenía aquel solo más delitos que todos los otros juntos, y que era tan atrevido y tan grande bellaco, que aunque le llevaban de aquella manera, no iban seguros dél, sino que temían que se les había de huir.

—¿Qué delitos puede tener,—dijo Don Quijote—sino han merecido más pena que echalle a las galeras?

—Va por diez años,—replicó la guarda—que es como muerte civil: no se quiera saber más sino que esté buen hombre es el famoso Ginés de Pasamonte, que por otro nombre llaman Ginesillo de Parapilla.

—Señor comisario,—dijo entonces el galeote—váyase poco a poco, y no andemos ahora a deslindar nombres y sobrenombres: Ginés me llamo y no Ginesillo, y Pasamonte es mi alcurnia, y no Parapilla como voacé dice; y cada uno se dé una vuelta a la redonda, y no hará poco.

—Hable con menos tono,—replicó el comisario—señor ladrón de más de la marca, si no quiere que le haga callar, mal que le pese.

—Bien parece—respondió el galeote—que va el hombre como Dios es servido; pero algún día sabrá alguno si me llamo Ginesillo de Parapilla o no.

—¿Pues no te llaman así, embustero?—dijo la guarda.

—Sí llaman,—respondió Ginés—mas yo haré que no me lo llamen, o me las pelaría donde yo digo entre mis dientes. Señor caballero, si tiene algo que darnos, dénosle ya y vaya con Dios, que ya enfada con tanto querer saber vidas ajenas; y si la mía quiere saber, sepa que soy Ginés de Pasamonte, cuya vida está escrita por estos pulgares.

—Dice verdad,—dijo el comisario—que él mismo ha escrito su historia, que no hay más, y deja empeñado el libro en la cárcel en doscientos reales.

—Y le pienso quitar,—dijo Ginés—si quedara en doscientos ducados.

—¿Tan bueno es?—dijo Don Quijote.

—Es tan bueno,—respondió Ginés—que mal año para

Lazarillo de Tormes, y para todos cuantos de aquel género se han escrito o escribieren: lo que le sé decir a voacé, es que trata verdades, y que son verdades tan lindas y tan donosas, que no puede haber mentiras que se le igualen.

—¿Y cómo se intitula el libro?—preguntó Don Quijote.

—La vida de Ginés de Pasamonte,—respondió él mismo.

—¿Y está acabado?—preguntó Don Quijote.

—¿Cómo puede estar acabado,—respondió él—si aun no está acabada mi vida? Lo que está escrito es desde mi nacimiento hasta el punto que esta última vez me han echado en galeras.

—¿Luego otra vez habéis estado en ellas?—dijo Don Quijote.

—Para servir a Dios y al rey, otra vez he estado cuatro años, y ya sé a qué sabe el bizcocho y el corbacho,—respondió Ginés—y no me pesa mucho de ir a ellas, porque allí tendré lugar de acabar mi libro, que me quedan muchas cosas que decir, y en las galeras de España hay más sosiego de aquel que sería menester, aunque no es menester mucho más para lo que yo tengo de escribir, porque me lo sé de coro.

—Hábil parece,—dijo Don Quijote.

—Y desdichado,—respondió Ginés—porque siempre las desdichas persiguen al buen ingenio.

—Persiguen a los bellacos,—dijo el comisario.

—Ya le he dicho, señor comisario,—respondió Pasamonte—que se vaya poco a poco, que aquellos señores no le dieron esa vara para que maltratase a los pobretes que aquí vamos, sino para que nos guiase y llevase adonde Su Majestad manda: si no, por vida de... basta, que podría ser que saliesen algún día en la colada las manchas que se hicieron en la venta, y todo el mundo calle, y viva bien y hable mejor, y caminemos, que ya es mucho regodeo éste.

Alzó la vara en alto el comisario para dar a Pasamonte en respuesta de sus amenazas; mas Don Quijote se puso en medio, y le rogó que no le maltratase, pues no era mucho que quien llevaba tan atadas las manos tuviese algún tanto suelta la lengua; y volviéndose a todos los de la cadena, dijo:

—De todo cuanto me habéis dicho, hermanos carísimos, he sacado en limpio que, aunque os han castigado por vuestras culpas, las penas que vais a padecer no os dan mucho gusto,

y que vais a ellas muy de mala gana y muy contra vuestra voluntad, y que podría ser que el poco ánimo que aquél tuvo en el tormento, la falta de dineros deste, el poco favor del otro, y finalmente el torcido juicio del juez, hubiese sido causa de vuestra perdición, y de no haber salido con la justicia que de vuestra parte teníades. Todo lo cual se me representa a mí ahora en la memoria, de manera que me está diciendo, persuadiendo, y aun forzando, que muestre con vosotros el efeto para que el cielo me arrojó al mundo, y me hizo profesar en él la orden de caballería que profeso, y el voto que en ella hice de favorecer a los menesterosos y opresos de los mayores. Pero, porque sé que una de las partes de la prudencia es que lo que se puede hacer por bien no se haga por mal, quiero rogar a estos señores guardianes y comisario sean servidos de desataros y dejaros ir en paz, que no faltarán otros que sirvan al rey en mejores ocasiones, porque me parece duro caso hacer esclavos a los que Dios y naturaleza hizo libres. Quanto más, señores guardas,—añadió Don Quijote—que estos pobres no han cometido nada contra vosotros; allá se lo haya cada uno con su pecado; Dios hay en el cielo que no se descuida de castigar al malo, ni de premiar al bueno, y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres, no yéndoles nada en ello. Pido esto con esta mansedumbre y sosiego, porque tenga, si lo cumplís, algo que agradeceros; y cuando de grado no lo hagáis, esta lanza y esta espada, con el valor de mi brazo, harán que lo hagáis por fuerza.

—Donosa majadería—respondió el comisario: —bueno está el donaire con que ha salido a cabo de rato: los forzados del rey quiere que le dejemos, como si tuviéramos autoridad para soltarlos, o él la tuviera para mandárnoslo. Váyase vuestra merced, señor, norabuena su camino adelante, y enderécese ese bacín que trae en la cabeza, y no ande buscando tres pies al gato.

—Vos sois el gato, y el rato, y el bellaco,—respondió Don Quijote; y diciendo y haciendo, arremetió con él tan presto, que, sin que tuviese lugar de ponerse en defensa, dió con él en el suelo, mal herido de una lanzada; y avínole bien, que éste era el de la escopeta.

Las demás guardas quedaron atónitas y suspensas del no esperado acontecimiento; pero, volviendo sobre sí, pusieron

mano a sus espadas los de a caballo, y los de a pie a sus dardos, y arremetieron a Don Quijote, que con mucho sosiego los aguardaba, y sin duda lo pasara mal, si los galeotes, viendo la ocasión que se les ofrecía de alcanzar la libertad, no la procuraran procurando romper la cadena donde venían ensartados. Fué la revuelta de manera que las guardas, ya por acudir a los galeotes que se désataban, ya por acometer a Don Quijote, que les acometía, no hicieron cosa que fuese de provecho. Ayudó Sancho, por su parte, a la soltura de Ginés de Pasamonte; que fué el primero que salió en la campaña libre y desembarazado, y arremetiendo al comisario caído, le quitó la espada y la escopeta, con la cual apuntando al uno y señalando al otro, sin disparalla jamás, no quedó guarda en todo el campo, porque se fueron huyendo, así de la escopeta de Pasamonte, como de las muchas pedradas que los ya sueltos galeotes les tiraban. Entristecióse mucho Sancho deste suceso, porque se le representó que los que iban huyendo habían de dar noticia del caso a la Santa Hermandad, la cual a campana herida saldría a buscar a los delincuentes, y así se lo dijo a su amo, y le rogó que luego de allí se partiesen, y se emboscasen en la sierra que estaba cerca.

—Bien está eso,—dijo Don Quijote— pero yo sé lo que ahora conviene que se haga.—Y llamando a todos los galeotes, que andaban alborotados, y habían despojado al comisario hasta dejarle en cueros, se le pusieron todos a la redonda para ver lo que les mandaba, y así les dijo:—De gente bien nacida es agradecer los beneficios que reciben: y uno de los pecados que más a Dios ofende es la ingratitud. Dígolo, porque ya habéis visto, señores, con manifiesta experiencia, el que de mí habéis recibido; en pago del cual querría, y es mi voluntad, que, cargados desa cadena que quité de vuestros cuellos, luego os pongáis en camino y vais (30) a la ciudad del Toboso, y allí os presentéis ante la señora Dulcinea del Toboso, y le digáis que su caballero, el de la Triste Figura, se le envía e encomendar, y le contéis punto por punto todos los que ha tenido esta famosa aventura, hasta ponerlos en la deseada libertad; y hecho esto, os podréis ir donde quisiéredes, a la buena ventura.

Respondió por todos Ginés de Pasamonte, y dijo:

—Lo que vuestra merced nos manda, señor y libertador nuestro, es imposible de toda imposibilidad cumplirlo, porque

no podemos ir juntos por los caminos, sino solos y divididos y cada uno por su parte, procurando meterse en las entrañas de la tierra, por no ser hallado de la Santa Hermandad, que sin duda alguna ha de salir en nuestra busca. Lo que vuestra merced puede hacer, y es justo que haga, es mudar ese servicio y montazgo de la señora Dulcinea del Toboso, en alguna cantidad de avemarías y credos, que nosotros diremos por la intención de vuestra merced, y esta es cosa que se podrá cumplir de noche y de día, huyendo o reposando, en paz o en guerra; pero pensar que hemos de volver ahora a las ollas de Egipto, digo, a tomar nuestra cadena y a ponernos en camino del Toboso, es pensar que es ahora de noche, que aun no son las diez del día, y es pedir a nosotros eso como pedir peras al olmo.

—Pues voto a tal,—dijo Don Quijote, ya puesto en cólera— don hijo de la puta, don Ginesillo de Parapillo, o como os llamáis, que habéis de ir vos solo, rabo entre piernas, con toda la cadena a cuestras.

Pasamonte, que no era nada bien sufrido, estando ya enterado que Don Quijote no era muy cuerdo, pues tal disparate había acometido como el de querer darles libertad, viéndose tratar de aquella manera, hizo del ojo a los compañeros, y apartándose aparte, comenzaron a llover tantas piedras sobre Don Quijote, que no se daba manos a cubrirse con la rodela, y el pobre de Rocinante no hacía más caso de la espuela que si fuera hecho de bronce. Sancho se puso tras su asno, y con él se defendía de la nube y pedrisco que sobre entrambos llovía. No se pudo escudar tan bien Don Quijote, que no le acertasen no sé cuantos guijarros en el cuerpo, con tanta fuerza, que dieron con él en el suelo; y apenas hubo caído, cuando fué sobre él el estudiante, y le quitó la bacía de la cabeza, y dióle con ella tres o cuatro golpes en las espaldas, y otros tantos en la tierra, con que la hizo casi pedazos: quitáronle una ropilla que traía sobre las armas, y las medias calzas le querían quitar, si las grebas no lo estorbaran. A Sancho le quitaron el gabán, y dejándole en pelota, repartiendo entre sí los demás despojos de la batalla, se fueron cada uno por su parte, con más cuidado de escaparse de la Hermandad que temían, que de cargarse de la cadena e ir a presentarse ante la señora Dulcinea del Toboso. Solos quedaron jumento y Rocinante,

Sancho y Don Quijote. El jumento cabizbajo y pensativo, sacudiendo de cuando en cuando las orejas, pensando que aun no había cesado la borrasca de las piedras que le perseguían los oídos; Rocinante, tendido junto a su amo, que también vino al suelo de otra pedrada; Sancho en pelota, y temeroso de la Santa Hermandad; Don Quijote mohinísimo de verse tan mal parado por los mismos a quien tanto bien había hecho. (31).
(Capítulo XXII).

X

Que trata del curioso discurso que hizo Don Quijote de las armas y de las letras.

Prosiguiendo Don Quijote, dijo:

—Pues comenzamos en el estudiante por la pobreza y sus partes, veamos si es más rico el soldado, y veremos que no hay ninguno más pobre en la misma pobreza, porque está atenido a la miseria de su paga, que viene tarde o nunca, o a lo que garbear por sus manos con notable peligro de su vida y de su conciencia; y a veces suele ser su desnudez tanta, que un colete acuchillado le sirve de gala y de camisa, y en la mitad del invierno se suele reparar de las inclemencias del cielo, estando en la campaña rasa, con sólo el aliento de su boca, que, como sale de lugar vacío, tengo por averiguado que debe salir frío, contra toda naturaleza. Pues esperad que espere que llegue la noche para restaurarse de todas estas incomodidades en la cama que le aguarda, la cual, si no es por su culpa, jamás pecará de estrecha, que bien puede medir en la tierra los pies que quisiere, y revolverse en ella a su sabor, sin temor que se le encojan las sábanas. Lléguese, pues, a todo esto, el día y la hora de recibir el grado de su ejercicio, lléguese un día de batalla, que allí le pondrán la borla en la cabeza, hecha de hilas, para curarle de algún balazo que quizá le habrá pasado las sienes, o le dejará estropeado de brazo o pierna; y cuando esto no suceda, sino que el cielo piadoso le guarde y conserve sano y vivo, podrá ser que se quede en la misma pobreza que antes estaba, y que sea menester que suceda uno y otro reencuentro; una y otra batalla, y que de todas salga vencedor, para medrar en

algo; pero estos milagros vense raras veces. Pero decidme, señores, si habéis mirado en ello: ¿cuán menos son los premiados por la guerra que los que han perecido en ella? Sin duda habéis de responder que no tienen comparación, ni se pueden reducir a cuenta los muertos, y que se podrán contar los premiados vivos con tres letras de guarismo. Todo esto es al revés en los letrados, porque de faldas, que no quiero decir de mangas, todos tienen en qué entretenerse: así que aunque es mayor el trabajo del soldado, es mucho menor el premio. Pero a esto se puede responder que es más fácil premiar a dos mil letrados que a treinta mil soldados, porque a aquellos se premia con darles oficios, que por fuerza se ha de dar a los de su profesión, y a éstos no se puede premiar sino con la misma hacienda del señor a quien sirven, y esta imposibilidad fortifica más la razón que tengo. Pero dejemos esto aparte, que es laberinto de muy dificultosa salida, sino volvamos a la preeminencia de las armas contra las letras: materia que, hasta ahora, está por averiguar, según las razones que cada una de su parte alega; y entre las que he dicho, dicen las letras que sin ellas no se podrían sustentar las armas, porque la guerra también tiene sus leyes y está sujeta a ellas, y que las leyes caen debajo de lo que son las letras y letrados. A esto responden las armas que las leyes no se podrán sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las republicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despojan los mares de cosarios; y finalmente, si por ellas no fuese, las repúblicas, los reinos, las monarquías, las ciudades, los caminos de mar y tierra estarían sujetos al rigor y a la confusión que trae consigo la guerra el tiempo que dura y tiene licencia de usar de sus privilegios y de sus fuerzas. Y es razón averiguada que aquello que más cuesta, se estima y debe de estimar en más. Alcanzar alguno a ser eminente en letras, le cuesta tiempo, vigiliias, hambre, desnudez, vágidos de cabeza, indigestiones de estómago y otras cosas adherentes, que, en parte, yo las tengo referidas; mas llegar uno por sus términos a ser buen soldado, le cuesta todo lo que al estudiante, en tanto mayor grado, que no tiene comparación, porque a cada paso está a pique de perder la vida. ¿Y qué temor de necesidad y pobreza puede llegar ni fatigar al estudiante, que llegue al que tiene un soldado, que, hallándose cercado en alguna fuerza y

estando de posta o guarda en algún rebellín o caballero, siente que los enemigos están minando hacia la parte donde él está, y no puede apartarse de allí por ningún caso, ni huir el peligro que de tan cerca le amenaza? Sólo lo que puede hacer es dar noticia a su capitán de lo que pasa, para que lo remedie con alguna contramina, y él estarse quedo, temiendo y esperando cuando improvisadamente ha de subir a las nubes sin alas, y bajar al profundo sin su voluntad. Y si éste parece pequeño peligro, veamos si le iguala o hace ventaja el de embestirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso, las cuales enclavijadas y trabadas, no le queda al soldado más espacio del que conceden dos pies de tabla del espolón; y con todo esto, viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan, cuantos cañones de artillería se asestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza, y viendo que al primer descuido de los pies iría a visitar los profundos senos de Neptuno, y con todo esto, con intrépido corazón, llevado de la honra que le incita, se pone a ser blanco de tanta arcabucería y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario. Y lo que más es de admirar: que apenas uno ha caído donde no se podrá levantar hasta la fin del mundo, cuando otro ocupa su mismo lugar; y si éste también cae en el mar, que como a enemigo le aguarda, otro y otro le sucede, sin dar tiempo al tiempo de sus muertes: valentía y atrevimiento el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra (32). Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería, a cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invención, con la cual dió causa que un infame y cobarde brazo quite la vida a un valeroso caballero, y que sin saber cómo o por dónde, en la mitad del coraje y brío que enciende y anima a los valientes pechos, llega una desmandada bala (disparada de quien quizá huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina) y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecía gozar luengos siglos. Y así, considerando esto, estoy por decir que en el alma me pesa de haber tomado este ejercicio de caballero andante en edad tan detestable como es ésta en que vivimos; porque aunque a mí ningún peligro me pone miedo, todavía me pone recelo pensar

si la pólvora y el estaño me han de quitar la ocasión de hacerme famoso y conocido por el valor de mi brazo y filos de mi espada, por todo lo descubierto de la tierra. Pero haga el cielo lo que fuere servido; que tanto seré más estimado, si salgo con lo que pretendo, cuanto a mayores peligros me he puesto que se pusieron los caballeros andantes de los pasados siglos.

Todo este largo preámbulo dijo Don Quijote en tanto que los demás cenaban, olvidándose de llevar bocado a la boca, puesto que algunas veces le había dicho Sancho Panza que cenase, que después habría lugar para decir todo lo que quisiese. En los que escuchado le habían, sobrevino nueva lástima de ver que hombre que al parecer tenía buen entendimiento y buen discurso en todas las cosas que trataba, le hubiese perdido tan rematadamente en tratándole de su negra y pizmieta caballería. El Cura le dijo que tenía mucha razón en todo cuanto había dicho en favor de las armas, y que él, aunque letrado y graduado, estaba en su mismo parecer. Acabaron de cenar, levantaron los manteles, y en tanto que la ventera, su hija y Maritornes aderezaban el camaranchón de Don Quijote de la Mancha, donde habían determinado que aquella noche las mujeres solas en él se recogiesen, don Fernando rogó al cautivo les contase el discurso de su vida, porque no podría ser sino que fuese peregrino y gustoso, según las muestras que había comenzado a dar, viniendo en compañía de Zoraida; a lo cual respondió el cautivo que de muy buena gana haría lo que se le mandaba, y que sólo temía que el cuento no hubiese de ser tal que les diese el gusto que él deseaba; pero que, con todo eso, por no faltar en obedecelle, le contaría. El Cura y todos los demás se lo agradecieron y de nuevo se lo rogaron, y él, viéndose rogar de tantos, dijo que no eran menester ruegos, adonde el mandar tenía tanta fuerza.—Y así estén vuestras mercedes atentos y oirán un discurso verdadero, a quien podría ser que no llegasen los mentirosos, que con curioso y pensado artificio suelen componerse. Con esto que dijo, hizo que todos se acomodasen y le prestasen un grande silencio; y él, viendo que ya callaban y esperaban lo que decir quisiese, con voz agradable y reposada, comenzó a decir desta manera: (33) (*Capítulo XXXVIII*).

SEGUNDA PARTE

PRÓLOGO

Válame Dios, y con cuánta gana debes de estar esperando ahora, lector ilustre (o quier plebeyo), este prólogo, creyendo hallar en él venganzas, riñas y vituperios del autor del segundo Don Quijote: digo de aquel que dicen que se engendró en Tordesillas y nació en Tarragona. Pues en verdad que no te he de dar este contento; que puesto que los agravios despiertan la cólera en los más humildes pechos, en el mío ha de padecer excepción esta regla. Quisieras tú que lo diera del asno, del mentecato y del atrevido; pero no me pasa por el pensamiento: castíguele su pecado, con su pan se lo coma, y hallá se lo halla. Lo que no he podido dejar de sentir es que me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo, que no pasase por mí, o si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, y no en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros. Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas a lo menos en la estimación de los que saben donde se cobraron: que el soldado más bien parece muerto en la batalla, que libre en la fuga; y es esto en mí de manera, que si ahora me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella facción prodigiosa que sano ahora de mis heridas, sin haberme hallado en ella. Las que el soldado muestra en el rostro y en los pechos, estrellas

son que guían a los demás al cielo de la honra, y al de desear la justa alabanza; y hase de advertir que no se escribe con las canas, sino con el entendimiento, el cual suele mejorarse con los años: He sentido también que me llame invidioso, y que como a ignorante me describa que cosa sea la envidia, que en realidad de verdad, de dos que hay, yo no conozco sino a la santa, a la noble y bien intencionada: y siendo esto así, como lo es, no tengo yo de perseguir a ningún sacerdote, y más si tiene por añadidura ser familiar del Santo Oficio; y si él lo dijo por quien parece que lo dijo, engañóse de todo en todo, que del tal adoro el ingenio, admiro las obras y la ocupación continua y virtuosa. Pero en efecto le agradezco a este señor autor el decir que mis novelas son más satíricas que ejemplares, pero que son buenas, y no lo pudieran ser si no tuvieran de todo. Paréceme que me dices que ando muy limitado, y que me contengo mucho en los términos de mi modestia, sabiendo que no se ha de añadir aflicción al afligido, y que la que debe de tener este señor sin duda es grande, pues no osa parecer a campo abierto y al cielo claro, encubriendo su nombre, fingiendo su patria, como si hubiera hecho alguna traición de lesa majestad. Si por ventura llegares a conocerle, dile de mi parte que no me tengo por agraviado, que bien sé lo que son tentaciones del demonio, y que una de las mayores es ponerle a un hombre en el entendimiento que puede componer y imprimir un libro con que gane tanta fama como dineros, y tantos dineros cuanta fama, y para confirmación desto quiero que en tu buen donaire y gracia le cuentes este cuento (34).

Había en Sevilla un loco, que dió en el más gracioso disparate y tema que dió loco en el mundo. Y fué que hizo un cañuto de caña puntiagudo en el fin, y en cogiendo algún perro en la calle, o en cualquiera otra parte, con el un pie le cogía el suyo, y el otro le alzaba con la mano, y como mejor podía le acomodaba el cañuto en la parte que, soplándole, le ponía redondo como una pelota, y en teniéndole desta suerte le daba dos palmaditas en la barriga, y le soltaba, diciendo a los circunstantes (que siempre eran muchos): Pensarán vuestas mercedes ahora que es poco trabajo hinchar un perro. Pensará vuesa merced ahora que es poco trabajo hacer un libro. Y si este cuento no le cuadrare, dirasle (lector amigo) éste; que también es de loco y de perro.

Había en Córdoba otro loco, que tenía por costumbre de traer encima de la cabeza un pedazo de losa de mármol, o un canto no muy liviano, y en topando algún perro descuidado se le ponía junto, y a plomo dejaba caer sobre él el peso. Amohinábase el perro, y dando ladridos y aullidos no paraba en tres calles. Sucedió, pues, que entre los perros que descargó la carga fué uno un perro de un bonetero, a quien quería mucho su dueño. Bajó el canto, dióle en la cabeza: alzó el grito el molido perro, viólo y sintiólo su amo: asió una vara de medir, y salió al loco, y no le dejó hueso sano, y a cada palo que le daba decía: Perro ladrón, ¿a mí podenco? ¿No viste, cruel, que era podenco mi perro? Y repitiéndole el nombre de podenco muchas veces, envió al loco hecho una alheña. Escarmentó el loco, y retiróse, y en más de un mes no salió a la plaza, al cabo del cual tiempo volvió con su invención y con más carga. Llegábase donde estaba el perro, y mirándole muy bien de hito en hito, y sin querer ni atreverse a descargar la piedra, decía: Este es podenco, ¡guarda! En efecto, todos cuantos perros topaba, aunque fuesen alanos o gozques, decía que eran podencos, y así no soltó más el canto. Quizá desta suerte le podrá acontecer a este historiador, que no se atreverá a soltar más la presa de su ingenio en libros que, en siendo malos, son más duros que las peñas. Dile también que de la amenaza que me hace que me ha de quitar la ganancia con su libro, no se me da un ardite, que acomodándome al entremés famoso de la Perendenga, le respondo que me viva el Veinte y Cuatro mi señor, y Cristo con todos: viva el gran conde de Lemos (cuya Cristiandad y liberalidad bien conocida, contra todos los golpes de mi corta fortuna, me tiene en pie) y vívame la suma caridad del Ilustrísimo de Toledo, don Bernardo de Sandoval y Rojas, y siquiera no haya imprentas en el mundo, y siquiera se impriman contra mí más libros que tienen letras las coplas de Mingo Revulgo. Estos dos príncipes, sin que los solicite adulación mía, ni otro género de aplauso, por sola su bondad han tomado a su cargo el hacerme merced y favorecerme, en lo que me tengo por más dichoso y más rico que si la fortuna por camino ordinario me hubiera puesto en su cumbre. La honra puòdela tener el pobre, pero no el vicioso: la pobreza puede anublar a la nobleza, pero no escurecerla del todo; pero como la virtud dé alguna cosa de sí, aunque sea por los inconvenien-

tes y resquicios de la estrechez, viene a ser estimada de los altos y nobles espíritus, y por el consiguiente favorecida; y no le digas más, ni yo quiero decirte más a ti, sino advertirte, que consideres que esta segunda parte de Don Quijote que te ofrezco es cortada del mismo artífice y del mismo paño que la primera, y que en ella te doy a Don Quijote dilatado, y finalmente muerto y sepultado, porque ninguno se atreva a levantarme nuevos testimonios, pues bastan los pasados, y basta también que un hombre honrado haya dado noticias destas discretas locuras, sin querer de nuevo entrarse en ellas: que la abundancia de las cosas, aunque sean buenas, hace que no se estimen, y la carestía (aun de las malas) se estima en algo. Olvidábaseme de decirte, que esperes el Persiles, que ya estoy acabando, y la segunda parte de Galatea.

I

De lo que el Cura y el Barbero pasaron con Don Quijote cerca de su enfermedad.

Cuenta Cide Hamete Benengeli en la segunda parte desta historia y tercera salida de Don Quijote, que el Cura y el Barbero se estuvieron casi un mes sin verle, por no renovarle y traerle a la memoria las cosas pasadas. Pero no por eso dejaron de visitar a su sobrina y a su ama, encargándolas tuviesen cuenta con regalarle, dándole a comer cosas confortativas y apropiadas para el corazón y el cerebro, de donde procedía (según buen discurso) toda su mala ventura. Las cuales dijeron que así lo hacían, y lo harían con la voluntad y cuidado posible, porque echaban de ver que su señor por momentos iba dando muestras de estar en su entero juicio; de lo cual recibieron los dos gran contento, por parecerles que habían acertado en haberle traído encantado en el carro de los bueyes (como se contó en la primera parte desta tan grande como puntual historia, en su último capítulo); y así determinaron de visitarle y hacer experiencia de su mejoría, aunque tenían casi por imposible que la tuviese; y acordaron de no tocarle en ningún punto de la andante caballería por no ponerse a peligro de descoser los de la herida que tan tiernos estaban. Visi-

táronle, en fin, y halláronle sentado en la cama, vestida una almilla de bayeta verde, con un bonete colorado toledano, y estaba tan seco y amojamado, que no parecía sino hecho de carne momia. Fueron dél muy bien recibidos, preguntáronle por su salud, y él dió cuenta de sí y della con mucho juicio y con muy elegantes palabras. Y en el discurso de su plática vinieron a tratar en esto que llaman razón de estado y modos de gobierno, enmendando este abuso y condenando aquél, reformando una costumbre y desterrando otra, haciéndose cada uno de los tres un nuevo legislador, un Licurgo moderno o un Solón flamante; y de tal manera renovaron la república, que no pareció sino que la habían puesto en fragua y sacado otra de la que pusieron: y habló Don Quijote con tanta discreción en todas las materias que se tocaron, que los dos examinadores creyeron indubitadamente que estaba del todo bueno y en su entero juicio. Halláronse presentes a la plática la Sobrina y el Ama, y no se hartaban de dar gracias a Dios de ver a su señor con tan buen entendimiento; pero el Cura, mudando el propósito primero, que era no tocarle en cosas de caballerías, quiso hacer de todo en todo experiencia si la sanidad de Don Quijote era falsa o verdadera, y así de lance en lance vino a contar algunas nuevas que habían venido de la cortè, y entre otras dijo que se tenía por cierto que el turco bajaba con una poderosa armada, y que no sabía su designio ni adónde debía descargar tan gran nublado, y con este temor, con que casi cada año nos toca arma, estaba puesta en ella toda la Cristiandad, y su Majestad había hecho proveer las costas de Nápoles y Sicilia y la isla de Malta.

A esto respondió Don Quijote:

—Su majestad ha hecho como prudentísimo guerrero en proveer sus estados con tiempo, porque no le halle desapercibido el enemigo; pero si se tomara mi consejo, aconsejále yo que usara de una prevención, de la cual su majestad la hora de agora debe de estar muy ajeño de pensar en ella.

Apenas oyó esto el Cura, cuando dijo entre sí:—Dios te tenga de su mano, pobre Don Quijote, que me parece que te despeñas de la alta cumbre de tu locura hasta el profundo abismo de tu simplicidad.

Mas el Barbero, que ya había dado en el mismo pensamiento que el Cura, preguntó a Don Quijote cuál era la advertencia

de la prevención que decía era bien se hiciese; quizá podría ser tal que se pusiese en la lista de los muchos advertimientos impertinentes que se suelen dar a los príncipes.

—El mío, señor rapador—dijo Don Quijote,—no será impertinente sino perteneciente.

—No lo digo por tanto—replicó el Barbero,—sino porque tiene mostrado la experiencia que todos o los más arbitrios que se dan a su majestad, o son imposibles o disparatados, o en daño del Rey o del reino.

—Pues el mío—respondió Don Quijote,—ni es imposible ni disparatado, sino el más fácil; el más justo y el más mañero y breve que puede caber en pensamiento de arbitrante alguno.

—Ya tarda en decirle vuestra merced, señor Don Quijote, dijo el Cura.

—No querría—dijo Don Quijote—que le dijese yo agora y amaneciese mañana en los oídos de los señores consejeros, y se llevase otra las gracias y el premio de mi trabajo.

—Por mí,—dijo el Barbero—doy mi palabra para aquí y para delante de Dios de no decir lo que vuesa merced dijere a rey ni a Roque ni a hombre terrenal: juramento que aprendí del romance del cura que en el prefacio avisó al rey del ladrón que le había robado las cien doblas y la su mula la andariega.

—No sé historias—dijo Don Quijote;—pero sé que es bueno ese juramento en fee de que sé que es hombre de bien el señor Barbero.

—Cuando no lo fuera,—dijo el Cura—yo le abono y salgo por él, que en este caso no hablará más que un mudo, so pena de pagar lo juzgado y sentenciado.

—Y a vuesa merced, ¿quién le fía, señor Cura?—dijo Don Quijote.

—Mi profesión,—respondió el Cura—que es de guardar secreto.

—Cuerpo de tal,—dijo a esta sazón Don Quijote—¿hay más sino mandar su majestad por público pregón que se junten en la corte para un día señalado todos los caballeros andantes que vagan por España, que aunque no viniesen sino media docena, tal podría venir entre ellos, que solo bastase a destruir toda la potestad del Turco? Esténme vuestas mercedes atentos, y vayan conmigo. ¿Por ventura es cosa nueva deshacer un solo caballero andante un ejército de doscientos mil hombres,

como si todos juntos tuvieran una sola garganta o fueran hechos de alfeñique? Si no, díganme, ¿cuántas historias están llenas destas maravillas? Había, en hora mala para mí, que no quiero decir para otro, de vivir hoy el famoso don Belianis, o alguno de los del innumerable linaje de Amadís de Gaula, que si alguno destes hoy viviera, y con el Turco se afrontara, a fee que no le arrendara la ganancia; pero Dios mirará por su pueblo y deparará alguno que, si no tan bravo como los pasados andantes caballeros, a lo menos no les será inferior en el ánimo; y Dios me entiende, y no digo más.

—¡Ay!—dijo a este punto la Sobrina—, que me maten si no quiere mi señor volver a ser caballero andante.

A lo que dijo Don Quijote:

—Caballero andante he de morir, y baje o suba el Turco cuando él quisiere y cuán poderosamente pudiere, que otra vez digo que Dios me entiende.

A esta sazón dijo el Barbero:

—Suplico a vuestras mercedes que se me dé licencia para contar un cuento breve que sucedió en Sevilla, que por venir aquí como de molde me da gana de contarle.

Dió la licencia Don Quijote, y el Cura y los demás le prestaron atención, y él comenzó desta manera:

—En la casa de los locos de Sevilla estaba un hombre a quien sus parientes habían puesto allí por falta de juicio: era graduado en cánones por Osuna; pero aunque lo fuera por Salamanca, según opinión de muchos, no dejara de ser loco. Este tal graduado, al cabo de algunos años de recogimiento, se dió a entender que estaba cuerdo y en su entero juicio, y con esta imaginación escribió al Arzobispo suplicándole encarecidamente y con muy concertadas razones le mandase sacar de aquella miseria en que vivía, pues por la misericordia de Dios había ya cobrado el juicio perdido; pero que sus parientes, por gozar de la parte de su hacienda, le tenían allí, y a pesar de la verdad querían que fuese loco hasta la muerte. El Arzobispo, persuadido de muchos billetes concertados y discretos, mandó a un capellán suyo se informase del retor de la casa, si era verdad lo que aquel licenciado le escribía, y que asimismo hablase con el loco, y que si le pareciese que tenía juicio le sacase y pusiese en libertad. Hízolo así el capellán, y el retor le dijo que aquel hombre aun se estaba loco; que puesto que ha-

blaba muchas veces como persona de grande entendimiento, al cabo disparataba con tantas necedades, que en muchas y en grandes igualaban a sus primeras discreciones, como se podía hacer la experiencia hablándole. Quiso hacerla el capellán, y poniéndole con el loco, habló con él una hora y más, y en todo aquel tiempo jamás el loco dijo razón torcida ni disparatada; antes habló tan atentamente, que el capellán fué forzado a creer que el loco estaba cuerdo; y entré otras cosas que el loco le dijo, fué que el retor le tenía ojeriza por no perder los regalos que sus parientes le hacían porque dijese que aun estaba loco y con lúcidos intervalos, y que el mayor dolor que en su desgracia tenía era su mucha hacienda, pues por gozar della sus enemigos ponían dolo y dudaban de la merced que Nuestro Señor le había hecho en volverle de bestia en hombre. Finalmente él habló de manera que hizo sospechoso al retor, codiciosos y desalmados a sus parientes, y a él tan discreto, que el capellán se determinó a llevarsele consigo a que el Arzobispo le viese y tocase con la mano la verdad de aquel negocio. Con esta buena fee el capellán pidió al retor mandase dar los vestidos con que allí había entrado el licenciado: volvió a decir el retor que mirase lo que hacía, porque sin duda alguna el licenciado aun se estaba loco. No sirvieron de nada para con el capellán las prevenciones y advertimientos del retor para que dejase de llevarle; obedeció el retor viendo ser orden del Arzobispo, pusieron al licenciado sus vestidos, que eran nuevos y decentes; y como él se vió vestido de cuerdo y desnudo de loco, suplicó al capellán que por caridad le diese licencia para ir a despedirse de sus compañeros los locos. El capellán dijo que él le quería acompañar y ver los locos que en la casa había. Subieron, en efeto, y con ellos algunos que se hallaron presentes; y llegado el licenciado a una jaula donde estaba un loco furioso, aunque entonces sosegado y quieto, le dijo:

—Hermano mío, mire si me manda algo, que me voy a mi casa, que ya Dios ha sido servido, por su infinita bondad y misericordia, sin yo merecerlo, de volverme mi juicio; ya estoy sano y cuerdo, que acerca del poder de Dios ninguna cosa es imposible: tenga grande esperanza y confianza en El, que pues a mí me ha vuelto a mi primero estado, también le volveré a él si en El confía. Yo tendré cuidado de enviarle algunos regalos que coma, y cómalos en todo caso, que le hago saber que ima-

gino, como quien ha pasado por ello, que todas nuestras locuras proceden de tener los estómagos vacíos y los cerebros llenos de aire: esfuércese, esfuércese, que el decaimiento en los infortunios apoca la salud y acarrea la muerte.

Todas estas razones del licenciado escuchó otro loco que estaba en otra jaula, frontero de la del furioso, y levantándose de una estera vieja, donde estaba echado y desnudo en cueros, preguntó a grandes voces quién era el que se iba sano y cuerdo. El licenciado respondió:

—Yo soy, hermano, el que me voy, que ya no tengo necesidad de estar más aquí, por lo que doy infinitas gracias a los cielos, que tan grande merced me han hecho.

—Mirad lo que decís, licenciado, no os engañe el diablo—replicó el loco,—sosegad el pie, y estaos quedito en vuestra casa y ahorraréis la vuelta.

—Yò sé que estoy bueno—replicó el licenciado—y no habrá para qué tornar a andar estaciones.

—¿Vos bueno?—dijo el loco.—Agora bien, ello dirá; andad con Dios; pero yo os voto a Júpiter, cuya majestad yo represento en la tierra, que por solo este pecado que hoy comete Sevilla en sacaros desta casa y en teneros por cuerdo, tengo de hacer un tal castigo en ella, que quede memoria del por todos los siglos de los siglos, amén. ¿No sabes tú, licenciadillo menguado, que lo podré hacer, pues como digo soy Júpiter Tonante, que tengo en mis manos los rayos abrasadores con que puedo y suelo amenazar y destruir el mundo? Pero con sola una cosa quiero castigar a este ignorante pueblo, y es con no llover en él ni en todo su distrito y contorno por tres años enteros, que se han de contar desde el día y punto en que ha sido hecha esta amenaza en adelante. ¿Tú libre, tú sano, tú cuerdo y yo loco, y yo enfermo, y yo atado? Así pienso llover como pensar ahorcarme.

A las voces y a las razones del loco estuvieron los circunstantes atentos; pero nuestro licenciado, volviéndose a nuestro capellán y asiéndole de las manos, le dijo:

—No tenga vuesa merced pena, señor mío, ni haga caso de lo que este loco ha dicho, que si él es Júpiter y no quisiere llover, yo, que soy Neptuno, el padre y el dios de las aguas, lloveré todas las veces que se me antojare y fuere menester.

A lo que respondió el capellán:

—Con todo eso, señor Neptuno no será bien enojar al señor Júpiter: vuesa merced se quede en su casa; que otro día, cuando haya más comodidad y más espacio, volveremos por vuestra merced.

Rióse el retor y los presentes, por cuya risa se medio corrió el capellán: desnudaron al licenciado, quedóse en casa y acabóse el cuento.

—¿Pues éste es el cuento, señor Barbero,—dijo Don Quijote—que por venir aquí como de molde no podía dejar de contarle? ¡Ah, señor rapista, señor rapista, y cuán ciego es aquel que no ve por tela de cedazo! ¿Y es posible que vuesa merced no sabe que las comparaciones que se hacen de ingenio a ingenio, de valor a valor, de hermosura a hermosura y de linaje a linaje son siempre odiosas y mal recibidas? Yo, señor Barbero, no soy Neptuno, el dios de las aguas, ni procuro que nadie me tenga por discreto no lo siendo; sólo me fatigo por dar a entender al mundo en el error en que está en no renovar en sí el felicísimo tiempo donde campeaba la orden de la andante caballería; pero no es merecedora la depravada edad nuestra de gozar tanto bien como el que gozaron las edades donde los andantes caballeros tomaron a su cargo y echaron sobre sus espaldas la defensa de los reinos, el amparo de las doncellas, el socorro de los huérfanos y pupilos, el castigo de los soberbios y el premio de los humildes. Los más de los caballeros que agora se usan, antes les crujen las damascos y brocados y otras ricas telas de que se visten, que la malla con que se arman: ya no hay caballero que duerma en los campos sujeto al rigor del cielo, armado de todas armas, desde los pies a la cabeza, y ya no hay quien sin sacar los pies de los estribos, arriado a su lanza, sólo procure descabezar, como dicen, el sueño, como lo hacían los caballeros andantes: ya no hay ninguno que saliendo deste bosque entre en aquella montaña, y de allí pise una estéril y desierta playa del mar, las más veces proceloso y alterado, y hallando en ella y en su orilla un pequeño batel sin remos, vela, mástil ni jarcia alguna, con intrépido corazón se arroje en él, entregándose a las implacables olas del mar profundo, que ya le suben al cielo y ya le bajan al abismo, y él, puesto el pecho a la incontrastable borrasca, cuando menos se cata se halla tres mil y más leguas distante del lugar donde se embarcó, y saltando en tierra remota y no

conocida, le suceden cosas dignas de estar escritas, no en pergaminos sino en bronce. Mas agora ya triunfa la pèriza de la diligencia, la ociosidad del trabajo, el vicio de la virtud, la arrogancia de la valentía y la teórica de la práctica de las armas, que sólo vivieron y resplandecieron en las edades del oro y en los andantes caballeros. Si no, dígame, ¿quién más honesto y más valiente que el famoso Amadís de Gaula? ¿Quién más discreto que Palmerín de Inglaterra? ¿Quién más acomodado y manual que Tirante el Blanco? ¿Quién más galán que Lisuarte de Grecia? ¿Quién más acuchillado ni acuchillador que don Belianis? ¿Quién más intrépido que Perión de Gaula, o quién más acometedor de peligros que Félixmarte de Hircania, o quién más sincero que Esplandián, quién más arrojado que don Ciriongilio de Tracia, quién más bravo que Rodamonte, quién más prudente que el rey Sobrino, quién más atrevido que Reinaldos, quién más invencible que Roldán, y quién más gallardo y más cortés que Rugero, de quien descienden hoy los duques de Ferrara (según Turpín en su Cosmografía)? Todos estos caballeros, y otros muchos que pudiera decir, señor Cura, fueron caballeros andantes, luz y gloria de la caballería. Destos, o tales como éstos, quisiera yo que fueran los de mi arbitrio, que a serlo, su majestad se hallara bien servido y ahorrra de mucho gasto, y el turco se quedara pelando las barbas; y con esto me quiero quedar en mi casa, pues no me saca el capellán della: y si Júpiter, como ha dicho el Barbero, no lloviera, aquí estoy yo, que lloveré cuando se me antojare: digo esto porque sepa el señor Bacía que le entiendo.

—En verdad, señor Don Quijote,—dijo el Barbero—que no lo dije por tanto, y así me ayude Dios como fué buena mi intención, y que no debe vuesa merced sentirse.

—Si puedo sentirme o no,—respondió Don Quijote—yo me lo sé.

A esto dijo el Cura:

—Aun bien que yo casi no he hablado palabra hasta ahora, y no quisiera quedar con un escrúpulo que me roe y escarba la conciencia, nacido de lo que aquí el señor Don Quijote ha dicho.

—Para otras cosas más—respondió Don Quijote,—tiene licencia el señor Cura, y así puede decir su escrúpulo, porque no es de gusto andar con la conciencia escrupulosa.

—Pues con ese beneplácito—respondió el Cura—digo que mi escrúpulo es que no me puedo persuadir en ninguna manera a que toda la caterva de caballeros andantes que vuestra merced, señor Don Quijote, ha referido, hayan sido real y verdaderamente personas de carne y hueso en el mundo; antes imagino que todo es ficción, fábula y mentira, y sueños contados por hombres despiertos, o, por mejor decir, medio dormidos.

—Ese es otro error—respondió Don Quijote,—en que han caído muchos que no creen que haya habido tales caballeros en el mundo, y yo muchas veces con diversas gentes y ocasiones he procurado sacar a la luz de la verdad este casi común engaño; pero algunas veces no he salido con mi intención, y otras sí, sustentándola sobre los hombros de la verdad: la cual verdad es tan cierta, que estoy por decir que con mis propios ojos vi a Amadís de Gaula, que era un hombre alto de cuerpo, blanco de rostro, bien puesto de barba, aunque negra, de vista entre blanda y rigurosa, corto de razones, tardo en airarse, y presto en deponer la ira; y del modo que he delineado a Amadís pudiera a mi parecer pintar y describir todos cuantos caballeros andantes andan en las historias en el orbe, que por la aprehensión que tengo de que fueron como sus historias cuentan, y por las hazañas que hicieron y condiciones que tuvieron, se pueden sacar por buena filosofía sus faciones, sus colores y estaturas.

—¿Qué tan grande le parece a vuestra merced, mi señor Don Quijote,—preguntó el Barbero—debía de ser el gigante Morgante?

—En esto de gigantes—respondió Don Quijote—hay diferentes opiniones, si los ha habido o no en el mundo; pero la Santa Escritura, que no puede faltar un átomo en la verdad, nos muestra que los hubo, contándonos la historia de aquel filisteazo de Golías, que tenía siete codos y medio de altura, que es una desmesurada grandeza. También en la isla de Sicilia se han hallado canillas y espaldas tan grandes, que su grandeza manifiesta que fueron gigantes sus dueños, y tan grandes como grandes torres, que la geometría saca esta verdad de duda. Pero, con todo esto, no sabré decir con certidumbre qué tamaño pudiese tener Morgante, aunque imagino que no debió de ser muy alto; y muéveme a ser deste parecer hallar en la historia

donde se hace mención particular de sus hazañas, que muchas veces dormía debajo de techado, y pues hallaba casa donde cupiese, claro está que no era desmesurada su grandeza.

—Así es—dijo el Cura. El cual, gustando de oírle decir tan grandes disparates, le preguntó que qué sentía acerca de los rostros de Reinaldos de Montalván y de don Roldán, y de los demás doce Pares de Francia, pues todos habían sido caballeros andantes.

—De Reinaldos—respondió Don Quijote,—me atrevo a decir que era ancho de rostro, de color bermejo, los ojos bailadores y algo saltados, puntoso y colérico en demasía, amigo de ladrones y de gente perdida. De Roldán, o Rotolando, o Orlando, que con todos estos nombres le nombran las historias, soy de parecer y me afirmo que fué de mediana estatura, ancho de espaldas, algo estevado, moreno de rostro y barbitaheño, (35), velloso en el cuerpo, y de vista amenazadora, corto de razones, pero muy comedido y bien criado.

—Si no fué Roldán más gentilhombre que vuestra merced ha dicho,—replicó el Cura—no fué maravilla que la señora Angélica la Bella le desdennase y dejase por la gala, brío y donaire que debía tener el morillo barbiponiente a quien ella se entregó: y anduvo discreta de adamar antes la blandura de Medoro que la aspereza de Roldán.

—Esa Angélica—respondió Don Quijote,—señor Cura, fué una doncella distraída, andariega y algo antojadiza, y tan lleno dejó el mundo de sus impertinencias como de la fama de su hermosura: despreció mil señores, mil valientes y mil discretos, y contentóse con un pajecillo barbilucio, sin otra hacienda ni nombre que el que le pudo dar de agradecido la amistad que guardó a su amigo. El gran cantor de su belleza, el famoso Ariosto, por no atreverse o por no querer cantar lo que a esta señora le sucedió después de su ruín entrego (36), que no debieron ser cosas demasíadamente honestas, la dejó donde dijo:

*Y como del Catay recibió el cetro,
quizá otro cantará con mejor plectro (37).*

Y sin duda que esto fué como profecía, que los poetas también se llaman vates, que quiere decir adivinos. Veese esta verdad clara, porque después acá un famoso poeta andaluz lloró

y cantó sus lágrimas, y otro famoso y único poeta castellano cantó su hermosura (38).

—Dígame, señor Don Quijote,—dijo a esta sazón el Barbero—¿no ha habido algún poeta que haya hecho alguna sátira a esa señora Angélica, entre tantos como la han alabado?

—Bien creo yo,—respondió Don Quijote—que si Sacripante o Roldán fueran poetas, que ya me hubieran jabonado a la doncella, porque es propio y natural de los poetas desdeñados y no admitidos de sus damas, fingidas o no fingidas, en efeto, de aquellas a quien ellos escogieron por sus señoras de sus pensamientos, vengarse con sátiras y libelos: venganza por cierto indigna de pechos generosos; pero hasta agora no ha llegado a mí noticia ningún verso infamatorio contra la señora Angélica, que trujo revuelto el mundo.

—Milagro—dijo el Cura.—Y en esto oyeron que la Ama y la Sobrina, que ya habían dejado la conversación, daban grandes voces en el patio y acudieron todos al ruido. (39). (*Capítulo I*).

II

Donde se cuenta la industria que Sancho tuvo para encantar a la señora Dulcinea, y de otros sucesos tan ridículos como verdaderos.

Llegando el autor desta grande historia a contar lo que en este capítulo cuenta, dice que quisiera pasarle en silencio, temeroso de que no había de ser creído, porque las locuras de Don Quijote llegaron aquí al término y raya de las mayores que pueden imaginarse, y aun pasaron dos tiros de ballesta más allá de las mayores. Finalmente, aunque con este miedo y recelo, las escribió de la misma manera que él las hizo, sin añadir ni quitar a la historia un átomo de la verdad, sin dársele nada por las objeciones que podían ponerle de mentiroso; y tuvo razón, porque la verdad adelgaza y no quiebra, y siempre anda sobre la mentira como el aceite sobre el agua. Y así, prosiguiendo su historia, dice: que así como Don Quijote se emboscó en la floresta, encinar o selva junto al gran Toboso, mandó a Sancho volver a la ciudad, y que no volviese a su presencia sin haber primero hablado de su parte a su señora,

pidiéndola fuese servida de dejarse ver de su cautivo caballero, y se dignase de echarle su bendición para que pudiese esperar por ella felicísimos sucesos de todos sus acometimientos y dificultosas empresas. Encargóse Sancho de hacerlo así como se le mandaba, y de traerle tan buena respuesta como le trujo la vez primera.

—Anda, hijo,—replicó Don Quijote—y no te turbes cuando te vieres ante la luz del sol de hermosura que vas a buscar. ¡Dichoso tú sobre todos los escuderos del mundo! Ten memoria, y no se te pase della cómo te recibe, si muda los colores el tiempo que la estuvieres dando mi embajada, si se desasosiega y turba oyendo mi nombre, si no cabe en la almohada, si acaso la hallas sentada en el estrado rico de su autoridad, y si está en pie; mírala si se pone ahora sobre el uno, ahora sobre el otro pie; si te repite la respuesta que te diere dos o tres veces, si la muda de blanda en áspera, de aceda en amorosa, si levanta la mano al cabello para componerle aunque no esté desordenado: finalmente, hijo, mira todas sus acciones y movimientos, porque si tú me los relatares como ellos fueron, sacaré yo lo que ella tiene escondido en lo secreto de su corazón acerca de lo que al fecho de mis amores toca: que has de saber, Sancho, si no lo sabes, que entre los amantes las acciones y movimientos exteriores que muestran, cuando de sus amores se trata, son certísimos correos que traen las nuevas de lo que allá en lo interior del alma pasa. Vé, amigo, y guíete otra mejor ventura que la mía, y vuélvate otro mejor suceso del que yo quedo temiendo y esperando en esta amarga soledad en que me dejas.

—Yo iré y volveré presto—dijo Sancho;—y ensanche vuesa merced, señor mío, ese corazoncillo, que le debe de tener agora no mayor que una avellana, y considere que se suele decir que buen corazón quebranta mala ventura, y que donde no hay tocinos no hay estacas, y también se dice: donde no piensan salta la liebre; dígolo, porque si esta noche no hallamos los palacios o alcázares de mi señora, agora que es de día los pienso hallar cuando menos lo piense, y hallados déjenme a mí con ella.

—Por cierto, Sancho—dijo Don Quijote,—que siempre traes tus refranes tan a pelo de lo que tratamos, cuanto me dé Dios mejor ventura en lo que deseo.

Esto dicho, volvió Sancho las espaldas y vareo su rucio,

y Don Quijote se quedó a caballo, descansando sobre los estribos y sobre el arrimo de su lanza, lleno de tristes y confusas imaginaciones, donde le dejaremos, yéndonos con Sancho Panza, que no menos confuso y pensativo se apartó de su señor que él quedaba, y tanto, que apenas hubo salido del bosque, cuando volviendo la cabeza, y viendo que Don Quijote no parecía, se apeó del jumento, y sentándose al pie de un árbol comenzó a hablar consigo mismo y a decirse: Sepamos ahora, Sancho hermano, adónde va vuesa merced. ¿Va a buscar algún jumento que se le haya perdido? No, por cierto. Pues ¿qué va a buscar? Voy a buscar, como quien no dice nada, a una princesa, y en ella al sol de la hermosura y a todo el cielo junto. ¿Y a dónde pensáis hallar eso que decís, Sancho? ¿Adónde? En la gran ciudad del Toboso. Y bien, ¿y de parte de quién la vais a buscar? De parte del famoso caballero Don Quijote de la Mancha, que desfaze los tuertos y da de comer al que ha sed, y de beber al que ha hambre. Todo eso está muy bien. ¿Y sabéis su casa, Sancho? Mi amo dice que han de ser unos reales palacios, o unos soberbios alcázares. ¿Y habéisla visto algún día por ventura? Ni yo ni mi amo la hemos visto jamás. ¿Y pareceos que fuera acertado y bien hecho que si los del Toboso supiesen que estáis vos aquí con intención de ir a sonsacarles sus princesas, y a desasosegarles sus damas, viniesen y os moliesen las costillas a puños palos, y no os dejasen hueso sano? En verdad que tendrían mucha razón cuando no considerasen que soy mandado, y que mensajero sois, amigo, no merecéis culpa, non. No os fiéis en eso, Sancho, porque la gente manchega es tan colérica como honrada, y no consiente cosquillas de nadie. Vive Dios, que si os huele (40), que os mando mala ventura. Oxe, puto. Allá darás, rayo: no, sino ándeme yo buscando tres pies al gato por el gusto ajeno, y más que así será buscar a Dulcinea por el Toboso como a Marica por Rávena, o al Bachiller en Salamanca: el diablo, el diablo me ha metido a mí en esto, que otro no. Este soliloquio pasó consigo Sancho, y lo que sacó dél fué que volvió a decirse: Ahora bien, todas las cosas tienen remedio si no es la muerte, debajo de cuyo yugo hemos de pasar todos, mal que nos pese, al acabar de la vida. Este mi amo por mil señales he visto que es un loco de atar, y aun también yo no le quedo en zaga, pues soy más mentecato que él, pues le sigo y le sirvo, si es verdadero

el refrán que dice: dime con quién andas, decirte he quién eres, y el otro de no con quien naces, sino con quien paces. Siendo, pues, loco, como lo es, y de locura que las más veces toma unas cosas por otras, y juzga lo blanco por negro y lo negro por blanco, como se pareció cuando dijo que los molinos de viento eran gigantes, y las mulas de los religiosos dromedarios, y las manadas de carneros ejércitos de enemigos, y otras muchas cosas a este tono, no será muy difícil hacerle creer que una labradora, la primera que me topare por aquí, es la señora Dulcinea; y cuando él no lo crea, juraré yo; y si él jurare, tornaré yo a jurar; y si porfiare, porfiaré yo más, y de manera que tengo de tener la mía siempre sobre el hito, venga lo que viniere: quizá con esta porfía acabaré con él que no me envíe otra vez a semejantes mensajerías, viendo cuán mal recado le traigo dellas, o quizá pensará, como yo imagino, que algún mal encantador destes que él dice que le quieren mal, la habrá mudado la figura por hacerle mal y daño. Con esto que pensó Sancho Panza quedó sosegado su espíritu, y tuvo por bien acabado su negocio, deteniéndose allí hasta la tarde por dar lugar a que Don Quijote pensase que le había tenido para ir y volver del Toboso; y sucedióle todo tan bien, que cuando se levantó para subir en el rucio vió que del Toboso hacia donde él estaba venían tres labradoras sobre tres pollinos o pollinas, que el autor no lo declara, aunque más se puede creer que eran borricas, por ser ordinaria caballería de las aldeanas; pero como no va mucho en esto, no hay para qué deternos en averiguarlo. En resolución, así como Sancho vió a las labradoras, a paso tirado volvió a buscar a su señor Don Quijote, y hallóle suspirando y diciendo mil amorosas lamentaciones. Como Don Quijote le vió, le dijo:

—¿Qué hay, Sancho amigo? ¿Podré señalar este día con piedra blanca, o con negra?

—Mejor será—respondió Sancho—, que vuesa merced le señale con almagre, como rétulos de cátedras, porque le echen bien de ver los que le vieren.

—De ese modo—replicó Don Quijote—buenas nuevas traes.

—Tan buenas,—respondió Sancho—que no tiene más que hacer vuesa merced sino picar a Rocinante y salir a lo raso a

ver a la señora Dulcinea del Toboso, que con otras dos doncellas suyas viene a ver a vuesa merced.

—¡Santo Dios! ¿qué es lo que dices, Sancho amigo?—dijo Don Quijote.—Mira no me engañes, ni quieras con falsas alegrías alegrar mis verdaderas tristezas.

—¿Qué sacaría yo de engañar a vuesa merced,—respondió Sancho—y más estando tan cerca de descubrir mi verdad? Pique, señor, y venga, y verá venir a la princesa nuestra ama, vestida y adornada, en fin, como quien ella es. Sus doncellas y ella todas son una ascua de oro, todas mazorcas de perlas, todas son diamantes, todas rubíes, todas telas de brocado de más de diez altos; los cabellos, sueltos por las espaldas, que son otros tantos rayos del sol que andan jugando con el viento; y, sobre todo, vienen a caballo sobre tres cananeas remendadas, que no hay más que ver.

—Hacaneas, querrás decir, Sancho.

—Poca diferencia hay—respondió Sancho—de cananeas a hacaneas; pero vengan sobre lo que vinieren, ellas vienen las más galanas señoras que se puedan desear, especialmente la princesa Dulcinea, mi señora, que pasma los sentidos.

—Vamos, Sancho, hijo,—respondió Don Quijote—y en albricias destas no esperadas como buenas nuevas, te mando el mejor despojo que ganare en la primera aventura que tuviere, y si esto no te contenta, te mando las crías que este año me dieren las tres yeguas mías, que tú sabes que quedan para parir en el prado concejil de nuestro pueblo.

—A las crías me atengo,—respondió Sancho—porque de ser buenos los despojos de la primera aventura no está muy cierto.

Ya en esto salieron de la selva y descubrieron cerca a las tres aldeanas. Tendió Don Quijote los ojos por todo el camino del Toboso, y como no vió sino a las tres labradoras, turbóse todo, y preguntó a Sancho si las había dejado fuera de la ciudad.

—¿Cómo fuera de la ciudad?—respondió: —¿por ventura tiene vuesa merced los ojos en el colodrillo, que no ve que son éstas que aquí vienen resplandecientes como el mismo sol a mediodía?

—Yo no veo, Sancho,—dijo Don Quijote—sino a tres labradoras sobre tres borricos.

—Agora me libre Dios del diablo,—respondió Sancho— ¿y es posible que tres hacaneas, o como se llaman, blancas como el ampo de la nieve, le parezcan a vuesa merced borricos? Vive el señor, que me pele estas barbas si tal fuese verdad.

—Pues yo te digo, Sancho amigo,—dijo Don Quijote— que es tan verdad que son borricos o borricas, como yo soy Don Quijote y tú Sancho Panza; a lo menos a mí tales me parecen.

—Calle, señor,—dijo Sancho— no diga la tal palabra, sino despabile esos ojos, y venga a hacer reverencia a la señora de sus pensamientos, que ya llega cerca.

Y diciendo esto se adelantó a recibir a las tres aldeanas, y apeándose del rucio tuvo del cabestro al jumento de una de las tres labradoras, e hincando ambas rodillas en el suelo, dijo:—Reina y princesa y duquesa de la hermosura, vuestra altivez y grandeza sea servida de recibir en su gracia y buen talento al cautivo caballero vuestro, que allí está hecho piedra mármol, todo turbado y sin pulsos, de verse ante vuestra magnífica presencia. Yo soy Sancho Panza su escudero, y él es el asendereado caballero Don Quijote de la Mancha, llamado por otro nombre el Caballero de la Triste Figura.

A esta sazón ya se había puesto Don Quijote de hinojos junto a Sancho, y miraba con ojos desencajados y vista turbada a la que Sancho llamaba reina y señora; y como no descubría en ella sino una moza aldeana y no de muy buen rostro, porque era carirredonda y chata, estaba suspenso y admirado, sin osar despegar los labios. Las labradoras estaban asimismo atónitas viendo aquellos dos hombres tan diferentes hincados de rodillas, que no dejaban pasar adelante a su compañera; pero rompiendo el silencio la detenida, toda desgraciada y mohina, dijo:

—Apártense nora en tal del camino, y déjenmos pasar, que vamos de priesa.

A lo que respondió Sancho:

—¡Oh princesa y señora universal del Toboso! ¿cómo vuestro magnánimo corazón no se enternece viendo arrodillado ante vuestra sublimada presencia a la coluna y sustento de la andante caballería?

Oyendo lo cual otra de las dos, dijo:

—Mas jo que te estrego, burra de mi suegro: mirad con qué se vienen los señoricos ahora a hacer burla de las aldeanas,

como si aquí no supiésemos echar pullas como ellos; vayan su camino, e déjenmos hacer el nueso, y serles ha sano.

—Levántate, Sancho,—dijo a este punto Don Quijote— que ya veo que la Fortuna, de mi mal no harta, tiene tomados los caminos todos por donde puede venir algún contento a esta ánima mezquina que tengo en las carnes (41). Y tú, ¡oh extremo del valor que puede desearse, término de la humana gentileza, único remedio deste afligido corazón que te adora!, ya que el maligno encantador me persigue, y ha puesto nubes y cataratas en mis ojos, y para sólo ellos y no para otros ha mudado y transformado tu sin igual hermosura y rostro en el de una labradora pobre, si ya también el mío no le ha cambiado en el de algún vestigio, para hacerle aborrecible a tus ojos, no dejes de mirarme blanda y amorosamente, echando de ver en esta sumisión y arrodillamiento, que a tu contrahecha hermosura hago, la humildad con que mi alma te adora.

—Tomá que mi agüelo,—respondió la aldeana—amiguita soy yo de oír resquebrajos. Apártense y déjenmos ir, y agradecérselo hemos.

Apartóse Sancho y dejóla ir, contentísimo de haber salido bien de su enredo. Apenas se vió libre la aldeana que había hecho la figura de Dulcinea, cuando picando a su cananea con un aguijón que en un palo traía, dió a correr por el prado adelante; y como la borrica sentía la punta del aguijón, que le fatigaba más de lo ordinario, comenzó a dar corcovos, de manera que dió con la señora Dulcinea en tierra; lo cual visto por Don Quijote, acudió a levantarla, y Sancho a componer y cinchar el albarda, que también vino a la barriga de la pollina. Acomodada, pues, la albarda, y queriendo Don Quijote levantar a su encantada señora en los brazos sobre la jumenta, la señora, levantándose del suelo, le quitó de aquel trabajo, porque haciéndose algún tanto atrás, tomó una corridica, y puestas ambas manos sobre las ancas de la pollina, dió con su cuerpo, más ligero que un halcón, sobre la albarda, y quedó a horcajadas como si fuera hombre, y entonces dijo Sancho:

—Vive Roque; que es la señora nuestra ama más ligera que un acotán, y que puede enseñar a subir a la jineta al más diestro cordobés o mejicano: el arzón trasero de la silla pasó de un salto, y sin espuelas hace correr la hacanea como una

cebra, y no le van en zaga sus doncellas, que todas corren como el viento.

Y así era la verdad, porque en viéndose a caballo Dulcinea, todas picaron tras ella y dispararon a correr, sin volver la cabeza atrás, por espacio de media legua. Siguiólas Don Quijote con la vista, y cuando vió que no parecían, volviéndose a Sancho, le dijo:

—Sancho, ¿qué te parece cuan malquisto soy de encantadores? Y mira hasta donde se extiende su malicia y la ojeriza que me tienen, pues me han querido privar del contento que pudiera darme ver en su sér a mi señora. En efeto, yo nací para ejemplo de desdichados, y para ser blanco y terrero donde tomen la mira y asiesten las flechas de la mala fortuna. Y has también de advertir, Sancho, que no se contentaron estos traidores de haber vuelto y trasformado a mi Dulcinea, sino que la trasformaron y volvieron en una figura tan baja y tan fea como la de aquella aldeana, y juntamente le quitaron lo que es tan suyo de las principales señoras, que es el buen olor, por andar siempre entre ámbares y entre flores: porque te hago saber, Sancho, que cuando llegué a subir a Dulcinea sobre su hacanea (según tú dices, que a mí me pareció borrica), me dió un olor de ajos crudos, que me encalabrino y atosigó el alma.

—¡Oh canalla!—gritó a esta sazón Sancho—¡Oh encantadores aciagos y mal intencionados, y quién os viera a todos ensartados por las agallas como sardinas en lercha! Mucho sabéis, mucho podéis y mucho mal hacéis. Bastaros debiera, bellacos, haber mudado las perlas de los ojos de mi señora en agallas alcornoqueñas, y sus cabellos de oro purísimo en cerdas de cola de buey bermejo, y, finalmente, todas sus facciones de buenas en malas, sin que le tocárades en el olor, que por él siquiera sacáramos lo que estaba encubierto debajo de aquella fea corteza, aunque, para decir verdad, nunca yo vi su fealdad sino su hermosura, a la cual subía de punto y quilates un lunar que tenía sobre el labio derecho, a manera de bigote, con siete o ocho cabellos rubios como hebras de oro, y largos de más de un palmo.

—A este lunar,—dijo Don Quijote—según la correspondencia que tienen entre sí los del rostro con los del cuerpo, ha de tener otro Dulcinea en la tabla del muslo que corresponde

al lado de donde tiene el del rostro; pero muy luengos para los lunares son pelos de la grandeza que has significado.

—Pues yo sé decir a vuesa merced—respondió Sancho,— que le parecían allí como nacidos.

—Yo lo creo, amigo,—replicó Don Quijote—porque ninguna cosa puso la naturaleza en Dulcinea que no fuese perfecta y bien acabada; y así, si tuviera cien lunares como el que dices, en ella no fueran lunares, sino lunas y estrellas resplandecientes. Pero dime, Sancho: aquella que a mí me pareció albarda, que tú aderezaste, ¿era silla rasa o sillón?

—No era—respondió Sancho—sino silla a la jineta, con una cubierta de campo que vale la mitad de un reino según es de rica.

—¡Y que no viese yo todo eso, Sancho!—dijo Don Quijote:—ahora torno a decir, y diré mil veces, que soy el más desdichado de los hombres.

Harto tenía que hacer el socarrón de Sancho en disimular la risa, oyendo las sandeces de su amo, tan delicadamente engañado. Finalmente, después de otras muchas razones que entre los dos pasaron, volvieron a subir en sus bestias y siguieron el camino de Zaragoza, adonde pensaban llegar a tiempo que pudiesen hallarse en unas solemnes fiestas que en aquella insigne ciudad cada año suelen hacerse; pero antes que allá llegasen les sucedieron cosas, que por muchas, grandes y nuevas, merecen ser escritas y leídas, como se verá adelante. (42). (*Capítulo X*).

III

Donde se cuentan las bodas de Camacho el Rico, con el suceso de Basilio el Pobre.

Apenas la blanca aurora había dado lugar a que el luciente Febo, con el ardor de sus calientes rayos, las líquidas perlas de sus cabellos de oro enjugase, cuando Don Quijote, sacudiendo la pereza de sus miembros, se puso en pie y llamó a su escudero Sancho, que aun todavía roncaba; lo cual visto por Don Quijote, antes que le despertase, le dijo:

—¡Oh, tú bienaventurado sobre cuantos viven sobre la haz de la tierra, pues sin tener invidia ni ser invidiado duermes

con sosegado espíritu, ni te persiguen encantadores, ni sobresaltan encantamientos! Duerme, digo otra vez, y lo diré otras ciento, sin que te tengan en continua vigilia celos de tu dama, ni te desvelen pensamientos de pagar deudas que debas, ni de lo que has de hacer para comer otro día tú y tu pequeña y angustiada familia. Ni la ambición te inquieta, ni la pompa vana del mundo te fatiga, pues los límites de tus deseos no se extienden a más que a pensar tu jumento, que el de tu persona sobre mis hombros le tienes puesto: contrapeso y carga que puso la naturaleza y la costumbre a los señores. Duerme el criado y está velando el señor, pensando cómo le ha sustentar, mejorar y hacer mercedes. La congoja de ver que el cielo se hace de bronce sin acudir a la tierra con el conveniente rocío no aflige al criado, sino al señor, que ha de sustentar en la esterilidad y hambre al que le sirvió en la fertilidad y abundancia.

A todo esto no respondió Sancho, porque dormía; ni despertara tan presto si Don Quijote con el cuento de la lanza no le hiciera volver en sí. Despertó, en fin, soñoliento y perezoso, y volviendo el rostro a todas partes, dijo:

—De la parte desta enramada, si no me engaño, sale un tufo y olor harto más de torreznos asados, que de juncos y tomillos: bodas que por tales olores comienzan, para mi santiguada que deben ser abundantes y generosas.

—Acaba, glotón—dijo Don Quijote:—ven, iremos a ver estos desposorios por ver lo que hace el desdeñado Basilio.

—Más que haga lo que quisiere,—respondió Sancho— no fuera él pobre y casárase con Quiteria. ¿No hay más sino no tener un cuarto y querer casarse por las nubes? A la fe, señor, yo soy de parecer que el pobre debe de contentarse con lo que hallare y no pedir cotufas en el golfo. Yo apostaré un brazo que puede Camacho envolver en reales a Basilio, y si esto es así, como debe de ser, bien boba fuera Quiteria en desechar las galas y las joyas que le debe de haber dado y le puede dar Camacho, por escoger el tirar de la barra y el jugar de la negra de Basilio. Sobre un buen tiro de barra, o sobre una gentil treta de espada, no dan un cuartillo de vino en la taberna. Habilidades y gracias que no son vendibles, más que las tenga el conde Dirlos; pero cuando las tales gracias caen sobre quien tiene buen dinero, tal sea mi vida como ellas parecen. Sobre

un buen cimiento se puede levantar un buen edificio, y el mejor cimiento y zanja del mundo es el dinero.

—Por quien Dios es, Sancho,—dijo a esta sazón Don Quijote—que concluyas con tu arenga; que tengo para mí que si te dejasen seguir en las que a cada paso comienzas, no te quedaría tiempo para comer ni para dormir, que todo lo gastarías en hablar.

—Si vuesa merced tuviera buena memoria,—replicó Sancho—debiérase acordar de los capítulos de nuestro concierto antes que esta última vez saliésemos de casa: uno dellos fué que me había de dejar hablar todo aquello que quisiese, con que no fuese contra el prójimo ni contra la autoridad de vuesa merced, y hasta ahora me parece que no he contravenido contra el tal capítulo.

—Yo no me acuerdo, Sancho,—respondió Don Quijote—del tal capítulo: y puesto que sea así, quiero que calles y vengas, que ya los instrumentos que anoche oímos vuelven a alegrar los valles, y sin duda los desposorios se celebrarán en el frescor de la mañana, y no en el calor de la tarde.

Hizo Sancho lo que su señor le mandaba, y poniendo la silla a Rocinante y la albarda al rucio, subieron los dos, y paso ante paso se fueron entrando por la enramada. Lo primero que se le ofreció a la vista de Sancho fué, espetado en un asador de un olmo entero, un entero novillo, y en el fuego donde se había de asar ardía un mediano monte de leña, y seis ollas que alrededor de la hoguera estaban no se habían hecho en la común turquesa de las demás ollas, porque eran seis medias tinajas, que cada una cabía un rastro de carne: así embebían y encerraban en sí carneros enteros, sin echarse de ver, como si fueran palominos; las liebres ya sin pellejo, y las gallinas sin pluma, que estaban colgadas por los árboles para sepultarlas en las ollas, no tenían número; los pájaros y caza de diversos géneros eran infinitos, colgados de los árboles para que el aire los enfriase. Contó Sancho más de sesenta zaques de más de a dos arrobas cada uno, y todos llenos, según después pareció, de generosos vinos; así había rimeros de pan blanquísimo, como los suele haber de montones de trigo en las eras; los quesos puestos como ladrillos enrejados formaban una muralla, y dos calderas de aceite mayores que las de un tinte servían de freir cosas de masa, que con dos valientes palas las

sacaban fritas y las zabullían en otra caldera de preparada miel que allí junto estaba. Los cocineros y cocineras pasaban de cincuenta, todos limpios, todos diligentes y todos contentos. En el dilatado vientre del novillo estaban doce tiernos y pequeños lechones que cosidos por encima servían de darle sabor y enternecerle. Las especias de diferentes suertes no parecía haberlas comprado por libras, sino por arrobas, y todos estaban de manifiesto en una grande arca. Finalmente, el aparato de la boda era rústico, pero tan abundante, que podía sustentar a un ejército. Todo lo miraba Sancho Panza, y todo lo contemplaba, y de todo se aficionaba. Primero le cautivaron y rindieron el deseo las ollas, de quien él tomara de bonísima gana un mediano puchero; luego le aficionaron la voluntad los zaques, y últimamente las frutas de sartén, si es que se podían llamar sartenes las tan orondas calderas; y así, sin poderlo sufrir ni ser en su mano hacer otra cosa, se llegó a uno de los solícitos cocineros, y con corteses y hambrientas razones le rogó le dejase mojar un mendrugo de pan en una de aquellas ollas. A lo que el cocinero le respondió:

—Hernando, este día no es de aquellos sobre quien tiene jurisdicción la hambre, merced al rico Camacho: apeaos y mirad si hay por ahí un cucharón, y espumad una gallina o dos, y buen provecho os hagan.

—No veo ninguno—respondió Sancho.

—Esperad—dijo el cocinero,—¡pecador de mí, y qué melindroso y para poco debéis de ser!—Y diciendo esto asió de un caldero, y encajándole en una de las medias tinajas sacó de él tres gallinas y dos gansos, y dijo a Sancho:—Comed, amigo, y desayunaos con esta espuma en tanto que se llega la hora del yantar.

—No tengo en qué echarla—respondió Sancho.

—Pues llevaos—dijo el cocinero—la cuchara y todo, que la riqueza y el contento de Camacho todo lo suple.

En tanto, pues, que esto pasaba a Sancho, estaba Don Quijote mirando cómo por una parte de la enramada entraban hasta doce labradores sobre doce hermosísimas yeguas con ricos y vistosos jaeces de campo y con muchos cascabeles en los pebrales, y todos vestidos de regocijo y fiesta, los cuales en concertado tropel corrieron, no una sino muchas carreras por el prado con regocijante algazara y grita, diciendo: ¡Vivan Ca-

macho y Quiteria, el tan rico como ella hermosa, y ella la más hermosa del mundo! Oyendo lo cual Don Quijote, dijo entre sí:

—Bien parece que éstos no han visto a mi Dulcinea del Toboso, que si la hubieran visto, ellos se fueran a la mano en las alabanzas desta su Quiteria.

De allí a poco comenzaron a entrar por diversas partes de la enramada muchas y diferentes danzas, entre las cuales venía una de espadas, de hasta veinticuatro zagales de gallardo parecer y brío, todos vestidos de delgado y blanquísimo lienzo, con sus paños de tocar labrados de varios colores de fina seda; y al que los guiaba, que era un ligero mancebo, preguntó uno de los de las yeguas si se había herido alguno de los danzantes.

—Por ahora, bendito sea Dios, no se ha herido nadie, todos vamos sanos. Y luego comenzó a enredarse con los demás compañeros, con tantas vueltas y con tanta destreza, que aunque Don Quijote estaba hecho a ver semejantes danzas, ninguna le había parecido tan bien como aquella.

También le pareció bien otra que entró de doncellas hermosísimas, tan mozas que al parecer ninguna bajaba de catorce ni llegaba a diez y ocho años, vestidas todas de palmilla verde, los cabellos parte trenzados y parte sueltos, pero todos tan rubios, que con los del sol podían tener competencia; sobre los cuales traían guirnaldas de jazmines, rosas, amaranto y madreselva compuestas. Guiábalas un venerable viejo y una anciana matrona; pero más ligeros y sueltos que sus años prometían. Hacíales el son una gaita zamorana, y ellas, llevando en los rostros y en los ojos a la honestidad y en los pies a la ligereza, se mostraban las mejores bailarinas del mundo. Tras ésta entró otra danza de artificio y de las que llaman habladas. Era de ocho ninfas repartidas en dos hileras: de la una hilera era guía el dios Cupido, y de la otra el Interés; aquél, adornado de alas, arco, aljaba y saetas; éste vestido de ricos y diversos colores de oro y seda. Las ninfas que al Amor seguían traían a las espaldas en pergamino blanco y letras grandes escritos sus nombres: «Poesía» era el título de la primera; el de la segunda, «Discreción»; el de la tercera, «Buen linaje»; el de la cuarta, «Valentía». Del mismo modo venían señaladas las que al Interés seguían. Decía «Liberalidad» el título de la primera; «Dáviva» el de la segunda; «Tesoro», el de la tercera, y el de

la cuarta, «Posesión pacífica». Delante de todos venía un castillo de madera, a quien tiraban cuatro salvajes, todos vestidos de yedra y de cáñamo teñido de verde, tan al natural, que por poco espantaran a Sancho. En la frontera del castillo y en todas cuatro partes de sus cuadros traía escrito: «Castillo del buen recato». Hacíanles el són cuatro diestros teñedores de tamboril y flauta. Comenzaba la danza Cupido, y habiendo hecho dos mudanzas, alzaba los ojos y flechaba el arco contra una doncella que se ponía entre las almenas del castillo, a la cual desta suerte dijo:

*Yo soy el dios poderoso
en el aire y en la tierra
y en el ancho mar undoso,
y en cuanto el abismo encierra
en su báratro espantoso.*

*Nunca conocí qué es miedo;
todo cuanto quiero puedo,
aunque quiera lo imposible;
y en todo lo que es posible
mando, quito, pongo y vedo.*

Acabó la copla, disparó una flecha por lo alto del castillo, y retiróse a su puesto. Salió luego el Interés, e hizo otras dos mudanzas; callaron los tamborinos, y él dijo:

*Soy quien puede más que Amor,
y es Amor el que me guía;
soy de la estirpe mejor
que el cielo y la tierra cria,
más conocida y mayor.*

*Soy el Interés, en quien
pocos suelen obrar bien,
y obrar sin mí es gran milagro;
y cual soy te me consagro
por siempre jamás, Amén.*

Retiróse el Interés; hizose adelante la Poesía, la cual, después de haber hecho sus mudanzas como los demás, puestos los ojos en la doncella del castillo, dijo:

*En dulcísimos conceptos
la dulcísima Poeta,
otros, graves y discretos,
señora, el alma te envía
envuelta entre mil sonetos.*

*Si acaso no te importuna
mi porfía, tu fortuna,
de otras muchas invidiada,
será por mí levantada
sobre el cerco de la luna.*

Desvióse la Poesía, y de la parte del Interés salió la Liberalidad, y después de hechas sus mudanzas, dijo:

*Llaman liberalidad
al dar que el extremo huye
de la prodigalidad,
y del contrario, que arguye
tibia y floja voluntad.*

*Mas yo, por te engrandecer,
de hoy más pródiga he de ser;
que aunque es vicio, es vicio honrado
y de pecho enamorado,
que en el dar se echa de ver.*

Deste modo salieron y se retiraron todas las figuras de las dos escuadras, y cada uno hizo sus mudanzas y dijo sus versos, algunos elegantes y algunos ridículos, y sólo tomó de memoria Don Quijote (que la tenía grande) los ya referidos, y luego se mezclaron todos, haciendo y deshaciendo lazos con gentil donaire y desenvoltura; y cuando pasaba el Amor por delante del castillo, disparaba por alto sus flechas, pero el Interés quebraba en él alcancías doradas. Finalmente, después de haber bailado un buen espacio, el Interés sacó un

bolsón, que le formaba el pellejo de un gran gato romano, que parecía estar lleno de dineros, y arrojándole al castillo, con el golpe se desencajaron las tablas y se cayeron, dejando a la doncella descubierta y sin defensa alguna. Llegó el Interés con las figuras de su valía, y echándola una gran cadena de oro al cuello, mostraron prenderla, rendirla y cautivarla; lo cual visto por el Amor y sus valedores, hicieron además de quitársela, y todas las demostraciones que hacían eran al són de los tamborinos, bailando y danzando concertadamente. Pusieronlos en paz los salvajes, los cuales con mucha presteza volvieron a armar y encajar las tablas del castillo, y la doncella se encerró en él como de nuevo, y con esto se acabó la danza con gran contento de los que la miraban. Preguntó Don Quijote a una de las ninfas que quién le había compuesto y ordenado. Respondióle que un beneficiado de aquel pueblo, que tenía gentil caletre para semejantes invenciones.

—Yo apostaré—dijo Don Quijote—, que debe de ser más amigo de Camacho que de Basilio el tal bachiller o beneficiado, y que debe de tener más de satírico que de vísperas: bien ha encajado en la danza las habilidades de Basilio y las riquezas de Camacho.

Sancho Panza que lo escuchaba todo, dijo:

—El rey es mi gallo, a Camacho me atengo.

—En fin,—dijo Don Quijote—bien se parece, Sancho, que eres villano y de aquellos que dicen viva quien vence.

—No sé de los que soy—respondió Sancho;—pero bien sé que nunca de ollas de Basilio sacaré yo tan elegante espuma como es ésta que he sacado de las de Camacho.—Y enseñóle el caldero lleno de gansos y de gallinas, y asiendo de una comenzó a comer con mucho donaire y gana, y dijo: —A la barba de las habilidades de Basilio, que tanto vales cuanto tienes y tanto tienes cuanto vales. Dos linajes solos hay en el mundo, como decía una agüela mía, que son el tener y el no tener, aunque ella al de tener se atenía, y el día de hoy, mi señor Don Quijote, antes se toma el pulso al haber que al saber: un asno cubierto de oro parece mejor que un caballo enalbardado. Así que vuelvo a decir que a Camacho me atengo, de cuyas ollas son abundantes espumas, gansos y gallinas, liebres y conejos; y de las de Basilio serán, si viene a mano, y aunque no venga sino al pie, aguachirle.

—¿Has acabado tu arenga, Sancho?—dijo Don Quijote.

—Habréla acabado,—respondió Sancho—porque veo que vuestra merced recibe pesadumbre con ella; que si esto no se pusiera de por medio, obra había cortada para tres días.

—Plega a Dios, Sancho,—replicó Don Quijote—que yo te vea mudo antes que me muera.

—Al paso que llevamos,—respondió Sancho—antes que vuesa merced se muera estaré yo mascando barro, y entonces podrá ser que esté tan mudo que no hable palabra hasta la fin del mundo, o por lo menos hasta el día del juicio.

—Aunque eso así suceda, oh Sancho,—respondió Don Quijote,—nunca llegará tu silencio a do ha llegado lo que has hablado, hablas y tienes de hablar en tu vida; y más que está muy puesto en razón natural que primero llegue el día de mi muerte que el de la tuya; y así, jamás pienso verte mudo, ni aun cuando estés bebiendo o durmiendo, que es lo que puedo encarecer.

—A buena fe, señor,—respondió Sancho—que no hay que fiar en la descarnada, digo, en la muerte, la cual tan bien come cordero como carnero; y a nuestro Cura he oído decir, que con igual pie pisaba las altas torres de los reyes como las humildes chozas de los pobres. Tiene esta señora más de poder que de melindre; no es nada asquerosa, de todo come y a todo hace, y de toda suerte de gentes, edades y preeminencias hinche sus alforjas. No es segador que duerma las siestas, que a todas horas siega y corta así la seca como la verde yerba, y no parece que masca sino que engulle y traga cuanto se le pone delante, porque tiene hambre canina, que nunca se harta; y aunque no tiene barriga, da a entender que está hidrópica y sedienta de beber solas (43) las vidas de cuantos viven, como quien se bebe un jarro de agua fría.

—No más, Sancho—dijo a este punto Don Quijote:—tente en buenas, y no te dejes caer, que en verdad que lo que has dicho de la muerte por tus rústicos términos es lo que pudiera decir un buen predicador. Dígote, Sancho, que si como tienes buen natural, tuvieras discreción, pudieras tomar un púlpito en la mano y irte por ese mundo predicando lindezas.

—Bien predica quien bien vive,—respondió Sancho—yo no sé otras tologías.

—Ni las has menester—dijo Don Quijote;—pero yo no

acabo de entender ni alcanzar cómo siendo el principio de la sabiduría el temor de Dios, tú, que temes más a un lagarto que a El, sabes tanto.

—Juzgue vuestra merced, señor, de sus caballerías—respondió Sancho—, y no se meta en juzgar de los temores o valentías ajenas, que tan gentil temeroso soy yo de Dios, como cada hijo de vecino; y déjeme vuestra merced despabilar esta espuma, que lo demás todo son palabras ociosas, de que nos han de pedir cuenta en la otra vida.

Y diciendo esto comenzó de nuevo a dar asalto a su caldero, con tan buenos alientos que despertó los de Don Quijote, y sin duda le ayudara si no lo impidiera lo que es fuerza se diga adelante. (44). (*Capítulo XX*).

IV

De la famosa aventura del barco encantado

Por sus pasos contados y por contar, dos días después que salieron de la alameda llegaron Don Quijote y Sancho al río Ebro, y el verle fué de gran gusto a Don Quijote, porque contempló y miró en él la amenidad de sus riberas, la claridad de sus aguas, el sosiego de su curso, y la abundancia de sus líquidos cristales; cuya alegre vista renovó en su memoria mil amorosos pensamientos. Especialmente fué y vino en lo que había visto en la cueva de Montesinos; que puesto que el mono de maese Pedro le había dicho que parte de aquellas cosas eran verdad y parte mentira, él se atenía más a las verdaderas que a las mentirosas, bien al revés de Sancho, que todas las tenía por la misma mentira. Yendo pues desta manera se le ofreció a la vista un pequeño barco sin remos ni otras jarcias algunas, que estaba atado en la orilla a un tronco de un árbol que en la ribera estaba. Miró Don Quijote a todas partes, y no vió persona alguna, y luego sin más ni más se apeó de Rocinante, y mandó a Sancho que lo mesmo hiciese del rucio, y que a entrambas bestias las atase muy bien, juntas, al tronco de un álamo o sauce que allí estaba. Preguntóle Sancho la causa de aquel súbito apeamiento y de aquel ligamiento. Respondió Don Quijote:

—Has de saber, Sancho, que este barco que aquí está, de-

rechamente, y sin poder ser otra cosa en contrario, me está llamando a que entre en él, y vaya en él a dar socorro a algún caballero, o a otra necesitada y principal persona, que debe de estar puesta en alguna grande cuita; porque éste es estilo de los libros de las historias caballerescas, y de los encantadores que en ellas se entremeten y platican: cuando algún caballero está puesto en algún trabajo, que no puede ser librado dél sino por la mano de otro caballero, puesto que estén distantes el uno del otro dos o tres mil leguas y aun más, o le arrebatan en una nube, o le deparan un barco donde se entre, y en menos de un abrir y cerrar de ojos le llevan, o por los aires, o por la mar, donde quieren y adonde es menester su ayuda; así que, oh Sancho, este barco está puesto aquí para el mismo efecto; y esto es tan verdad como es agora de día, y antes que éste se pase, ata juntos al rucio y a Rocinante, y a la mano de Dios que nos guíe, que no dejaré de embarcarme si me lo pidiesen frailes descalzos (45).

—Pues así es—respondió Sancho—, y vuesa merced quiere dar a cada paso en éstos que no sé si los llame disparates, no hay sino obedecer y bajar la cabeza, atendiendo al refrán: Haz lo que tu amo te manda, y siéntate con él a la mesa; pero, con todo esto, por lo que toca al descargo de mi conciencia, quiero advertir a vuesa merced que a mí me parece que este tal barco no es de los encantados, sino de algunos pescadores deste río, porque en él se pescan las mejores sabogas del mundo.

Esto decía, mientras ataba las bestias, Sancho, dejándolas a la protección y amparo de los encantadores con harto dolor de su ánima. Don Quijote le dijo que no tuviese pena del desamparo de aquellos animales, que el que los llevaría a ellos por tan longíncuos caminos y regiones, tendría cuenta de sustentarlas.

—No entiendo esto de longíncuos—dijo Sancho—, ni he oído tal vocablo en todos los días de mi vida.

—Longíncuos—respondió Don Quijote—quiere decir apartados; y no es maravilla que no lo entiendas, que no estás tú obligado a saber latín, como algunos que presumen que lo saben, y lo ignoran.

—Ya están atados,—replicó Sancho—¿qué hemos de hacer ahora?

—¿Qué?—respondió Don Quijote—Santiguarnos y levar

ferro quiero decir, embarcarnos y cortar la amarra con que este barco está atado. Y dando un salto en él, y siguiéndole Sancho, cortó el cordel, y el barco se fué apartando poco a poco de la ribera; y cuando Sancho se vió obra de dos varas dentro del río, comenzó a temblar, temiendo su perdición; pero ninguna cosa le dió más pena que el oír roznar al rucio, y el ver que Rocinante pugnaba por desatarse; y díjole a su señor:

—El rucio rebuzna condolido de nuestra ausencia, y Rocinante procura ponerse en libertad para arrojarse tras nosotros. Oh carísimos amigos, quedaos en paz, y la locura que nos aparta de vosotros, convertida en desengaño, nos vuelva a vuestra presencia—. Y en esto comenzó a llorar tan amargamente, que Don Quijote, mohino y colérico, le dijo:

—¿De qué temes, cobarde criatura? ¿De qué lloras, corazón de mantequillas? ¿Quién te persigue o quién te acosa, ánimo de ratón casero? ¿O qué te falta, menesteroso, en la mitad de las entrañas de la abundancia? ¿Por dicha vas caminando a pie y descalzo por las montañas rifeas, sino sentado en una tabla como un archiduque, por el sesgo curso deste agradable río, de donde en breve espacio saldremos al mar dilatado? Pero ya habemos de haber salido y caminado por lo menos setecientas o ochocientas leguas; y si yo tuviera aquí un astrolabio con que tomar la altura del polo, yo te dijera las que hemos caminado, aunque, o yo sé poco, o ya hemos pasado, o pasaremos presto, por la línea equinocial, que divide y corta los dos contrapuestos polos en igual distancia.

—Y cuando lleguemos a esa leña que vuesa merced dice, —preguntó Sancho—¿cuánto habremos caminado?

—Mucho—replicó don Quijote—; porque de trescientos y sesenta grados que contiene el globo, del agua y de la tierra, según el cómputo de Ptolomeo, que fué el mayor cosmógrafo que se sabe, la mitad habremos caminado llegando a la línea que he dicho.

—Por Dios,—dijo Sancho—que vuesa merced me trae por testigo de lo que dice a una gentil persona, puto y gafo, con la añadidura de meón, o meo, o no sé cómo.

Rióse Don Quijote de la interpretación que Sancho había dado al nombre y al cómputo y cuenta del cosmógrafo Ptolomeo, y díjole:

—Sabrás, Sancho, que los españoles y los que se embarcan

en Cádiz para ir a las Indias Orientales, una de las señales que tienen para entender que han pasado la línea equinocial que te he dicho, es que a todos los que van en el navío se les mueren los piojos, sin que les quede ninguno, ni en todo el bajel le hallarán, si le pesan a oro; y así puedes, Sancho, pasear una mano por un muslo, y si topares cosa viva saldremos desta duda, y si no, pasado habemos.

—Yo no creo nada deso—respondió Sancho—; pero, con todo, haré lo que vuesa merced me manda, aunque no sé para qué hay necesidad de hacer esas experiencias, pues yo veo con mis mismos ojos que no nos habemos apartado de la ribera cinco varas, ni hemos decantado de donde están las alimañas dos varas, porque allí están Rocinante y el rucio en el propio lugar do los dejamos; y tomada la mira, como yo la tomo ahora, voto a tal que no nos movemos ni andamos al paso de una hormiga.

—Haz, Sancho, la averiguación que te he dicho, y no te cures de otra, que tú no sabes qué cosa sean cóluros, líneas, paralelos, zodíacos, eclípticas, polos, solsticios, equinocios, planetas, signos, puntos, medidas de que se compone la esfera celeste y terrestre; que si todas estas cosas supieras, o parte dellas, vieras claramente qué de paralelos hemos cortado, qué de signos visto, y qué de imágenes hemos dejado atrás y vamos dejando ahora. Y tórnote a decir que te tientes y pesques, que yo para mí tengo que estás más limpio que un pliego de papel liso y blanco.

Tentóse Sancho, y llegando con la mano bonitamente y con tiento hasta la corva izquierda, alzó la cabeza, miró a su amo y dijo:

—O la experiencia es falsa, o no hemos llegado adonde vuesa merced dice, ni con muchas leguas.

—¿Pues qué?—preguntó Don Quijote—¿has topado algo?

—Y aun algos—respondió Sancho—. Y sacudiéndose los dedos se lavó toda la mano en el río, por el cual sosegadamente se deslizaba el barco por mitad de la corriente, sin que le moviese alguna inteligencia secreta, ni algún encantador escondido, sino el mismo curso del agua, blando entonces y suave.

En esto descubrieron unas grandes aceñas que en la mitad del río estaban; y apenas las hubo visto Don Quijote, cuando con voz alta dijo a Sancho:

—¿Vees? Allí, oh amigo, se descubre la ciudad, castillo o fortaleza donde debe de estar algún caballero oprimido, o alguna reina, o infanta o princesa malparada, para cuyo socorro soy aquí traído.

—¿Qué diablos de ciudad, fortaleza o castillo dice vuesa merced, señor?—dijo Sancho—; ¿no echa de ver que aquellas son aceñas que están en el río, donde se muele el trigo?

—Calla, Sancho,—dijo Don Quijote—que aunque parecen aceñas, no lo son; y ya te he dicho que todas las cosas trastruecan y mudan de su sér natural los encantos: no quiero decir que las mudan de uno en otro sér realmente, sino que lo parece, como lo mostró la experiencia en la transformación de Dulcinea, único refugio de mis esperanzas.

En esto el barco, entrado en la mitad de la corriente del río, comenzó a caminar no tan lentamente como hasta allí. Los molineros de las aceñas, que vieron venir aquel barco por el río, y que se iba a embocar por el raudal de las ruedas, salieron con presteza, muchos dellos con varas largas, a detenerle; y como salían enharinados, y cubiertos los rostros y los vestidos del polvo de la harina, representaban una mala vista. Daban voces grandes diciendo:

—Demonios de hombres, ¿dónde vais? ¿Venís desesperados? ¿Qué queréis ahogaros y haceros pedazos en estas ruedas?

—¿No te dije yo, Sancho,—dijo a esta sazón Don Quijote—que habíamos llegado donde he de mostrar a do llega el valor de mi brazo? Mira qué de mandrines y follones me salen al encuentro; mira cuántos vestiglos se me oponen; mira cuántas feas cataduras nos hacen cocos: pues ahora lo veréis, bellacos. Y puesto en pie en el barco, con grandes voces comenzó a amenazar a los molineros, diciéndoles:—Canalla malvada y peor aconsejada, dejad en su libertad y libre albedrío a la persona que en esa vuestra fortaleza o prisión tenéis oprimida, alta o baja, de cualquiera suerte o calidad que sea, que yo soy Don Quijote de la Mancha, llamado el Caballero de los Leones por otro nombre, a quien está reservado por orden de los altos cielos el dar fin felice a esta aventura.—Y diciendo esto, eehó mano a su espada, y comenzó a esgrimirla en el aire contra los molineros; los cuales, oyendo y no entendiendo aquellas sandeces, se pusieron con sus varas a detener el barco, que ya iba entrando en el raudal y canal de las ruedas.

Púsose Sancho de rodillas, pidiendo devotamente al cielo le librase de tan manifiesto peligro, como lo hizo, por la industria y presteza de los molineros, que oponiéndose con sus palos al barco, le detuvieron, pero no de manera que dejasen de trastornar el barco, y dar con Don Quijote y con Sancho al través en el agua; pero vínole bien a Don Quijote, que sabía nadar como un ganzo, aunque el peso de las armas le llevó al fondo dos veces; y si no fuera por los molineros, que se arrojaron al agua, y los sacaron como en peso a entrambos, allí había sido Troya para los dos. Puestos, pues, en tierra, más mojados que muertos de sed, Sancho, puesto de rodillas, las manos juntas y los ojos clavados al cielo, pidió a Dios con una larga y devota plegaria le librase de allí adelante de los atrevidos deseos y acometimientos de su señor. Llegaron en esto los pescadores dueños del barco, a quien habían hecho pedazos las ruedas de las aceñas, y viéndole roto, acometieron a desnudar a Sancho y a pedir a Don Quijote se lo pagase; el cual, con gran sosiego, como si no hubiese pasado nada por él, dijo a los molineros y pescadores que él pagaría el barco de bonísima gana, con condición que le diesen libre y sin cautela a la persona o personas que en aquel su castillo estaban oprimidas.

—¿Qué personas o que castillo dices—respondió uno de los molineros—hombre sin juicio? ¿Quiéreste llevar por ventura las que vienen a moler trigo a estas aceñas?

—Basta—dijo entre sí Don Quijote—. Aquí será predicar en desierto querer reducir a esta canalla a que por ruegos haga virtud alguna; y en esta aventura se deben de haber encontrado dos valientes encantadores, y el uno estorba lo que el otro intenta: el uno me deparó el barco, y el otro dió conmigo al través: Dios lo remedie, que todo este mundo es máquinas y trazas contrarias unas de otras. Yo no puedo más.—Y alzando la voz, prosiguió diciendo y mirando a las aceñas:—Amigos, cualesquiera que seáis, que en prisión quedáis encerrados, perdonadme, que, por mi desgracia y por la vuestra, yo no os puedo sacar de vuestra cuita: para otro caballero debe de estar guardada y reservada esta aventura.

En diciendo esto se concertó con los pescadores, y pagó por el barco cincuenta reales, que los dió Sancho de muy mala gana, diciendo:—A dos barcadas como ésta, daremos con todo el caudal al fondo. Los pescadores y molineros estaban admirados

mírandolo aquellas dos figuras tan fuera de uso, al parecer, de los otros hombres, y no acababan de entender a do se encaminaban las razones y preguntas que Don Quijote les decía, y teniéndolos por locos, les dejaron, y se recogieron a sus aceñas, y los pescadores a sus ranchos. Volvieron a sus bestias, y a ser bestias, Don Quijote y Sancho, y este fin tuvo la aventura del encantado barco (46). (*Capítulo XXIX*).

V

De la respuesta que dió Don Quijote a su reprehensor, con otros graves y graciosos sucesos.

Levantado, pues, en pie Don Quijote, temblando de los pies a la cabeza como azogado, con presurosa y turbada lengua, dijo:

—El lugar donde estoy, y la presencia ante quien me hallo, y el respeto que siempre tuve y tengo al estado que vuestra merced profesa, tienen y atan las manos de mi justo enojo; y así por lo que he dicho, como por saber que saben todos que las armas de los togados son las mismas que las de la mujer, que son la lengua, entraré con la mía en igual batalla con vuesa merced, de quien se debía esperar antes buenos consejos que infames vituperios. Las reprehensiones santas y bien intencionadas, otras circunstancias requieren y otros puntos piden. A lo menos, el haberme reprendido en público y tan ásperamente ha pasado todos los límites de la buena reprehensión, pues las primeras mejor asientan sobre la blandura que sobre la aspereza; y no es bien, sin tener conocimiento del pecado que se reprehende, llamar al pecador, sin más ni más, mentecato y tonto. Si no, dígame vuesa merced: ¿por cuál de las mentecaterías que en mí ha visto me condena y vitupera, y me manda que me vaya a mi casa a tener cuenta en el gobierno della y de mi mujer y de mis hijos, sin saber si la tengo o los tengo? ¿No hay más sino a trochemoche entrarse por las casas ajenas a gobernar sus dueños, y habiéndose criado algunos en la estrechez de algún pupilaje, sin haber visto más mundo que el que puede contenerse en veinte o treinta leguas de distrito, meterse de rondón a dar leyes a la caballería y a juzgar de

los caballeros andantes? ¿Por ventura es asunto vano o es tiempo mal gastado el que se gasta en vagar por el mundo, no buscando los regalos dél, sino las asperezas por donde los buenos suben al asiento de la inmortalidad? Si me tuvieran por tonto los caballeros, los magníficos, los generosos, los altamente nacidos, tuviéralo por afrenta irreparable; pero de que me tengan por sandio los estudiantes, que nunca entraron ni pisaron las sendas de la caballería, no se me da un ardite: caballero soy, y caballero he de morir, si place al Altísimo. Unos van por el ancho campo de la ambición soberbia, otros por el de la adulación servil y baja, otros por el de la hipocresía engañosa, y algunos por el de la verdadera religión; pero yo, inclinado de mi estrella, voy por la angosta senda de la caballería andante, por cuyo ejercicio desprecio la hacienda, pero no la honra. Yo he satisfecho agravios, enderezado tuertos, castigado insolencias, vencido gigantes y atropellado vestiglos; yo soy enamorado, no más de porque es forzoso que los caballeros andantes lo sean: y siéndolo, no soy de los enamorados viciosos, sino de los platónicos continentes. Mis intenciones siempre las enderezo a buenos fines, que son de hacer bien a todos, y mal a ninguno: si el que esto entiende, si el que esto obra, si el que desto trata merece ser llamado bobo, díganlo vuestras grandezas, Duque y Duquesa excelentes.

—Bien, por Dios—dijo Sancho—; no diga más vuesa merced, señor y amo mío, en su abono, porque no hay más que decir, ni más que pensar, ni más que perseverar en el mundo: y más, que negando este señor, como ha negado, que no ha habido en el mundo ni los hay caballeros andantes, ¿qué mucho que no sepa ninguna de las cosas que ha dicho?

—Por ventura—dijo el eclesiástico— ¿sois vos, hermano, aquel Sancho Panza que dicen, a quien vuestro amo tiene prometida una ínsula?

—Sí soy—respondió Sancho—; y soy quien la merece tan bien como otro cualquiera: soy quien júntate a los buenos, y serás uno dellos; y soy yo de aquellos no con quien naces, sino con quien paces; y de los quien a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija: yo me he arrimado a mi buen señor, y ha muchos meses que ando en su compañía, y he de ser otro como él, Dios queriendo; y viva él y viva yo: que ni a él le faltarán imperios que mandar, ni a mi ínsulas que gobernar.

—No, por cierto, Sancho amigo,—dijo a esta sazón el Duque—que yo, en nombre del señor Don Quijote, os mando el gobierno de una que tengo de nones, de no pequeña calidad.

—Híncate de rodillas, Sancho—dijo Don Quijote—, y besa los pies a su excelencia por la merced que te ha hecho.

Hízolo así Sancho; lo cual visto por el eclesiástico, se levantó de la mesa mohino además, diciendo:

—Por el hábito que tengo, que estoy por decir que es tan sandio vuestra excelencia como estos pecadores; mirad si no han de ser ellos locos, pues los cuerdos canonizan sus locuras: quédese vuestra excelencia con ellos, que en tanto que estuvieren en casa, me estará yo en la mía, y me excusaré de reprimir lo que no puedo remediar.—Y sin decir más ni comer más se fué, sin que fuesen parte a detenerle los ruegos de los duques; aunque el Duque no le dijo mucho, impedido de la risa que su impertinente cólera le había causado.

Acabó de reír, y dijo a Don Quijote:

—Vuesa merced, señor Caballero de los Leones, ha respondido por sí tan altamente, que no le queda cosa por satisfacer deste que aunque parece agravio, no lo es en ninguna manera, porque así como no agravian las mujeres, no agravian los eclesiásticos, como vuesa merced mejor sabe.

—Así es—respondió Don Quijote—; y la causa es que el que no puede ser agraviado no puede agraviar a nadie. Las mujeres, los niños y los eclesiásticos, como no pueden defenderse aunque sean ofendidos, no pueden ser afrentados, porque entre el agravio y la afrenta hay esta diferencia, como mejor vuestra excelencia sabe: la afrenta viene de parte de quien la puede hacer, y la hace y la sustenta; el agravio puede venir de cualquier parte, sin que afrente. Sea ejemplo: está uno en la calle descuidado, llegan diez con mano armada, y dándole de palos, pone mano a la espada y hace su deber; pero la muchedumbre de los contrarios se le opone, y no le deja salir con su intención, que es de vengarse: este tal queda agraviado, pero no afrentado. Y lo mismo confirmará otro ejemplo: está uno vuelto de espaldas, llega otro y dale de palos, y en dándoselos huye y no espera, y el otro le sigue y no le alcanza; éste que recibió los palos recibió agravio, mas no afrenta; porque la afrenta ha de ser sustentada. Si el que le dió los palos, aunque se los dió a hurta cordel, pusiera mano a su espada, y se estuviera quedo haciendo

rostro a su enemigo, quedara el apaleado agraviado y afrentado juntamente: agraviado, porque le dieron a traición; afrentado, porque el que le dió sustentó lo que había hecho sin volver las espaldas y a pie quedo. Y así, según las leyes del maldito duelo, yo puedo estar agraviado, mas no afrentado; porque los niños no sienten, ni las mujeres, ni pueden huir, ni tienen para qué esperar, y lo mesmo los constituídos en la sacra religión, porque estos tres géneros de gentes carecen de armas ofensivas y defensivas. Y así, aunque naturalmente estén obligados a defenderse, no lo están para ofender a nadie: y aunque poco ha dije que yo podía estar agraviado, ahora digo que no en ninguna manera, porque quien no puede recibir afrenta, menos la puede dar; por las cuales razones yo no debo sentir ni sienta las que aquel buen hombre me ha dicho. Sólo quisiera que esperara algún poco para darle a entender el error en que está en pensar y decir que no ha habido, ni los hay, caballeros andantes en el mundo, que si lo tal oyera. Amadís, o uno de los infinitos de su linaje, yo sé que no le fuera bien a su merced.

—Eso juro yo bien:—dijo Sancho—cuchillada le hubieran dado, que le abrieran de arriba abajo como una granada o como un melón muy maduro; bonitos eran ellos para sufrir semejantes cosquillas. Para mi santiguada, que tengo por cierto que si Reinaldos de Montalván hubiera oído estas razones al hombrecito, tapaboca le hubiera dado que no hablara más en tres años: no sino tomárase con ellos, y viera cómo escapaba de sus manos.

Perecía de risa la Duquesa en oyendo hablar a Sancho, y en su opinión le tenía por más gracioso y por más loco que a su amo, y muchos hubo en aquel tiempo que fueron deste mismo parecer. Finalmente, Don Quijote se sosegó, y la comida se acabó, y en levantando los manteles llegaron cuatro doncellas, la una con una fuente de plata, y la otra con un aguamanil asimismo de plata, y la otra con dos blanquísimas y riquísimas toallas al hombro, y la cuarta descubiertos los brazos hasta la mitad, y en sus blancas manos (que sin duda eran blancas) una redonda pella de jabón napolitano. Llegó la de la fuente, y con gentil donaire y desenvoltura encajó la fuente debajo de la barba de Don Quijote, el cual, sin hablar palabra, admirado de semejante ceremonia, creyó que debía ser usanza de aquella tierra, en lugar de las manos lavar las barbas; y así tendió la suya todo cuanto pudo, y al mismo punto comenzó a llover

el aguamanil, y la doncella del jabón le manoseó las barbas con mucha priesa, levantando copos de nieve, que no eran menos blancas las jabonaduras, no sólo por las barbas, mas por todo el rostro y por los ojos del obediente caballero, tanto que se los hicieron cerrar por fuerza. El Duque y la Duquesa, que de nada desto eran sabidores, estaban esperando en qué había de parar tan extraordinario lavatorio. La doncella barbera, cuando le tuvo con un palmo de jabonadura, fingió que se le había acabado el agua, y mandó a la del aguamanil fuese por ella, que el señor Don Quijote esperaba. Hizolo así, y quedó Don Quijote con la más extraña figura, y más para hacer reír, que se pudiera imaginar. Mirábanle todos los que presentes estaban, que eran muchos; y como le veían con media vara de cuello más que medianamente moreno, los ojos cerrados y las barbas llenas de jabón, fué gran maravilla y mucha discreción poder disimular la risa: las doncellas de la burla tenían los ojos bajos, sin osar mirar a sus señores; a ellos les retozaba la cólera y la risa en el cuerpo, y no sabían a qué acudir: o a castigar el atrevimiento de las muchachas, o darles premio por el gusto que recibían de ver a Don Quijote de aquella suerte. Finalmente, la doncella del aguamanil vino, y acabaron de lavar a Don Quijote, y luego la que traía las toallas le limpió y le enjuagó muy reposadamente; y haciéndole todas cuatro a la par una grande y profunda reverencia, se querían ir; pero el Duque, porque Don Quijote no cayese en la burla, llamó a la doncella de la fuente, diciéndole:

—Venid y lavadme a mí, y procurad que no se os acabe el agua.

La muchacha, aguda y diligente, llegó y puso la fuente al Duque como a Don Quijote, y dándose priesa le lavaron y jabonaron muy bien, y dejándole enjuto y limpio, haciendo reverencias se fueron. Después se supo que había jurado el Duque que si a él no le lavaran como a Don Quijote, había de castigar su desenvoltura, la cual habían enmendado discretamente con haberle a él jabonado. Estaba atento Sancho a las ceremonias de aquel lavatorio, y dijo entre sí:

—Válame Dios, ¿si será también usanza en esta tierra lavar las barbas a los escuderos como a los caballeros? porque en Dios y en mi ánima que lo he bien menester, y aunque si me las rapasen a navaja, lo tendría más a beneficio.

—¿Qué decís vos, Sancho?—preguntó la Duquesa.

—Digo, señora,—respondió él—que en las cortes de los otros príncipes, siempre he oído decir que en levantando los manteles dan agua a las manos, pero no leña a las barbas, y que por eso es bueno vivir mucho por ver mucho; aunque también dicen que el que larga vida vive, mucho mal ha de pasar, puesto que pasar por un lavatorio destes antes es gusto que trabajo.

—No tengáis pena, amigo Sancho,—dijo la Duquesa—que yo haré que mis doncellas os laven, y aun os metan en colada, si fuera menester.

—Con las barbas me contento,—respondió Sancho—por ahora a lo menos; que andando el tiempo, Dios dijo lo que será.

—Mirad, maestresala,—dijo la Duquesa—lo que el buen Sancho pide, y cumplidle su voluntad al pie de la letra.

El maestresala respondió que en todo sería servido el señor Sancho; y con esto se fué a comer y llevó consigo a Sancho, quedándose a la mesa los duques y don Quijote, hablando en muchas y divertidas cosas, pero todas tocantes al ejercicio de las armas y de la andante caballería. La Duquesa rogó a Don Quijote que le delinease y describiese, pues parecía tener felice memoria, la hermosura y facciones de la señora Dulcinea del Toboso, que, según lo que la fama pregonaba de su belleza, tenía por entendido que debía de ser la más bella criatura del orbe y aun de toda la Mancha. Suspiró Don Quijote oyendo lo que la Duquesa le mandaba, y dijo:

—Si yo pudiera sacar mi corazón y ponerle ante los ojos de vuestra grandeza, aquí sobre esta mesa y en un plato, quitara el trabajo a mi lengua de decir lo que apenas se puede pensar, porque vuestra excelencia la viera en él toda retratada; pero ¿para qué es ponerme yo ahora a delinear y describir punto por punto y parte por parte la hermosura de la sin par Dulcinea, siendo carga digna de otros hombros que de los míos, empresa en quien se debían ocupar los pinceles de Parrasio, de Timantes y de Apeles, y los buriles de Lisipo, para pintarla y grabarla en tablas, en mármoles y en bronces, y la retórica ciceroniana y demostina para alabarla?

—¿Qué quiere decir demostina, señor Don Quijote?—preguntó la Duquesa—que es vocablo que no le he oído en todos los días de mi vida.

—Retórica demostina—respondió Don Quijote—es lo mismo que decir retórica de Demóstenes, como ciceroniana de Cicerón, que fueron los dos mayores retóricos del mundo.

—Así es—dijo el Duque—, y habéis andado deslumbrada en la tal pregunta. Pero, con todo eso, nos daría gran gusto el señor Don Quijote si nos la pintase, que a buen seguro que, aunque sea en rasguño o bosquejo, que ella salga tal que la tengan envidia las más hermosas.

—Si hiciera, por cierto,—respondió Don Quijote—si no me la hubiera borrado de la idea la desgracia que poco ha le sucedió, que es tal, que más estoy para llorarla que para describirla; porque habrán de saber vuestras grandezas que yendo los días pasados a besarle las manos, y a recibir su bendición, beneplácito y licencia para esta tercera salida, hallé otra de la que buscaba: halléla encantada y convertida de princesa en labradora, de hermosa en fea, de ángel en diablo, de olorosa en pestífera, de bien hablada en rústica, de reposada en brincadora, de luz en tinieblas, y finalmente de Dulcinea del Toboso en una villana de Sayago.

—¡Válame Dios!—dando una gran voz dijo a este instante el Duque—¿quién ha sido el que tanto mal ha hecho al mundo? ¿Quién ha quitado dél la belleza que le alegraba, el donaire que le entretenía, y la honestidad que le acreditaba?

—¿Quién?—respondió Don Quijote—¿quién puede ser sino algún maligno encantador de los muchos envidiosos que me persiguen? Esta raza maldita, nacida en el mundo para escurecer y aniquilar las hazañas de los buenos, y para dar luz y levantar los fechos de los malos. Perseguido me han encantadores, encantadores me persiguen, y encantadores me perseguirán hasta dar conmigo y con mis altas caballerías en el profundo abismo del olvido, y en aquella parte me dañan y hieren donde veen que más lo siento; porque quitarle a un caballero andante su dama, es quitarle los ojos con que mira, y el sol con que se alumbraba, y el sustento con que se mantiene. Otras muchas veces lo he dicho y ahora lo vuelvo a decir, que el caballero andante sin dama es como el árbol sin hojas, el edificio sin cimiento, y la sombra sin cuerpo de quien se cause.

—No hay más que decir—dijo la Duquesa—; pero si, con todo eso, hemos de dar crédito a la historia que del señor Don Quijote de pocos días a esta parte ha salido a la luz del mundo

con general aplauso de las gentes, della se colige, si mal no me acuerdo, que nunca vuesa merced ha visto a la señora Dulcinea, y que esta tal señora no es en el mundo, sino que es dama fantástica, que vuesa merced la engendró y parió en su entendimiento, y la pintó con todas aquellas gracias y perfecciones que quiso.

—En eso hay mucho que decir—respondió Don Quijote—: Dios sabe si hay Dulcinea o no en el mundo, o si es fantástica o no es fantástica, y éstas no son de las cosas cuya averiguación se ha de llevar hasta el cabo. Ni yo engendré ni parí a mi señora, puesto que la contemplo como conviene que sea una dama que contenga en sí las partes que puedan hacerla famosa en todas las del mundo, como son: hermosa sin tacha, grave sin soberbia, amorosa con honestidad, agradecida por cortés, cortés por bien criada, y finalmente alta por linaje, a causa que sobre la buena sangre resplandece y campea la hermosura con más grados de perfección que en las hermosas humildemente nacidas.

—Así es—dijo el Duque—; pero hame de dar licencia el señor Don Quijote para que diga lo que me fuerza a decir la historia que de sus hazañas he leído, de donde se infiere que puesto que se conceda que hay Dulcinea en el Toboso o fuera dél, y que sea hermosa en el sumo grado que vuesa merced nos la pinta, en lo de la alteza del linaje no corre parejas con las Orianas, con las Alastrajareas, con las Madásimas, ni con otras deste jaez, de quien están llenas las historias que vuesa merced bien sabe.

—A eso puedo decir—respondió Don Quijote—que Dulcinea es hija de sus obras, y que las virtudes adoban la sangre, y que en más se ha de estimar y tener un humilde virtuoso que un vicioso levantado; cuanto más que Dulcinea tiene un jirón que la puede llevar a ser reina de corona y cetro; que el merecimiento de una mujer hermosa y virtuosa a hacer mayores milagros se extiende, y aunque no formalmente, virtualmente tiene en sí encerradas mayores venturas.

—Digo, señor Don Quijote,—dijo la Duquesa—que en todo cuánto vuesa merced dice va con pie de plomo, y, como suele decirse, con la sonda en la mano; y que yo desde aquí adelante creeré y haré creer a todos los de mi casa, y aun al Duque mi señor, si fuere menester, que hay Dulcinea en el To-

boso, y que vive hoy día, y es hermosa, y principalmente nacida, y merecedora que un tal caballero como es el señor Don Quijote la sirva, que es lo más que puedo ni sé encarecer. Pero no puedo dejar de formar un escrúpulo, y tener algún no sé que de ojeriza contra Sancho Panza: el escrúpulo es que dice la historia referida que el tal Sancho Panza halló a la tal señora Dulcinea, cuando de parte de vuesa merced le llevó una epístola, ahechando un costal de trigo, y por más señas dice que era rubión; cosa que me hace dudar en la alteza de su linaje.

A lo que respondió Don Quijote:

—Señora mía, sabrá la vuestra grandeza, que todas o las mas cosas que a mí me suceden van fuera de los términos ordinarios de las que a los otros caballeros andantes acontecen, o ya sean encaminadas por el querer inescrutable de los hados, o ya vengan encaminadas por la malicia de algún encantador envidioso, y como es cosa ya averiguada que todos o los más caballeros andantes y famosos, uno tenga gracia de no poder ser encantado, otro de ser de tan impenetrables carnes que no pueda ser herido, como lo fué el famoso Roldán, uno de los doce Pares de Francia, de quien se cuenta que no podía ser ferido sino por la planta del pie izquierdo, y que esto había de ser con la punta de un alfiler gordo, y no con otra suerte de arma alguna; y así cuando Bernardo del Carpio le mató en Roncesvalles, viendo que no le podía llegar con fierro, le levantó del suelo entre los brazos, y le ahogó, acordándose entonces de la muerte que dió Hércules a Anteón, aquel feroz gigante que decían ser hijo de la Tierra. Quiero inferir de lo dicho, que podría ser que yo tuviese alguna gracia destas, no del no poder ser ferido, porque muchas veces la experiencia me ha mostrado que soy de carnes blandas y no nada impenetrables, ni la de no poder ser encantado, que ya me he visto metido en una jaula, donde todo el mundo no fuera poderoso a encerrarme si no fuera a fuerza de encantamientos. Pero, pues de aquél me libré, quiero creer que no ha de haber otro alguno que me empezca; y así, viendo estos encantadores que con mi persona no pueden usar de sus malas mañas, vénganse en las cosas que más quiero, y quieren quitarme la vida maltratando la de Dulcinea, por quien yo vivo; y así creo que cuando mi escudero le llevó mi embajada se la convirtieron en villana y

ocupada en tan bajo ejercicio como es el de ahechar trigo; pero ya tengo yo dicho que aquel trigo ni era rubión ni trigo, sino granos de perlas orientales; y para prueba desta verdad quiero decir a vuestras magnitudes como, viniendo poco ha por el Toboso, jamás pude hallar los palacios de Dulcinea; y que otro día, habiéndola visto Sancho mi escudero en su misma figura, que es la más bella del orbe, a mí me pareció una labradora tosca y fea, y no nada bien razonada, siendo la discreción del mundo; y pues yo no estoy encantado, ni lo puedo estar según buen discurso, ella es la encantada, la ofendida y la mudada, trocada y trastrocada, y en ella se han vengado de mí mis enemigos, y por ella viviré yo en perpetuas lágrimas hasta verla en su pristino estado. Todo esto he dicho para que nadie repare en lo que Sancho dijo del cernido ni del ahecho de Dulcinea, que pues a mí me la mudaron, no es maravilla que a él se la cambiasen. Dulcinea es principal y bien nacida, y de los hidalgos linajes que hay en el Toboso, que son muchos, antiguos y muy buenos, a buen seguro que no le cabe poca parte a la sin par Dulcinea, por quien su lugar será famoso y nombrado en los venideros siglos, como lo ha sido Troya por Elena, y España por la Cava, aunque con mejor título y fama. Por otra parte, quiero que entiendan vuestras señorías que Sancho Panza es uno de los más graciosos escuderos que jamás sirvió a caballero andante: tiene a veces unas simplicidades tan agudas, que el pensar si es simple o agudo causa no pequeño contento: tiene malicias que le condenan por bellaco, y descuidos que le confirman por bobo; duda de todo, y créelo todo; cuando pienso que se va a despeñar de tonto, sale con unas discreciones que le levantan al cielo. Finalmente, yo no le trocaría con otro escudero, aunque me diesen de añadidura una ciudad, y así estoy en duda si será bien enviarle al gobierno de quien vuestra grandeza le ha hecho merced, aunque veo en él una cierta aptitud para esto de gobernar, que atusándole tantico el entendimiento, se saldría con cualquier gobierno, como el rey con sus alcabalas; y más que ya por muchas experiencias sabemos que no es menester ni mucha habilidad ni muchas letras para ser uno gobernador, pues hay por ahí ciento que apenas saben leer, y gobiernan como unos girifaltes: el toque está en que tengan buena intención y deseen acertar en todo, que nunca les faltará quien les aconseje y encamine en lo que han de

hacer, como los gobernadores caballeros y no letrados, que sentencian con asesor. Aconsejaríale yo que ni tomase cohecho ni pierda derecho, y otras cosillas que me quedan en el estómago, que saldrán a su tiempo para utilidad de Sancho y provecho de la ínsula que gobernare.

A este punto llegaban de su coloquio el Duque, la Duquesa y Don Quijote, cuando oyeron muchas voces y gran rumor de gente en el palacio, y a deshora entró Sancho en la sala, todo asustado, con un cernadero por babador, y tras él muchos mozos, o por mejor decir, pícaros de cocina y otra gente menuda, y uno venía con un artesoncillo de agua, que en la color y poca limpieza mostraba ser de fregar: seguíale y perseguíale el de la artesa, y procuraba con toda solicitud ponérsela y encajársela debajo de las barbas, y otro pícaro mostraba querérselas lavar.

—¿Qué es esto, hermanos?—preguntó la Duquesa—; ¿Qué es esto? ¿Qué queréis hacer a este buen hombre? ¿Cómo? ¿Y no consideráis que está electo gobernador?

A lo que respondió el pícaro barbero:

—No quiere este señor dejarse lavar como es usanza, y como se lavó el Duque mi señor y el señor su amo.

—Sí, quiero—respondió Sancho con mucha cólera—; pero querría que fuese con toallas más limpias, con lejía más clara y con manos no tan sucias, que no hay tanta diferencia de mí a mi amo, que a él le laven con agua de ángeles, y a mí con legía de diablos. Las usanzas de las tierras y de los palacios de los príncipes tanto son buenas cuanto no dan pesadumbre; pero la costumbre del lavatorio que aquí se usa, peor es que de disciplinantes. Yo estoy limpio de barbas, y no tengo necesidad de semejantes refrigerios; y el que se llegare a lavarme ni a tocarme un pelo de la cabeza, digo de mi barba, hablando con el debido acatamiento, le daré tal puñada que le deje el puño engastado en los cascos: que estas tales ceremonias y jabonaduras más parecen burlas que gasajos de huéspedes.

Perecida de risa estaba la Duquesa viendo la cólera y oyendo las razones de Sancho, pero no dió mucho gusto a Don Quijote verle tan mal adeliñado con la jaspeada toalla y tan rodeado de tantos entretenidos de cocina, y así, haciendo una profunda reverencia a los duques, como que les pedía licencia para hablar, con voz reposada dijo a la canalla:

—Hola, señores caballeros, vuestras mercedes dejen al man-

cebo, y vuélvase por donde vinieron, o por otra parte si se les antojare, que mi escudero es limpio tanto como otro, y esas artesillas son para él estrechos y penantes búcaros: tomen mi consejo; y déjenle, porque ni él ni yo sabemos de achaque de burlas.

Cogióle la razón de la boca Sancho, y prosiguió diciendo:

—No; sino lléguense a hacer burla del mostrenco, que así lo sufriré como ahora es de noche. Traigan aquí un peine o lo que quisieren, y almohácneme estas barbas, y si sacaren dellas cosa que ofenda a la limpieza, que me trasquilen a cruces.

A esta sazón, sin dejar la risa, dijo la Duquesa:

—Sancho Panza tiene razón en todo cuanto dijere: él es limpio, y, como él dice, no tiene necesidad de lavarse; y si nuestra usanza no le contenta, su alma en su palma; cuanto más que vosotros, ministros de la limpieza, habéis andado demasíadamente de remisos y descuidados, y no sé si diga atrevidos, al traer a tal personaje y a tales barbas, en lugar de fuentes y aguamaniles de oro puro y de alemanas toallas, artesillas y dornajos de palo y rodillas de aparadores; pero, en fin, sois malos y mal nacidos, y no podéis dejar, como malandrines que sois, de mostrar la ojeriza que tenéis con los escuderos de los andantes caballeros.

Creyeron los apicarados ministros, y aun el maestra sala que venía con ellos, que la Duquesa hablaba de veras, y así quitaron el cernadero del pecho de Sancho, y todos confusos y casi corridos se fueron y le dejaron, el cual viéndose fuera de aquel a su parecer sumo peligro, se fué a hincar de rodillas ante la Duquesa, y dijo:

—De grandes señoras grandes mercedes se esperan: esta que vuestra merced hoy me ha fecho, no puede pagarse con menos sino es con desear verme armado caballero andante, para ocuparme todos los días de mi vida en servir a tan alta señora. Labrador soy, Sancho Panza me llamo, casado soy, hijos tengo, y de escudero sirvo: si con alguna destas cosas puedo servir a vuestra grandeza, menos tardaré yo en obedecer que vuestra señoría en mandar.

—Bien parece, Sancho,—respondió la Duquesa—que habéis aprendido a ser cortés en la escuela de la misma cortesía; bien parece, quiero decir, que os habéis criado a los pechos del señor Don Quijote, que debe de ser la nata de los comedimientos

y la flor de las ceremonias, o cirimonias como vos decís. Bien haya tal señor y tal criado, el uno por norte de la andante caballería, y el otro por estrella de la escuderil fidelidad. Levantaos, Sancho amigo, que yo satisfaré vuestras cortesías con hacer que el Duque mi señor, lo más presto que pudiere, os cumpla la merced prometida del gobierno.

Con esto cesó la plática, y Don Quijote se fué a reposar la siesta, y la Duquesa pidió a Sancho que si no tenía mucha gana de dormir, viniese a pasar la tarde con ella y con sus doncellas en una muy fresca sala. Sancho respondió que aunque era verdad que tenía por costumbre dormir cuatro o cinco horas las siestas del verano, que, por servir en todo a su bondad, él procuraría con todas sus fuerzas no dormir aquel día ninguna, y vendría obediente a su mandado, y fué. El Duque dió nuevas órdenes cómo se tratase a Don Quijote como a caballero andante, sin salir un punto del estilo como cuentan que se trataban los antiguos caballeros. (47). (*Capítulo XXXII*).

VI

De la venida de Clavileño, con el fin desta dilatada aventura.

Llegó en esto la noche y con ella el punto determinado en que el famoso caballo Clavileño viniese, cuya tardanza fatigaba ya a Don Quijote, pareciéndole que, pues Malambruno se detenía en enviarle, o que él no era el caballero para quien estaba guardada aquella aventura, o que Malambruno no osaba venir con él a singular batalla. Pero veis cuando a deshora entraron por el jardín cuatro salvajes, vestidos todos de verde yiedra, que sobre sus hombros traían un gran caballo de madera. Pusiéronle de pies en el suelo, y uno de los salvajes dijo:

—Suba sobre esta máquina el caballero que tuviere ánimo para ello.

—Aquí,—dijo Sancho—yo no subo, porque ni tengo ánimo ni soy caballero.

Y el salvaje prosiguió diciendo:

—Y ocupe las ancas el escudero, si es que lo tiene, y fíese del valeroso Malambruno, que si no fuere de su espada, de

ninguna otra, ni de otra malicia, será ofendido; y no hay más que torcer esta clavija que sobre el cuello trae puesta, que él los llevará por los aires adonde atiende Malambruno; pero porque la alteza y sublimidad del camino no les cause vaguidos, se han de cubrir los ojos hasta que el caballo relinche, que será señal de haber dado fin a su viaje. Esto dicho, dejando a Clavileño, con gentil continente se volvieron por donde habían venido. La Dolorida, así como vió al caballo, casi con lágrimas, dijo a Don Quijote:

—Valeroso caballero, las promesas de Malambruno han sido ciertas, el caballo está en casa, nuestras barbas crecen, y cada una de nosotras y con cada pelo dellas te suplicamos nos rapes y tundas, pues no está en más sino en que subas en él con tu escudero, y dés felice principio a vuestro nuevo viaje.

—Esto haré yo, señora condesa Trifaldi, de muy buen agrado y de mejor talante, sin ponerme a tomar cojín ni calzarme espuelas, por no detenerme: tanta es la gana que tengo de veros a vos, señora, y a todas estas dueñas rasas y mondas.

—Eso no haré yo,—dijo Sancho—ni de malo ni de buen talante, en ninguna manera; y si es que este rapamiento no se puede hacer sin que yo suba a las ancas, bien puede buscar mi señor otro escudero que le acompañe, y estas señoras otro modo de alisarse los rostros, que yo no soy brujo para gustar de andar por los aires: ¿y qué dirán mis insulanos cuando sepan que su gobernador se anda paseando por los vientos? Y otra cosa más, que habiéndolo tres mil y tantas leguas de aquí a Candaya, si el caballo se cansa o el gigante se enoja, tardaremos en dar la vuelta media docena de años, y ya no habrá ínsula ni insulos en el mundo que me conozcan; y pues se dice comúnmente que en la tardanza va el peligro, y cuando te dieren la vaquilla acudas con la soguilla, perdónenme las barbas destas señoras, que bien se está San Pedro en Roma, quiero decir, que bien me estoy en esta casa, donde tanta merced se me hace, y de cuyo dueño tan gran bien espero como es verme gobernador.

A lo que el Duque dijo:

—Sancho amigo, la ínsula que yo os he prometido no es movable ni fugitiva, raíces tiene tan hondas, echadas en los abismos de la tierra, que no la arrancarán ni mudarán de donde está a tres tirones; y pues vos sabéis que sé yo que no hay ningún género de oficio destos de mayor cantía que no se gran-

jee con alguna suerte de cohecho, cual más, cual menos, el que yo quiero llevar por este gobierno es que vais con vuestro señor Don Quijote a dar cima y cabo a esta memorable aventura; que ahora volváis sobre Clavileño con la brevedad que su ligereza promete, ora la contraria fortuna os traiga y vuelva a pie hecho romero, de mesón en mesón y de venta en venta, siempre que volviéredes hallaréis vuestra insula donde la dejáis, y a vuestros insulanos con el mismo deseo de recibirlos por su gobernador que siempre han tenido, y mi voluntad será la mesma; y no pongáis duda en esta verdad, señor Sancho, que sería hacer notorio agravio al deseo que de serviros tengo.

—No más, señor—dijo Sancho—; yo soy un pobre escudero y no puedo llevar a costas tantas cortesías. Suba mi amo, tápenme estos ojos, y encomiéndenme a Dios, y avísenme si cuando vamos por esas altanerías podré encomendarme a Nuestro Señor, o invocar los ángeles que me favorezcan.

A lo que respondió Trifaldi.

—Sancho, bien podéis encomendaros a Dios, o a quien quisiéredes, que Malambruno, aunque es encantador, es cristiano, y hace sus encantamientos con mucha sagacidad y con mucho tiento, sin meterse con nadie.

—Ea pues,—dijo Sancho—Dios me ayude y la Santísima Trinidad de Gaeta.

—Desde la memorable aventura de los batanes—dijo Don Quijote—nunca he visto a Sancho con tanto temor como ahora; y si yo fuera tan agorero como otros, su pusilanimidad me hiciera algunas cosquillas en el ánimo. Pero llegaos aquí, Sancho, que con licencia destes señores os quiero hablar a parte dos palabras.—Y apartando a Sancho entre unos árboles del jardín, y asiéndole ambas manos le dijo:—Ya ves, Sancho hermano, el largo viaje que nos espera y que sabe Dios cuándo volveremos dél, ni la comodidad y espacio que nos darán los negocios; y así querría que ahora te retirases en tu aposento, como que vas a buscar alguna cosa necesaria para el camino, y en una daca las pajas te diesés, a buena cuenta de los tres mil y trescientos azotes a que estás obligado, siquiera quinientos, que dados te los tendrás, que el comenzar las cosas es tenerlas medio acabadas.

—Par Dios,—dijo Sancho—que vuesa merced debe de ser menguado: esto es como aquello que dicen, en priesa me

ves y doncellez me demandas. ¿Ahora que tengo de ir sentado en una tabla rasa? En verdad en verdad que no tiene vuesa merced razón: vamos ahora a rapar estas dueñas, que a la vuelta yo le prometo a vuesa merced, como quien soy, de darme tanta priesa de salirme de mi obligación, que vuesa merced se contente, y no le digo más.

Y Don Quijote respondió:

—Pues con esa promesa, buen Sancho, voy consolado, y creo que la cumplirás, porque en efecto, aunque tonto, eres hombre verídico.

—No soy verde, sino moreno—dijo Sancho—; pero aunque fuera de mezcla, cumpliera mi palabra.

Y con esto se volvieron a subir en Clavileño, y al subir dijo Don Quijote:

—Tapaos, Sancho, y subid, Sancho, que quien de tan lueños tierras envía por nosotros no será para engañarnos, por la poca gloria que le puede redundar de engañar a quien dél se fía, y puesto que todo sucediese al revés de lo que imagino, la gloria de haber emprendido esta hazaña no la podrá escurecer malicia alguna.

—Vamos, señor,—dijo Sancho—que las barbas y lágrimas destas señoras las tengo clavadas en el corazón, y no comeré bocado que bien me sepa hasta verlas en su primera lisura. Suba vuesa merced, y tápese primero, que si yo tengo de ir a las ancas, claro está que primero sube el de la silla.

—Así es la verdad,—replicó Don Quijote—. Y sacando un pañuelo de la faldriquera, pidió a la Dolorida que le cubriese muy bien los ojos, y habiéndoselos cubierto, se volvió a descubrir, y dijo: Si mal no me acuerdo, yo he leído en Virgilio aquello del Paladión de Troya, que fué un caballo de madera que los griegos presentaron a la diosa Palas, el cual iba preñado de caballeros armados que después fueron la total ruina de Troya, y así será bien ver primero lo que Clavileño trae en su estómago.

—No hay por qué,—dijo la Dolorida—que yo le fío, y sé que Malambruno no tiene nada de malicioso ni de traidor: vuesa merced, señor Don Quijote, suba sin pavor alguno, y a mi daño si alguno le sucediere.

Parecióle a Don Quijote que cualquiera cosa que replicase acerca de su seguridad sería poner en detrimento su valentía,

y así sin más altercar subió sobre Clavileño, y le tentó la clavija, que fácilmente se rodeaba, y como nó tenía estribos, y le colgaban las piernas, no parecía sino figura de tapiz flamenco pintada o tejida en algún romano triunfo. De mal talante y poco a poco llegó a subir Sancho y acomodándose lo mejor que pudo en las ancas, las halló algo duras y no nada blandas, y pidió al Duque que si fuese posible le acomodasen de algún cojín o de alguna almohada, aunque fuese del estrado de su señora la Duquesa, o del lecho de algún paje, porque las ancas de aquel caballo más parecían de mármol que de leño. A esto dijo la Trifaldi que ningún jaez ni ningún género de adorno sufría sobre sí Clavileño; que lo que podía hacer era ponerse a mujeriegas, y que así no sentiría tanto la dureza. Hízolo así Sancho, y diciendo a Dios, se dejó vendar los ojos, y ya después de vendados se volvió a descubrir, y mirando a todos los del jardín tiernamente y con lágrimas, dijo que le ayudasen en aquel trance con sendos paternostres y sendas avemarías, porque Dios deparase quien por ellos los dijese cuando en semejantes trances se viesen. A lo que dijo Don Quijote:

—Ladrón ¿estás puesto en la horca por ventura, o en el último término de la vida, para usar de semejantes plegarias? ¿No estás, desalmada y cobarde criatura, en el mismo lugar que ocupó la linda Magalona, del cual decendió, no a la sepultura, sino a ser reina de Francia, si no mienten las historias? Y yo, que voy a tu lado, ¿no puedo ponerme al del valeroso Pierres, que oprimió este mismo lugar que yo ahora oprimo? Cúbrete, cúbrete, animal descorazonado, y no te salga a la boca el temor que tienes, a lo menos en presencia mía.

—Tápenme,—respondió Sancho—y pues no quieren que me encomiende a Dios ni que sea encomendado, ¿qué mucho que tema no ande por aquí una legión de diablos que dé con nosotros en Peralvillo?

Cubriéronse, y sintiendo Don Quijote que estaba como había de estar, tentó la clavija, y apenas hubo puesto los dedos en ella, cuando todas las dueñas y cuantos estaban presentes levantaron las voces, diciendo:

—Dios te gué, valeroso caballero. Dios sea contigo, escudero intrépido. Ya vais por esos aires rompiéndolos con más velocidad que una saeta. Ya comenzás a suspender y admirar a cuantos desde la tierra os están mirando. Tente, vale-

roso Sancho, que te bamboleas. Mira no caigas, que será peor tu caída que la del atrevido mozo que quiso regir al carro del sol, su padre.

Oyó Sancho las voces, y apretándose con su amo, y ciñéndole con los brazos, le dijo:

—Señor, ¿cómo dicen estos que vamos tan altos, si alcanzan acá sus voces, y no parece sino que están aquí hablando junto a nosotros?

—No repares en eso, Sancho, que como estas cosas y estas volaterías van fuera de los cursos ordinarios, de mil leguas verás y oirás lo que quisieres, y no me aprietes tanto que me dérribas; y en verdad que no sé de qué te turbas ni te espantas, que osaré jurar que en todos los días de mi vida he subido en cabalgadura de paso más llano: no parece sino que no nos movemos de un lugar. Destierra, amigo, el miedo, que en efecto la cosa va como ha de ir, y el viento llevamos en popa.

—Así es la verdad,—respondió Sancho—que por este lado me da un viento tan recio, que parece que con mil fuelles me están soplando. Y así era ello, que unos grandes fuelles le estaban haciendo aire. Tan bien trazada estaba la tal aventura por el Duque y la Duquesa y su mayordomo, que no le faltó requisito que la dejase de hacer perfecta. Sintióse pues soplar Don Quijote, dijo:

—Sin duda alguna, Sancho, que ya debemos de llegar a la segunda región del aire, adonde se engendra el granizo, las nieves; los truenos, los relámpagos y los rayos se engendran en la tercera región; y si es que desta manera vamos subiendo, presto daremos en la región del fuego, y no sé yo como templar esta clavija para que no subamos donde nos abrasemos.

En esto, con unas estopas ligeras de encenderse y apagarse, desde lejos, pendientes de una caña, les calentaban los rostros. Sancho, que sintió el calor, dijo:

—Que me maten si no estamos ya en el lugar del fuego o bien cerca, porque una gran parte de mi barba se me ha chamuscado, y estoy, señor, por descubrirme y ver en qué parte estamos.

—No hagas tal,—respondió Don Quijote—y acuérdate del verdadero cuento del licenciado Torralva, a quien llevaron los diablos en volandas por el aire, caballero en una caña, cerrados los ojos, y en doce horas llegó a Roma, y se apeó en

Torre de Nona, que es una calle de la ciudad, y vió todo el fracaso y asalto y muerte de Borbón, y por la mañana ya estaba de vuelta en Madrid, donde dió cuenta de todo lo que había visto; el cual asimismo dijo que cuando iba por el aire le mandó el diablo que abriese los ojos, y los abrió, y se vió tan cerca, a su parecer, del cuerpo de la luna, que la pudiera asir con la mano, y que no osó mirar a la tierra por no desvanecerse: así que, Sancho, no hay para que descubriros, que el que nos lleva a cargo él dará cuenta de nosotros; y quizá vamos tomando punta y subiendo en alto para dejarnos caer de una sobre el reino de Candaya, como hace el sacre o neblí sobre la garza para cogerla, por más que se remonte; y aunque nos parece que no ha media hora que nos partimos del jardín, créeme que debemos de haber hecho gran camino.

—No sé lo que es—respondió Sancho Panza—; sólo sé decir que si la señora Magallanes o Magalona se contentó destas ancas, que no debía de ser muy tierna de carnes.

Todas estas pláticas de los dos valientes oían el Duque y la Duquesa y los del jardín, de que recibían extraordinario contento; y queriendo dar remate a la extraña y bien fabricada aventura, por la cola de Clavileño le pegaron fuego con unas estopas, y al punto, por estar el caballo lleno de cohetes tronadores, voló por los aires con extraordinario ruido, y dió con Don Quijote y con Sancho Panza en el suelo medio chamuscados. En este tiempo ya se habían desaparecido del jardín todo el barbado escuadrón de las dueñas, y la Trifaldi y todo; y los del jardín quedaron como desmayados, tendidos por el suelo. Don Quijote y Sancho se levantaron maltrechos, y mirando a todas partes quedaron atónitos de verse en el mismo jardín de donde habían partido, y de ver tendido por tierra tanto número de gente; y creció más su admiración cuando a un lado del jardín vieron hincada una gran lanza en el suelo, y pendiente della y de dos cordones de seda verde un pergamino liso y blanco, en el cual con grandes letras de oro estaba escrito lo siguiente:

«El ínclito caballero Don Quijote de la Mancha feneció y acabó la aventura de la Condesa Trifaldi, por otro nombre llamada la Dueña Dolorida y compañía, con sólo intentarla.

«Malambruno se da por contento y satisfecho a toda su voluntad, y las barbas de la dueña ya quedan lisas y mon-

das, los reyes don Clavijo y Antonomasia en su pristina estado; y cuándo se cumpliere el escuderil vápulo, la blanca paloma se verá libre de los pestíferos girifaltes que la persiguen, y en brazos de su querido arrullador; que así está ordenado por el sabio Merlín, protoencantador de los encantadores».

Habiendo, pues, Don Quijote leído las letras del pergamino, claro entendió que del desencanto de Dulcinea hablaban, y dando muchas gracias al cielo de que con tan poco peligro hubiese acabado tan gran fecho, reduciendo a su pasada téz los rostros de las venerables dueñas, que ya no parecían, se fué adonde el Duque y la Duquesa aún no habían vuelto en sí, y trabando de la mano al Duque, le dijo:

—Ea, buen señor, buen ánimo, buen ánimo, que todo es nada. La aventura es ya acabada sin daño de barras, como lo muestra claro el escrito que en aquel padrón está puesto.

El Duque, poco a poco, y como quien de un pesado sueño recuerda, fué volviendo en sí, y por el mismo tenor la Duquesa y todos los que por el jardín estaban caídos, con tales muestras de maravilla y espanto, que casi se podían dar a entender haberles acontecido de veras lo que tan bien sabían fingir de burlas. Leyó el Duque el cartel con los ojos medios cerrados, y luego con los brazos abiertos fué a abrazar a Don Quijote, diciéndole ser el más buen caballero que en ningún siglo se hubiese visto. Sancho andaba mirando por la Dolorida, por ver qué rostro tenía sin las barbas, y si era tan hermosa sin ellas como su gallarda disposición prometía; pero dijéronle que así como Clavileño bajó ardiendo por los aires y dió en el suelo, todo el escuadrón de las dueñas, con la Trifaldi, había desaparecido, y que ya iban rapadas y sin cañones. Preguntó la Duquesa a Sancho que cómo le había ido en aquel largo viaje. A lo cual Sancho respondió:

—Yo, señora, sentí que íbamos, según mi señor me dijo, volando por la región del fuego, y quise descubrirme un poco los ojos; pero mi amo, a quien pedí licencia para descubrirme, no lo consintió; más yo, que tengo no sé qué briznas de curioso, y de desear saber lo que se estorba y impide, bonitamente y sin que nadie lo viese, por junto a las narices aparté tanto cuanto el pañizuelo que me tapaba los ojos, y por allí miré hacia la tierra, y pareciéndome que toda ella no era mayor

que un grano de mostaza, y los hombres que andaban sobre ella poco mayores que avellanas, porque se vea cuán altos debíamos de ir entonces.

A esto dijo la Duquesa:

—Sancho amigo, mirad lo que decís, que a lo que me parecé vos no visteis la tierra, sino los hombres que andaban sobre ella; y está claro que si la tierra os pareció como un grano de mostaza, y cada hombre como una avellana, un hombre sólo había de cubrir toda la tierra.

—Así es verdad—respondió Sancho—; pero con todo eso la descubrí por un ladito, y la vi toda.

—Mirad, Sancho,—dijo la Duquesa—que por un ladito no se ve el todo de lo que se mira.

—Yo no sé esas miradas,—replicó Sancho—sólo sé que será bien que vuesa señoría entienda que, pues volábamos por encantamento, podía yo ver toda la tierra y todos los hombres por do quiera que los mirara; y si esto no se me cree, tampoco creará vuesa merced como, descubriéndome por junto a las cejas, me vi junto al cielo, que no había de mí a él palmo y medio, y por lo que puedo jurar, señora mía, que es muy grande además. Y sucedió que íbamos por parte donde están las siete cabrillas, y en Dios y en mi ánima que como yo en mi niñez fuí en mi tierra cabrerizo, que así como las vi me dió una gana de entretenerme con ellas un rato, y si no le cumpliera me parecé que reventara. Vengo, pues, y tomo, y ¿qué hago? Sin decir nada a nadie, ni a mi señor tampoco, bonita y pasitamente me apeé de Clavileño, y me entretuve con las cabrillas, que són como unos alhelies y como unas flores, casi tres cuartos de hora, y Clavileño no se movió de un lugar, ni pasó adelante.

—Y en tanto que el buen Sancho se entretenía con las cabras,—preguntó el Duque—¿en qué se entretenía Don Quijote?

A lo que Don Quijote respondió:

—Como todas esas cosas y estos tales sucesos van fuera del orden natural, no es mucho que Sancho diga lo que dice: de mí sé decir que ni me descubrí por alto ni por bajo, ni vi el cielo, ni la tierra, ni la mar, ni las arenas. Bien es verdad que sentí que pasaba por la región del aire, y aun que tocaba a la del fuego, però que pasásemos de allí no lo puedo creer, pues estando la región del fuego entre el cielo de la luna y la última región del aire, no podíamos llegar al cielo donde están las

siete cabrillas que Sancho dice, sin abrasarnos: y pues no nos asamos, o Sancho miente, o Sancho sueña.

—Ni miento ni sueño—respondió Sancho—; si no, pregunténme las señas de las tales cabras, y por ellas verán si digo verdad o no.

—Dígalas, pues, Sancho—dijo la Duquesa.

—Son—respondió Sancho—las dos verdes, las dos encarnadas, las dos azules, y la una de mezcla.

—Nueva manera de cabras es esa—dijo el Duque—y por esta nuestra región del suelo no se usan tales colores; digo, cabras de tales colores.

—Bien claro está eso—dijo Sancho—: sí, que diferencia ha de haber de las cabras del cielo a las del suelo.

—Decidme, Sancho,—preguntó el Duque—¿visteis allá entre esas cabras algún cabrón?

—No, señor—respondió Sancho—; pero oí decir que ninguno pasaba de los cuernos de la luna.

No quisieron preguntarle más de su viaje, porque les pareció que llevaba Sancho hilo de pasearse por todos los cielos, y dar nuevas de cuanto allá pasaba, sin haberse movido del jardín. En resolución, éste fué el fin de la aventura de la Dueña Dolorida, que dió que reír a los duques, no sólo aquel tiempo, sino el de toda su vida, y qué contar a Sancho siglos si los viviera; y llegándose Don Quijote a Sancho Panza al oído, le dijo:

—Sancho, pues vos queréis que se os crea lo que habéis visto en el cielo, yo quiero que vos me creáis a mí lo que vi en la cueva de Montesinos, y no os digo más. (*Capítulo XLI*).

VII

De los consejos que dió Don Quijote a Sancho Panza antes que fuese a gobernar la insula, con otras cosas bien consideradas.

Con el felice y gracioso suceso de la aventura de la Dolorida quedaron tan contentos los duques, que determinaron pasar con las burlas adelante, viendo el acomodado sujeto que tenían para que se tuviesen por veras: y así, habiendo dado la traza y órdenes que sus criados y sus vasallos habían de guardar con Sancho en el gobierno de la insula prometida, otro día,

que fué el que sucedió al vuelo de Clavileño, dijo el Duque a Sancho que se adeliñase y compusiese para ir a ser gobernador, que ya sus insulanos le estaban esperando como el agua de Mayo. Sancho se le humilló, y le dijo:

—Después que bajé del cielo, y después que desde su alta cumbre miré a la tierra, y la vi tan pequeña, se templó en parte en mí la gana que tenía tan grande de ser gobernador: por que ¿qué grandeza es mandar en un grano de mostaza, o qué dignidad o imperio el gobernar a media docena de hombres tamaños como avellanas, que a mi parecer no había más en toda la tierra? Si vuesa señoría fuese servido de darme una tantica parte del cielo, aunque no fuese más de media legua, la tomaría de mejor gana que la mayor ínsula del mundo.

—Mirad, amigo Sancho,—respondió el Duque—yo no puedo dar parte del cielo a nadie, aunque no sea mayor que una uña, que a sólo Dios están reservadas esas mercedes y gracias; lo que os puedo dar os doy, que es una ínsula hecha y derecha, redonda y bien proporcionada, y sobremanera fértil y abundosa, donde si vos os sabéis dar maña, podéis con las riquezas de la tierra granjear las del cielo.

—Ahora bien—respondió Sancho—, venga esa ínsula, que yo pugnaré por ser tal gobernador, que, a pesar de bellacos, me vaya al cielo; y esto no es por codicia que yo tenga de salir de mis casillas, ni de levantarme a mayores, sino por el deseo que tengo de probar a qué sabe el ser gobernador.

—Si una vez lo probáis, Sancho,—dijo el Duque—comeros heis las manos tras el gobierno, por ser dulcísima cosa el mandar y ser obedecido. A un buen seguro que cuando vuestro dueño llegue a ser emperador, que lo será sin duda, según van encaminadas sus cosas, que no se lo arranquen como quiera, y que le duela y le pese en la mitad del alma del tiempo que hubiere dejado de serlo.

—Señor,—replicó Sancho—yo imagino que es bueno mandar, aunque sea a un hato de ganado.

—Con vos me entierren, Sancho, que sabéis de todo—respondió el Duque—; y yo espero que seréis tal gobernador como vuestro juicio promete, y quedese esto aquí, y advertid que mañana en ese mesmo día habéis de ir al gobierno de la ínsula, y esta tarde os acomodarán del traje conveniente que habéis de llevar, y de todas las cosas necesarias a vuestra partida.

—Vístanme—dijo Sancho—, como quisieren; que de cualquier manera que vaya, seré Sancho Panza.

—Así es verdad—dijo el Duque—; pero los trajes se han de acomodar con el oficio o dignidad que se profesa, que no sería bien que un jurisperito se vistiese como soldado, ni un soldado como un sacerdote. Vos, Sancho, iréis vestido parte de letrado y parte de capitán, porque en la ínsula que os doy tanto son menester las armas como las letras, y las letras como las armas.

—Letras,—respondió Sancho—pocas tengo, porque aun no sé el A B C; pero bástame tener el Christus en la memoria para ser buen gobernador. De las armas manejaré las que me dieren, hasta caer, y Dios adelante.

—Con tan buena memoria—dijo el Duque—no podrá Sancho errar en nada.

En esto llegó Don Quijote, y sabiendo lo que pasaba, y la celeridad con que Sancho se había de partir a su gobierno, con licencia del Duque le tomó por la mano, y se fué con él a su estancia con intención de aconsejarle cómo se había de haber en su oficio. Entrados, pues, en su aposento, cerró tras sí la puerta, y hizo casi por fuerza que Sancho se sentase junto a él, y con reposada voz le dijo:

—Infinitas gracias doy al cielo, Sancho amigo, de que antes y primero que yo haya encontrado con alguna buena dicha, te haya salido a ti a recibir y a encontrar la buena ventura. Yo, que en mi buena suerte te tenía librada la paga de tus servicios, me veo en los principios de aventajarme, y tú, antes de tiempo, contra la ley del razonable discurso, te vees premiado de tu deseo. Otros cohechan, importunan, solicitan, madrugan, ruegan, porfían, y no alcanzan lo que pretenden; y llega otro, y sin saber cómo ni cómo no, se halla con el cargo y oficio que otros muchos pretendieron: y aquí entra y encaja bien el decir que hay buena y mala fortuna en las pretensiones. Tú, que para mí sin duda alguna eres un porro, sin madrugar ni trasnochar, y sin hacer diligencia alguna, con sólo el aliento que te ha tocado de la andante caballería, sin más ni más te vees gobernador de una ínsula, como quien no dice nada. Todo esto digo, oh Sancho, para que no atribuyas a tus merecimientos la merced recibida, sino que des gracias al cielo, que dispone suavemente las cosas, y después las darás a la grandeza

que en sí encierra la profesión de la caballería andante. Dispuesto pues el corazón a creer lo que te he dicho, está, oh hijo, atento a este tu Catón, que quiere aconsejarte, y ser norte y guía que te encamine y saque a seguro puerto de este mar proceloso donde vas a engolfarte; que los oficios y grandes cargos no son otra cosa sino un golfo profundo de confusiones.

Primeramente, oh hijo, has de temer a Dios; porque en el temerle está la sabiduría, y siendo sabio no podrás errar en nada.

Lo segundo, has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte a ti mismo, que es el más difícil conocimiento que puede imaginarse. Del conocerte saldrá el no hincharte como la rana, que quiso igualarse con el buey; que si esto haces, vendrá a ser feos pies de la rueda de tu locura la consideración de haber guardado puercos en tu tierra. (48).

—Así es la verdad,—respondió Sancho—pero fué cuando muchacho; pero después, algo hombrecillo, gansos fueron los que guardé, que no puercos; pero esto paréceme a mí que no hace al caso, que no todos los que gobiernan vienen de casta de reyes.

—Así es la verdad—replicó don Quijote—, por lo cual los no de principios nobles deben acompañar la gravedad del cargo que ejercitan con una blanda suavidad que, guiada por la prudencia, los libre de la murmuración maliciosa, de quien no hay estado que se escape.

Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linaje, y no te desprecies de decir que vienes de labradores; porque viendo que no te corres, ninguno se pondrá a correrle; y préciate más de ser humilde virtuoso que pecador soberbio. Innumerables son aquellos que de baja estirpe nacidos han subido a la suma dignidad pontificia e imperatoria, y desta verdad te pudiera traer tantos ejemplos que te cansaran.

Mira, Sancho: si tomas por medio a la virtud, y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay para qué tener envidia a los que los tienen príncipes y señores (49), porque la sangre se hereda, y la virtud se aquista (50), y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale.

Siendo esto así, como lo es, si acaso viniere a verte cuando estés en tu ínsula alguno de tus parientes, no le deseches ni le afrentes, antes le has de acoger, agasajar y regalar, que con

esto satisfacerás al cielo, que gusta que nadie se desprecie de lo que él hizo, y corresponderás a lo que debes a la naturaleza bien concertada.

Si trujeres a tu mujer contigo (porque no es bien que los que asisten a gobiernos de mucho tiempo estén sin las propias), enséñala, doctrínala y desbástala de su natural rudeza, porque todo lo que suele adquirir un gobernador discreto suele perder y derramar una mujer rústica y tonta.

Si acaso enviudares (cosa que puede suceder), y con el cargo mejorares de consorte, no la tomes tal que te sirva de anzuelo y de caña de pescar y del no quiero de tu capilla; porque en verdad te digo que de todo aquello que la mujer del juez recibiere ha de dar cuenta el marido en la residencia universal, donde pagará con el cuatro tanto en la muerte las partidas de que no se hubiere hecho cargo en la vida.

Nunca te guíes por la ley del encaje, que suele tener mucha cabida con los ignorantes que presumen de agudos.

Hallen en ti más compasión las lágrimas del pobre, pero no más justicia, que las informaciones del rico.

Procura descubrir la verdad por entre las promesas y dádivas del rico, como por entre los sollozos e importunidades del pobre.

Cuando pudiere y debiere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delincuente; que no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo.

Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia.

Cuando te sucediere juzgar algún pleito de algún tu enemigo, aparta las mientes de tu injuria, y ponlas en la verdad del caso.

No te ciegue la pasión propia en la causa ajena; que los yerros que en ella hicieres las más veces serán sin remedio, y si le tuvieren será a costa de tu crédito y aun de tu hacienda.

Si alguna mujer hermosa veniere a pedirte justicia, quita los ojos de sus lágrimas y tus oídos de sus gemidos, y considérase de espacio la sustancia de lo que pide, si no quieres que se anegue tu razón en su llanto y tu bondad en sus suspiros.

Al que has de castigar con obras no trates mal con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio sin la añadidura de las malas razones.

Al culpado que cayere debajo tu jurisdicción considérale hombre miserable, sujeto a las condiciones de la depravada naturaleza nuestra, y en todo cuanto fuere de tu parte, sin hacer agravio a la contraria, muéstratele piadoso y clemente; porque aunque los atributos de Dios todos son iguales, más resplandece y campea a nuestro ver el de la misericordia que el de la justicia.

Si estos preceptos y estas reglas sigues, Sancho, serán luen-
gos tus días, tu fama será eterna, tus premios colmados, tu
felicidad indecible; casarás tus hijos como quisieres, títulos ten-
drán ellos y tus nietos, vivirás en paz y beneplácito de las
gentes, y en los últimos pasos de la vida te alcanzará el de la
muerte en vejez suave y madura, y cerrarán tus ojos las tiernas
y delicadas manos de tus terceros netezuelos. Esto que hasta
aquí te he dicho son documentos que han de adornar tu alma:
escucha ahora los que han de servir para adorno del cuerpo.
(Capítulo XLII).

VIII

De los consejos segundos que dió Don Quijote a Sancho Panza.

¿Quién oyera el pasado razonamiento de Don Quijote que no le tuviera por persona muy cuerda y mejor intencionada? Pero, como muchas veces en el progreso desta grande historia queda dicho, solamente disparataba en tocándole en la caballería, y en los demás discursos mostraba tener claro y desenfadado entendimiento, de manera que a cada paso desacreditaban sus obras su juicio, y su juicio sus obras; pero en esta destos segundos documentos que dió a Sancho mostró tener gran donaire, y puso su discreción y su locura en un levantado punto. Atentísimamente le escuchaba Sancho, como quien pensaba guardarlos, y salir por ellos a buen parto de la preñez de su gobierno. Prosiguió, pues, Don Quijote, y dijo:

—En lo que toca a cómo has de gobernar tu persona y casa, Sancho, lo primero que te encargo es que seas limpio, y que te cortes las uñas, sin dejarlas crecer como algunos hacen, a quien su ignorancia les ha dado a entender que las uñas largas les hermocean las manos, como si aquel excremento

y añadidura que se dejan de cortar fuese uña, siendo antes garra de cernicalo lagartijero: puerco y extraordinario abuso.

No andes, Sancho, desceñido y flojo, que el vestido descompuesto da indicios de ánimo desmazelado, si ya la descompostura y flojedad no cae debajo de socarronería, como se juzgó en la de Julio César.

Toma con discreción el pulso a los que pudiere valer tu oficio, y si sufiere que des librea a tus criados, dáselas honesta y provechosa, más que vistosa y bizarra, y repártelas entre tus criados y los pobres: quiero decir, que si has de vestir seis pajes, viste tres y otros tres pobres, y así tendrás pajes para el cielo y para el suelo; y este nuevo modo de dar librea no lo alcanzan los vanagloriosos.

No comas ajos ni cebollas, porque no saquen por el olor tu villanería. Anda despacio, habla con reposo; pero no de manera que parezca que te escuchas a ti mismo, que toda afectación es mala.

Come poco, y cena más poco, que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago.

Sé templado en el beber, considerando que el vino demasiado ni guarda secreto ni cumple palabra.

Ten cuenta, Sancho, de no mascar a dos carrillos, ni de erutar delante de nadie.

—Eso de erutar no entiendo—dijo Sancho—, y Don Quijote le dijo:

—Erutar, Sancho, quiere decir regoldar, y éste es uno de los más torpes vocablos que tiene la lengua castellana, aunque es muy significativo, y así la gente curiosa se ha acogido al latín, y al regoldar dicen erutar, y a los regüeldos erutaciones: y cuando algunos no entienden estos términos, importa poco, que el uso los irá introduciendo con el tiempo, que con facilidad se entiendan; y esto es enriquecer la lengua, sobre quien tiene poder el vulgo y el uso.

—En verdad, señor,—dijo Sancho—que uno de los consejos y avisos que pienso llevar en la memoria ha de ser el de no regoldar, porque lo suelo hacer muy a menudo.

—Erutar, Sancho, que no regoldar—dijo Don Quijote.

—Erutar, diré de aquí en adelante—respondió Sancho—, y a fee que no se me olvide.

—También, Sancho, no has de mezclar en tus pláticas

la muchedumbre de refranes que sueles; que puesto que los refranes son sentencias breves, muchas veces los traes tan por los cabellos, que más parecen disparates que sentencias.

—Eso Dios lo puede remediar—respondió Sancho—porque sé más refranes que un libro, y viéñenseme tantos juntos a la boca cuando hablo, que riñen por salir unos con otros, pero la lengua va arrojando los primeros que encuentra; aunque no vengan a pelo; mas yo tendré cuenta de aquí adelante de decir los que convengan a la gravedad de mi cargo, que en casa llena presto se guisa la cena, y quien destaja no baraja, y a buen salvo está el que repica, y el dar y el tener, seso ha menester.

—Eso sí, Sancho,—dijo don Quijote—encaja, ensarta, enhila refranes que nadie te va a la mano: castígame mi madre y yo trompógelas. Estóite diciendo que escuses refranes, y en un instante has echado aquí una letanía dellos, que así cuadran con lo que vamos tratando, como por los cerros de Ubeda. Mirá, Sancho, no te digo yo que parece mal un refrán traído a propósito; pero cargar y ensartar refranes a trochemoche, hace la plática desmayada y baja.

Cuando subieres a caballo no vayas echando el cuerpo sobre el arzón postrero, ni llesves las piernas tiesas y tiradas y desviadas de la barriga del caballo, ni tampoco vayas tan flojo que parezca que vas sobre el rucio; que el andar a caballo, a unos hace caballeros, a otros caballerizos.

Sea moderado tu sueño, que el que no madruga con el sol no goza del día: y advierte, oh Sancho, que la diligencia es madre de la buena ventura, y la pereza, su contraria, jamás llegó al término que pide un buen deseo.

Este último consejo que ahora darte quiero (puesto que no sirva para adorno del cuerpo) quiero que le llesves muy en la memoria, que creo que no te será de menos provecho que los que hasta aquí te he dado, y es que jamás te pongas a disputar de linajes, a lo menos comparándolos entre sí, pues por fuerza, en los que se comparan, uno ha de ser el mejor, y del que abatieres serás aborrecido, y del que levantares en ninguna manera premiado.

Tu vestido será calza entera, ropilla larga, herreruelo un poco más largo, greguescos ni por pienso, que no les están bien a los caballeros ni a los gobernadores.

Por ahora esto se me ha ofrecido, Sancho, que aconsejarte; andará el tiempo, y según las ocasiones así serán mis documentos, como tú tengas cuidado de avisarme el estado en que te hallares.

—Señor,—respondió Sancho—bien veo que todo cuanto vuesa merced me ha dicho son cosas buenas, santas y provechosas; ¿pero de qué han de servir si de ninguna me acuerdo? Verdad sea que aquello de no dejarme crecer las uñas y de casarme otra vez si se ofreciere, no se me pasará del magín, pero esos tros badulaques y enredos y revoltillos, no se me acuerda ni acordará más dellos que de las nubes de antaño, y así será menester que se me den por escrito, que puesto que no sé leer ni escribir, yo se los daré a mi confesor para que me los encaje y recapite cuando fuere menester.

—¡Ah, pecador de mí!—respondió Don Quijote—, y qué mal parece en los gobernadores el no saber leer ni escribir; porque has de saber, oh Sancho, que no saber un hombre leer, o ser zurdo, arguye una de dos cosas: o que fué hijo de padres demasiado de humildes y bajos, o él tan travieso y malo, que no pudo entrar en él el buen uso ni la buena doctrina. Gran falta es la que llevas contigo, y así, querría que aprendieses a firmar siquiera.

—Bien sé firmar mi nombre—respondió Sancho—; que cuando fuí prioste en mi lugar aprendí a hacer unas letras como de marca de fardo, que decían que decía mi nombre, cuanto más que fingiré que tengo tullida la mano derecha, y haré que firme otro por mí, que para todo hay remedio, si no es para la muerte; y teniendo yo el mando y el palo haré lo que quisiere: cuanto más que el que tiene el padre alcalde... Y siendo yo gobernador, que es más que ser alcalde, llegaos, que la dejen ver, no sino popen y colóñenme (51), que vendrán por lana y volverán trasquilados, y a quien Dios quiere bien, la casa le sabe, y las necesidades del rico por sentencias pasan en el mundo, y siéndolo yo, siendo gobernador y juntamente liberal como lo pienso ser, no habrá falta que se me parezca; no sino haceos miel y paparos han moscas; tanto vales cuanto tienes, decía una mi agüela, y del hombre arraigado no te verás vengado.

—¡Oh maldito seas de Dios, Sancho!—dijo a esta sazón Don Quijote—, sesenta mil Satanases te lleven a ti y a tus refranes: una hora ha que los estás ensartando, y dándome con

cada uno tragos de tormento. Yo te aseguro que estos refranes te han de llevar un día a la horca; por ellos te han de quitar el gobierno tus vasallos, o ha de haber entre ellos comunidades. Dime, ¿dónde los hallas, ignorante, o cómo los aplicas, mentecato, que para decir yo uno, y aplicarle bien, sudo y trabajo como si cavase?

—Por Dios, señor nuestro amo,—replicó Sancho—que vuesa merced se queja de bien pocas cosas. A qué diablos se pudre de que yo me sirva de mi hacienda, que ninguna otra tengo, ni otro caudal alguno, sino refranes y más refranes. Y ahora se me ofrecen cuatro, que venían aquí pintiparados o como peras en tabaque; pero no los diré, porque al buen callar llaman Sancho.

—Ese Sancho no eres tú,—dijo Don Quijote—porque no sólo no eres buen callar, sino mal hablar y mal porfiar; y con todo eso querría saber qué cuatro refranes te ocurrían ahora a la memoria que venían aquí a propósito, que yo ando recorriendo la mía, que la tengo buena, y ninguno se me ofrece.

—Qué mejores—dijo Sancho—que entre dos muelas cordales nunca pongas tus pulgares; y a idos a mi casa, y qué queréis con mi mujer, no hay responder; y si da el cántaro en la piedra, o la piedra en el cántaro, mal para el cántaro: todos los cuales vienen a pelo. Que nadie se tomé con su gobernador ni con el que le manda, porque saldrá lastimado, como el que pone el dedo entre dos muelas cordales (y aunque no sean cordales, como sean muelas, no importa); y a lo que dijere el gobernador no hay que replicar, como al salfos de mi casa y qué queréis con mi mujer; pues lo de la piedra en el cántaro un ciego lo verá. Así, que es menester que el que vee la mota en el ojo ajeno, vea la viga en el suyo, porque no se diga por él: espantóse la muerta de la degollada, y vuesa merced sabe bien que más sabe el necio en su casa que el cuerdo en la ajena.

—Eso no, Sancho,—respondió Don Quijote—que el necio en su casa ni en la ajena sabe nada, a causa que sobre el cimiento de la necedad no asienta ningún discreto edificio; y dejemos esto aquí, Sancho, que si mal gobernares, tuya será la culpa, y mía la vergüenza; mas consuélame que he hecho lo que debía en aconsejarte con las veras y con la discreción a mí posible: con esto salgo de mi obligación y de mi promesa; Dios te gué, Sancho, y te gobierne en tu gobierno, y a mí me saque del escrúpulo que me queda, que has de dar con toda la

ínsula patas arriba, cosa que pudiera yo escusar con descubrir al Duque quién eres, diciéndole que toda esa gordura y esa personilla que tienes no es otra cosa que un costal lleno de refranes y de malicias.

—Señor,—replicó Sancho—si a vuesa merced le parece que no soy de pro para este gobierno, desde aquí le suelto, que más quiero un solo negro de la uña de mi alma que a todo mi cuerpo, y así me sustentaré Sancho a secas con pan y cebolla, como gobernador con perdices y capones; y más, que mientras se duermen todos son iguales, los grandes y los menores, los pobres y los ricos; y si vuesa merced mira en ello, verá que sólo vuesa merced me ha puesto en esto de gobernar: que yo no sé más de gobiernos de ínsulas que un buitre; y si se imagina que por ser gobernador me ha de llevar el diablo, más me quiero ir Sancho al cielo, que gobernador al infierno.

—Por Dios, Sancho,—dijo Don Quijote—que por solas estas últimas razones que has dicho juzgo que mereces ser gobernador de mil ínsulas: buen natural tienes, sin el cual no hay ciencia que valga; encomiéndate a Dios, y procura no errar en la primera intención: quiero decir, que siempre tengas intento y firme propósito de acertar en cuantos negocios te ocurrieren, porque siempre favorece el cielo los buenos deseos (52). Y vámonos a comer, que creo que ya estos señores nos aguardan. (53). (*Capítulo XLIII*).

IX

De cómo el gran Sancho Panza tomó la posesión de su ínsula y del modo que comenzó a gobernar.

¡Oh perpetuo descubridor de los antípodas, hacha del mundo, ojo del cielo, meneo dulce de las cantimploras! ¡Timbrío aquí, Febó allí, tirador acá, médico acullá, padre de la Poesía, inventor de la Música, tú que siempre sales, y aunque lo parece nunca te pones! A ti digo, oh sol, con cuya ayuda el hombre engendra al hombre: a ti digo, que me favorezcas y alumbrés la oscuridad de mi ingenio, para que pueda discurrir por sus puntos en la narración del gobierno del gran Sancho Panza, que sin ti yo me siento tibio, desmazalado y confuso.

Digo, pues, que con todo su acompañamiento llegó Sancho a un lugar de hasta mil vecinos, que era de los mejores que el Duque tenía. Diéronle a entender que se llamaba la ínsula Barataria, o ya porque el lugar se llamaba Baratario, o ya por el barato con que se le había dado el gobierno. Al llegar a las puertas de la villa, que era cercada, salió el regimiento del pueblo a recibirle: tocaron las campanas y todos los vecinos dieron muestras de general alegría, y con mucha pompa le llevaron a la iglesia mayor a dar gracias a Dios, y luego con algunas ridículas ceremonias le entregaron las llaves del pueblo, y le admitieron por perpetuo gobernador de la ínsula Barataria. El traje, las barbas, la gordura y pequeñez del nuevo gobernador tenía admirada a toda la gente que el busilis del cuento no sabía, y aun a todos los que lo sabían, que eran muchos. Finalmente, en sacándole de la iglesia, le llevaron a la silla del juzgado, y le sentaron en ella, y el mayordomó del Duque le dijo:

—Es costumbre antigua en esta ínsula, señor gobernador, que el que viene a tomar posesión desta famosa ínsula está obligado a responder a una pregunta que se le hiciere, que sea algo intrincada y dificultosa, de cuya respuesta el pueblo toma y toca el pulso del ingenio de su nuevo gobernador; y así o se alegra o se entristece con su venida.

En tanto que el mayordomo decía esto a Sancho, estaba él mirando unas grandes y muchas letras que en la pared frontera de su silla estaban escritas, y como él no sabía leer, preguntó que qué eran aquellas pinturas que en aquella pared estaban. Fuéle respondido:

—Señor, allí está escrito y notado el día en que vueseñoría tomó posesión de esta ínsula, y dice el epitafio: Hoy día, a tantos de tal mes y de tal año, tomó la posesión desta ínsula el señor don Sancho Panza, que muchos años la goce.

—¿Y a quien llaman don Sancho Panza?—preguntó Sancho.

—A vueseñoría—respondió el mayordomo—; que en esta ínsula no ha entrado otro Panza sino el que está sentado en esa silla.

—Pues advertid, hermano,—dijo Sancho—que yo no tengo don, ni en todo mi linaje le ha habido: Sancho Panza me llaman a secas, y Sancho se llamó mi padre, y Sancho mi agüelo, y todos fueron Panzas sin añadiduras de done ni donas, y yo

imagino que en esta insula debè de haber más dones que piedras; pero basta. Dios me entiende, y podrá ser que si el gobierno me dura cuatro días, yo escardaré estos dones, que, por la muchedumbre, deben de enfadar como los mosquitos. Pase adelante con su pregunta el señor mayordomo, que yo responderé la mejor que supiere, ora se entristezca o no se entristezca el pueblo.

A este instante entraron en el juzgado dos hombres, el uno vestido de labrador y el otro de sastre, porque traía unas tijeras en la mano, y el sastre dijo:

—Señor gobernador, yo y este hombre labrador venimos ante vuestra merced en razón que este buen hombre llegó a mi tienda ayer (que yo, con perdón de los presentes, soy sastre examinado, que Dios sea bendito) y poniéndome un pedazo de paño en las manos, me preguntó: Señor, ¿habría en esto paño harto para hacerme una caperuza? Yo, tanteando el paño, le respondí que sí; él debióse de imaginar, a lo que yo imagino, e imaginé bien, que sin duda yo le quería hurtar alguna parte del paño, fundándose en su malicia y en la mala opinión de los sastres; y replicóme que mirase si habría para dos; adivinéle el pensamiento, y díjele que sí, y él, caballero en su dañada y primera intención, fué añadiendo caperuzas, y yo añadiendo síes, hasta que llegamos a cinco caperuzas; y ahora en este punto acaba de venir por ellas: yo se las doy, y no me quiere pagar la hechura, antes me pide que le pague o vuelva su paño.

—¿Es todo esto así, hermano?—preguntó Sancho.

—Sí, señor—respondió el hombre—; pero hágale vuestra merced que muestre las cinco caperuzas que me ha hecho.

—De buena gana—respondió el sastre. Y sacando incontinentemente la mano de debajo del herruelo, mostró en ella cinco caperuzas puestas en las cinco cabezas de los dedos de la mano, y dijo:—He aquí las cinco caperuzas que este buen hombre me pide, y en Dios y en mi conciencia que no me ha quedado nada del paño, y yo daré la obra a vista de veedores del oficio.

Todos los presentes se rieron de la multitud de las caperuzas y del nuevo pleito. Sancho se puso a considerar un poco, y dijo:

—Paréceme que en este pleito no ha de haber largas dilaciones, sino juzgar luego a juicio de buen varón, y así doy por sentencia que el sastre pierda las hechuras y el labrador el

pañó, y las caperuzas se lleven a los presos de la cárcel, y no haya más.

Si la sentencia pasada de la bolsa del ganadero movió a admiración a los circunstantes, ésta les provocó a risa; pero, en fin, se hizo lo que mandó el gobernador. Ante el cual se presentaron dos hombres ancianos: el uno traía una cañaheja por báculo, y el sin báculo dijo:

—Señor, a este buen hombre le presté días ha diez escudos de oro en oro por hacerle placer y buena obra, con condición que me los volviese cuando se los pidiese; pasáronse muchos días sin pedírselos, por no ponerle en mayor necesidad de volvérmelos que la que él tenía cuando yo se los presté; pero por parecerme que se descuidaba en la paga, se los he pedido una y muchas veces, y no solamente no me los vuelve, pero me los niega, y dice que nunca tales diez escudos le presté; y que si se los presté, ya me los ha vuelto. Yo no tengo testigos ni del prestado ni de la vuelta, porque no me los ha vuelto: querría que vuesa merced le tomase juramento, y si jurare que me los ha vuelto, yo se los perdono para aquí y para delante de Dios.

—¿Qué decís vos a esto, buen viejo del báculo?—dijo Sancho.

A lo que dijo el viejo:

—Yo, señor, confieso que me los prestó, y baje vuestra merced esa vara; y pues él lo deja en mi juramento, yo juraré como se los he vuelto y pagado real y verdaderamente.

Bajó el gobernador la vara, y en tanto el viejo del báculo dió el báculo al otro viejo que se lo tuviese en tanto que juraba, como si le embarazara mucho, y luego puso la mano en la cruz de la vara, diciendo que era verdad que se le habían prestado aquellos diez escudos que se le pedían; pero que él se los había vuelto de su mano a la suya, y que por no caer en ello se los volvía a pedir por momentos.

Viendo lo cual, el gran gobernador preguntó al acreedor qué respondía a lo que decía su contrario, y dijo que sin duda alguna su deudor debía de decir verdad, porque le tenía por hombre de bien y buen cristiano, y que a él se le había de haber olvidado el cómo y el cuándo se los había vuelto, y que desde allí en adelante jamás le pediría nada. Tornó a tomar su báculo el deudor y bajando la cabeza se salió del juzgado; visto lo cual por Sancho y que sin más ni más se iba, y viendo también

la paciencia del demandante, inclinó la cabeza sobre el pecho, y poniéndose el índice de la mano derecha sobre las cejas y las narices, estuvo como pensativo un pequeño espacio, y luego alzó la cabeza y mandó que le llamasen el viejo del báculo, que ya se había ido. Trujéronsele, y en viéndole Sancho le dijo:

—Dadme buen hombre, ese báculo, que le he menester.

—De muy buena gana—respondió el viejo—: hele aquí, señor. Y púsosele en la mano: tomóle Sancho, y dándosele al otro viejo, le dijo:

—Andad con Dios, que vais pagado.

—¿Yo, señor?—respondió el viejo—¿pues vale esa cañaheja diez escudos de oro?

—Sí,—dijo el gobernador—o si no yo soy el más perro del mundo; y ahora se verá si tengo yo caletre para gobernar todo un reino. Y mandó que allí, delante de todos, se rompiese y abriese la caña.

Hízose así, y en el corazón della hallaron diez escudos en oro. Quedaron todos admirados y tuvieron a su gobernador por un nuevo Salomón. Preguntáronle de dónde había colegido que en aquella cañaheja estaban aquellos diez escudos, y respondió que de haberle visto dar el viejo que juraba, a su contrario, aquel báculo, en tanto que hacia el juramento, y jurar que se los había dado real y verdaderamente, y que en acabando de jurar le tornó a pedir el báculo, le vino a la imaginación que dentro dél estaba la paga de lo que pedían. De donde se podía colegir que los que gobiernan, aunque sean unos tontos, tal vez los encamina Dios en sus juicios; y más que el había oído contar otro caso como aquel al cura de su lugar, y que él tenía tan gran memoria, que a no olvidársele todo aquello de que quería acordarse, no hubiera tal memoria en toda la ínsula. Finalmente, el un viejo corrido y el otro pagado se fueron, y los presentes quedaron admirados, y el que escribía las palabras, hechos y movimientos de Sancho, no acababa de determinarse si le tendría y pondría por tonto o por discreto. Luego, acabado este pleito, entró en el juzgado una mujer asida fuertemente de un hombre vestido de ganadero rico, la cual venía dando grandes voces, diciendo:

—Justicia, señor gobernador, justicia, y si no la hallo en la tierra la iré a buscar al cielo. Señor gobernador de mi ánima,

este mal hombre me ha cogido en la mitad dese campo, y se ha aprovechado de mi cuerpo como si fuera trapo mal lavado, y ¡desdichada de mí! me ha llevado lo que yo tenía guardado más de veintitrés años ha, defendiéndolo de moros y cristianos, de naturales y extranjeros, y yo siempre dura como un alcornoque, conservándome entera como la salamanquesa en el fuego, o como la lana entre las zarzas, para que este buen hombre llegase ahora con sus manos limpias a manosearme.

—Aún eso está por averiguar: si tiene limpias o no las manos este galán, dijo Sancho. Y volviéndose al hombre le dijo qué decía y respondía a la querrela de aquella mujer. El cual, todo turbado, respondió:

—Señores, yo soy un pobre ganadero de ganado de cerda y esta mañana salía de este lugar de vender (con perdón sea dicho) cuatro puercos que me llevaron de alcabalas y socaliñas poco menos de lo que ellos valían; volvíame a mi aldea, topé en el camino a esta buena dueña, y el diablo, que todo lo añasca y todo lo cuece, hizo que yogásemos juntos: paguéle lo suficiente, y ella, mal contenta, asió de mí, y no me ha dejado hasta traerme a este puesto: dice que la forcé, y miente, para el juramento que hago, o pienso hacer; y ésta es toda la verdad, sin faltar meaja.

Entonces el gobernador le preguntó si traía consigo algún dinero en plata: él dijo que hasta veinte ducados tenía en el seno de una bolsa de cuero. Mandó que la sacase, y se la entregase así como estaba a la querellanta; él lo hizo temblando; tomola la mujer, y haciendo mil zalemas a todos, y rogando a Dios por la vida y salud del señor gobernador, que así miraba por las huérfanas menesterosas y doncellas, con esto se salió del juzgado, llevando la bolsa asida con entrambas manos; aunque primero miró si era de plata la moneda que llevaba dentro. Apenas salió, cuando Sancho dijo al ganadero, que ya se le saltaban las lágrimas, y los ojos y el corazón se iba tras su bolsa.—Buen hombre, id tras aquella mujer, y quitadle la bolsa aunque no quiera, y volved aquí con ella. Y no lo dijo a tonto ni a sordo, porque luego partió como un rayo y fué a lo que se le mandaba. Todos los presentes estaban suspensos, esperando el fin de aquel pleito, y de allí a poco volvieron el hombre y la mujer más asidos y aferrados que la vez primera: ella la saya levantada, y en el regazo puesta la bolsa, y el

hombre pugnando por quitársela, más no era posible según la mujer la defendía, la cual daba voces, diciendo:

—Justicia de Dios y del mundo: mire vuestra merced, señor gobernador, la poca vergüenza y el poco temor deste desalmado, que en mitad de la calle me ha querido quitar la bolsa que vuestra merced mandó darme.

—Y ¿háosla quitado?—preguntó el gobernador.

—Como quitar—respondió la mujer— antes me dejaré quitar yo la vida, que me quiten la bolsa. Bonita es la niña. Otros gatos me han de echar a las barbas, que no este desventurado y asqueroso. Tenazas y martillos, mazos y escoplos no serán bastantes a sacármela de las uñas, ni aun garras de leones: antes el ánima de en mitad en mitad de las carnes.

—Ella tiene razón—dijo el hombre—y yo me doy por rendido y sin fuerzas, y confieso que las mías no son bastantes para quitársela, y déjola.

Entonces el gobernador dijo a la mujer:

—Mostrad, honrada y valiente, esa bolsa.

Ella se la dió luego, y el gobernador se la volvió al hombre, y dijo a la esforzada y no forzada:

—Hermana mía, si el mismo aliento y valor que habéis mostrado para defender esta bolsa le mostráredes, y aun la mitad menos, para defender vuestro cuerpo, las fuerzas de Hércules no os hicieran fuerza: andad con Dios y mucho enhoramala, y no paréis en toda esta ínsula, ni en seis leguas a la redonda, so pena de docientos azotes. Andad luego, digo, churrillera, desvergonzada y embaidora.

Espantóse la mujer y fuese cabizbaja y mal contenta, y el gobernador dijo al hombre:

—Buen hombre, andad con Dios a vuestro lugar con vuestro dinero, y de aquí adelante, si no le queréis perder, procurad que no os venga en voluntad de yogar con nadie. (54).

El hombre le dió las gracias lo peor que supo, y fuése, y los circunstantes quedaron admirados de nuevo de los juicios y sentencias de su nuevo gobernador. Todo lo cual, notado de su cronista, fué luego escrito al Duque, que con gran deseo lo estaba esperando: y quédese aquí el buen Sancho, que es mucha la priesa que nos da su amo, alborozado con la música de Altisidora. (55). (*Capítulo XLV*).

Donde se prosigue cómo se portaba Sancho Panza en su gobierno.

Cuenta la historia que desde el juzgado llevaron a Sancho Panza a un suntuoso palacio, adonde en una gran sala estaba puesta una real y limpiísima mesa; y así como Sancho entró en la sala, sonaron chirimías, y salieron cuatro pajes a darle aguamanos, que Sancho recibió con mucha gravedad. Cesó la música, sentóse Sancho a la cabecera de la mesa, porque no había más de áquel asiento y no otro servicio en toda ella. Púsose a su lado en pie un personaje, que después mostró ser médico; con una varilla de ballena en la mano. Levantarón una riquísima y blanca toalla con que estaban cubiertas las frutas y mucha diversidad de platos de diversos manjares. Uno que parecía estudiante echó la bendición, y un paje puso un babador randado a Sancho; otro que hacía el oficio de maestresala llegó un plato de fruta adelante, pero apenas hubo comido un bocado, cuando el de la varilla tocando con ella en el plato, se le quitaron de delante con grandísima celebridad; pero el maestresala le llevó otro, de otro manjar. Iba a probarle Sancho; pero antes que llegase a él ni le gustase, ya la varilla había tocado en él, y un paje alzádole con tanta presteza como el de la fruta. Visto lo cual por Sancho, quedó suspenso, y mirando a todos preguntó si había de comer aquella comida como juego de maesecoral. A lo cual respondió el de la vara:

—No se ha de comer, señor gobernador, sino como es uso y costumbre en las otras ínsulas donde hay gobernadores. Yo, señor, soy médico, y estoy asalariado en esta ínsula para serlo de los gobernadores della, y miro por su salud mucho más que por la mía, estudiando de noche y de día y tanteando la compleción del gobernador para acertar a curarle cuando cayere enfermo, y lo principal que hago es asistir a sus comidas y cenas, y a dejarle comer de lo que me parece que le conviene, y a quitarle lo que imagino que le ha de hacer daño, y ser nocivo al estómago, y así mandé quitar el plato de la fruta por ser demasíadamente húmeda, y el plato del otro manjar también le mandé quitar por ser demasíadamente caliente, y tener muchas especias, que acrecientan la sed; y el que mucho bebe,

mata y consume el húmedo radical, donde consiste la vida.

—Desa manera, aquel plato de perdices que están allí asadas, y a mi parecer bien sazonadas, no me harán algún daño.

A lo que el médico respondió:

—Esas no comerá el señor gobernador en tanto que yo tuviere vida.

—Pues ¿por qué?—dijo Sancho.

Y el médico respondió:

—Porque nuestro maestro Hipócrates, norte y luz de la medicina, en un aforismo suyo dice: *Omnis saturatio mala, perdices autem pessima*. Quiere decir: toda hartazgo es mala, pero la de las perdices malísima.

—Si eso es así,—dijo Sancho—vea el señor doctor, de cuántos manjares hay en esta mesa, cuál me hará más provecho y cuál menos daño, y déjeme comer dél, sin que me lo apalee, porque por vida del gobernador, y así Dios me la deje gozar, que me muero de hambre; y el negarme la comida, aunque le pese al señor doctor, y él más me diga, antes será quitarme la vida que aumentármela.

—Vuesa merced tiene razón, señor gobernador,—respondió el médico—y así es mi parecer que vuesa merced no coma de aquellos conejos guisados que allí están, porque es manjar peliagudo; de aquella ternera, si no fuera asada y en adobo aun se pudiera probar, pero no hay para qué.

Y Sancho dijo:

—Aquel platonazo que está más adelante vahando, me parece que es olla podrida, que por la diversidad de cosas que en las tales ollas podridas hay, no podré dejar de topar con alguna que me sea de gusto y de provecho.

—*Absit*—dijo el médico—. Vaya lejos de nosotros tan mal pensamiento: no hay cosa en el mundo de peor mantenimiento que una olla podrida; allá las ollas podridas para los canónigos, o para los retores de colegios, o para las bobas labradorescas, y déjenos libres las mesas de los gobernadores, donde ha de asistir todo primor y toda atildadura; y la razón es, porque siempre, y a do quiera, y de quienquiera, son más estimadas las medicinas simples que las compuestas, porque en las simples no se puede errar, y en las compuestas sí, alternando la cantidad de las cosas de que son compuestas; mas lo que yo sé que ha de comer el señor gobernador ahora para con-

servar su salud y corroborarla, es un ciento de canutillos de suplicaciones, y unas tajadicas subtiles de carne de membrillo, que le asienten el estómago y le ayuden a la digestión.

Oyendo esto, Sancho se arrimó sobre el espaldar de la silla y miró de hito en hito al tal médico, y con voz grave le preguntó cómo se llamaba, y dónde había estudiado. A lo que él respondió:

—Yo, señor gobernador, me llamo el doctor Pedro Recio de Agüero, y soy natural de un lugar llamado Tirteafuera, que está entre Caracuel y Almodóvar del Campo, a la mano derecha, y tengo el grado de doctor por la Universidad de Osuna. (56).

A lo que respondió Sancho todo encendido en cólera:

—Pues, señor doctor Pedro Recio de Mal Agüero, natural de Tirteafuera, lugar que está a la derecha mano como vamos de Caracuel a Almodóvar del Campo, graduado en Osuna, quítese luego de adelante; si no, voto al sol que tome un garrote, y que a garrotazos, comenzando por él, no me ha de quedar médico en toda la ínsula, a lo menos de aquellos que yo entienda que son ignorantes; que a los médicos sabios, prudentes y discretos los pondré sobre mi cabeza y los honraré como a personas divinas. Y vuelvo a decir que se me vaya Pedro Recio de aquí; si no, tomaré esta silla donde estoy sentado, y se la estrellaré en la cabeza; y pídanmelo en residencia, que yo me descargaré con decir que hice servicio a Dios en matar a un mal médico, verdugo de la república. Y denme de comer, o si no, tómense su gobierno, que oficio que no da de comer a su dueño, no vale dos habas.

Alborotóse el doctor viendo tan colérico al gobernador, y quiso hacer Tirteafuera de la sala, sino que en aquel instante sonó una corneta de posta en la calle y asomándose el maestra-sala a la ventana, volvió diciendo: Correo viene del Duque mi señor; algún despacho debe traer de importancia. Entró el correo sudando y asustado, y sacando un pliego del seno le puso en las manos del gobernador, y Sancho le puso en las del mayordomo, a quien mandó leyese el sobrescrito, que decía así: «A don Sancho Panza, gobernador de la ínsula Barataria, en su propia mano, o en las de su secretario». Oyendo lo cual Sancho, dijo:

—¿Quién es aquí mi secretario?

Y uno de los que presentes estaban, respondió:

—Yo, señor, porque sé leer y escribir y soy vizcaíno.

—Con esa añadidura—dijo Sancho—bien podéis ser secretario del mismo Emperador: abrid ese pliego y mirad lo que dice:

Hízolo así el recién nacido secretario, y habiendo leído lo que decía, dijo que era negocio para tratarle a solas. Mandó Sancho despejar la sala, y que no quedasen en ella sino el mayordomo y el maestresala, y los demás y el médico se fueron, y luego el secretario leyó la carta, que así decía:

«A mi noticia ha llegado, señor don Sancho Panza, que unos enemigos míos y desa ínsula la han de dar un asalto furioso, no sé qué noche; conviene velar y estar alerta, porque no le tomen desapercibido. Sé también por espías verdaderos, que han entrado en este lugar cuatro personas disfrazadas para quitarnos la vida, porque se temen de vuestro ingenio: abrid el ojo, y mirad quién llega a hablaros, y no comáis de cosas que os presentaren. Yo tendré cuidado de socorremos si os viéredes en trabajo, y en todo haréis como se espera de vuestro entendimiento. Deste lugar, a diez y seis de Agosto, a las cuatro de la mañana. Vuestro amigo

El Duque».

Quedó atónito Sancho, y mostraron quedarlo asimismo los circunstantes, y volviéndose al mayordomo, le dijo:

—Lo que agora se ha de hacer, y ha de ser luego, es meter en un calabozo al doctor Recio, porque si alguno me ha de matar ha de ser él, y de muerte adminícula y pésima, como es la de la hambre.

—También—dijo el maestresala—me parece a mí que vuesa merced no coma de todo lo que está en esta mesa, porque lo han presentado unas monjas, y como suele decirse, detrás de la cruz está el diablo.

—No lo niego,—respondió Sancho—y por ahora denme un pedazo de pan y obra de cuatro libras de uvas, que en ellas no podrá venir veneno, porque en efecto no puedo pasar sin comer, y si es que hemos de estar prontos para estas batallas que nos amenazan, menester será estar bien mantenidos, por que tripas llevan corazón, que no corazón tripas. Y vos, secretario, responded al Duque mi señor, y decidle que se cumplirá lo que manda como lo manda, sin faltar punto; y daréis de

mi parte un besamanos a mi señora la Duquesa, y que le suplico no se le olvide de enviar con un propio mi carta y mi llo a mi mujer Teresa Panza, que en ello recibiré mucha merced, y tendré cuidado de escribirla (57) con todo lo que mis fuerzas alcanzaren; y de camino podéis encajar un besamanos a mi señor Don Quijote de la Mancha, porque vea que soy pan agradecido; y vos, como secretario y como buen vizcaíno, podéis añadir todo lo que quisiéredes y más viniere a cuento. Y álcense estos manteles, y dénme a mí de comer, que yo me avendré con cuantos espías y matadores y encantadores vinieren sobre mí y sobre mi ínsula.

En esto entró un paje, y dijo:

—Aquí está un labrador negociante que quiere hablar a vueseroría en un negocio, según él dice, de mucha importancia.

—Extraño caso es éste,—dijo Sancho—destos negociantes. ¿Es posible que sean tan necios que no echen de ver que semejantes horas como éstas no son en las que han de venir a negociar? ¿Por ventura los que gobernamos, los que somos jueces, no somos hombres de carne y hueso, y que es menester que nos dejen descansar el tiempo que la necesidad pide, sino que quieren que seamos hechos de piedra mármol? Por Dios y en mi conciencia que si me dura el gobierno (que no durará, según se me trasluce), que yo ponga en pretina a más de un negociante. Agora decid a ese buen hombre que entre; pero adviértase primero no sea alguno de los espías, o matador mío.

—No, señor,—respondió el paje—porque parece un alma de cántaro, y yo sé poco, o él es tan bueno como el buen pan.

—No hay que temer,—dijo el mayordomo—que aquí estamos todos.

—¿Sería posible,—dijo Sancho—maestresala, que agora que no está aquí el doctor Recio, que comiese yo alguna cosa de peso y de sustancia, aunque fuese un pedazo de pan y una cebolla?

—Esta noche a la cena se satisfará la falta de la comida, y quedará vueseroría satisfecho y pagado,—dijo el maestresala.

—Dios lo haga—respondió Sancho.—Y en esto entró el labrador, que era de muy buena presencia, y de mil leguas se le echaba de ver que era bueno y buena alma. Lo primero que dijo fué:

—¿Quién es aquí el señor gobernador?

—¿Quién ha de ser—respondió el secretario—sino el que está sentado en la silla?

—Humíllome, pues, a su presencia—dijo el labrador.—Y poniéndose de rodillas, le pidió la mano para besársela.

Negóselo Sancho, y mandó que se levantase y dijese lo que quisiese. Hízole luego el labrador, y luego dijo:

—Yo, señor, soy labrador, natural de Miguelturra, un lugar que está a dos leguas de Ciudad Real.

—¿Otro Tirteafuera tenemos?—dijo Sancho—Decid, hermano, que lo que yo os sé decir es que sé muy bien a Miguelturra, y que no está muy lejos de mi pueblo.

—Es, pues, el caso, señor,—prosiguió el labrador—que yo, por la misericordia de Dios, soy casado en paz y en haz de la santa Iglesia católica romana; tengo dos hijos estudiantes, que el menor estudia para bachiller, y el mayor para licenciado; soy viudo, porque se murió mi mujer, o, por mejor decir, que la mató un mal médico, que la purgó estando preñada, y si Dios fuera servido que saliera a luz el parto, y fuera hijo, yo le pusiera a estudiar para doctor, porque no tuviera envidia a sus hermanos el bachiller y el licenciado.

—De modo—dijo Sancho—que si vuestra mujer no se hubiera muerto, o la hubieran muerto, vos no fuéades agora viudo.

—No, señor, en ninguna manera—respondió el labrador.

—Medrados estamos—replicó Sancho—; adelante, hermano, que es hora de dormir más que de negociar.

—Digo, pues,—dijo el labrador—que éste mi hijo que ha de ser bachiller, se enamoró en el mismo pueblo de una doncella llamada Clara Perlerina, hija de Andrés Perlerino, labrador riquísimo; y este nombre de Perlerines no les viene de abolengo ni otra alcurnia, sino porque todos los de este linaje son perláticos, y por mejorar el nombre los llaman Perlerines, aunque si va a decir la verdad, la doncella es como una perla oriental, y mirada por el lado derecho parece una flor del campo; por el izquierdo no tanto, porque le falta aquel ojo, que se le saltó de viruelas; y aunque los hoyos del rostro son muchos y grandes, dicen los que la quieren bien que aquéllos no son hoyos, sino sepulturas donde se sepultan las almas de sus amantes. Es tan limpia, que por no ensuciar la cara, trae las nari-

ces, como dicen, arremangadas, que no parece sino que van huyendo de la boca, y con todo esto parece bien por extremo, porque tiene la boca grande, y a no faltarle diez o doce dientes y muelas, pudiera pasar y echar raya entre las más bien formadas. De los labios no tengo qué decir, porque son tan sutiles y delicados, que si se usaran aspar labios, pudieran hacer dellos una madeja; pero como tienen diferente color de la que en los labios se usa comúnmente, parecen milagrosos, porque son jaspeados de azul y verde y aberrenjado: y perdóneme el señor gobernador si por tan menudo voy pintando las partes de la que al fin ha de ser mi hija, que la quiero bien y no me parece mal.

—Pintad lo que quisiéredes,—dijo Sancho—que yo me voy recreando en la pintura, y si hubiera comido no hubiera mejor postre para mí que vuestro retrato.

—Eso tengo yo por servir—respondió el labrador—; pero tiempo vendrá en que seamos, si ahora no somos; y digo, señor, que si pudiera pintar su gentileza y la altura de su cuerpo, fuera cosa de admiración; pero no puede ser a causa de que ella está agobiada y encogida y tiene las rodillas con la boca, y con todo eso se echa bien de ver que si se pudiera levantar diera con la cabeza en el techo, y ya ella hubiera dado la mano de esposa a mi bachiller, sino que no la puede extender, que está añudada, y con todo, en las uñas largas y acanaladas se muestra su bondad y buena hechura.

—Está bien—dijo Sancho—y haced cuenta, hermano, que ya la habéis pintado de los pies a la cabeza: ¿qué es lo que queréis ahora? Y venid al punto sin rodeos ni callejuelas, ni retazos ni añadiduras.

—Querría, señor,—respondió el labrador—que vuesa merced me hiciese merced de darme una carta de favor para mi consuegro, suplicándole sea servido de que esté casamiento se haga, pues no somos desiguales en los bienes de fortuna ni en los de la naturaleza, porque, para decir la verdad, señor gobernador, mi hijo es endemoniado, y no hay día que tres o cuatro veces no le atormenten los malignos espíritus; y de haber caído una vez en el fuego tiene el rostro arrugado como pergamino, y los ojos algo llorosos y manantiales; pero tiene una condición de un ángel, y si no es que se aporrea y se da de puñadas él mismo a sí mismo, fuera un bendito.

—¿Queréis otra cosa, buen hombre?—replicó Sancho.

—Otra cosa querría,—dijo el labrador—sino que no me atrevo a decirlo; pero vaya, que en fin no se me ha de pudrir en el pecho, pegue o no pegue. Digo, señor, que querría que vuesa merced me diese trescientos ó seiscientos ducados para ayuda a la dote de mi bachiller; digo, para ayuda de poner su casa, porque en fin han de vivir por sí, sin estar sujetos a las impertinencias de los suegros.

—Mirad si queréis otra cosa—dijo Sancho—y no la dejéis de decir por empacho ni por vergüenza.

—No por cierto—respondió el labrador.

Y apenas dijo esto, cuando levantándose en pie el gobernador, asió de la silla en que estaba sentado, y dijo:

—Voto a tal, don patán rústico y mal mirado, que si no os apartáis y ascondéis luego de mi presencia, que con esta silla os rompa y abra la cabeza. Hideputa, bellaco, pintor del mismo demonio, ¿y a estas horas te vienes a pedirme seiscientos ducados? ¿Y dónde los tengo yo, liediondo? ¿Y por qué te los había de dar aunque los tuviera, socarrón y mentecato? ¿Y qué se me da a mí de Miguelturra, ni de todo el linaje de los Perlerines? Va de mí, digo, si no, por vida del Duque mi señor que haga lo que tengo dicho. Tú no debes de ser de Miguelturra, sino algún socarrón que para tentarme te ha enviado aquí el infierno. Dime, desalmado, aun no ha día y medio que tengo el gobierno, ¿y ya quieres que tenga seiscientos ducados?

Hizo de señas el maestresalá al labrador que se saliese de la sala, el cual lo hizo cabizbajo y al parecer temeroso de que el gobernador no ejecutase su cólera, que el bellacón supo hacer muy bien su oficio. Pero dejemos con su cólera a Sancho, y ándese la paz en el corro, y volvamos a Don Quijote, que le dejamos vendado el rostro y curado de las gatascas heridas, de las cuales no sanó en ocho días, en uno de los cuales le sucedió lo que Cide-Hamete promete de contar con la puntualidad y verdad que suele contar las cosas desta historia, por mínimas que sean. (58). (*Capítulo XLVII*).

Del progreso del gobierno de Sancho Panza, con otros sucesos tales como buenos.

Amaneció el día que se siguió a la noche de la ronda del gobernador, la cual el maestresala pasó sin dormir, ocupado el pensamiento en el rostro, brío y belleza de la disfrazada doncella, y el mayordomo ocupó lo que della faltaba en escribir a sus señores lo que Sancho Panza hacía y decía, tan admirado de sus hechos como de sus dichos, porque andaban mezcladas sus palabras y sus acciones con asomos discretos y tontos. Levantóse, en fin, el señor gobernador, y por orden del doctor Pedro Recio le hicieron desayunar con un poco de conserva y cuatro tragos de agua fría, cosa que la trocara Sancho con un pedazo de pan y un racimo de uvas; pero viendo que aquello era más fuerza que voluntad, pasó por éllo con harto dolor de su alma y fatiga de su estómago, haciéndole creer Pedro Recio que los manjares pocos y delicados avivaban el ingenio, que era lo que más convenía a las personas constituídas en mandos y en oficios graves, donde se han de aprovechar no tanto de las fuerzas corporales como de las del entendimiento. Con esta sofistería padecía hambre Sancho, y tal, que en su secreto maldecía el gobierno y aun a quien se le había dado: pero con su hambre y con su conserva se puso a juzgar aquel día, y lo primero que se le ofreció fué una pregunta que un forastero le hizo, estando presentes a todo el mayordomo y los demás acólitos, que fué:

—Señor, un caudaloso río dividía dos términos de un mismo señorío (y esté vuesa merced atento, porque el caso es de importancia y algo dificultoso); digo, pues, que sobre este río estaba una puente, y al cabo della una horca y una como casa de audiencia, en la cual de ordinario había cuatro jueces que juzgaban la ley que puso el dueño del río, de la puente y del señorío, que era en esta forma: Si alguno pasare por esta puente de una parte a otra, ha de jurar primero adónde y a qué va, y si jurare verdad, déjenle pasar; y si dijere mentira, muera por ello ahorcado en la horca que allí se muestra, sin remisión alguna. Sabida está ley y la rigurosa condición della, pasaban muchos, y luego en lo que juraban se echaba de ver que decían verdad, y los jueces los dejaban pasar libremente. Sucedió, pues,

que tomando juramento a un hombre, juró y dijo que para el juramento que hacía, que iba a morir en aquella horca que allí estaba, y no otra cosa. Repararon los jueces en el juramento, y dijeron: si a este hombre lo dejamos pasar libremente, mintió en su juramento, y conforme a la ley debe morir; y si le ahorcamos, él juró que iba a morir en aquella horca, y habiendo jurado verdad, por la misma ley debe ser libre. Pídesse a vuesa merced, señor gobernador, qué harán los jueces de tal hombre, que aun hasta agora están dudosos y suspensos. Y habiendo tenido noticia del agudo y elevado entendimiento de vuesa merced, me enviaron a mí a que suplicase a vuesa merced de su parte diese su parecer en tan intrincado y dudoso caso. A lo que respondió Sancho:

—Por cierto que esos señores jueces que a mí os envían lo pudieran haber excusado, porque yo soy un hombre que tengo más de mostrenco que de agudo; pero, con todo eso, repetidme otra vez el negocio de modo que yo le entienda: quizá podría ser que diese en el hito.

Volvió otra vez el preguntante a referir lo que primero había dicho, y Sancho dijo:

—A mi parecer, este negocio en dos paletas le declararé yo, y es así: El tal hombre jura que va a morir en la horca, y si muere en ella juró verdad, y por la ley puesta merece ser libre, y que pase la puente; y si no le ahorcan juró mentira, y por la misma ley merecen que le ahorquen.

—Así es como el señor gobernador dice—dijo el mensajero—; y cuanto a la entereza y entendimiento del caso, no hay más que pedir ni qué dudar.

—Digo yo, pues, agora,—replicó Sancho—que deste hombre aquella parte que juró verdad la dejen pasar, y la que dijo mentira la ahorquen, y desta manera se cumplirá al pie de la letra la condición del pasaje.

—Pues, señor gobernador,—replicó el preguntador—será necesario que el tal hombre se divida en partes, en mentirosa y verdadera; y si se divide, por fuerza ha de morir, y así no se consigne cosa alguna de lo que la ley pide, y es de necesidad expresa que se cumpla con ella.

—Venid acá, buen hombre—respondió Sancho—: este pasajero que decís, o yo soy un porro, o él tiene la misma razón para morir que para vivir y pasar la puente, porque si la ver-

dad le salva, la mentira le condena igualmente; y siendo esto así, como lo es, soy de parecer que digáis a esos señores que a mí os enviaron que, pues están en un filo las razones de condenarlo o absolverle, que le dejen pasar libremente, pues siempre es alabado más el hacer bien, que mal; y esto lo diera firmado de mi nombre si supiera firmar, y yo en este caso no he hablado de mí, sino que se me vino a la memoria un precepto, entre otros muchos que me dió mi amo Don Quijote la noche antes que viniera a ser gobernador desta ínsula, que fué que cuando la justicia estuviese en duda, me decantase y acogiese a la misericordia; y ha querido Dios que agora se me acordase, por venir en este caso como de molde. (59).

—Así es—respondió el mayordomo—; y tengo para mí que el mismo Licurgo, que dió leyes a los lacedemonios, no pudiera dar mejor sentencia que la que el gran Panza ha dado; y acabese con esto la audiencia desta mañana, y yo daré orden como el señor gobernador coma muy a su gusto.

—Eso pido, y barras derechas,—dijo Sancho—dénme de comer y lluevan casos y dudas sobre mí, que yo los despabilaré con el aire.

Cumplió su palabra el mayordomo, pareciéndole ser cargo de conciencia matar de hambre a tan discreto gobernador, y más que pensaba concluir con él aquella misma noche, haciéndole la burla última que traía en comisión de hacerle. Sucedió, pues, que habiendo comido aquel día contra las reglas y aforismos del doctor Tirteafuera, al levantar de los manteles entró un correo con una carta de Don Quijote para el gobernador. Mandó Sancho al secretario que la leyese para sí, y que si no viniese en ella alguna cosa digna de secreto, la leyese en voz alta. Hízolo así el secretario, y repasándola primero, dijo:

—Bien se puede leer en voz alta, que lo que el señor Don Quijote escribe a vuesa merced merece estar estampado y escrito con letras de oro, y dice así:

Carta de Don Quijote de la Mancha a Sancho Panza, gobernador de la ínsula Barataria

«Cuando esperaba oír nuevas de tus descuidos e impertinencias, Sancho amigo, las oí de tus discreciones, de que di por

ello gracias particulares al cielo, el cual del estiércol sabe levantar los pobres, y de los tontos hace discretos. Dícenme que gobiernas como si fueses hombre, y que eres hombre como si fueses bestia, según es la humildad con que te tratas: y quiero que adviertas, Sancho, que muchas veces conviene y es necesario por la autoridad del oficio ir contra la humildad del corazón; porque el buen adorno de la persona que está puesta en graves cargos ha de ser conforme a lo que ellos piden, y no a la medida de lo que su humilde condición le inclina. Vístete bien, que un palo compuesto no parece palo: no digo que traigas dijes ni galas, ni que siendo juez te vistas como soldado, sino que te adornes con el hábito que tu oficio requiere, con tal que sea limpio y bien compuesto. Para ganar la voluntad del pueblo que gobiernas, entre otras has de hacer dos cosas: la una, ser bien criado con todos, aunque esto ya otra vez te lo he dicho; y la otra, procurar la abundancia de los mantenimientos, que no hay cosa que más fatigue el corazón de los pobres, que la hambre y la carestía.

«No hagas muchas Pragmáticas, y si las hicieres procura que sean buenas, y sobre todo que se guarden y cumplan; que las Pragmáticas que no se guardan, lo mismo es que si no lo fuesen; antes dan a entender que el príncipe que tuvo discreción y autoridad para hacerlas, no tuvo valor para hacer que se guardasen: y las leyes que atemorizan y no se ejecutan, vienen a ser como la viga, rey de las ranas, que al principio las espantó y con el tiempo la menospreciaron y se subieron sobre ella. Sé padre de las virtudes y padrastro de los vicios. No seas siempre riguroso, ni siempre blando, y escoge el medio entre estos dos extremos, que en esto está el punto de la discreción. Visita las cárceles, las carnicerías y las plazas; que la presencia del gobernador en lugares tales es de mucha importancia: consuela a los presos que esperan la brevedad de su despacho, es coco a los carniceros, que por entonces igualan los pesos, y es espantajo a las placentas por la misma razón. No te muestres (aunque por ventura lo seas, lo cual yo no creo) codicioso, mujeriego ni glotón, porque en sabiendo el pueblo y los que te tratan tu inclinación determinada, por allí te darán batería hasta derribarte en el profundo de la perdición. Mira y remira, pasa y repasa los consejos y documentos que te di por escrito antes que de aquí partieses a tu gobierno, y verás cómo hallas en

ellos, si los guardas, una ayuda de costa que te sobrelleve los trabajos y dificultades que a cada paso a los gobernadores se les ofrecen. Escribe a tus señores, y muéstrateles agradecido, que la ingratitud es hija de la soberbia, y uno de los mayores pecados que se sabe, y la persona que es agradecida a los que bien le han hecho, da indicio que también lo será a Dios, que tantos bienes le hizo y de continuo le hace. La señora Duquesa despachó un propio con tu vestido y otro presente a tu mujer Teresa Panza; por momentos esperamos respuesta.

«Yo he estado un poco mal dispuesto, de un cierto gateamiento que me sucedió no muy a cuento de mis narices, pero no fué nada, que si hay encantadores que me maltraten, también los hay que me defiendan. Avísame si el mayordomo que está contigo tuvo que ver en las acciones de la Trifaldi, como tú sospechaste; y de todo lo que te sucediere me irás dando aviso, pues es tan corto el camino; cuanto más que yo pienso dejar presto esta vida ociosa en que estoy, pues no nací para ella. Un negocio se me ha ofrecido que creo que me ha de poner en desgracia destes señores; pero aunque se me da mucho, no se me da nada, pues en fin en fin, tengo de cumplir antes con mi profesión que con su gusto, conforme a lo que suele decirse: *Amicus Plato, sed magis amica veritas*. Dígote este latín, porque me doy a entender que después que eres gobernador lo habrás aprendido. Y a Dios, el cual te guarde de que ninguno te tenga lástima.

Tu amigo, Don Quijote de la Mancha».

Oyó Sancho la carta con mucha atención, y fué celebrada y tenida por discreta de los que la oyeron, y luego Sancho se levantó de la mesa, y llamando al secretario se encerró con él en su estancia, y sin dilatarlo más quiso responder luego a su señor Don Quijote; y dijo al secretario que, sin añadir ni quitar cosa alguna, fuese escribiendo lo que él le dijese, y así lo hizo; y la carta de la respuesta fué del tenor siguiente:

Carta de Sancho Panza a Don Quijote de la Mancha

«La ocupación de mis negocios es tan grande, que no tengo lugar para rascarme la cabeza, ni aun para cortarme las

ñas, y así las traigo tan crecidas cual Dios lo remedie. Digo esto, señor mío de mi alma, porque vuesa merced no se espante si hasta agora no he dado aviso de mi bien o mal estar en este gobierno, en el cual tengo más hambre que cuando andábamos los dos por las selvas y por los despoblados.

«Escribióme el Duque mi señor el otro día dándome aviso que habían entrado en esta ínsula ciertas espías para matarme, y hasta agora yo no he descubierto otra que un cierto doctor que está en este lugar asalariado para matar a cuantos gobernadores aquí vinieren; llámase el Doctor Pedro Recio; y es natural de Tirteafuera: porque vea vuesa merced qué nombre para no temer que he de morir a sus manos. Este tal doctor dice él mismo de sí mismo que él no cura las enfermedades cuando las hay, sino que las previene para que no vengan, y las medicinas que usa son dieta y más dieta, hasta poner la persona en los huesos mondos, como si no fuese mayor mal la flaqueza que la calentura. Finalmente, él me va matando de hambre, y yo me voy muriendo de despecho, pues cuando pensé venir a este gobierno a comer caliente, y a beber frío, y a recrear el cuerpo entre sábanas de holanda, sobre colchones de pluma, he venido a hacer penitencia como si fuera ermitaño, y como no la hago de mi voluntad, pienso que al cabo me ha de llevar el diablo.

«Hasta agora no he tocado derecho ni llevado cohecho, y no puedo pensar en qué va esto, porque aquí me han dicho que los gobernadores que a esta ínsula suelen venir, antes de entrar en ella, o les han dado o les han prestado los del pueblo muchos dineros, y que ésta es ordinaria usanza en los demás que van a gobiernos; no solamente en éste.

«Anoche, andando de ronda, topé una muy hermosa doncella en traje de varón, y un hermano suyo en hábito de mujer; de la moza se enamoró mi maestresala, y la escogió en su imaginación para su mujer, según él ha dicho, y yo escogí al mozo para mi yerno: hoy los dos pondremos en plática nuestros pensamientos con el padre de entrambos, que es un tal Diego de la Llaña, hidalgo y cristiano viejo cuanto se quiere.

«Yo visito las plazas como vuesa merced me lo aconseja, y ayer hallé una tendera que vendía avellanas nuevas, y averigüele que había mezclado con una hanega de avellanas nuevas otra de viejas, vanas y podridas: apliquélas todas para los

niños de la Doctrina, que las sabrían bien distinguir, y sentenciéla que por quince días no entrase en la plaza. Hanme dicho que lo hice valerosamente; lo que sé decir a vuesa merced es, que es fama en este pueblo que no hay gente más mala que las plaseras, porque todas son desvergonzadas, desalmadas y atrevidas, y yo así lo creo, por las que he visto en otros pueblos.

«De que mi señora la Duquesa haya escrito a mi mujer Teresa Panza, y enviádole el presente que vuesa merced dice, estoy muy satisfecho, y procuraré de mostrarme agradecido a su tiempo: bésele vuesa merced las manos de mi parte, diciendo que digo yo, que no lo ha echado en saco roto, como lo verá por la obra. No querría que vuesa merced tuviese trabacuentas de disgusto con esos mis señores: porque si vuesa merced se enoja con ellos, claro está que ha de redundar en mi daño, y no será bien que pues se da a mí por consejo que sea agradecido, que vuesa merced no lo sea con quien tantas mercedes le tiene hechas, y con tanto regalo ha sido tratado en su castillo.

«Aquello del gateado no entiendo; pero imagino que debe de ser alguna de las malas fechorías que con vuesa merced suelen usar los malos encantadores: yo lo sabré cuando nos veamos. Quisiera enviarle a vuesa merced alguna cosa; pero no sé qué envíe, si no es algunos cañutos de jeringas, que para con vejigas los hacen en esta ínsula muy curiosos; aunque si me dura el oficio, yo buscaré qué enviar, de haldas o de mangas. Si me escribiere mi mujer Teresa Panza, pague vuesa merced el porte, y envíeme la carta, que tengo grandísimo deseo de saber del estado de mi casa, de mi mujer y de mis hijos; y con esto, Dios libre a vuesa merced de mal intencionados encantadores y a mí me saque con bien y en paz deste gobierno, que lo dudo, porque le pienso dejar con la vida, según me trata el doctor Pedro Recio.

Criado de vuesa merced,
Sancho Panza, el gobernador».

Cerró la carta el secretario, y despachó luego al correo; y juntándose los burladores de Sancho, dieron orden entre sí cómo despacharle del gobierno; y aquella tarde la pasó Sancho en hacer algunas ordenanzas tocantes al buen gobierno de la que él imaginaba ser ínsula, y ordenó que no hubiese regatones

de los bastimentos en la república, y que pudiesen meter en ella vino de las partes que quisiesen, con aditamento que declarasen el lugar de donde era, para ponerle el precio según su estimación, bondad y fama, y el que lo aguase o le mudase el nombre perdiese la vida por ello: moderó el precio de todo calzado, principalmente el de los zapatos, por parecerle que corría con exorbitancia; puso tasa en los salarios de los criados, que caminaban a rienda suelta por el camino del interés; puso gravísimas penas a los que cantasen cantares lascivos y descompuestos, ni de noche ni de día; ordenó que ningún ciego cantase milagro en coplas, si no trajese testimonio auténtico de ser verdadero, por parecerle que los más que los ciegos cantan son fingidos, en perjuicio de los verdaderos.

Hizo y creó un alguacil de pobres, no para que los persiguiese, sino para que los examinase si lo eran, porque a la sombra de la manquedad fingida y de la llaga falsa, andan los brazos ladrones y la salud borracha. En resolución, él ordenó cosas tan buenas, que hasta hoy se guardan en aquel lugar, y se nombran: Las constituciones del gran gobernador Sancho Panza. (60). (*Capítulo LI*).

XII

De la resolución que tomó Don Quijote de hacerse pastor y seguir la vida del campo en tanto que se pasaba el año de su promesa, con otros sucesos en verdad gustosos y buenos.

Si muchos pensamientos fatigaban a Don Quijote antes de ser derribado, mucho más le fatigaron después de caído. A la sombra del árbol estaba (como se ha dicho) y allí como moscas a la miel le acudían y picaban pensamientos. Unos iban al desencanto de Dulcinea, y otros a la vida que había de hacer en su forzosa retirada. Llegó Sancho y alabóle la liberal condición del lacayo Tosilos.

—¿Es posible—le dijo Don Quijote—que todavía, oh Sancho, pienses que aquél sea verdadero lacayo? Parece que se te ha ido de las mientes haber visto a Dulcinea convertida y trasformada en labradora, y al Caballero de los Espejos en el bachiller Carrasco, obras todas de los encantadores que me

persiguen. Pero dime ahora: ¿preguntaste a ese Tosilos, que dices, qué ha hecho Dios de Altisidora, si ha llorado mi ausencia, o si ha dejado ya en las manos del olvido los enamorados pensamientos que en mi presencia la fatigaban?

—No eran—respondió Sancho—los que yo tenía tales, que me diesen lugar a preguntar boberías. ¡Cuerpo de mí! señor, ¿está vuesa merced ahora en términos de inquirir pensamientos ajenos, especialmente añorosos?

—Mira, Sancho,—dijo Don Quijote—mucha diferencia hay de las obras que se hacen por amor, a las que se hacen por agradecimiento. Bien puede ser que un caballero sea desamorado; pero no puede ser, hablando en todo rigor, que sea desagradecido. Quísome bien (al parecer) Altisidora, dióme los tres tocadores que sabes, lloró en mi partida, maldíjome, vituperóme, quejóse a despecho de la vergüenza públicamente: señales todas de que me adoraba, que las iras de los amantes suelen parar en maldiciones. Yo no tuve esperanzas que darle ni tesoros que ofrecerle, porque las mías las tengo entregadas a Dulcinea, y los tesoros de los caballeros andantes son como los de los duendes, aparentes y falsos, y sólo puedo darle estos acuerdos que della tengo, sin perjuicio empero de los que tengo de Dulcinea, a quien tú agravias con la remisión que tienes en azotarte y castigar esas carnes, que vea yo comidas de lobos, que quieren guardarse antes para los gusanos que para el remedio de aquella pobre señora.

—Señor,—respondió Sancho—si va a decir la verdad, yo no me puedo persuadir que los azotes de mis posaderas tengan que ver con los desencantos de los encantados, que es como si dijésemos: si os duele la cabeza untaos las rodillas; a lo menos yo osaré jurar que en cuantas historias vuesa merced ha leído, que tratan de la andante caballería, no ha visto algún desencanto por azotes; pero por sí o por no, yo me los daré cuando tenga gana y el tiempo me dé comodidad para castigarme.

—Dios lo haga,—respondió Don Quijote—y los cielos te den gracia para que caigas en la cuenta y en la obligación que te corre de ayudar a mi señora, que lo es tuya, pues tú eres mío.

En estas pláticas iban siguiendo su camino cuando llega-

ron al mismo sitio y lugar donde fueron atropellados de los toros. Reconociólo Don Quijote, y dijo a Sancho:

—Este es el prado donde topamos a las bizarras pastoras y gallardos pastores, que en él querían renovar e imitar a la pastoral Arcadia: pensamiento tan nuevo como discreto, a cuya imitación, si es que a ti te parece bien, querría, oh Sancho, que nos convirtiésemos en pastores siquiera el tiempo que tengo de estar recogido. Yo compraré algunas ovejas, y todas las demás cosas que al pastoral ejercicio son necesarias, y llamándome yo el pastor Quijotiz, y tú el pastor Pancino, nos andaremos por los montes, por las selvas y por los prados cantando aquí, endechando allí, bebiendo de los líquidos cristales de las fuentes, o ya de los limpios arroyuelos, o de los caudalosos ríos. Daránnos con abundantísima mano de su dulcísimo fruto las encinas, asiento los troncos de los durísimos alcornoces, sombra los sauces, olor las rosas, alfombras de mil colores matizadas los estendidos prados, aliento el aire claro y puro, luz la luna y las estrellas, a pesar de la escuridad de la noche, gusto el canto, alegría el lloro, Apolo versos, el amor conceptos, con que podremos hacernos eternos y famosos, no sólo en los presentes sino en los venideros siglos.

—Pardiez,—dijo Sancho—que me ha cuadrado y aun esquinado tal género de vida; y más que no la ha de haber aún bien visto el bachiller Sansón Carrasco y maese Nicolás el Barbero, cuando la han de querer seguir y hacerse pastores con nosotros; y aun quiera Dios no le venga en voluntad al Cura de entrar también en el aprisco, según es de alegre y amigo de holgarse.

—Tú has dicho bien—dijo Don Quijote—y podrá llamarse el bachiller Sansón Carrasco, si entra en el pastoril gremio (como entrará sin duda), el pastor Sansonino o ya el pastor Carrascón: el Barbero Nicolás se podrá llamar Nicoluso, como ya el antiguo Boscán se llamó Nemeroso; al Cura no sé qué nombre le pongamos, si no es algún derivativo de su nombre, llamándole el pastor Curiambro. Las pastoras de quien hemos de ser amantes, como entre peras podremos escoger sus nombres, y pues el de mi señora cuadra así al de pastora como al de princesa, no hay para qué cansarme en buscar otro que mejor le venga: tú, Sancho, pondrás a la tuya el que quisieres.

—No pienso—respondió Sancho—ponerle otro alguno

sino el de Teresona, que le vendrá bien con su gordura y con el propio que tiene, pues se llama Teresa, y más que celebrándola yo en mis versos vengo a descubrir mis castos deseos, pues no ando a buscar pan de trastrigo por las casas ajenas. El Cura no será bien que tenga pastora, por dar buen ejemplo, y si quisiere el bachiller tenerla, su alma en su palma.

—Válame Dios—dijo Don Quijote— y qué vida nos hemos de dar, Sancho amigo. Qué de churumbelas (61) han de llegar a nuestros oídos, qué de gaitas zamoranas, qué de tamboriles y qué de sonajas y qué de rabeles. Pues qué si destas diferencias de música resuena la de los albugues, allí se verá casi todos los instrumentos pastorales.

—¿Qué son albugues?—preguntó Sancho—, que ni los he oído nombrar ni los he visto en toda mi vida.

—Albugues son—respondió Don Quijote—unas chapas a modo de candeleros de azófar, que dando una con otra por lo vacío y hueco, hace un són, que, sino muy agradable ni armónico, no descontenta, y viene bien con la rusticidad de la gaita y del tamboril; y este nombre albugues es morisco, como lo son todos aquellos que en nuestra lengua castellana comienzan en *al*, conviene a saber: almohaza, almorzar, alhombra, alguacil, alhucema, almacén, alcancía y otros semejantes, que deben ser pocos más, y sólo tres tiene nuestra lengua que son moriscos y acaban en *í*, y son: borceguí, zaquizamí y maravedí; alhelí, y alfaquí, tanto por el *al* primero como por el *i* en que acaban son conocidos por arábigos. Esto te he dicho de pasó por habérmelo reducido a la memoria la ocasión de haber nombrado albugues y hanos de ayudar mucho al parecer en perfección este ejercicio el ser yo algún tanto poeta, como tú sabes, y el serlo también en extremo el bachiller Sansón Carrasco. Del Cura no digo nada, pero yo apostaré que debe de tener sus puntas y collares de poeta, y que los tenga también maese Nicolás no dudo en ello, porque todos o los más son guitarreros y copleros. Yo me quejaré de ausencia; tú te alabarás de firme enamorado; el pastor Carrascón de desdénado y el cura Curiambro de lo que él más puede servirse, y así andará la cosa que no haya más que desear. A lo que respondió Sancho:

—Yo soy, señor, tan desgraciado, que temo no ha de llegar el día en que en tal ejercicio me vea. Oh, qué polidas cucharas (62) tengo de hacer cuando pastor me vea. Qué de migas,

qué de natas, qué de guirnaldas y qué de zarandajas pastoriles que puesto que no me granjeen fama de discreto, no dejarán de granjearme la de ingenioso. Sanchica mi hija nos llevará la comida al hato; pero guarda, que es de buen parecer, y hay pastores más maliciosos que simples, y no querría que fuese por lana y volviese trasquilada; y también suelen andar los amores y los no buenos deseos por los campos como por las ciudades, y por las pastorales chozas como por los reales palacios, y quitada la causa se quita el pecado, y ojos que no ven corazón que no quiebra, y más vale salto de mata que ruego de hombres buenos.

—No más refranes, Sancho,—dijo Don Quijote—pues cualquiera de los que has dicho basta para dar a entender tu pensamiento, y muchas veces te he aconsejado que no seas tan pródigo de refranes, y que te vayas a la mano en decirlos; pero pareceme que es predicar en desierto, y castígame mi madre, y yo trompójelas.

—Pareceme,—respondió Sancho—que vuesa merced es como lo que dicen: dijo la sartén a la caldera, quítate allá, ojinegra. Estáme reprehendiendo que no diga yo refranes, y ensártalos vuesa merced de dos en dos.

—Mira, Sancho,—respondió don Quijote—yo traigo los refranes a propósito, y vienen, cuando los digo, como anillo en el dedo; pero tráeslos tan por los cabellos, que los arrastras, y no los guías; y si no me acuerdo mal, otra vez te he dicho que los refranes son sentencias breves, sacadas de la experiencia y especulación de nuestros antiguos sabios; y el refrán que no viene a propósito, antes es disparate que sentencia. Pero dejémonos desto, y pues ya viene la noche, retirémonos del camino real algún trecho, donde pasaremos esta noche, y Dios sabe lo que será mañana.

Retiráronse, cenaron tarde y mal, bien contra la voluntad de Sancho, a quien se le representaban las estrecheces de la andante caballería usadas en las selvas y en lo montes, si bien tal vez la abundancia se mostraba en los castillos y casas, así de don Diego de Miranda, como en las bodas del rico Camacho, y de don Antonio Moreno; pero consideraba no ser posible ser siempre de día, ni siempre de noche, y así pasó aquella durmiendo, y su amo velando. (63). (*Capítulo LXVII*)

XIII

De como Don Quijote cayó malo, y del testamento que hizo, y su muerte.

Como las cosas humanas no sean eternas, yendo siempre en declinación de sus principios hasta llegar a su último fin, especialmente las vidas de los hombres; y como la de Don Quijote no tuviese privilegio del cielo para detener el curso de la suya, llegó su fin y acabamiento cuando él menos lo pensaba, porque o ya fuese de la melancolía que le causaba el verse vencido, o ya por la disposición del cielo, que así lo ordenaba, se le arraigó una calentura, que le tuvo seis días en la cama, en los cuales fué visitado muchas veces del Cura, del Bachiller y del Barbero, sus amigos, sin quitársele de la cabecera Sancho Panza, su buen escudero. Estos (creyendo que la pesadumbre de verse vencido y de no ver cumplido su deseo en la libertad y desencanto de Dulcinea le tenía de aquella suerte) por todas las vías posibles procuraban alegrarle, diciéndole el Bachiller que se animase y levantase para comenzar su pastoril ejercicio, para el cual tenía ya compuesta una égloga, que mal año para cuantas Sanazaro había compuesto, y que ya tenía comprados de su propio dinero dos famosos perros para guardar el ganado, el uno llamado Barcino y el otro Butrón, que se los había vendido un ganadero de Quintanar. Pero no por esto dejaba Don Quijote sus tristezas. Llamaron sus amigos al médico, tomóle el pulso, y no le contentó mucho, y dijo que por sí o por no, atendiése a la salud de su alma, porque la del cuerpo corría peligro. Oyólo Don Quijote con ánimo sosegado; pero no lo oyeron así su ama, su sobrina y su escudero, los cuales comenzaron a llorar tiernamente, como si ya le tuvieran muerto delante. Fué el parecer del médico que melancolías y desabrimientos le acababan. Rogó Don Quijote que le dejasen solo, porque quería dormir un poco. Hiciéronlo así, y durmió de un tirón (como dicen) más de seis horas, tanto que pensaron el Ama y la Sobrina que se había de quedar en el sueño. Despertó al cabo del tiempo dicho, y dando una gran voz, dijo:

—Bendito sea el poderoso Dios, que tanto bien me ha hecho. En fin, sus misericordias no tienen límite, ni las abrevian ni impiden los pecados de los hombres.

Estuvo atenta la sobrina a las razones del tío, y parecióle más concertadas que él solía decirlas, a lo menos en aquella enfermedad, y preguntóle:

—¿Qué es lo que vuesa merced dice, señor? ¿Tenemos algo de nuevo? ¿Qué misericordias son éstas o qué pecados de los hombres?

—Las misericordias—respondió Don Quijote—, Sobrina, son las que en este instante ha usado Dios conmigo, a quien, como dije, no las impiden mis pecados. Yo tengo juicio ya libre y claro, sin las sombras caliginosas de la ignorancia, que sobre él me pusieron mi amarga y continua leyenda de los detestables libros de las caballerías. Ya conozco sus disparates y sus embeletos, y no me pesa, sino que este desengaño ha llegado tan tarde, que no me deja tiempo para hacer alguna recompensa, leyendo otros que sean luz del alma. Yo me siento, Sobrina, a punto de muerte: querría hacerla de tal modo que diese a entender que no había sido mi vida tan mala, que dejase renombre de loco; que puesto que lo he sido, no querría confirmar esta verdad en mi muerte. Llámame, amiga, a mis buenos amigos el Cura, el Bachiller Sansón Carrasco, y a miase Nicolás el Barbero, que quiero confesarme y hacer mi testamento.

Pero deste trabajo se excusó la Sobrina con la entrada de los tres. Apenas los vió Don Quijote, cuando dijo:

—Dadme albricias, buenos señores, de que ya yo no soy Don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano (64) a quien mis costumbres me dieron renombre de bueno. Ya soy enemigo de Amadís de Gaula y de toda la infinita caterva de su linaje; ya me son odiosas todas las historias profanas de la andante caballería: ya conozco mi necedad, y el peligro en que me pusieron haberlas leído: ya por misericordia de Dios, escarmestado en cabeza propia, las abomino.

Cuando esto le oyeron decir los tres, creyeron sin duda que alguna nueva locura le había tomado. Y Sansón le dijo:

—Ahora, señor Don Quijote, que tenemos nueva que está desencantada la señora Dulcinea, sale vuesa merced con eso, y ahora que estamos tan a pique de ser pastores, para pasar cantando la vida como unos príncipes, quiere vuesa merced hacerse ermitaño. Calle por su vida, vuelva en sí, y déjese de cuentos.

—Los de hasta aquí,—replicó Don Quijote—que han sido

verdaderos en mi daño, los ha de volver mi muerte con ayuda del cielo en mi provecho. Yo, señores, siento que me voy muriendo a toda priesa, déjense burlas aparte, y tráiganme un confesor que me confiese, y un escribano que haga mi testamento, que en tales trances como éste no se ha de burlar el hombre con el alma: y así suplico que en tanto que el señor Cura me confiesa, vayan por el escribano.

Miráronse unos a otros, admirados de las razones de Don Quijote, y aunque en duda, le quisieron creer; y una de las señales por donde conjeturaron se moría, fué el haber vuelto con tanta facilidad de loco a cuerdo, porque a las ya dichas razones añadió otras muchas tan bien dichas, tan cristianas y con tanto acierto, que del todo les vino a quitar la duda, y a creer que estaba cuerdo. Hizo salir la gente el Cura, y quedóse solo con él y confesóle. El Bachiller fué por el escribano, y de allí a poco volvió con él y con Sancho Panza, el cual Sancho (que ya sabía por nuevas del Bachiller en qué estado estaba su señor, hallando a la Ama y a la Sobrina llorosas) comenzó a hacer pucheros y a derramar lágrimas. Acabóse la confesión, y salió el Cura, diciendo:

—Verdaderamente se muere y verdaderamente está cuerdo Alonso Quijano el Bueno: bien podemos entrar para que haga su testamento.

Estas nuevas diéron un terrible empujón a los ojos preñados de Ama y Sobrina y de Sancho Panza, su buen escudero, de tal manera, que les hizo reventar las lágrimas de los ojos, y mil profundos suspiros del pecho, porque verdaderamente (como alguna vez se ha dicho) en tanto que Don Quijote fué Alonso Quijano el Bueno a secas y en tanto que fué Don Quijote de la Mancha, fué siempre de apacible condición y de agradable trato, y por esto no sólo era bien querido de los de su casa, sino de todos cuantos le conocían. Entró el escribano con los demás, y después de haber hecho la cabeza del testamento, y ordenado su alma Don Quijote, con todas aquellas circunstancias cristianas que se requieren, llegando a las mandas, dijo:

—Item, es mi voluntad que ciertos dineros que Sancho Panza (a quien en mi locura hice mi escudero) tiene, que porque ha habido entre él y mí ciertas cuentas, y dares y tomares, quiero que no se le haga cargo dellos, ni se le pida cuenta alguna, sino que si sobrare alguno después de haberse pagado de

lo que le debo, el restante sea suyo, que será bien poco, y buen provecho le haga, y si como estando yo loco fuí parte para darle el gobierno de la ínsula, pudiera agora, estando cuerdo, darle el de un reino, se le diera, porque la sencillez de su condición y fidelidad de su trato lo merece. Y volviéndose a Sancho, le dijo: Perdóname, amigo, de la ocasión que te he dado de parecer loco como yo, haciéndote caer en el error en que yo he caído de que hubo y hay caballeros andantes en el mundo.

—¡Ay!,—respondió Sancho llorando—no se muera vuesa merced, señor mío, sino tome mi consejo, y viva muchos años: porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin más ni más, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía. Mire no sea perezoso, sino levántese desa cama, y vámonos al campo vestidos de pastores (como tenemos concertado): quizá tras de alguna mata hallaremos a la señora Dulcinea desencantada, que no haya más que ver. Si es que se muere de pesar de verse vencido, écheme a mí la culpa, diciendo que por haber yo cinchado mal a Rocinante le derribaron: cuanto más que vuesa merced habrá visto en sus libros de caballería ser cosa ordinaria derribarse unos caballeros a otros, y el que es vencido, ser vencedor mañana.

—Así es,—dijo Sansón—y el buen Sancho Panza está muy en la verdad destes casos.

—Señores,—dijo Don Quijote—vámonos poco a poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño: yo fuí loco, y ya soy cuerdo; fuí Don Quijote de la Mancha, y soy agora (como he dicho), Alonso Quijano el Bueno. Pueda con vuestras mercedes mi arrepentimiento y mi verdad volverme a la estimación que de mí se tenía, y prosiga adelante el señor escribano. Item mando toda mi hacienda a puerta cerrada a Antonia Quijana, mi sobrina, que está presente, habiendo sacado primero de lo más bien parado della lo que fuere menester para cumplir las mandas que dejo hechas; y la primera satisfacción que se haga quiero que sea pagar el salario que debo del tiempo que mi ama me ha servido, y más veinte ducados para un vestido. Dejo por mis albaceas al señor Cura y al señor Bachiller Sansón Carrasco, que están presentes. Item es mi voluntad que si Antonia Quijana mi sobrina quisiere casarse, se

case con hombre de quien primero se haya hecho información que no sabe qué cosas sean libros de caballerías; y en caso que se averiguare que lo sabe, y con todo eso mi sobrina quisiera casarse con él y se casare, pierda todo lo que le he mandado, lo cual puedan mis albaceas distribuir en obras pías a su voluntad. Item suplico a dichos señores mis albaceas que si la buena suerte les trajere a conocer al autor que dicen que compuso una historia que anda por ahí con el título de Segunda parte de las hazañas de Don Quijote de la Mancha, de mi parte le pidan, cuán encarecidamente ser pueda, perdone la ocasión que sin yo pensarlo le di de haber escrito tantos y tan grandes disparates como en ella escribe, porque parto desta vida con escrúpulo de haberle dado motivo para escribirlos. (65).

Cerró con esto el testamento, y tomándole un desmayo, se tendió de largo a largo en la cama. Alborotáronse todos, y acudieron a su remedio, y en tres días que vivió después deste donde hizo el testamento, se desmayaba muy a menudo. Andaba la casa alborotada; pero con todo comía la Sobrina, brindaba el Ama, y se regocijaba Sancho Panza; que esto del heredar algo, borra o templa en el heredero la memoria de la pena que es razón que deje el muerto. En fin, llegó el último de Don Quijote, después de recibidos todos los sacramentos, y después de haber abominado con muchas y eficaces razones de los libros de caballerías. Hallóse el escribano presente, y dijo que nunca había leído en ningún libro de caballerías que algún caballero andante hubiese muerto en su lecho tan sosegadamente y tan Cristiano como Don Quijote, el cual, entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron, dió su espíritu (quiero decir que se murió). Viendo lo cual el Cura, pidió al escribano le diese por testimonio cómo Alonso Quijano el Bueno, llamado comúnmente don Quijote de la Mancha, había pasado desta presente vida, y muerto naturalmente; y que el tal testimonio pedía para quitar la ocasión de que algún otro autor que Cide Hamete Benengeli le resucitase falsamente, y hiciese inacabables historias de sus hazañas. Este fin tuvo el ingenioso Hidalgo de la Mancha, cuyo lugar no quiso poner Cide Hamete puntualmente, por dejar que todas las villas y lugares de la Mancha contendiesen entre sí por ahijársele y tenersele por suyo, como contendieron las siete ciudades de Grecia

por Homero. Déjanse de poner aquí los llantos de Sancho, Sobrina y Ama de don Quijote, los nuevos epitafios de su sepultura, aunque Sansón Carrasco le puso éste:

*Yace aquí el Hidalgo fuerte,
que a tanto extremo llegó
de valiente, que se advierte
que la muerte no triunfó
de su vida con su muerte.*

*Tuvo a todo el mundo en poco;
fué el espantajo y el coco
del mundo en tal coyuntura,
que acreditó su ventura,
morir cuerdo y vivir loco.*

Y el prudentísimo Cide Hamete dijo a su pluma: Aquí quedará colgada desta espetera y deste hilo de alambre, ni sé si bien cortada o mal tajada, péñola mía, adonde vivirás luegros siglos, si presuntuosos y malandrines historiadores no te descuelgan para profanarte; pero antes que a ti lleguen les puedes advertir, y decirles en el mejor modo que pudieres: Tate, tate, folloncicos; de ninguno sea tocada, porque esta impresa, buen Rey, para mí estaba guardada.

Para mí sola nació Don Quijote, y yo para él: él supo obrar, y yo escribir; solos los dos somos para en uno, a despecho y pesar del escritor fingido y tordesillesco que se atrevió, o se ha de atrever, a escribir con pluma de avestruz grosera y mal deliñada las hazañas de mi valeroso Caballero, porque no es carga de sus hombros, ni asunto de su resfriado ingenio, a quien advertirás (si acaso llegas a conocerle) que deje reposar en la sepultura los cansados y ya podridos huesos de Don Quijote, y no le quiera llevar, contra todos los fueros de la muerte, a Castilla la Vieja, haciéndole salir de la fosa, donde real y verdaderamente yace tendido de largo a largo, imposibilitado de hacer tercera jornada y salida nueva: que para hacer burla de tantas como hicieron tantos andantes caballeros, bastan las dos que él hizo tan a gusto y beneplácito de las gentes, a cuya noticia llegaron, así en éstos como en los extraños reinos: y con esto cumplirás con tu Cristiana profesión, aconsejando bien

a quien mal te quiere, y yo quedaré satisfecho y ufano de haber sido el primero que gozó el fruto de sus escritos enteramente, como deseaba, pues no ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías, que por las de mi verdadero Don Quijote van ya tropezando, y han de caer del todo sin duda alguna. Vale. (66). (*Capítulo LXXIV*)

N O T A S

(1) *Alusiones a Lope de Vega.*

(2) ABSORTAR, verbo parecido a EXENTAR; dice Rodríguez Martín en su primera edición anotada del QUIJOTE. Cervantes lo empleó igualmente en el COLOQUIO DE LOS PERROS CIPION Y BERGANZA (NOVELAS EJEMPLARES).

(3) *Versos de Horacio.*

(4) *San Mateo, V.*

(5) *San Mateo, V.*

(6) *Esta alusión a las VIDAS PARALELAS de Plutarco, reviste especial interés, pues muestra la familiaridad de Cervantes con aquel insigne biógrafo. No fueron más reales, en el fondo, algunas de las biografías plutarquianas que la de Don Quijote, y, sin embargo, cuanto más grande y humana la vida del Hidalgo manchego...*

(7) *Juego de palabras en que alude al género llamado mezcla. Cervantes, en sus pobreza, se vestía con raja de mezcla.*

(8) EN UN LUGAR DE LA MANCHA. *¿En cuál, si Cervantes,*

por ventura, quiso aludir a alguno? Nada se sabe después de tres siglos y medio y acaso no se sabrá nunca. Bien que no hay necesidad alguna de saberlo, que el relato, en todo caso, se conserva más sabroso.

(9) Plauto: AULULARIA (acto III). (Nota del inglés Bowle; Londres, 1781).

(10) Cervantes puso a su héroe nombre relacionado con las armas caballerescas. Dice, a propósito, don Diego Clemencín: «Quijote es la parte de la armadura que cubría el muslo...».

(11) Menéndez y Pelayo considera probable que el autor tomase el nombre Dulcinea de Lofraso (ORÍGENES DE LA NOVELA, I).

Según una relación de los vecinos del Toboso, de 1577, ordenada por Felipe II, el nombre de esta villa de la Mancha venía de las tobas o piedras ligeras y esponjosas que en su territorio abundaban.

(12) En germanía, según anota Clemencín, «sano de Castilla» significa «ladrón disimulado».

(13) Cervantes traza un mapa picaresco de España, según observa agudamente Clemencín. Creo oportuno llamar la atención a este punto, pues, contra la opinión de muchos y doctos cervantistas, pienso que nuestro príncipe trató en su obra de la picaresca con mayor hondura—si bien con menos detalles—que cualquiera de los escritores españoles especializados en el género. Vale reconocer, como dejo en claro en mi HISTORIA DEL INGENIOSO HIDALGO DON MIGUEL DE CERVANTES, que la picaresca constituye sólo un elemento en la complejidad y vastedad de su obra.

(14) Arrimada, dice la edición príncipe: arrimadas lanza y yegua. Rodríguez y otros han puesto ARRENDADA y así se lee comúnmente.

(15) Miente pudiera ir en cursiva, o entre comillas, como lo pone Rodríguez. Don Quijote conceptúa desacato las palabras del labrador, quien se atreve a desmentir a otro en su presencia.

(16) *La primera salida de Don Quijote, que termina en el capítulo V, donde se trata de su regreso a la aldea y casa, tiene para mí encanto especial. Son páginas primaverales, con olor y color de alba, aun en medio de las malandanzas que comienzan para el caballero.*

A propósito de esta parte y de no poca de la primera, ha expresado Menéndez y Pelayo, estudiando el ENTREMÉS DE ROMANCES, atribuido a Cervantes por don Adolfo Castro y él, que en su texto «se halla el pensamiento fundamental del QUIJOTE, y hasta un bosquejo de la primera salida del ingenioso caballero de la Mancha». Trátase de un labrador, de nombre Bartolo, que se trastorna con la lectura continua del ROMANCERO GENERAL, llegando a creerse uno de los héroes famosos que ahí se cantan, con lo que, abandonando familia y hacienda, se parte para la guerra en compañía de un tal Bandurrio, que hace de escudero. Dejando de lado la atribución a Cervantes de dicho entremés, la verdad es que poco o nada hay en sus escenas que recuerde realmente al QUIJOTE, porque cuando se habla de semejanzas no puede perderse de vista la esencia, es decir, la sustancia, calidad y fondo de las cosas que se comparan.

Para Menéndez hay en la Primera Parte y, sobre todo, en la primera salida, un sentido paródico: «parodia continua y directa de los libros de caballería, de la cual poco a poco se fué emancipando Cervantes a medida que penetraba más y más en su espíritu la esencia poética indestructible que esos libros contenían, y que lograba albergarse, por fin, en un templo digno de ella. El héroe, que EN LOS PRIMEROS CAPÍTULOS NO ES MÁS QUE UN MONOMANÍACO, va desplegando poco a poco su riquísimo contenido moral...» etc. (CULTURA LITERARIA DE MIGUEL DE CERVANTES Y ELABORACIÓN DEL QUIJOTE).

No estoy de acuerdo con el ilustre escritor, ni puede creerse que la parodia—si de parodia pudiera hablarse respecto al QUIJOTE—sea elemento determinante en la primera salida. No hay tal. El héroe evoluciona, siguiendo un proceso orgánico perfectamente lógico, como ser vivo que es en realidad, eternamente vivo; pero de ahí a suponer cambios psicológicos fundamentales, que comiencen en parodia, va mucho trecho. Sin que Menéndez lo diga expresamente, ese elemento paródico inicial restaría valía a los primeros capítulos. Nada más inexacto, si tal conclusión sale de aquel juicio.

(17) *Clemencia, Menéndez y Pelayo y otros insignes cervantistas, conceptúan este pasaje, en que se condena a galeras al autor de TIRANTE EL BLANCO, como el más oscuro del QUIJOTE. No tiene, en realidad, la importancia que han querido suponerle, y es curioso que preocupen tanto cosas y palabras menores en un libro que está lleno en sí de maravillosa riqueza de misterio. Algo de lo último he procurado—no sé si con buena fortuna—desentrañar en mi Vida de Cervantes.*

(18) *Este capítulo del Escrutinio es uno de los más sabrosos de la Primera Parte y muestra, a todo ruedo, la amplitud del espíritu crítico de Cervantes. En el Tomo II de mis ENSAYOS, hay uno en que procuré imitarlo: DEL DONOSO ESCRUTINIO QUE DON QUIJOTE Y SANCHO HICIERON EN UNA BIBLIOTECA CHILENA.*

(19) *Pan de trastrigo: frase figurada y familiar, dice Rodríguez, que no está en el Diccionario de la Real Academia (como tantas otras que en él faltan, y no digo de nuestras Indias).*

Correas, en su VOCABULARIO DE REFRANES Y FRASES PROVERBIALES, apunta: «buscar ocasión de enojo con demastias imposibles».

(20) *Ducho.*

(21) *Cervantes, tal vez por descuido u olvido, llama a la mujer de Sancho Panza, en diferentes pasajes del QUIJOTE, con nombres diversos: Juana Gutiérrez, Mari Gutiérrez, Juana Panza y Teresa Panza o Cascajo. Estas variantes carecen de importancia.*

(22) *Briareo, el de los cien brazos, suele acudir a la imaginación de los poetas y escritores de Chile. Vicuña Mackenna le menciona y figura en varias partes de la obra de Rubén Darío, particularmente en su etapa chilena. (Véase nuestra ANTOLOGÍA CHILENA DE RUBÉN DARÍO).*

(23) *Acerca de la aventura de los molinos de viento, mucho podría decirse, pues es de las de mayor momento y sustancia en la vida pública de Don Quijote. Entraña grandísimo misterio espiritual y acaso guarda una de las claves para el estudio del Caballero, de Cervantes y del quijotismo.*

Unamuno, que tan admirable glosario quijotesco compuso en su VIDA DE DON QUIJOTE Y SANCHO y tan bien supo ver muchísimos aspectos hondos de la que constituye, a nuestro juicio, la Biblia Civil de España, no sacó a esta aventura la sustancia que era de esperar en él. Dice, sin embargo, en el capítulo respectivo de su libro: «Tenía razón el Caballero: el miedo y sólo el miedo le hacía a Sancho y nos hace a los demás simples mortales ver molinos de viento en los desafortunados gigantes que siembran mal por la tierra». Y en otra parte: «Claro está, amigo Sancho, claro está: sólo quien lleve en la cabeza molinos de los que muelen y hacen, con el bruto trigo que por los sentidos nos entra, harina de pan espiritual; sólo quien lleve molinos molideros puede arremeter a los otros, a los aparentes, a los desafortunados gigantes disfrazados de ellos».

Algo más, sin embargo, hay en el asunto.

(24) En el capítulo IX —DONDE SE CONCLUYE Y DA FIN A LA ESTUPENSA BATALLA QUE EL GALLARDO VIZCAÍNO Y EL VALIENTE MANCHEGO TUVIERON— se refiere la terminación del lance, en que Don Quijote resultó lastimado, que era su gaje habitual, y su adversario por tierra, deshecho y vencido. Estando a punto de rematarlo, si no se declaraba rendido, acudieron a su remedio las señoras del coche, mediante cuyas súplicas consintió el Caballero en perdonarle la vida, bajo promesa de presentarse ante Dulcinea, para que ella hiciese de él lo que más fuere de su voluntad.

Se habla, también, en este capítulo, de cómo el SEGUNDO AUTOR, o sea Cervantes, descubrió el manuscrito de la HISTORIA DE DON QUIJOTE, ESCRITA POR CIDE HAMETE BENENGELI, HISTORIADOR ARÁBIGO. En el cual manuscrito se menciona a Sancho con el nombre de Sancho Zancas, «y debía de ser que tenía, a lo que mostraba la pintura, la barriga grande, el talle corto y las zancas largas, y por esto se le debió de poner nombre de Panza y de Zancas; que con estos dos sobrenombres le llama algunas veces la historia».

Trata el capítulo X DE LOS GRACIOSOS RAZONAMIENTOS QUE PASARON ENTRE DON QUIJOTE Y SANCHO PANZA, SU ESCUDERO.

En los capítulos XI, XII, XIII y XIV se trata de lo que ocurrió al Hidalgo Manchego con unos cabreros, con el cuento

de la pastora Marcela y los versos del malaventurado Crisóstomo. Fué ante ese rústico senado de los cabreros, más digno de los que comúnmente se conocen y cotizan en el mundo, donde pronunció Don Quijote su discurso famosísimo de la Edad de Oro, que merece ciertamente sitio en esta Antología, aunque diga Unamuno que la arenga tiene poco que desentrañar, en lo cual anda algo errado. Nosotros la glosamos en un capítulo de nuestra Historia de Cervantes.

Sigue después la aventura de los desalmados yangüeses, que fué de descalabro. (Capítulo XV).

(25) Sigue, en el capítulo siguiente (XVII), tratándose de LOS INNUMERABLES TRABAJOS QUE EL BRAVO DON QUIJOTE Y SU BUEN ESCUDERO SANCHO PANZA PASARON EN LA VENTA QUE, POR SU MAL, PENSÓ QUE ERA CASTILLO, donde el Caballero narra, como soñado, el triste lance que en la noche precedente le ocurriera en la venta-castillo, obra de nigromantes y enemigos, con el asunto del moro encantado y del bálsamo, y el deplorable resultado que tuvo en la experiencia de Sancho; a lo que, en el no vagar de desventuras, vino a sumarse el manteamiento a manos de rústicos jayanes, los cuales «aunque don Quijote fuera verdaderamente de los caballeros andantes de la Tabla Redonda, no le estimaran en dos ardites».

En el capítulo XVIII se refieren las razones que pasó Sancho con Don Quijote, su señor, y la extraordinaria aventura de la batalla entre los ejércitos del valeroso emperador Pentapolin del Arremangado Brazo y su enemigo Alifanfarrón de Trapobana, batalla en la que intervino el de la Mancha, saliendo, si no vencido de encantadores, al menos maltratado de jayanes. Este capítulo merecería, también, honores antológicos, pero ¿cómo hacer entrar tanta maravilla en marco tan exiguo?

El XIX trata del encuentro con un cuerpo muerto, que hubieron de camino, aventura sin duda inspirada por la del cuerpo del místico San Juan de la Cruz; punto que examinamos en un capítulo de nuestro CERVANTES. Fué aquí, a raíz del diálogo con el bachiller Alonso López, donde ocurrió a Sancho la inspiración de bautizar a su amo con el nombre de Caballero de la Triste Figura.

En el capítulo XX se narra el suceso de los batanes y en el XXI «la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino», que fué cosa de sustancia.

(26) Ciento de azotes.

(27) años: tres años, dice Rodríguez, que **PRECISAMENTE** debía padecer en galeras.

(28) CANARIO, el que confesaba el delito cometido, con o sin tormento (expresión de germanía).

(29) Las ACOSTUMBRADAS, por calles acostumbradas (expresión de germanía).

(30) VAIS, uso anticuado de VAYÁIS.

(31) En los capítulos XXIII, XXIV, XXV y XXVI se narran las donosas aventuras ocurridas a Don Quijote en Sierra Morena, cuando fué a hacer penitencia, con el robo del Rucio, el encuentro del librillo de los amores de Cardenio, Caballero de la Sierra, con la bella Luscinda, la entrevista que con él tuvo el Hidalgo y relato de sus tristezas; siguiéndose la carta dictada a Sancho para Dulcinea, que empieza: «El ferido de punta de ausencia...», etcétera, y las finezas que de enamorado hizo en su retiro.

Trata el capítulo XXVII de los ardidés empleados por el Cura y el Barbero para dar cuenta de Don Quijote, poniendo coto a sus aventuras, con la carta de Luscinda al enamorado Cardenio y lo demás de esa historia. En el siguiente ocurre el encuentro del Cura y Maese Nicolás, en la sierra, con Dorotea, con el cuento de sus amores.

En el capítulo XXIX, Dorotea se convierte en la Princesa Micomicona, señora del reino de Micomición, y todos juntos y disfrazados, con Sancho en medio, se dirigen en busca de Don Quijote, quien promete reparar los agravios de la Princesa, restituyéndole su perdido trono.

En el capítulo XXX, la discreta Dorotea narra la fingida historia de la Micomicona y del bellaco Pandafilando, con otras graciosas ocurrencias. Aquí es donde el Caballero dice, a propósito de Dulcinea, aquello tan hondo: «Ella pelea en mí, y vence en mí, y yo vivo y respiro en ella, y tengo vida y ser».

Los capítulos que siguen tratan de las ocurrencias habidas en la venta a la cuadrilla de Don Quijote, con nuevas y sabrosas pláticas del Hidalgo y su escudero. En el XXXIII, el XXXIV y

el XXXV se refiere la Novela del Curioso Impertinente, intercalándose en este último la donosa batalla del Caballero con unos cueros de vino tinto. La del Curioso debe tenerse por novela ejemplar y de las mejores.

Conviene recordar que en sus glosas al capítulo XXXII, (sin darse cuenta de que incide en el pensamiento de Bolívar, que algún motivo tenía para intuirlo), Unamuno dice: «Para consuelo y corroboración de las gentes sencillas y de buena fe espero, con la ayuda de Dios, escribir un libro en que se pruebe con buenas razones y con mejores y muy numerosas autoridades—que es lo que en ésto vale—como Don Quijote y Sancho existieron real y verdaderamente, y pasó todo cuanto se nos cuenta de ellos, tal y como se nos cuenta».

El capítulo XXXVI sigue tratando de los amores de la gente de la cuadrilla: Fernando, Dorotea, Luscinda, Cardenio. En el XXXVII continúa la historia de la infanta Micomicona y viene el suceso del Cautivo y de la mora Zoraida, cristianizada con el nombre de María.

(32) En este párrafo sobre las acciones de guerra en el mar, hay evidente alusión a los propios sufrimientos experimentados en Lepanto y en sus campañas militares.

(33) Los capítulos XXXIX, XL y XLI están dedicados a la historia del Cautivo.

En el XLII aparece el Oidor, que resultó ser hermano del Cautivo. El que sigue trata de la agradable historia del mozo de mulas, que era el joven Luis, enamorado de Clara, hija del Oidor. Aquí ocurre a Don Quijote el desastrado lance de la mano encantada, que fué burla tontísima de Maritornes, pues hasta tan tristes y arrastradas criaturas se atrevían con el Caballero; donde por admirable manera se ve como el Ideal y las fuerzas superiores del Espíritu se ven de continuo atacados por la confabulación de los seres inferiores, espiritualmente inferiores, a la cual concurren duques, gañanes, ginesillos, venteros y maritornes, capitaneados por la calaña de Sansón Carrasco, cuando algo, que no mucho, se sube en la escala intelectual. (¡Y cuántos intelectuales hay por ahí que no pican más arriba de Maritornes!).

En el capítulo XLIV se cuentan diversos lances venteriles, con el asunto del yelmo de Mambrino, transformado en baciyelmo, que a tanto se atrevió la malicia de Sancho; lo que se acaba de

averiguar en el capítulo XLV, con la pendencia de Don Quijote y los de la Santa Hermandad, que fué batalla general entre los huéspedes de la venta-castillo. No creían que la bacía era yelmo, aun cuando lo era realmente (ni el buen Sancho, que transó en el baciyelmo, como cualquier político menguado hubiera hecho). No creían, ni aun creyendo lo confesarán, por miedo del ridículo y de la ajena opinión que nos entraba en todo y por todo (la despreciamos, sabemos que generalmente es estúpida, pero nos entraba).

En el capítulo XLVI tiene su término la sociedad de la cuadrilla que acompañaba a Don Quijote, con las trazas de su encantamiento, combinado por el Cura y el Barbero, quienes, de concierto con un carretero de bueyes que acertara a pasar por la venta, le metieron dormido en una jaula de palos.

Los capítulos XLVII, XLVIII, XLIX, L, LI y LII tratan del regreso del Ingenioso Hidalgo a su aldea.

(34) Las alusiones, contenidas en el Prólogo de la Segunda Parte, al autor «que dicen que se engendró en Tordesillas y nació en Tarragona» y cuyo verdadero nombre probablemente no se conocerá nunca, llevan al punto de la estimación literaria del FALSO QUIJOTE, llamado de Avellaneda. Dicen casi todos los cervantistas que es obra mala y no nada valiosa, en lo que andan errados. Cuando lo leí, en edad escolar, antes de poder ahondar en el Hidalgo, tarea sólo posible en la madurez del dolor de la vida, lo encontré asaz entretenido, aun cuando sean lunares las muchas chabacanerías de que adolece. Hoy pienso que, aun cuando situado a distancia infinita del QUIJOTE verdadero, puede y debe tenersele por libro interesantísimo; sobre el cual refluye y refluirá siempre algo de la lumbre solar de Cervantes.

Se contienen en el Prólogo, también, algunas saetas para Lope de Vega, en quien admira la ocupación continua y virtuosa, que era, por entonces, algo parecida a la del anciano de venerables barbas que iba en la sarta de los galeotes liberados. Sobre la enemistad que hubo entre Don Miguel y el ilustre autor de LA ESTRELLA DE SEVILLA, algo se dice en mi Vida del Hidalgo Cervantes. A ella remitiría al lector, si no lo hubiese remitido más veces de las necesarias.

(35) De barba roja o bermeja.

(36) ENTREGO, dice la edición príncipe, y no ENTREGA. Así se decía en el Siglo de Oro.

(37) Ariosto, ORLANDO FURIOSO, canto XXX.

(38) Alusión benévola (por más que los eruditos quieran buscarle sus puntos de ironía) a Lope de Vega, quien en 1602 había dado a la estampa su poema LA HERMOSURA DE ANGÉLICA. Esta alusión permite ver, entre otros millares de pruebas, la bondad ingénita de Cervantes y su espíritu de justicia. Si alguna vez se le atufaron las barbas no fué ciertamente de no provocado.

(39) El capítulo II trata de la notable pendencia que Sancho tuvo con la Sobrina y el Ama, y el III del gracioso coloquio entre Don Quijote, Sancho y el Bachiller Sansón Carrasco; tema que se prosigue en el capítulo IV, donde conferencian el escudero y el bachiller.

Siguen las pláticas en el capítulo V, narrándose la que hubo entre Sancho y su mujer, y en el VI, la que tuvieron Don Quijote, la Sobrina y el Ama. Es en este último donde el Caballero habla de los linajes de grandeza, con la afirmación heroica de su vocación: «Yo tengo más armas que letras...», etc.

El capítulo VII (diálogo entre el Manchego y Sancho) contiene la afirmación quijotesca de Sancho, quien, a vuelta de dudas y tanteos (¡esas ínsulas que siempre nos andan hormigueando, por más que de antemano sepamos cómo ha de irnos en ellas!), se resuelve definitivamente a seguir la senda de Don Quijote. Ahí es donde dice, humilde: «si me he puesto en cuentas de tanto más cuanto acerca de mi salario, ha sido por complacer a mi mujer...».

Viene luego la iniciación de la tercera salida (capítulo VIII), cuyos primeros pasos se encaminan en busca de Dulcinea. Por ahí dice Sancho: «Muchos son los andantes». Y responde Don Quijote: «Muchos, pero pocos los que merecen nombre de caballeros».

Cuéntase en el capítulo IX la llegada al Toboso, en busca del palacio de Dulcinea, y la comisión que dió Don Quijote a Sancho.

(40) si os huele; es decir, si columbra vuestra intención (Rodríguez Martín).

(41) A propósito de la forma poética que sobreabunda en el

QUIJOTE, viene a cuento esta versificación del texto, que pone en una de sus notas el señor Rodríguez Marín:

«... que la fortuna, de mi mal no harta,
tiene tomados los caminos todos
por donde venir pueda
algún contento a esta ánima mezquina...».

(42) Sigue la aventura del carro de las Cortes de la Muerte (Cap. XI) y luego la del Caballero de los Espejos, con la victoria de Don Quijote, que triunfa gloriosamente de sus verdaderos y encubiertos enemigos; tan encubiertos que ni ellos mismos sabían que lo eran, como realmente lo eran (capítulos XII, XIII, XIV y XV). En el siguiente, comentando el vencimiento del Bachiller Sansón Carrasco, que para el Hidalgo seguía siendo el de los Espejos, es donde Sancho dice: «Dios sabe la verdad de todo».

En el capítulo XVI se produce el encuentro con el Caballero del Verde Gabán, con quien continúa camino, y el XVII contiene la admirable aventura de los leones (digna de antología), en la cual conquistó el nombre de Caballero de los Leones. Fué él mismo quien se rebautizó en esta ocasión: «Pues si acaso su Magestad—dijo al leonero boquiabierto—pregunta quien la hizo, diréisle que el Caballero de los Leones; que de aquí adelante quiero que en este se trueque, cambie, vuelva y mude el que hasta aquí he tenido de el Caballero de la Triste Figura; y en esto sigo la antigua usanza de los andantes caballeros, que se mudaban los nombres cuando querían, o cuando les venía a cuento».

El capítulo XVIII refiere lo que sucedió al Hidalgo en el castillo o casa de don Diego Miranda, que tal era el nombre del Caballero del Verde Gabán, con los versos de su hijo, compuestos como por mano de Cervantes.

Cuéntase en el que sigue (XIX) la aventura de Basilio, el pastor enamorado de Quiteria; y de cómo el padre de la niña discurrió, para alejarla de aquél, dar su mano al rico Camacho, bodas a las cuales concurren amo y escudero a invitación de un estudiante pardal. (Creo que pocos, si alguno, ha notado la mucha simpatía que Cervantes tenía por el mundillo estudiantil. Estudiante y pardal, por sus hábitos, era aquél mozo, admirador suyo, que le dió acaso su postrera alegría terrena cuando le

a compañía, camino adelante, de regreso de Esquivias, según se refiere en el Prólogo de PERSILES).

(43) SOLAS, dice la edición príncipe, y TODAS, las posteriores al Siglo de Oro. Hay que atenerse al texto impreso original.

(44) Sigue tratándose de las bodas de Camacho en el capítulo XXI, con la artimaña empleada por Basilio para casarse con Quiteria, a cuyo propósito fingió herirse de muerte con una máquina que trata preparada; pidió bendiciones en artículo extremo, consintió Camacho, hízose la boda, descubrióse el artificio y al fin todo terminó bien, con la oportuna intervención del Caballero.

Tratan los capítulos XXII y XXIII de la grande aventura de la Cueva de Montesinos, que fué de mucha sustancia quijotesca. En el XXII aparece el discreto diálogo entre el Caballero y Basilio, acerca de las partes que ha de tener la mujer con quien cada cual debiera casarse, siendo la primera tener buena fama antes que rica hacienda. En cuanto a él, confiesa no ser casado, «ni hasta agora me ha venido en pensamiento serlo». De lo que vio en la cueva algo hemos dicho en la Historia de Cervantes.

En el capítulo XXIV está el encuentro con el paje y el discurso sobre la mejor manera de morir, que es la repentina e impensada; en el XXV la aventura del rebuzno y la graciosa del titiritero, con las adivinanzas del mono, y en el XXVI la gran batalla que hubo Don Quijote en defensa de don Gaiferos y de la hermosa Melisendra, perseguidos por el rey moro Marsilio de Sansueña, batalla concluída en detrimento de los monigotes de maese Pedro, a quien debieron haber reconocido por su tufo de bellaquería. El capítulo XXVII contiene el desenlace del diferendo alcaldicio.

«No rebuznaron en balde
el uno y el otro alcalde».

En el capítulo que sigue (XXVIII) Sancho discurre donosamente, según su inveterada costumbre y discreto empeño, que nunca le acabaremos de agradecer: «yo confieso que para ser del todo asno no me falta más de la cola; si vuesa merced quiere ponerme la, yo la daré por bien puesta, y le serviré como jumento todos los días que me quedan de mi vida».

(45) *A propósito de esta admirable aventura del barco encantado, digo en mi HISTORIA DEL INGENIOSO HIDALGO DON MIGUEL DE CERVANTES (Cap. XXIII): Vieron un barco sin remos ni jarcias que a un árbol estaba atado y Don Quijote sintió el llamado del mar. «Has de saber, Sancho, que este barco me está llamando...». Y entró a él con Panza, desatando la cuerda y dejándose ir por las encantadas aguas. Así, un día, otro hidalgo de hazaña se había lanzado en barquichuelos como cáscaras de nuez por otros mares que parecían llevar al fin y extremo del mundo, y si aquel hidalgo en aquella aventura descubrió las Nuevas Indias, ¿qué tanto pudiese él acometer empresa que dejase por oscura la suya? El misterio de este asunto es infinito. En esas naves que convidan, en esas aventuras y andanzas donde todo sacrificio y peligro parecen tener su asiento, está el secreto del eterno progreso del hombre. ¡Adelante, siempre adelante en esas embarcaciones que convidan!*

(46) *Comienzan las aventuras del castillo ducal, con el encuentro de la bella cazadora, que era la Duquesa, y la llegada de Don Quijote y Sancho al palacio de aquellos magnates, que por sus puntos de burla mostraron como allá se iban, en achaques de hidalguía, con los venteros.*

En el capítulo XXXII se habla de las sandeces que un eclesiástico palurdo, de los que no merecen sotana, dijo al Caballero, sentados a la mesa del Duque y acaso con su secreto contentamiento, que para él todo el negocio estribaba en divertirse.

(47) *Prosigue en los capítulos siguientes el relato de la estada de Don Quijote en el palacio ducal, con las burlas tontas que inventaban para entretener sus ocios los dueños de casa, y la historia del desencanto de Dulcinea.*

Síguese (capítulos XXXVI a XL) la aventura de la Dueña Dolorida, alias condesa Trifaldi.

(48) *Dice don Francisco Rodríguez Martín, a propósito de esta figura, poco clara para el lector común: «Alude a la ostentosa rueda que hace el pavón o pavo real abriendo su cola, la cual le llena de orgullo; mas luego, mirándose a los pies, que son muy feos, la deshace, lleno entonces de confusión y desengaño».*

(49) *El sentido de esta frase, que ha motivado interpretacio-*

nes diversas a diversos anotadores de lustre (Clemencín, Hartzembusch, Benjumea, Cortéjon y otros), viene a ser, como observa atinadamente el señor Rodríguez: no hay para qué tener envidia a quienes tienen hechos principescos y señoriles.

(50) *adquirir es adquirir.*

(51) *popar es despreciar; calañar, castigar. La frase, en moderno, sería: «No, sino desprécienme y castiguenme.*

(52) *Estas dos tandas de consejos, dadas por Don Quijote, no sólo a Sancho, sino a todos los hombres que tuvieran gobiernos y cura de almas, contienen la suma y compendio del arte político. Vienen bien a repúblicas y monarquías, son útiles a las democracias e indispensables a las aristocracias. Acaso el no ignorar la conveniencia de algunos de sus preceptos—lo eterno humano, vale decir—sea uno de los factores que puedan contribuir a la derrota final de los totalitarismos (aun el de los más sanos y mejor intencionados) en el gobierno del mundo... A los capítulos de consejos hay que agregar la carta que envió el Caballero al señor de Barataria, complemento admirable de la serie.*

(53) *Siguese la partida de Sancho para el gobierno de la Insula y el enamoramiento de Altisidora (capítulo XLIV).*

(54) *Los eruditos no pararon hasta encontrar el origen de los casos juzgados por Sancho. De alguna parte, naturalmente, debió sacarlos Cervantes, si no de lecturas olvidadas, de la diaria charla del teatro del mundo, en que fuera actor y maestro sumo. Acúdeme el recuerdo de las opiniones de Goethe sobre el derecho que tiene todo escritor a buscar elementos en el acervo común, sin otra obligación que la de hacer bien lo que hace. En las CONVERSACIONES con Eckermann he leído que Byron aprovechó su FAUSTO y que él mismo tuvo ocasión de utilizar una canción de Shakespeare.*

(55) *En el capítulo XLVI se sigue tratando de la indiscreta Altisidora y se refiere el «temeroso espanto cencerril y gatuno» que recibió el Caballero. Don Quijote, Don Quijote, ¿pensabais tocar en casa de los duques el extremo de toda paciencia?*

(56) Esta nueva alusión a la Universidad de Osuna, indica que Don Miguel recibió alguna o algunas veces picotazos de semi sabios o semi letrados, que suelen no faltar en las casas de cultura.

(57) SERVIRLA, corrigen Hartzembusch, Rodríguez y otros.

(58) En el capítulo XLVIII trátase de la visita de Doña Rodríguez, dueña de la Duquesa, a Don Quijote, con el relato de sus cuitas. En el XLIX torna el autor al gobierno de Sancho, con el relato sabrosísimo de lo que ocurrió al Gobernador rondando su Insula. El capítulo L refiere quiénes fueron los encantadores y verdugos que azotaron a la dueña y arañaron al Hidalgo, con la ida del paje que llevó la carta a Teresa Panza.

(59) A propósito de lo que dice Sancho de SI SUPIERA FIRMAR cuando ya había expresado en dos ocasiones que sabía hacerlo, viene a pelo, acudiendo al sabio tribunal sanchesco, condenar a su tanda de azotes a todos los eruditos que andan a caza de contradicciones, erratas y repeticiones en el QUIJOTE. Tontísimo empeño el de buscar lunares al libro del Hidalgo, pues que, de haberlos, sólo contribuirían a su mayor belleza. ¿Acaso pretenden los señores examinadores que todo sea absolutamente perfecto?

(60) Sigue la aventura de la segunda dueña Dolorida, o Angustiada, doña Rodríguez, con la sabrosa carta de Teresa Panza a la Duquesa (Cap. LI). Luego, en el LIII, viene el fatigado fin y remate que tuvo el gobierno de Sancho, que «pensar que en esta vida las cosas della han de durar siempre en un estado es pensar en lo escusado», como dice Cide Hamete, agregando filosóficamente: «sólo la vida humana corre a su fin ligera más que el viento, sin esperar renovarse si no en la otra, que no tiene términos que la limiten». Más tarde y con no menor sabiduría, el propio Sancho dijo a Ricote, cuando le preguntó qué había ganado en el gobierno: «—He ganado el haber conocido que no soy bueno para gobernar». Esa confesión sólo podía brotar del lúcido ingenio de Sancho, que ninguno otro lo hiciera, ni aun la mayoría de los reyes y presidentes en artículo último, pues no siempre suele haber sinceridad en los actores que terminan la comedia, ni aun con las prisas y los miedos de la muerte, que es muy espesa y dura la sustancia de que está hecha nuestra vanidad.

El capítulo LIV trata del encuentro de Sancho con Ricote

el morisco, donde hubo comistrajo y botas de buen trasiego, epilogado a poco con la caída de Sancho y el Rucio en honda y escu-rísima sima, de la cual hubo de sacarlo más adelante Don Quijote, cuyos pasos coincidieron con las lamentaciones de los caídos. En el LVI se narra la descomunal batalla que pasó entre el Caballero y el lacayo Tosilos, en defensa de la hija de doña Rodríguez, con la cual puso fin a la ya larga estada en el castillo de los duques.

En los capítulos siguientes «menudearon sobre Don Quijote aventuras tantas, que no se daban vagar unas a otras». Camino de Zaragoza, vino el encuentro de los que llevaban imágenes, y luego el de las zagalás y pastorcicos que formaban una nueva Arcadia, en cuyo regocijo participaron los andantes.

Más adelante, en una venta que ya no era castillo—pues con la proximidad del fin y desenlace la realidad heroica y el hondón espiritual iban cediendo a la vaguedad de sombra que el hombre considera como realidad—toparon con don Juan y don Gerónimo (Cap. LIX) y otro día, yendo a Barcelona, cayeron en manos del famoso Roque Guinart, caballero de campo atravesado (que de éstos suele haberlos más cabales y dignos que los que habitualmente medran en la sociedad humana, y no haya distingos de democracias y no democracias, que a la postre todo es Popayán). Siguióse la entrada a la principalía catalana, con el asunto de la cabeza encantada y las visitas a una imprenta y a las galeras, donde la chusma le saludó gritando tres veces hu, hu, hu. Sobrevino después la nueva aventura de la morisca y, finalmente, la más triste de cuantas le ocurrieran en su vida.

El capítulo LXIV refiere ese lance dolorosísimo con el mentido Caballero de la Blanca Luna, que no era caballero ni tenía luna. Batióse con él Don Quijote, por defender su dama, es decir el Ideal, y cayó vencido en la marina de Barcelona, porque cuando luchamos por el Ideal con frecuencia caemos aparentemente vencidos. Fué en esta ocasión cuando tuvo el Hidalgo uno de los arranques más heroicos de su heroica vida. Requerido por su vencedor aparental, dijo con voz que era espíritu, o sustancia de espíritu: «Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad: aprieta, caballero, la lanza y quitame la vida, pues me haz quitado la honra». No sabía Don Quijote que la honra era ya suya por siempre.

(61) «género de instrumento músico, que se tañe con la boca, en forma de chirimía». (Covarrubias).

(62) Cuchar, se decía en los tiempos de Cervantes. Con razón estima Rodríguez Martín que el plural es CUCHARES y no CUCHARAS como se pone en el común de los textos.

(63) Viene, en el capítulo LXVIII, la primera noche pastoril, a la lumbre de las estrellas, con la declaración de Don Quijote de sus nuevas esperanzas de caballería, algo tibias; y allí es donde dijo: POST TENEBRAS SPERO LUCEM, lema de su escudo (y es maravilla que no lo advierta y cacaree el excelente señor Rodríguez). Allí, también, hizo Sancho su tan sazónada descripción del sueño. Ocurrió luego la aventura cerdosa, y la copla quijotesca:

Amor, cuando yo pienso...

Y como el tiempo iba de perros, acontecióle lo peor que podía acontecerle: ir a parar de nuevo, mal de su grado, a casa de los duques, donde estos señores, no contentos de las muchas que ya le habían hecho (y no todas livianas), le tenían preparada nueva burla. De esta última fué víctima principal Sancho. Dijo Cervantes, por boca de Cide Hamete, que estaban los duques a dos dedos de parecer tontos. Y así era la verdad.

Pasaron una última noche en el castillo-venta, y, de mañana, Altisidora, que había ido a verle en su alcoba, habló a Don Quijote de diablos guarnecidos con puntas de randas flamencas, que se entretenían en el Infierno, donde ella los viera (segundo y más grave escrutinio). «Dijo un diablo a otro: Mirad qué libro es éste, y el diablo le respondió: Esta es la segunda parte de la historia de don Quijote de la Mancha, no compuesta por Cide Hamete, su primer autor, sino por un Aragonés, que él dice ser natural de Tordecillas. Quitádmeme de ahí, respondió el otro diablo, y metedle en los abismos del infierno, no le vean más mis ojos. ¿Tan malo es? respondió el otro. Tan malo, replicó el primero, que si de propósito yo mismo me pusiera a hacerlo peor, no acertara». Agregó Don Quijote, de su cuenta: «no hay otro yo en el mundo, y ya esta Historia anda por acá de mano en mano, pero no para en ninguna: porque todos la dan del pie».

Pasaron otra noche entre unos amenos árboles (capítulo LXXI), dando ocasión a los azotes del desencanto, que fué con su qué de socarronería sanchesca, porque aun las mejores cosas andan en este mundo mezcladas de malas partes.

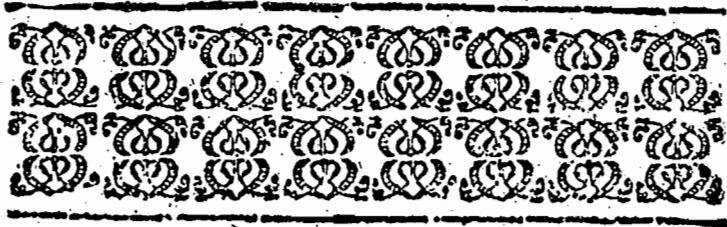
Camino adelante, dieron con don Alvaro Tarfe (Cap. LXXII) y luego, al entrar a la aldea, se hicieron presentes algunos agüeros que el Hidalgo tuvo por malos. A la vista del terruño, fué cuando Sancho pronunció aquello «Deseada patria», recibe a «tu hijo Don Quijote, que si viene vencido de los brazos ajenos, viene vencedor de sí mismo, que, según él me ha dicho, es el mejor vencimiento que desearse puede».

(64) Don Quijote, según anota Rodríguez, se da a sí mismo el apellido de Quijano. En otras partes del texto de su vida se le dan los de Quejana, Quesada, Quijada y Quijana.

(65) Cervantes, con sutilísima ironía, lanza en contra del escritor fingido y tordisillesco el más agudo de sus dardos.

(66) ¿Se burlaba Don Miguel del público de su tiempo al decir: «no ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías»? Si pudo este pensamiento entrar en mucha o poca parte entre sus designios, al comenzar a redactar su novela impar —el POEMA DE DON QUIJOTE, le llama razonablemente Nicolai, que poema es y máximo: poesía suma—, es indudable que pasó a lugar muy subalterno no bien el Caballero salió segunda vez por los campos de Montiel. Y no hay que decir por dónde subían las intenciones después de la aventura de los Molinos, y la liberación de los galeotes, y el barco encantado, y la venida de Clavileño. Digo yo en mi HISTORIA DEL INGENIOSO HIDALGO DON MIGUEL DE CERVANTES (capítulo XXVII), y perdóneseme esta última cita porque el propio tema lleva de la nariz a cada loco: El QUIJOTE es el espejo de hombres futuros, del hombre en que lo ideal deje de ser aspiración para concretarse en forma de vida. No sólo en norma, sino en forma; es decir, en función vital. El hombre conoce su imperfección, sabe que por un lado van las aspiraciones, las normas de lo que puede ser el recto sendero, el camino que a toda perfección conduce, y por otro los modos corrientes de vida, aquello que determina la flaca naturaleza. El hombre conoce su imperfección, digo, y por eso admira en su esencia

moral al Hidalgo, y de ella se cautiva. Espejo es el QUIJOTE de hombres que un día serán, de hombres cuya perfección adivinamos a través del ingenio de Cervantes; prefiguración de lo que debe ser nuestra especie. Cervantes supo, porque es lo propio del genio asomarse por encima del arco del tiempo. Supo y de ese saber, de ese prefigurar, de ese querer, Don Quijote brotó como una flor de milagro. Brotó para ser semilla.



NOVELA
del Licenciado Vi-
driera

RASSEANDOSE Dos Caualleros es-
rudiantes por las riberas de Tormes, ha-
llaron en ellas debaxo de vn arbol dur-
miendo a vn muchacho de hasta edad
de onze años, vestido como labrador,
mandaron a vn criado, que se despertaf-
se despertó, y preguntaronle de adonde era, y que hazia
dur-

Novelas exemplares de

durmiendo en aquella soledad? A lo qual el muchacho respondió, que el nombre de su tierra se le auia olvidado, y que yua a la ciudad de Salamãca a buscar vn amo, a quien seruir, por solo que le diese estudio. Preguntaronle, si sabia leer? respondió, que si, y escriuir tambien. Dessa manera, dixo vno de los Caualleros, no es por falta de memoria auerfete olvidado el nombre de tu patria. Sea por lo que fuere, respondió el muchacho, que ni el della, ni del de mis padres sabrà ninguno, hasta que yo pueda honrarlos a ellos, y a ella. Pues de que suerte los piensas honrar? preguntò el otro Cauallero. Cõ mis estudios, respondió el muchacho, siendo famoso por ellos: porque yo he oydo dezir, que de los hombres se hazen los Obispos. Esta respuesta mouio a los dos Caualleros, a que le recibiesen, y lleuassen consigo, como lo hizieron, dandole estudio dela manera que se vsa dar en aquella Vniuersidad a los criados, que sirven. Dixo el muchacho, que se llamaua Tomas Rodaja, de donde infirieron sus amos por el nombre, y por el vestido, que deuia de ser hijo de algun labrador pobre. A pocos dias le vistierõ de negro, y a pocas semanas dio Tomas muestras de tener raro ingenio, sirviendo a sus amos con tanta fidelidad, puntualidad, y diligencia, que con no faltar vn punto a sus estudios, parecia, que solo se ocupaua en seruirlos. Y como el buen seruir del sieruo mueue la voluntad del señor a tratarle bien, ya Tomas Rodaja no era criado de sus amos, sino su compañero. Finalmente en ocho años que estuuò con ellos, se hizo tan famoso en la Vniuersidad por su buen ingenio, y notable habilidad, que de todo genero de gentes era estimado, y querido. Su principal estudio fue de leyes: pero en lo que mas se mostraua, era en letras humanas: y tenia tan feliz memoria, que era cosa de espanto: è ilustrauala tanto con su buen entendimiento, que no era menos famo

fo por el que por ella. Sucedió, que se llego el tiempo, q̄ sus amos acabarō sus estudios, y se fuerō a su lugar, q̄ era vna de las mejores ciudades de la Andaluzia, Lleuarōse consigo a Tomas, y estuuocō ellos algunos dias: pero como le fatigassen los desseos de boluer a sus estudios, y à Salamanca (que enhechiza la voluntad de boluer a ella a todos los que de la apazibilidad de su viuienda han gustado) pidio a sus amos licencia, para boluerse. Ellos cortesés, y liberales se la dieron, acomodandole de suerte, que con lo que le dferon, se pudiera sustentar tres años. Despidiose dellos, mostrādo en sus palabras su agradecimēto, y salio de Malaga (q̄ esta era la patria de sus señores) y al baxar de la cuesta de la Zābra, camino de Antequera se topò con vn gentilhōbre a cauallo, vestido vizarramente de camlino, con dos criados tambien a cauallo. Iuntose con él, y supo como lleuaua su mismo viage: hizierō camarada, de partiēdo de diuersas cosas, y a pocos lances dio Tomas muestras de su raro ingenio, y el Cauallero las dio de su vizarría, y cortesano trato: y dixo, que era Capitan de Infanteria por su Magestad, y que su Alferéz estaua haziendo la compañía en tierra de Salamanca. Alabò la vida de la soldadesca: pintole muy al viuo la belleza de la ciudad de Napoles, las holguras de Palermo, la abundancia de Milan, los festines de Lombardia, las esplendidas comidas de las hosterías: dibuxole dulce, y puntualmēte el: Aconcha patron, pafsa acà Manígoldo, venga la macarela, lí polastrí, è lí macaroni. Puso las alabanças en el cielo de la vida libre del soldado, y de la libertad de Italia. Pero no le dixo nada del frio de las cētmelas, del peligro de los assaltos, del espanto de las batallas, de la hambre de los cercos, de la ruyna de las minas, con otras cosas deste jaez, que algunos las toman, y tienen por añadiduras del peso de la soldadesca, y son la carga principal della. En resolu-

cion

Novelas exemplares de

cion tantas cosas le dixo, y tan bien dichas, que la discrecion de nuestro Tomas Rodaja començò a titubear, y la voluntad à aficionarse à aquella vida, que tan cerca tiene la muerte. El Capitan, que don Diego de Valdivia se llamaua, contentissimo de la buena presencia, ingenio, y desemboltura de Tomas, le rogò, que se fuesse con el a Italia, si queria por curiosidad de verla, que el le ofrecia su mesa: y aun si fuesse necessario, su vadera, por que su Alfetez la auia de dexar presto. Poco fue menester, para que Tomas tuuiesse el embire, haziendo consigo en vn instante vn breue discurso, de que seria bueno ver a Italia, y Flandes, y otras diuersas tierras, y payses: pues las luengas peregrinaciones hazen a los hombres discretos: y que en esto a lo mas largo podia gastar tres, ò quatro años, que añadidos a los pocos que el tenia, no serian tantos, que impidiesen boluer a sus estudios. Y como si todo huuiera de suceder a la medida de su gusto, dixo al Capitan que era contento de yrse con el a Italia, pero auia de ser condicion, que no se auia de sentar debaxo de vadera, ni poder en lista de soldado, por no obligarse a seguir su vadera. Y aunque el Capitan le dixo, que no importaua ponerse en lista, que ansi gozaria de los socorros, y pagas, que a la compania se diesen, porque el le daria licencia todas las vezes que se la pidiesse. E esso seria, dixo Tomas, yr contra mi conciencia, y contra la del señor Capitan, y assi mas quiero yr suelto, que obligado. Conciencia tan escrupulosa, dixo don Diego, mas es de Religioso, que de soldado: pero como quicra que sea, ya somos camaradas, Llegaron aquella noche à Antequera, y en pocos dias, y grandes jornadas se pusieron donde estaua la compania, ya acabada de hazer, y que començaua a marchar la buelta de Cartagena, aloxandose ellas, y otras quatro por los lugares que le venian a mano. Allí notò Tomas la autofidad

dad de los Comissarios, la incomodidad de algunos Capitanes, la solicitud de los Aposentadores, la industria, y cuenta de los Pagadores, las quejas de los pueblos, el rescatar de las boletas, las insolencias de los visos, las pendencies de los huespedes, el pedir vagages mas de los necesarios: y finalmente la necesidad, casi precisa, de hazer todo aquello que notaua, y mal le parecia. Auia se vestido Tomas de papagayo, renunciando los hábitos de estudiante, y puso se a lo de Dios es Christo, como se suele dezir, Los muchos libros que tenia, los reduxo à vnas horas de nuestra Señora, y vn Garcilasso, sin comento, que en las dos faldriqueras lleuaua. Llegaron mas presto de lo que quisieran à Cartagena: porque la vida de los aloxamientos es ancha, y varia, y cada dia se ropan cosas nuevas, y gustosas. Allí se embarcaron en quatro galeras de Napoles, y allí notò tambien Tomas Rodaja la estraña vida de aquellas maritimas casas, adonde lo mas del tiempo maltratan las chinchas, roban los forçados, ensadan los marineros, destruyen los ratones, y fatigan las maretas. Pusieronle temor las grandes borrascas, y tormentas, especialmente en el golfo de Leon, que tuuieron dos: que la vna los echò en Corcega, y la otra los boluid a Tolon en Francia. En fin trasnochados, mojados, y con ojeras llegaron à la hermosa, y bellissima ciudad de Genoua, y desembarcandose en su recogido Mandrache, despues de auer visitado vna Yglesia, dio el Capitan con todas sus camaradas en vna hosteria, donde pusieron en oluido todas las borrascas passadas, con el presente gaudemus. Allí conocieron la suauidad del Treuiano, el valor del Monte Frascon, la Ninerca del Asperino, la generosidad de los dos Griegos, Candia, y Soma, la grandeza del de las cinco viñas, la dulçura, y apa-

Novelas exemplares de

zibilidad de la señora Guarnacha, la rusticidad de la Chenrola, sin que entre todos estos señores ofasse parecer la baxeza del Romanesco. Y auiendo hecho el huesped la reseña de tantos, y tan diferentes vinos, se ofreció de hazer parecer alli, sin vsar de trope-lla, ni como pintados en Mapa, sino real, y verdaderamente à Madrigal; Coca, Alaexos, y à la Imperial, mas que Real ciudad, Recamara del Dios de la Risa: ofreció à Esquinias, à Alanis, à Caçalla, Guadalcanal, y la Membrilla, sin que se le olvidasse de Ribadauia, y de Descargamaria. Finalmente mas vinos nombrò el huesped, y mas les dio, que pudo tener en sus bodegas el mismo Baco. Admiraronle tambien al buen Tomas los rubios cabellos de las Ginouetas, y la gentileza, y gallarda disposicion de los hombres, la admirable belleza de la ciudad, que en aquellas peñas parece, que tiene las casas engastadas, como diamantes en oro. Otro dia se desembarcaron todas las companias, que auian de yr al Piamonte: pero no quiso Tomas hazer este viage, sino yrse desde alli por tierra à Roma, y à Napoles, como lo hizo, quedando de boluer por la gran Venecia, y por Lorcto à Milan, y al Piamonte, donde dixo don Diego de Valduia que le hallaria si ya no los huiesen llevado a Flandes, segun se dezia. Despidiose Tomas del Capitan de alli à dos dias, y en cinco llegò à Florencia, auiendo visto primero à Luca, ciudad pequena, pero muy bien hecha, y en la que mejor que en otras partes de Italia son bien vistos, y agasajados los Espanoles. Contentole Florencia en estremo, assi por su agradable assiento, como por su limpieza, sumptuosos edificios, fresco rio, y apazibles calles. Estuu en ella quatro dias, y luego se partiò à Roma, Reyna de las ciudades, y señora del mundo. Visitò sus Templos, adorò sus

reliquias, y admirò su grandeza : y assi como por las vñas del Leon se viene en conocimiento de su grandeza, y ferocidad, assi el sacò la de Roma por sus despedaçados marmoles, medias, y enteras estatuas, por sus rotos arcos, y derribadas rermas, por sus magnificos Porticos, y Amphiteatros grandes, por su famoso, y santo rio, que siempre llena sus margenes de agua, y las beatifica con las infinitas reliquias de cuerpos de Martires, que en ellas tuieron sepultura: por sus puentes, que parece, que se estàn mirando vnàs à otras, y por sus calles, que con solo el nombre cobran autoridad sobre todas las de las otras ciudades del mundo: la via Apia, la Flaminia, la Julia, con otras deste jacz. Pues no le admiraua menos la diuision de sus montes dentro de si misma: el Celio, el Quirinal, y el Vaticano, con los otros quatro, cuyos nombres manifiestan la grandeza, y magestad Romana. Notò tambien la autoridad del Colegio de los Cardenales, la Magestad del Sumo Pontifice, el concurso, y variedad de gentes, y naciones. Todo lo mirò, y notò, y puso en su punto. Y auiendo andado la estacion de las siete Yglesias, y confessadose con vn Penitenciaro, y besado el pie à su Santidad, lleno de Agnusdeis, y cuentas determinò yrse à Napoles: y por ser tiempo de muracion, malo, y dañoso para todos los que en el entran, ò salen de Roma, como ayan caminado por tierra, se fue por mar à Napoles, donde à la admiracion que traia de auer visto à Roma, añadió la que le causò ver à Napoles, ciudad à su parecer, y al de todos quantos la han visto, la mejor de Europa, y aun de todo el mundo. Desde allì se fue à Sicilia, y vio a Palermo, y despues à Micina: de Palermo le pareció

Novelas exemplares de

bien el asiento, y belleza: y de Micina el puerto, y de toda la Isla la abundancia, por quien propriamente, y con verdad es llamada granero de Italia. Bolvióse à Nápoles, y à Roma, y de allí fue à nuestra Señora de Loreto, en cuyo santo Templo no vio paredes, ni murallas, porque todas estauan cubiertas de muheras, de morrajas; de cadenas, de grillos, de esposas, de cabelleras, de medios bultos de cera, y de pinturas, y retablos, que dauan manifesto indicio de las innumerables mercedes; que muchos auian recebido de la mano de Dios, por intercesion de su diuina Madre, que aquella sacrosanta Imagen suya quiso engrandecer, y autorizar con muchedumbre de milagros, en recompensa de la deuocion que le tienen aquellos que con semejantes doseles tienen adornados los muros de su casa. Vio el mismo aposento, y estancia, donde se relatò la mas alta embaxada, y de mas importancia, que vieron, y no entendieron todos los cielos, y todos los Angeles, y todos los moradores de las moradas sempiternas. Desde allí embarcándose en Ancona, fue à Venecia, ciudad, que à no auer nacido Colò en el mundo, no tuuiera en el semejante: merced al cielo, y al gran Hernando Cortés, que conquistò la gran Mexico, para que la gran Venecia tuuiesse en alguna manera quiè se le opusiesse. Estas dos famosas ciudades se parecen en las calles, que son todas de agua: la de Europa admiracion del mundo antiguo: la de America espanto del mundo nuevo. Pareciòle, que su riqueza era infinita, su gouierno prudèr, su sitio inexpugnable, su abundancia mucha sus contornos alegres: y finalmente toda ella en sí, y en sus partes digna de la fama, que de su valor, por todas las partes del orbe, se estiende, dando causa de acreditar mas esta verdad, la maquina de su famoso Arsenal, que es el lugar donde se fabri-

fabrican las galeras , con otros baxeles , que no tienen numero . Por poco fueran los de Calipso los regalos , y passatiempos , que hallò nuestro curioso en Venecia , pues casi le hazian olvidar de su primer intento . Però auiedo estado vn mes en ella , por Ferrara , Parma , y Plasencia boluiò à Milan , ofiema de Vulcano , ogeriza del Reyno de Francia , ciudad en fin de quien se dize , que puede dezir , y hazer , haziendola magnifica la grandeza suya , y de su Templo , y su marauillosa abundancia de todas las cosas à la vida humana necessarias . Desde alli se fue à Astete , y llegò à tiempo , que otro dia marchaua el tercio à Flandes . Fue muy bien recebido de su amigo el Capitan , y en su compania , y camarada passò à Flandes , y llegò à Amberes , ciudad no menos para marauillar , que las que auia visto en Italia . Vio à Gante , y à Bruselas , y vio que todo el pays se disponia à tomar las armas , para salir en campana el Verano siguiente . Y auiedo cumplido con el desseo , que le mouio à ver lo que auia visto , determinò boluerse à España , y à Salamanca à acabar sus estudios : y como lo pensò lo puso luego por obra , con pesar grandissimo de su camarada , que le rogò al tiempo del despedirse , le auisasse de su salud , llegada , y sucesso . Prometioselo así como lo pedia , y por Francia boluiò à España , sin auer visto à Paris , por estar puesta en armas . En fin llegò à Salamanca , donde fue bien recebido de sus amigos : y con la comodidad , que ellos le hizieron , prosiguiò sus estudios , hasta graduarse de Licenciado en leyes . Sucedió que en este tiempo llegò à aquella ciudad vna dama de todo rumbo , y manejo . Acudieron luego à la añagaza , y reclamo todos los paxaros del lugar , sin quedar vademecum , q̄ no la visitasse . Dixerone à Tomas , que aquella dama dezia , q̄ auia

Novelas exemplares de

estado en Italia, y en Flandes, y por ver si la conocia, fue a visitarla, de cuya visita, y vista quedò ella enamorada de Tomas: y el sin echar de ver en ello, sino era por fuerça, y lleuado de otros, no queria entrar en su casa. Finalmente ella le descubriò su voluntad, y le ofrecio su hacienda. Pero como el atendia mas a sus libros, que a otros passatiempos, en ninguna manera respondia al gusto de la seõora, la qual viendo se desdenada, y a su parecer aborrecida, y que por medios ordinarios, y comunes no podia conquistar la roca de la voluntad de Tomas, acordò de buscar otros modos, a su parecer mas eficazes, y bastantes, para salir con el cumplimiento de sus deseos. Y asì aconsejada de vna Morisca, en vn membrillo Toledano dio a Tomas vnos destos, q̄ llamã hechigos, creyẽdo q̄ le daua cosa, q̄ le forçasse la voluntad a quererla, como si huuiesse en el mundo yeruas, encantos, ni palabras suficientes a forçar el libre aluedriò: y asì las que dan estas beuidas, ò comidas amatorias, se llaman veneficios: porque no es otra cosa lo que hazen, sino dar veneno a quien las toma, como lo tiene mostrado la experiencia en muchas, y diuersas ocasiones. Comio en tan mal punto Tomas el membrillo, que al momento comencò a herir de pie, y de mano, como si tuuiera alfezeria, y sin boluer en si estuuò muchas horas, al cabo de las quales bolnio como atontado, y dixo con lengua turbada, y tarramuda, que vn membrillo que auia comido le auia muerto, y declaró quien se le auia dado. La Justicia, que tuuo noticia del caso, fue a buscar la malhechora pero ya ella viendo el mal suceso, se auia puesto en cobro, y no pareció jamas. Seys meses estuuò en la cama Tomas, en los quales se secò, y se puso, como suele dezirse, en los huesos, y mostraua tener turbados todos los sentidos. Y aunq̄ le hizierò los remedios posibles, solo le sanaron la enfermedad del cuerpo pero no del

del

del entendimiento: porque quedò sano, y loco de la mas estraña locura, que entre las locuras hasta entonces se auia visto. Imaginosè el desdichado, que era todo hecho de vidrio, y cõ esta imaginacion, quando alguno se llegaua a el, daua terribles voces pidiendo, y suplicando con palabras, y razones concertadas, que no se le acercassen, porque le quebrarian, que real, y verdadera-mente el no era como los otros hombres, que todo era de vidrio de pies a cabeça. Para sacarle desta estraña imaginacion, muchos, sin atender a sus voces, y rogatiuas arremetieron a el, y le abraçaron, diziendole, que aduertiesse, y mirasse, como no se quebraua. Pero lo que se grangeaua en esto era, que el pobre se echaua en el suelo, dando mil gritos, y luego le tomaua vn desmayo, del qual no boluia en si en quatro horas: y quando boluia, era renouando las plegarias, y rogatiuas, de que otra vez no le llegassen. Dezia, que le hablassen desde lexos, y le preguntassen lo que quisiessen, porque a todo les respõderia con mas entendimiento, por ser hombre de vidrio, y no de carne, que el vidrio, por ser de materia sutil, y delicada, obraua por ella el alma con mas promptitud, y eficacia, que no por la del cuerpo pesada, y terrestre. Quisieron algunos experimentar, si era verdad lo que dezia y asì le preguntarõ muchas, y dificiles cosas, a las quales respondió espontaneamente con grandissima agudèza de ingenio: cosa que causò admiracion a los mas letrados de la Vniuersidad, y a los professores de la medicina, y filosofia, viendo, que en vn sujeto, donde se contenia tan extraordinaria locura, como era el peusar, que fuesse de vidrio, se encerrasse tan grande entendimiento, que respondiesse a toda pregunta con propiedad, y agudeza. Pidio Tomas, le diessen alguna funda, donde pusiesse aquel vaso quebradizo de su cuerpo, por que al vestirse algun vestido estrecho no se quebrasse y

P. 4. asì

Novelas exemplares de

asi le dieron vna ropa parda, y vna camisa muy ancha, que el se vistio con mucho tiento, y se ciñò con vna cuerda de algodón. No quiso calçarse çapatos en ninguna manera, y el orden que tuuo, para que le diessen de comer, sin que a el llegassen, fue poner en la punta de vna vara vna vasera de orinal, en la qual le ponian alguna cosa de fruta, de las que la sazón del tiempo ofrecia. Carne ni pescado no lo queria: no beuia, sino en fuente, ò en rio, y esto con las manos. Quando andaua por las calles, yua por la mitad dellas, mirando a los tejados, temeroso no le cayesse alguna teja encima, y le quebrasse. Los Veranos dormia en el campo al cielo abierto, y los Inuiernos se meria en algun meson, y en el pajar se enterraua hasta la garganta, diciendo, que aquella era la mas propia, y mas segura cama, que podian tener los hombres de vidrio. Quando tronaua, temblaua como vn azogado, y se salia al campo, y no entrauá en poblado, hasta auer pasado la tempestad. Tuuieronle encerrado fus amigos mucho tiempo: pero viendo, que su desgracia passaua adelante, determinaron de condecéder con lo que el les pedia que era le dexassen andar libre, y asi le dexaron, y el salio por la ciudad, causando admiracion y lastima a todos los que le conocia. Cercaronle luego los muchachos: pero el cõ la vara los detenia, y les rogaua le hablassen apartados, porque no se quebrasse, que por ser hombre de vidrio era muy tierno, y quebradizo. Los muchachos, que son la mas trauiessa generacion del mundo, a despecho de sus ruegos, y voces le començaron a tirar trapos, y aun piedras por ver, si era de vidrio, como el dezia. Pero el daua tantas voces, y hazia tales extremos, que mouia a los hombres a que riñessen, y castigassen a los muchachos, porque no le tirassen. Mas vn dia, que le fatigaron mucho, se boluio a ellos, diciendo: **Que me queveys muchachos por-**

siados

fiados como moscas, suzios como chinches, atreuidos como pulgas: soy yo por ventura el monte Testacho de Roma, para que me tireys tãtos riestos, y tejas? Por oyrle reñir, y responder a todos, le seguiã siempre muchos, y los muchachos tomaron, y tuuieron por mejor partido, antes oylle, que riralie. Passando pues vna vez por la roperia de Salamanca, le dixo vna ropera: En mi anima senor Licenciado, que me pesa de su desgracia: pero que harè, que no puedo llorar? El se boluiò a ella, y muy mesurado le dixo: Filia Hierusalẽ plorate super vos, & super filios vestros. Entẽdiò el marido de la roperala malicia del dicho, y dixole: Hermano Licẽciado Vidriera (q̃ asì dezia el que se llamaua) mas teneys de vellaco, que de loco. No se me da vn ardite, respondiò el, como no tenga nada de necio. Passando vn dia por la casa llana, y venta comun, vio que estauã à la puerra della muchas de sus moradoras, y dixo, que eran bagajes del exercito de Sathanas, que estauan aloxados en el meson del infierno. Preguntole vno, que que consejo, ò consuelo daria à vn amigo suyo, que estaua muy triste, porque su muger se le auia ydo con otro. A lo qual respondiò: Dile, que dê gracias à Dios, por auer permitido le lleuasen de casa à su enemigo. Luego no yrã à buscarla? dixo el otro. Ni por pienso replicò Vidriera, porque seria el hallarla, hallar vn perperuo, y verdadero testigo de su deshonra. Ya que esso sca asì, dixo el mismo, que harè yo para tener paz con mi muger? Respondiòle: Dale lo que huuiere menester: dexala que mande à todos los de su casa: pero no sufras que ella rẽ mande à ti. Dixole vn muchacho: Senor Licenciado Vidriera, yo me quiero desgarrar de mi padre, porque me açota muchas vezes. Y respondiòle: Aduierte niõ, que los açotes q̃ los padres dan à los hijos, honran: y los del verdugo asfrẽtan. Estando à la puerra de vna Yglesia, vio que entra-

Novelas exemplares de

na en ella vn labrador de los que siempre blasonan de Christianos viejos, y detras del venia vno, que no estaua en tan buena opinion como el primero, y el Licenciado dio grandes voces al labrador, diciendo: Elperad Domingo à que passe el Sábado. De los maestros de escuela dezia, que eran dichosos, pues tratanan siempre con Angeles: y que fueran dichosissimos, si los Angelitos nõ fueran mocosos. Otro le preguntò, que que le parecia de las alcahuetas? Respondio, que no lo eran las apartadas, sino las vezinas. Las nueuas de su locura, y de sus respuestas, y dichos se estendio por toda Castilla, y llegando à noticia de vn Principe, ò señor, que estaua en la Corte quiso embiar por el, y encargoselo à vn Cauallero amigo suyo, que estaua en Salamanca, que se lo embiase. Y ropandole el Cauallero vn dia, le dixo: Sepa el señor Licenciado Vidriera, que vn gran personaje de la Corte le quiere ver, y embia por el. A lo qual respondio: Vuessa merced me escuse con esse señor, q yo no soy bueno para palacio, porque tengo vergueça, y no sè lisongear. Con todo esto el Cauallero le embidò à la Corte, y para traerle vsaron con el desta inuencion: Pusieronle en vnas argenas de paja, como aquellas donde lleuan el vidrio, y gualando los tercios cõ piedras, y entre paja puestas algunos vidrios, porque se diesse à entender, que como vaso de vidrio le lleuauan. Llegò à Valladolid: entrò de noche, y de sembanastaronle en la casa del señor, que auia embiado por el, de quien fue muy bien recebido, diziendole: Sea muy bien venido el señor Licenciado Vidriera, como ha ydo en el camino? Como va de salud? A lo qual respondio: Ningun camino ay malo, como se acabe, sino es el que va à la horca. De salud estoy neutral, porque estan encontrados mis pulfos con mi cerebro. Otro dia, auiendo visto en muchas alcandaras, muchos neblies, y açores, y otros

otros paxaros de bolateria, dixo, que la caca de aliteria era digna de Principes y de grandes señores : pero que adirriessen, que con ella echaua el gusto censo sobre el prouecho à mas de dos mil por vno. La caça de liebres dixo, que era muy gustosa, y mas quando se caçaua con galgos prestados. El Cauallero gustó de su locura, y dexole salir por la ciudad, debaxo del amparo, y guarda de vn hombre, que tuuiesse cuenta, que los muchachos no le hiziesen mal, de los quales, y de toda la Corte fue conocido en seys dias, y à cada paso, en cada calle, y en qualquiera esquina, respondia à todas las preguntas que le hazian. Entre las quales le preguntó vn estudiante, si era Poeta, porque le parecia, que tenia ingenio para todo? A lo qual respondió : Hasta aora no he sido tan necio, ni tan venturoso. No entiendo esso de necio, y venturoso, dixo el estudiante: y respondió Vidriera: No he sido tan necio, que diessse en Poeta malo, ni tan venturoso, que aya merecido serlo bueno. Preguntóle otro estudiante, que en que estimacion tenía à los Poetas? Respondió, que à la ciencia en mucha : pero q̄ à los Poetas en ninguna. Replicaronle, que porque dezia aquello? Respondió, que del infinito numero de Poetas, que auia, eran tan pocos los buenos, que casino hazian numero : y assi como si no huuiesse Poetas no los estimaua. Pero que admiraua, y reuerenciava la ciencia de la poesia, porque encerraua en si todas las demas ciencias: porque de todas se sirve, de todas se adorna, y pule, y saca à luz sus marauillosas obras, con que llena el mundo de prouecho, de deléyte, y de marauilla. Añadió mas: Yo bien sè en lo que se deue estimar vn buen Poeta, porque se me acuerda de aquellos versos de Ouidio, que dicen:

Novelas exemplares de

*Cum Ducum fuerant olim Regnumque,
Poeta,
Premiaque antiqui magna tulere cho-
ri,
Sanctaque Maestas, Et erat venerabile
nomen,
Vatibus, Et large sapè dabantur opes.*

Y menos se me olvida la alta calidad de los Poetas, pues los llama Platon intérpretes de los dioses, y dellos dize Ouidio:

*Est Deus in nobis agitante calescimus
illo.*

Y tambien dize:

At sacri vates, Et diuum cura vocamus.

Esto se dize de los buenos Poetas: que de los malos, de los churrulleros, que se ha de dezir, fino que son la idiotez, y la arrogancia del mundo: Y añadio mas: Que es ver à vn Poeta destos de la primera impressiõ, quando quiere dezir vn soneto à otros, que le rodean, las saluas que les haze, diziendo: Vuessas mercedes escuchen vn sonetillo, que anoche à cierta ocasion hize, que à mi parecer, aunque no vale nada, tiene vn no sè que de bonito y en esto ruerce los labios, pone en arco las ccjas y se rasca la faldriquera, y de entre otros mil papeles mugrientos, y medio rotos, donde queda otro millar de sonetos, faca el que quiere relatar, y al fin le dize con to-

no melifluo; y alfeñicado. Y si a caso los que le escuchan de focarrones, ò de ignorantes, no se le alaban, dize: O vueffas mercedes no han entendido el soneto, ò yo no le he sabido dezir, y asì serà bien recitarle otra vez, y que vueffas mercedes le presten mas atencion, porque en verdad en verdad que el soneto lo merece, y buelue como primero a recitarle con nueuos ademanes, y nueuas pausas. Pues que es verlos cēsurar los vnosa los otros? q̄ diré del ladrar, que hazé los cachorros, y modernos à los mastinazos antiguos, y graues? y q̄ de los q̄ murmuràn de algunos illustres, y excelētes sujetos, dōde replàdeze la verdadera luz de la poesia, q̄ tomādola por aliuio, y entre renimiēto de sus muchas, y graues ocupaciones, muestran la diuinidad de sus ingenios, y la alteza de sus conceptos, à despecho, y pesar del circūspecto ignorante, q̄ juzga de lo q̄ no sabe, y aborrece lo q̄ no entiēde? y del q̄ quiere, q̄ se estime, y tēga en precio la necedad q̄ se sienta debaxo de doseles, y la ignorācia, q̄ se arrima à los sitiales? Otra vez le pregūtarō, q̄ era la causa de q̄ los Poetas por la mayor parte erā pobres. Respōdio, q̄ porq̄ ellos querian, pues estaua en su mano ser ricos, si se sabiā aprouechar de la ocasion, q̄ por momētos traian entre las manos, que erā las de sus damas, que todas eran riquissimas en estremo, pues teniā los cabellos de oro, la frēte de plata bruñida, los ojos de verdes esmeraldas, los diēres de marfil, lós labios de coral, y la gargāta de cristal trāsparēte: y q̄ lo que llorauan erā liquidas perlas: y mas, q̄ lo que sus plantas pisauan, por dura, y esteril tierra q̄ fuesse, al momēto produzia jazmines, y rosas: y q̄ su aliēto era de puro ambar, almizcle, y algalia: y q̄ todas estas cosas erā señales, y muestras de su mucha riqueza. Estas, y otras cosas dezia de los malos Poetas, q̄ de los buenos siēpre dixo biē, y los leuātó sobre el cuerno dē la luna. Vio vn dia en la azera de S. Frāçisco vnas figuras pintadas de
mala

Novelas exemplares de

mala mano, y dixo, que los buenos pintores imitauan à naturaliza: pero que los malos la vomitauan. Arrimose vn dia con grandissimo tiento, porque no se quebrasse, à la tienda de vn librero, y dixole: Este oficio me cõ tentara mucho, si no fuera por vna falta que tiene. Preguntole el librero se la dixesse. Respondiole: Los melindres que hazen, quando compran vn priuilegio de vn libro, y de la burla que hazen a su autor, si à caso le imprime a su costa, pues en lugar de mil y quinientos, imprimen tres mil libros: y quando el autor piensa, que se venden los suyos, se despachan los agenos. Acaeciò este mismo dia, que passaron por la plaça seys açotados, y diziendo el pregon ' Al primero por ladron, diò grandes voces à los que estauan delante del, diziendoles: Apartaos hermanos, no comience aquella cuenta por alguno de vosotros. Y quando el pregonero llegó a dezir al trasero, dixo: Aquel deue de ser el fiador de los muchachos. Vn muchacho le dixo: Hermano Vidriera, mañana sacan à açotar a vna alcagueta. Respondiole: Si dixeras, que sacauan à açotar à vn alcaguete, entèdiera que sacauan à açotar vn coche. Hallose alli vno destes que lleuan sillas de manos, y dixole: De nosotros, Licenciado, ño teneys que dezir? No, respondió Vidriera, sino que sabe cada vno de vosotros mas pecados que vn Confessor: mas es con esta diferencia, que el Cõfessor los sabe, para tenerlos secretos, y vosotros para publicarlos por las tabernas. Oyò esto vn moço de mulas, porque de todo genero de gente le estaua escuchando contino, y dixole: De nosotros señor redoma, poco, ò nada ay que dezir, porque somos gente de bien, y necessaria en la Republica. A lo qual respondió Vidriera: La hõra del amo descubre la del criado. segù esto mira à quiè sirues, y veràs, quã honrado eres. Moçosfoys vosotros de las ruyn canalla, que sustenta la tierra. Vna

vez, quando no era de vidrio, caminè vna jornada en vna mula de alquiler, tal que le contè ciento y veynte y vna tachas, todas capitales, y enemigas del genero humano. Todos los moços de mulas tienen su punta de rufianes, su punta de Cacos, y su es no es de truhanes. Si sus amos (que así llaman ellos a los que lleuan en sus mulas) son boquimuelles, hazen más fuerres en ellos, q̄ las que echaron en esta ciudad los años passados. Si son estrangeros los roban, si estudiantes los maldizen, y si Religiosos los reniegan, y si soldados los tiemblan. Estos, y los marineros, y carreteros, y harrieros tienen vn modo de viuir extraordinario, y solo para ellos. El carretero passa lo mas de la vida en espacio de vara y media de lugar, que poco mas deue de auer del yugo de las mulas à la boca del carro. Canta la mitad del tiempo, y la otra mitad reniega: y en dezir: Haganse a çaga, se le passa otra parte. Y si à caso le queda por sacar alguna rueda de algun atolladero, mas se ayudan de dos pesettes, que de tres mulas. Los marineros son gente Gençil inurbana, que no sabe otro lenguaje, que el que se vsa en los nauíos. En la bonança son diligentes, y en la borrasca pereçosos. En la tormenta mandan muchos, y obedecen pocos. Su Dios es su arca, y su rancho: y su passatiempo ver mareados a los passageros. Los harrieros son gente que ha hecho diuorcio con las sabanas, y se ha caçado con las enxalmas. Son tan diligentes, y presurosos, que a trueco de no perder la jornada, perderán el alma. Su musica es la del mortero: su salsa la hambre, sus Maytines leuantarse a dar sus piensos, y sus Missas no oyr ninguna. Quando esto dezia estaua a la puerta de vn boticario, y boluiendose al dueño, le dixo: Vuessa merced tiene vn saludable oficio, si no fuesse tan enemigo de sus candiles. En que modo soy enemigo de mis candiles, preguntò el boticario? y respondió Vidriera:

Esto

Novelas exemplares de

Esto digo, porque en faltando qualquiera azeyte, la suple la del candil, que està mas a mano: y aun tiene otra cosa este oficio, bastante a quitar el credito al mas acertado medico del mundo. Preguntandole porque? Respondio, que auia boticario, que por no dezir, que faltaua en su botica lo que recetaua el medico, por las cosas que le faltauan, ponia otras, que a su parecer tenian la misma virtud, y calidad, no siendo asì: y con esto la medicina mal compuesta obraua al reuès de lo que auia de obrar la bien ordenada. Preguntole entonces vno, que que sentia de los medicos, y respondio esto: *Honora medicum propter necessitatem, etenim creauit eum altissimus: à Deo enim est omnis medela, & à Rege accipiet donationem. Disciplina medici exaltauit caput illius, & in conspectu Magnatum collaudabitur. Altissimus de terra creauit medicinam, & vir prudens nõ aborrebit illam.* Esto dize, dixo el Eclesiástico, de la medicina, y de los buenos medicos, y de los malos se podria dezir todo al reuès: porque no ay gente mas dañosa à la Republica, que ellos. El juez nos puede torcer, ò dilatar la justicia. El Letrado sustentar por su interès nuestra injusta demanda. El mercader chuparnos la hazenda: finalmente todas las personas, con quien de necesidad tratamos, nos pueden hazer algun daño: pero qui tarnos la vida, sin quedar sujetos al temor del castigo, ninguno. Solo los medicos nos pueden matar, y nos matan sin temor, y à pie quedo, sin desembaynar otra espada, que la de vn recipe: y no ay descubrirse sus delictos, porque al momento los meten debaxo dela tierra. Acuerdase me, que quando yo era hombre de carne, y no de vidrio, como agora foy, que àvn medico destos de segunda clase le despidio vn enfermo, por curarse con otro, y el primero de alli à quatro dias acertò à passar por la botica, donde receptaua el segundo, y preguntò

al boticario, que como le yua al enfermo que el auia dexado, y que si le auia receitado alguna purga el otro medico? El boticario le respondio, que alli tenia vna recepra de purga, que el dia siguiente auia de tomar el enfermo: dixo, que se la mostrasse, y vio, que al fin della estaua escrito: Sumat diluculo, y dixo: Todo lo que lleua esta purga me conrenta, smo es este diluculo, porque es humido demasiadamente. Por estas, y otras cosas que dezia de todos los officios, se andauan tras el, sin hazerle mal, y sin dexarle sossegar. Pero con todo esto, no se pudiera defender de los muchachos, si su guardian no le defendiera. Pregútole vno, q̄ haria para no tener embidia à nadie? Respondiolo: Duerme, q̄ todo el tiempo que durmières, seràs ygual al que embidias. Otro le pregunto, que remedio tendria para salir con vna comission, que auia dos años que la pretendia? Y dixole: Parte à cauallo, y à la mira de quien la lleua, y acompañaile, hasta salir de la ciudad, y assi saldràs con ella. Passò à casto vna vez por delante donde el estaua vn juez de comission, que yua de camino à vna causa criminal, y lleuaua mucha gente consigo, y dos alguaziles, preguntò quiè era? Y como se lo dixeron, dixo: Yo apostarè, q̄ lleua aql juez viuoras en el seno, plisoteles en la tinta, y rayos en las manos, para destruyr todo lo q̄ alcàçare su comission. Yo me acuerdo auer tenido vn amigo, q̄ en vna comission criminal, q̄ tuuo; diò vna sentècia rã exorbitante, q̄ excedia en muchos quilates à la culpa d' los delinquentes. Pregútele, q̄ porq̄ auia dado aqla tã cruel sentècia, y hecho rã manifesta injusticia? Respondiome, que pensaua otorgar la apelacion, y que con esto dexaua campo abierto à los señores del Consejo, para mostrar su misericordia, moderado, y poniendo aqla su rigurosa sentècia en su pũto, y deuida proporciõ. Yo le respõdi, q̄ mejor fuera auerla dado de manera, q̄ les quitara de aquel trabajo,

Novelas exemplares de

pues con esto le tuuieran à el por juez recto, y acertado. En la rueda de la mucha gente, q̄ como se ha dicho, siẽpre le estaua oyẽdo, estaua vn conocido fuyo, en habito de Letrado, al qual otro le llamò señor Licẽciado y sabiẽdo Vidriera, q̄ el tal à quiẽ llamarõ Licẽciado no tenia ni aũ titulo de Bachiller, le dixo: Guardaos cõ padre no encuẽtren cõ vuestro titulo los Frayles de la Redẽpciõ de cautiuos, q̄ os le ueuarã por mostrẽco. A lo qual dixo el amigo: Tratemonos biẽ señor Vidriera, pues ya sabeys vos, q̄ soy hombre de altas, y de profundas letras. Respondiõle Vidriera: Ya yo sẽ que soys vn Tãtalo en estas, porq̄ se os vã por altas, y no las alcãçays de profundas. Estãdo vna vez arrimado à la tiẽda de vn saestre, viole, q̄ estaua mano sobre mano, y dixole: Sin duda señor maestto, q̄ estays en camino de saluaciõ En q̄ lo veyst pregutò el saestre. En q̄ lo veo, respõdiõ Vidriera, veolo en q̄ pues no teneys q̄ hazer, no tẽdreys ocasiõ de mẽtir: y aãditiõ: Desdichado del saestre: q̄ no miente, y cose las fiestas: cosa marauillosa es, q̄ casi en todos los deste oficio apenas se hallarã vno que haga vn vestido justo, auieudo tantos q̄ los hagan pedadores. De los çapateros dezia, que jamas hazian, cõforme à su parecer, çapato malo: porq̄ si al q̄ se le calçauan venia estrecho, y apretado, le deziã, que asĩ auia de ser, por ser de galanes calçar justo: y que en trayendolos dos horas vendrian mas anchos, q̄ al pargates: y si le venian anchos, deziã, que asĩ auian de venir, por amor de la gota. Vn muchacho agudo, q̄ escriuia en vn oficio de Prouinciã le apretaua mucho cõ pregutas, y demandas, y le traia nueuas de lo que en la ciudad passaua, por que sobre todo discantaua, y à todo respondia. Este le dixo vna vez: Vidriera, esta noche se murio en la carcel vn Vanco, que estaua condenado ahorcar. A lo qual respondiõ: El hizo biẽ a darse priessa à morir, antes q̄ el verdugo se sentara sobre el. En la hazera de S Frãçisco esta-

ua vn corro de Ginouesses, y pafsado por alli, vno dellos le llamò, dizièdole Lleguefe aca el señor Vidriera, y cuèrenos vn cuètro. El respòdio: No quiero, porq̃ no me le pafseys à Genoua. Topo vna vez à vna cèdera, q̃ lleuaua delàte de si vna hija suya muy fea, pero muy llena de dices, de galas, y de perlas, y dixole à la madre: Muy bien auèys hecho en empedralla, porque se pueda pafsear. De los pasteleros dixo, que auia muchos años que jugauan à la dobladilla, sin que les lleuassen la pena, porque auian hecho el pastel de à dos de à quatro, el de à quatro de à ocho, y el de a ocho de à medio real, por solo su aluedrio, y beneplacito. De los nitereros dezia mil males: dezia, q̃ era gère vagamùda, y q̃ trataua cò indecencia de las cosas diuinas, porque con las figuras, que mostrauan en sus retratos, boluian la deuocion en risa, y que les acontezia embasar en vn costal todas, ò las mas figuras del testamento viejo, y nueuo, y tentarfe sobre el à comer, y beuer en los bodegones, y tabernas. En resoluciõ dezia, q̃ se marauillaua, de como quien podia, no les ponìa perpetuo silencio en sus retrablos, ò los desterraua del Reyno. Acerrò à pafsar vna vez por donde el estaua vn comediàte vestido como vn Principe, y en vièdole, dixo: Yo me acuerdo auer visto à este fajar al teatro enharinado el rostro, y vestido vn çamarro del reuès: y cò rodo esto a cada paso fuera del tablado iurà à fe de hijodalgo. Deuelo de ser, respòdio vno, porq̃ ay muchos comediàtes, q̃ son muy bièn nacidos, y hijodalgo. Así serà verdad, replicò Vidriera, pero lo q̃ me nos ha menester la farsa, es personas bièn nacidas. galanes si gentiles hòbres, y de espeditas lèguas. Tãbièn se dezir dellos, q̃ en el sudor de su cara ganan su pã, cò inlleuable trabajo, tomando contino de memoria, hechos perpetuos gitanos de lugar en lugar, y de meson en venta, desuelandose en contentara otros: porque en el gusto

Novelas exemplares de

ageno consiste su bien propio. Tienen más, que con su oficio no engañan à nadie, pues por momentos sacan su mercadería à publica plaça, al juyzio y à la vista de todos. El trabajo de los autores es increyble, y su cuydado extraordinario, y hã de ganar mucho, para q̄ al cabo del año no salgan tan empeñados, q̄ les sea forçoso hazer pleyto de acreedores: y cõ todo esto son necessarios en la Republica, como lo son las florestas, las alamedas, y las vistas de recreaciõ, y como lo son las cosas q̄ honesta mète recreã. Decia, q̄ auia sido opiniõ de vn amigo suyo q̄ el q̄ seruia à vna comediãra, en sola vna seruia à muchas damas juntas, como era à vna Reyna à vna ninfa, à vna Diosa, à vna fregona, à vna pastora, y muchas vezes caia la suerte en que seruiesse en ella à vn paje y à vn lacayo, q̄ todas estas, y mas figuras suele hazer vna farsãra. Pregũtõle vno, q̄ qual auia sido el mas dichoso del mundo? Respõdio, q̄ nemo: por q̄ nemo nouit patre, nemo sine crimine viuít, nemo sua sorte cõtentus, nemo ascendit in coelũ. De los diestros dixo vna vez, q̄ erã maestrõs de vna ciẽcia, ò arte, q̄ quãdo la auia menester no la sabia, y q̄ tocauã algo en presumptuosos, pues queria reduzir à demostraciones matematicas, q̄ son infalibles los mouimiẽtos, y pẽsamiẽtos colericos de sus cõtrarios. Con los q̄ se tenian las barbas tenia particular enemistad. Y riẽdo vna vez delãte del dos hõbres, q̄ el vno era Portugues: este dixo al Castellano, assiẽdose de las barbas, q̄ tenia muy teñidas: Por istas barbas q̄ teño no rostro. A lo qual acudiõ Vidriera: Ollãy home, naõ digays teño, sino tiño. Otro traia las barbas jaspeadas, y de muchas colores, culpa dela mala tinta, à quiẽ dixo Vidriera, q̄ tenia las barbas de muladar ouero. A otro, q̄ traia las barbas por mitad blancas, y negras, por auerse descuydado, y los cañones crecidos, le dixo, que procurasse de no porfiar, ni reñir cõ nadie, porque estaua aparejado à q̄ le dixesẽ,

que

que mentia por la mitad de la barba. Vna vez contó que vna donzella discreta, y bien entendida, por acudir â la voluntad de sus padres, dio el sí de casarse con vn viejo todo cano, el qual la noche antes del dia del desposorio se fue, no al río Iordã, como dizē las viejas, sino â la redomilla del agua fuerte, y plata, cõ q̄ renouò de manera su barba, que la acostò de nieue, y la leuâtò de pez. Llegose la hora de darse las manos, y la donzella conoció por la pinta, y por la tinta la figura, y dixo a sus padres, q̄ le diessē el mismo esposo, q̄ ellos le auian mostrado, q̄ no queria otro. Ellos le dixerõ, q̄ aquel q̄ tenia delãte era el mismo, que le auian mostrado, y dado por esposo. Ella replicò, que no era, y truxo testigos, como el q̄ sus padres le dieron era vn hoimbre graue, y lleno de canas, y q̄ pues el presēte no las tenia, no era el, y se llamaua â engaño. Atubose a esto, corriose el teñido, y deshizose el casamiēto. Con las dueñas tenia la misma ojeriza, q̄ con los escauechados: dezia marauillas de su permafoy, de las mortajas de sus tocas, de sus muchos melindres, de sus escrupulos, y de su extraordinaria misēria. Amohinauãle sus flaquezas de estomago, sus vaguidos de cabeça, su modo de hablar, cõ mas repulgos q̄ sus tocas. Y finalmente su inutilidad, y sus vaynillas. Vno le dixo: Que es esto señor Licenciado, que os he oydo dezir mal de muchos officios, y jamas lo aueys dicho de los escriuanos, auiendo tanto que dezir? A lo qual respondió: Aunque de vidrio, no soy tan fragil, que me dexeyr con la corriente del vulgo, las mas vezes engañado. Parcceme a mi, q̄ la gramatica de los murmuradores, y el la, la, la de los q̄ cantan, son los escriuanos: porq̄ assi como no se puede passar â otras ciēcias, sino es por la puerta de la gramatica, y como el musico primero murmura, q̄ canta, así si los maldiziētes, por dõde comiēcã â mostrar la malignidad de sus lēguas, es por dezir mal de los escriuanos, y

Novelas exemplares de

alguaziles, y de los otros ministros de la justicia, siendo vn oficio el del escriuano, sin el qual andaria la verdad por el mundo à sombra de tejados; corrida, y maltratada: y assi dize el Ecclesiastico: In manu Dei potestas hominis est, & super faciem scribe imponet honorem. Es el escriuano persona publica, y el oficio del juez no se puede exercitar comodamente sin el suyo. Los escriuanos han de ser libres, y no esclauos, ni hijos de esclauos, legitimos, no bastardos, ni de ninguna mala raza nacidos: juran de secreto, fidelidad, y que no haràn escritura vsuraria: que ni amistad, ni enemistad, prouecho, ò daño les mouerà à no hazer su oficio con buena, y Christiana conciencia. Pues si este oficio tantas buenas partes requiere, porque se ha de pensar, que de mas de veynte mil escriuanos que ay en España, se lleue el diablo la cosecha, como si fuesen cepas de su majuelo? no lo quiero creer, ni es bien que ninguno lo crea: porque finalmente digo, que es la gente mas necessaria, que auia en las Republicas bien ordenadas: y que si lleuauan demasiados derechos, rambien hazian demasiados tuerros, y que destos dos estremos podia resultar vn medio, que les hiziesse mirar por el virote. De los alguaziles dixo, que no era mucho que tuuiesse algunos enemigos, siendo su oficio, ò prenderte, ò sacarte la hazienda de casa, ò tenerte en la suya en guarda, y comer a ru costa. Tachaua la negligencia, ò ignorancia de los Procuradores, y solicitadores, comparandolos a los medicos, los quales, que sanc, ò no sanc el enfermo, ellos lleuan su propina: y los procuradores, y solicitadores lo mismo, salgan, ò no salgan con el pleyto que ayudan. Preguntole vno, qual era la mejor tierra? Respondio, que la temprana, y agradecida. Replicò el otro: No pregunto esso, sino que qual es mejor lugar Valladolid ò Madrid? Y respondió: De Madrid los estremos: de Valladolid los medios.

No

No lo entiendo, repitió el que se lo preguntaua: y dixo: De Madrid cielo, y suelo: de Valladolid los entresuelos. Oyò Vidriera, que dixo vn hombre a otro, que así como auia entrado en Valladolid auia caydo su muger muy enferma, porque la auia prouado la tierra. A lo qual dixo Vidriera: Mejor fuera que se la huiera comido, si a caso es zelosa. De los musicos, y de los correos de a pie dezia, que tenian las esperanças, y las suertes limitadas: porq̃ los vnos la acabauan con llegar a serlo de a cauallo, y los otros con alcãçar a ser musicos del Rey. De las damas, que llaman Cortefanas dezia, que todas, ò las mas renian mas de cortefes, que de sanas. Estando vn dia en vna Yglesia vío, que traian a enterrar a vn viejo, a bautizar a vn niño, y a velar vna muger, todo a vn mismo tiempo, y dixo, que los templos eran campos de batalla, donde los viejos acaban, los niños vencen, y las mugeres triunfan. Picauale vna vez vna abispa en el cuello, y no se la osaua sacudir, por no quebrarse: pero con todo esto se quexaua. Preguntole vno, que como sentia aquella abispa, si era su cuerpo de vidrio? Y respondió, que aquella abispa deuia de ser murmuradora, y q̃ las lenguas, y picos de los murmuradores eran bastantes à desmoronar cuerpos de bronze, no que de vidrio. Pasfando a caso vn Religioso muy gordo, por donde el estaua, dixo vno de sus oyentes: De etico no se puede mouer el padre. Enójose Vidriera, y dixo: Nadie se oluide de lo que dize el Espiritu santo: Nolitè tangere Christos meos: y subiendose mas en colera, dixo, que mirasen en ello, y verian, que de muchos Santos, que de pocos años a esta parte auia canonizado la Yglesia, y puesto en el numero de los bienauenturados, ninguno se llamaua el Capitan don fulano, ni el secretario don tal, de don tales, ni el Conde, Marques, ò Duque de tal parte, sino Fray Diego, Fray Iacinto, Fray Raymundo:

Novelas exemplares de

todos Frayles, y Religiosos: porque las Religiones son los Aranjuezés del cielo, cuyos frutos de ordinario se ponen en la mesa de Dios. Dèzia, que las lenguas de los murmuradores eran como las plumas del Aguila, q̄ roen, y menoscaban todas las de las otras aues, que a ellas se juntan. De los gariteros, y taurés dezia milagros: dezia, que los gariteros eran publicos preuaricadores, porque en sacando el barato del que yua haziendo suertes, desseauan que perdiessè, y passasse el naype adelante, porque el contrario las hiziesse, y el cobrasse sus derechos. Alabaua mucho la paciencia de vn taur, que estaua toda vna noche jugando, y perdiendo: y con ser de condicion colerico, y endemoniado, a trueco de que su contrario no se alçasse, no descosia la boca, y sufría lo que vn martir de Barrabas. Alabaua tambiè las conciencias de algunos honrados gariteros, que ni por imaginacion consentian, que en su casa se jugasse otros juegos, que polla, y cientos: y con esto a fuego lento, sin temor, y nota de malos fines, sacauan al cabo del mes mas barato, que los que consentian los juegos de estocada, del reparolo, siete y llevar, y pinta en la del puto. En resolucion el dezia tales cosas, que si no fuera por los grãdes gritos que daua, quando le tocauan, ò à el se arrimauan, por el habito que traía, por la estrechez de su comida, por el modo con que beuía, por el no querer dormir, sino al cielo abierto en el Verano, y el Inuicrno en los pajares, como queda dicho, con que daua tan claras señales de su locura, ninguno pudiera creer, sino q̄ era vno de los mas cuerdos del mundo. Dos años, ò poco mas durò en esta enfermedad, porque vn Religioso de la Orden de san Geronymo, que tenia gracia, y ciencia particular, en hazer, que los mudos entendiessen, y en cierta manera hablassen, y en curar locos: tomò à su cargo de curar à Vidriera, mouido de caridad, y le curò,

y sa

y sanò, y boluio à su primer juyzio, entendimiento, y discurso. Y assi como le vio sano, le vistio como Letrado, y le hizo boluer à la Corte, adonde con dar tantas muestras de cuerdo, como las auia dado de loco, podia vsar su oficio, y hazerse famoso por el. Hizolo assi, y llamandose el Licenciado Rueda, y no Rodaia, boluio à la Corte, donde apénas huuo entrado, quando fue conocido de los muchachos: mas como le vieron en tan diferente habito del que solia, no le osaron dar grita, ni hazer preguntas: pero seguianle, y dezian vnos à otros: Este no es el loco Vidriera? asè que es el. Ya viene cuerdo: pero tambien puede ser loco bien vestido, como mal vestido. Preguntemosle algo, y salgamos desta confusion. Todo esto ohia el Licenciado, y callaua, y yua mas confuso, y mas corrido, que quando estaua sin juyzio. Passò el conocimiento de los muchachos à los hòbres, y antes que el Licenciado llegasse al patio de los Consejos, lleuaua tras de si mas de dozientas personas de todas suertes. Con este acompañamiento, que era mas que de vn Cathedratico, llegò al patio, donde le acabaron de circundar quantos en el estauan. El vièdose con tanta turba à la redonda, alçò la voz, y dixo: Señores, yo soy el Licenciado Vidriera, pero no el que solia: soy agora el Licenciado Rueda: sucessos, y desgracias que acontecen en el mundo, por permission del cielo me quitaron el juyzio, y las misericordias de Dios me le hã buuelto. Por las cosas que dizen que dixè, quando loco, podeys considerar las que dirè, y harè quando cuerdo. Yo soy graduado en leyes por Salamanca, adonde estu- die con pobreza, y adonde lleuè segundo en licencias, de do se puede inferir, que mas la virtud que el saor me dio el grado que tengo. Aqui he venido à este gran mar de la Corte, para abogar, y ganar la vida: pero si no me dexays, aurè venido à bogar, y grangear la muerte. Por

Novelas exemplares de

amor de Dios, q̄ no hagays q̄ el seguirme, sea perseguir
me: y que lo q̄ alcancè por loco, q̄ es el sustento, lo pier
da por cuerdo. Lo q̄ soliades preguntarme en las plaças,
preguntadmelo aora en mí casa, y verèys, que el que os
respondia bien, segun dicen, de improviso, os responde
rà mejor de pensado. Escucharonle todos, y dexaron
le algunos. Boluiose à su posada con poco menos acõ
pañamiento que auia lleuado. Salio otro dia, y fue lo
mismo: hizo otro sermon, y no siruiò de nada. Perdia
mucho, y no ganaua cosa, y viendo se morir de hambre,
determinò de dexar la Corte, y boluerse à Flandes, don
de pensaua valerse de las fuerças de su braço pues no se
podia valer de las de su ingenio. Y poniendolo en efe
to, dixo al salir de la Corte: O Corte, que alargas las es
peranças de los atreuidos pretendientes, y acortas las
de los virtuosos encogidos! Sustentas abundantemen
te à los truhanes de suergonçados, y matar de hambre à
los discretos vergonçosos! Esto dixo, y se fue à Flandes,
donde la vida que auia començado à eternizar por las
letras, la acabò de eternizar por las armas, en com
pañia de su buen amigo el Capitan Valdiuia, de
xando fama en su muerte de pruden
te, y valentíssimo sol
dado.